

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

BASILIO HALL
CAPITAN DE NAVIO

EL GENERAL SAN MARTÍN EN EL PERÚ

EXTRACTOS DEL DIARIO ESCRITO
EN LAS COSTAS DE CHILE Y PERÚ, EN 1820 Y 1821

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. ALDAO

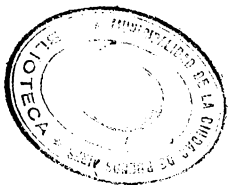


BUENOS AIRES
1917



3-

69



EL GENERAL SAN MARTÍN EN EL PERÚ

| ATENCIÓN LIBRO | VOLUMEN CA |
|-------------------|----------------|
| CUBIERTA | 929 |
| EDICIÓN | 929, HAL |
| Ficha Materia | 2 |

01087

g.

Derechos reservados.

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

INDICE

| | <u>PÁGS.</u> |
|---|--------------|
| I.— <i>Chile</i> .—Pasaje por el Cabo de Hornos. — Llegada a Valparaíso. — Visita a Santiago... .. | 43 |
| II.— <i>Chile</i> .—Noticia de la Revolución de Chile. — El general San Martín. — Llegada de Lord Cochrane. — Toma de Valdivia. — Operaciones de la expedición del Perú. — Captura de la «Esmeralda»... .. | 47 |
| III.— <i>Perú</i> .—Primera visita a Lima, mientras el Perú estaba todavía en poder de los españoles... .. | 67 |
| IV.— <i>Chile</i> .—Llegada a Valparaíso. — Santiago. — El Lazo. — Matanza del ganado. — Baile. — El lago de Aculeo. — Intervención de los sacerdotes en la educación de la mujer. — Estado del sentimiento político en Chile... .. | 97 |
| V.— <i>Viaje costero</i> .—Arica. — Andes. — Ilo. — Mollendo... .. | 121 |
| VI.— <i>Perú</i> | 133 |
| VII.— <i>Chile</i> .—Crucero a la costa sur para averiguar la conducta del pirata Benavidez... .. | 181 |
| VIII.— <i>Excursión a la región minera de Chile</i> | 209 |
| IX.— <i>Lima</i> | 221 |
| X.— <i>Viaje costero</i> .—Payta. — Guayaquil... .. | 245 |
| XI.—Examen del estado de las colonias españolas antes de la Revolución... .. | 265 |

Buenos Aires, noviembre de 1916.

Señor Director de la BIBLIOTECA DE LA NACIÓN.

Para complementar la obra de los hermanos Robertson, ya publicada por la BIBLIOTECA DE LA NACIÓN, me es grato ofrecerle el Diario de Viaje del Capitán Hall, cuya traducción he terminado sin más propósito que participar a otros del placer con que he leído — y, naturalmente, releído para traducirlas — sus páginas tan llenas de interés para los argentinos.

El libro original es conocido por los eruditos, y ha sido utilizado para escribir la Historia de la Revolución; pero el número reducido de ejemplares que circula y el idioma en que están escritos, hacen que no se haya divulgado como merece, por la amenidad y verdad de la narración, en estilo suelto y claro, matizado con pinceladas de pensamiento vigoroso. Esto aparte de la consideración que no pensamos en inglés y, aunque puedo leerlo con facilidad relativa, hallo que el goce intelectual derivado de seguir la ideación del autor, queda trabado por la traducción mental instantánea para penetrar el sentido. Este mismo, sin embargo, se toma solamente en conjunto y con cierta vaguedad, sin dar el significado exacto a las palabras, y privándolas de la precisión matemática, por decirlo así, de los escritores ingleses, quizás proveniente de su constante lectura de la Biblia, con su lenguaje diáfano y sencillo.

El capitán Basilio Hall, escocés, como fueron los Robertson, nació en Edimburgo en 1783, y aparece en 1816 acompañando

al lord Amherst en la embajada a China, que le fué confiada por la Compañía de las Indias Orientales. En esa expedición hizo reconocimientos que contribuyeron en gran parte a hacer progresos importantes en hidrografía. Después de recorrer las costas Oeste y Sur del golfo de Peche-lí, navegó, de concierto con el capitán Maxwell, por las costas del extremo oriente, descubrió varias islas que fueron llamadas Grupo de Sir James Hall, encontró más al Sur un verdadero archipiélago, y exploró las islas de Lu-Chú. Vuelto a Europa, el Gobierno británico lo envió a la América del Sur, en la misión de que este libro se ocupa. De regreso a Inglaterra, abandonó el servicio naval, y emprendió por su cuenta una serie de viajes a la América del Norte, y, finalmente, en 1844, falleció en Portsmouth.

Sobre estos viajes escribió y publicó las siguientes obras: *Viaje de descubierta a la costa occidental de Corea y a Lu-Chú, en 1817*; *Extractos del Diario escrito en las costas de Chile, Perú y México en los años 1820, 1821 y 1822*, dos tomos, en 1824, publicados en francés en 1825; *Viajes a la América del Norte*, tres tomos, en 1829; *Memorias de viaje*, cuatro tomos, también traducidos al francés, en 1834, y *Miscelánea*, tres tomos, en 1841.

Excluyendo las traducciones a que he hecho referencia, solamente conozco la versión a nuestra Lengua del primer tomo del Diario, publicada en Santiago de Chile, en 1906. Además de ser muy limitada su circulación, está basada en la traducción francesa de 1825, y es sabido que tal procedimiento aumenta el desgaste, como cuando se cambia comercialmente una moneda de plata u oro, y, cambiando sucesivamente el producido, en pocas operaciones se evapora el valor primitivo.

De esta considerable labor literaria he elegido los *Extractos del Diario* por contener parte principal y muy interesante de nuestra historia nacional. Así como las páginas vividas de los Robertson son el trasunto fiel de la sociedad colonial, desarrollada a lo largo de los grandes ríos patrios, las de Hall completan el ciclo, haciéndonos ver el escenario y los actores de la expansión argentina al través del continente sudamericano.

Debo advertir que no he traducido la obra completa porque, habiéndome decidido a emprender la tarea, el juicio sereno, imparcial y exacto que contiene sobre el general San Martín, he reducido el marco lo bastante para encerrar su retrato en

el vasto escenario donde desarrolló su acción incontrastable, a raíz de la Declaración de Independencia, sancionada por el Congreso de Tucumán. Guiado por este criterio he prescindido de la parte del viaje más allá de Guayaquil, que comprende las islas Galápagos, Panamá y la costa mexicana del Pacífico, hasta San Blas, supresión que no altera la obra y antes bien la completa, del punto de vista argentino.

En efecto, en el relato de su estada en Panamá, Hall cuenta que quince días antes de su arribo, el país, aprovechando la salida de las fuerzas enviadas en auxilio del ejército realista de Quito, se declaró independiente, en forma tan pacífica y tranquila, que permaneció en su puesto el mismo gobernador español, quien se limitó a izar la bandera de Colombia en substitución del estandarte real. No descubrió más descontento que el del bello sexo, por haber estado algunos años tiranizado amablemente por un hermosísimo regimiento de guarnición, cuya partida las damas patriotas no encontraban compensada con la idea abstracta de independencia.

Por tratarse muy probablemente del himno argentino, no he de pasar por alto la referencia del autor a la primera noche de su arribo, cuando, a pesar de la fatiga que lo dominaba, no podía conciliar el sueño, a causa del clamor de numerosos negros esclavos que en la plaza y a la luz de la luna, cantaban a toda voz «la canción patriótica del día, bien conocida en toda la América del Sur, cuyo estribillo es ¡Libertad!, ¡Libertad!, ¡Libertad!»

Hall anota el cosmopolitismo observable en Panamá, el predominio exclusivo del espíritu comercial, la desvinculación política con el resto del continente y la indiferencia por las noticias de lo que allá ocurría; de modo que uno se siente inclinado a atribuir a estas características la evolución completa de Panamá, desde acaparador, con Puerto Bello sobre el Atlántico, de todo el comercio continental, hasta su conversión definitiva en satélite de los Estados Unidos.

Se deduce también que la aspiración común a independizarse fué el solo punto de convergencia para conglomerados humanos, con tenues caracteres de diferenciación, esparcidos en los vastos territorios sudamericanos, e incomunicados entre sí. Antes de obtenido el objetivo de sus afanes, todos, excepto Chile, se entregaron a largas luchas civiles para modelarse en naciones: pero no es aventurado decir que la primera gran división continental se acusa con una línea demarcadora de

las influencias respectivas de San Martín y Bolívar, para atribuir a dos hombres representativos las condiciones variadas que se observan en Sud-América, de clima, suelo, producción y razas con las consiguientes aptitudes para la civilización.

He puesto igualmente de lado algunas descripciones minuciosas que, si despiertan interés en lectores ingleses, no tienen novedad para los argentinos, tales como las referentes al lazo y manera de usarlo, matanza de animales a campo, y preparación del charqui. El tiempo ha despojado de interés a otras páginas relacionadas con la región minera de Chile, del punto de vista estadístico y comercial, manera anticuada de beneficiar los minerales y detalles superabundantes de los estragos causados por el terremoto de Copiapó. En caso análogo se encuentran las disquisiciones sobre ciertas formaciones de Coquimbo, sin duda muy interesantes en el tiempo en que fueron escritas, cuando la geología moderna estaba en sus principios y despertaba no solamente interés científico sino de simple curiosidad.

He hecho excepción con el capítulo intercalado en la parte suprimida del original inglés, que contiene un estudio de la situación de Sud-América durante la época colonial, por el conocimiento y justeza de juicio que revela al señalar los fenómenos sociales. Todavía encierran y encerrarán por tiempo indefinido, problemas fundamentales de gobierno las observaciones expuestas sobre la manera de practicar la reparación y coexistencia armónica de los tres poderes, sobre la enorme máquina administrativa constituida por una serie de ruedas dentro de ruedas, con control excesivo, que diluye la responsabilidad de los empleados, y sobre la aglomeración de la gente en las ciudades y consiguiente despoblación de los campos. Son temas estos que, a medida que suba el nivel de nuestra política, han de embargar más la atención de los hombres de Estado, no para contrarrestar toda la corriente social encaminada en un rumbo, sino para ponerle pequeños estorbos en su curso a fin de establecer el equilibrio de los dos partidos orgánicos necesarios para el funcionamiento de la Constitución.

Encuadrada así la traducción, sin alterar en lo mínimo su concepto fundamental, se verá la escrupulosa verdad y agudeza de observación con que se describen el aspecto del país recorrido, las costumbres de los habitantes, la vida de familia y los acontecimientos históricos de que el autor fué testigo presencial. De todo ello, con la representación viva de una pe-

lícula cinematográfica, surgen los rasgos generales de una época acerca de la cual, puede decirse, no tenemos idea cabal y definida.

El retrato, físico y moral, y la actuación del general San Martín, tal como nos los pinta el autor, «no escritos en elogio o en vituperio, sino sencillamente para dar alguna explicación a un curiosísimo acontecimiento histórico», aparecen trazados con un relieve que no ha sido superado o igualado por los historiadores de más autoridad. Y tienen tanta mayor fuerza de penetración y lógica las conclusiones determinantes del criterio de Hall, al juzgar el carácter del general San Martín, si se considera que el libro fué impreso en 1824, es decir, quince años antes de correrse el velo que ocultaba el misterio de la famosa entrevista de Guayaquil.

Los historiadores patrios han escudriñado y documentado hasta el detalle los acontecimientos que afirmaron la independencia: pero, al abarcar el conjunto del tema nada han agregado a la concepción de Hall; antes bien a él han acudido para alejarse del terreno de las pasiones locales, como temerosos de que el entusiasmo patriótico afectase la serenidad de su juicio, a la manera del artista que se aparta del caballete para juzgar el efecto de las pinceladas en la obra pictórica.

Se explica perfectamente que los argentinos, no habituados a pisar firme sobre el terreno de una organización social que, sin salir de la etapa del militarismo e ignorancia de la masa, ha sido tanto tiempo sacudida por ráfagas de tempestad, encuentren difícil admitir que la renuncia del Protector del Perú y su alejamiento definitivo de la vida pública y de América, no fué un fracaso. Ha sido dificultoso comprender, en un ambiente de horizontes limitados, la revolución irreductible en San Martín de no desenvainar su espada para emplearla en guerras fratricidas: pero, a poco de reflexionar, aparece que tal conducta implicó la práctica de una virtud republicana, la abnegación, que hará más grande en los tiempos su figura moral.

Gran satisfacción patriótica se siente al ver destacarse del libro escrito por un extranjero la persona del Libertador, con sus verdaderos contornos de hombre de acción, animado por el pensamiento de independizar a toda la América, considerada como una sola entidad. Su visión era tan clara al respecto, que no solamente su desprendimiento abnegado sirvió para aprovechar mejor las fuerzas en la jornada final de Ayacucho, sino que trazó el rumbo de una política de unión y fra-

ternidad. En este sentido, la concepción superior de los intereses de América que su cerebro acarició, no es cosa del pasado, sino que se proyecta en un porvenir prácticamente indefinido; pues si esa política ha sufrido eclipses pasajeros en el doloroso período de nuestra organización, es bien marcada la tendencia social hacia una civilización superior basada en la paz y la libertad.

Así, pues, para los argentinos la personalidad de San Martín, como la de Wáshington para los Estados Unidos, es la representación simbólica de la patria, en lo que acaso haya manifestación de sano y consciente orgullo nacional que no tenemos para qué ocultar. Recuerdo que en 1906, viajé entre La Guayra y Saint-Nazaire, en compañía de un caballero venezolano que, como cosa natural, solía aludir al indispensable paralelo entre San Martín y Bolívar, con el dejo de displicencia por el primero que tanto se ha intensificado en los últimos años. Me limité a contestarle que sentía grande admiración por Bolívar, y en mi excursión por Venezuela constantemente me había acompañado el recuerdo de sus hazañas; pero que las estatuas necesitan pedestal, y, por tanto, se comprende que ocho millones hoy, y en cincuenta años más, treinta millones de argentinos, tengamos preferencias por nuestro Libertador.

Saluda a usted muy atentamente, S. A. S.,

C. A. A.

EL GENERAL SAN MARTÍN EN EL PERÚ

I

CHILE.

**Pasaje por el Cabo de Hornos. — Llegada a Valparaíso. —
Visita a Santiago.**

El barco de S. M. B. *Conway*, a mi mando, se hizo a la vela de Inglaterra el 10 de agosto de 1820, y habiendo tocado en Tenerife, Río de Janeiro y el Río de la Plata, recibió órdenes de continuar a Valparaíso, principal puerto de mar en la costa de Chile.

El pasaje del Cabo de Hornos ha adquirido tal celebridad en la historia náutica, a causa de las dificultades encontradas por Anson, que nadie que conozca la popular relación de su viaje, puede aproximarse al lugar sin curiosidad. El adelanto en la navegación y maniobra, marinera, en realidad ha desvanecido los terrores del Cabo, y el paso que antes costaba tanta labor y sufrimiento, se efectúa al presente con facilidad y seguridad relativas. Pero hay todavía bastante romance alrededor de su promontorio para despertar

no poco interés ; y, por consiguiente, todas las miradas se dirigían al Oeste, en la tarde del 25 de noviembre, rumbo en que el Cabo se encontraba. Varios grupos formados por los oficiales más curiosos se treparon a los masteleros, listos con sus anteojos de larga vita y cuaderno de dibujo, para aprovechar la primera visión de la tierra. Otros, cuya energía no igualaba a su curiosidad, subían unos pocos escalones de las jarcias y volvían a descender, diciendo que verían todo por la mañana sin molestia. Los marineros, entretanto, habitualmente indiferentes a todas las cosas de esta clase, se entretenían sobre cubierta en una bulliciosa partida de salto del sapo.

Mientras, el sol se ponía, y nuestro anhelo de visitar tierra antes del anochecer aumentaba por momentos ; pero al fin de un largo crepúsculo de verano, el anhelado Cabo, para nuestro gran deleite, apareció en el horizonte del Oeste, donde el contorno de la tierra, distante cincuenta o sesenta millas, estuvo corto tiempo claramente trazado en el firmamento, todavía iluminado por los últimos rayos del sol poniente ; pero pronto se perdió en la obscuridad.

Apenas hubo cerrado la noche cuando un suceso nuevo e inesperado atrajo nuestra atención ; una luz viva, en rumbo Noroeste, brillaba con intervalos regulares. Al principio de un rojo intenso, se hacía más y más débil hasta desaparecer ; después de un intervalo de cuatro o cinco minutos, su brillo volvía de repente y parecía que una columna de materias incandescentes se proyectase en el aire. Esta apariencia brillante duraba generalmente de diez a veinte segundos, desvaneciéndose gradualmente a medida que la columna descendía, hasta que al fin solamente era perceptible una masa roja oscura más o menos un minuto, y luego volvía a desaparecer. Se hacían muchas suposiciones

acerca de la causa de esta luz intermitente. Los marineros la atribuían a un faro de eclipse, a que realmente se asemejaba. Otros sostenían ser una selva incendiada, atribuyendo los cambios de intensidad a las ráfagas de viento que avivaban las llamas. Pero todos los que examinaron cuidadosamente la luz con los anteojos, convenían en atribuirlo a un volcán como el Strómboli, que emitía de tiempo en tiempo, chorros de piedras enrojecidas que, cayendo por las faldas de la montaña, retenían por corto espacio el rojo visible.

La luz continuó a la vista hasta la mañana, pero se desvaneció con las claridades del alba; y aunque durante la noche no parecía estar a más de ocho o diez millas, con sorpresa nuestra no se avistó tierra en dirección del volcán y encontramos, mediante observaciones tomadas con brújula, que efectivamente estaba a más de cien millas del barco, en la parte principal de la Tierra del Fuego.

No es improbable que un volcán semejante haya inducido a Magallanes a llamar Tierra del Fuego a esta región desolada.

A las seis de la mañana del 26 de noviembre nos habíamos aproximado hasta diez o doce millas del Cabo de Hornos, y al doblarlo para entrar en el Pacífico, tuvimos oportunidad de verlo en varias posiciones.

Bajo todos los aspectos, presenta apariencia elevada y majestuosa, digna del confín de tal continente. Es una roca negra, alta, acantilada, levantada netamente sobre toda la tierra vecina, completamente desprovista de vegetación, y muy entrada en el mar con glacial y solitaria magnificencia.

Como no puede suponerse que el lector en general tenga mucho interés en los detalles de un viaje desprovisto de dificultades y peligros, será suficiente

dejar sentado que después de luchar una quincena contra los vientos reinantes del Oeste, durante la que alcanzamos una vez la latitud Sud de los 62°, conseguimos entrar suficientemente en el Pacífico para poder gobernar con rumbo recto a Chile, sin temor de ser llevados de nuevo a las tierras vecinas del Cabo de Hornos, embarazo con que frecuentemente tropezaban los primitivos navegantes.

En justicia, sin embargo, hacia aquellos hombres perseverantes, es razonable explicar que en su tiempo el estado de la ciencia náutica era tal, que el más diestro y vigilante navegante podía hacer poco más que conjeturar su situación sobre el globo y, por tanto, estaba siempre expuesto a cometer los más fatales errores al trazar su derrotero.

Pero como consecuencia de la aplicación más extendida de la astronomía a la navegación, del uso del cronómetro y de la gran perfección de los instrumentos, el marino moderno está habilitado para atravesar el Océano con confianza y sin riesgo de ser arrastrado por las corrientes y otras fuentes de reconocimientos erróneos que perpetuamente distraían a los viajeros de la antigüedad.

El 19 de diciembre anclamos en la bahía de Valparaíso, puerto principal de la costa chilena, habiendo tardado 38 días desde el Río de la Plata.

Después de un viaje peligroso y prolongado, los marinos se hallan dispuestos a considerar deliciosa cualquier costa y probablemente, por tal causa, los primeros aventureros españoles denominaron este sitio Valle del Paraíso, designación que su aspecto presente, por lo menos, de ninguna manera justifica. La bahía es de forma semicircular, rodeada de cerros escarpados que se levantan casi hasta la altura de dos mil pies, escasamente cubiertos con arbustos achapa-

rrados, y hierba menudamente desparramada. La ciudad está construída a lo largo de una estrecha faja de tierra entre las barracas y el mar, pero como este espacio es limitado en extensión, las construcciones se han extendido por los lados y fondos de numerosas quebradas que interceptan los cerros.

El suburbio llamado el Almendral, más grande que la misma ciudad, se extiende sobre una llanura baja, arenosa, como de media milla de ancho, del lado superior o Este de la bahía. En los meses de verano, de noviembre o marzo, Valparaíso es fondeadero seguro y agradable; pero en invierno, especialmente en junio y julio, está expuesto a duras tormentas del Norte, dirección en que está abierto.

Tuvimos suerte llegando a Valparaíso en el momento en que las fiestas de Navidad estaban en su apogeo y multitud de gente había venido de la campaña para presenciar las corridas de toros y otros espectáculos.

Por la primera noche del día de Navidad, que corresponde aproximadamente con la mitad de nuestro verano, todos parecían salir para gozar del aire fresco a la luz de la luna.

Grupos alegres de danzantes se veían por todos lados y multitud de gente escuchando a los cantores que a grito herido entonaban sus antiguas romanzas al son de la guitarra; lucidos grupos callejeaban riendo y hablando en alta voz; turbulentos jinetes caracoleaban por todos los barrios, mezclándose con los peatones, bebiendo y hablando con ellos, pero nunca se desmontaban. Del uno al otro extremo de la ciudad, a lo largo de la base de las barracas y alrededor de la playa del Almendral, había una escena no interrumpida de ruidos y jarana.

Las corridas de toros que se celebraron a la una
SAN MARTÍN.—2

del día parecían todo menos corridas ; pero hacían reír a la gente, que era el objeto principal ; y congregando una multitud dispuesta a alegrarse, contribuían tanto a la felicidad general como si se hubieran efectuado de la cruenta manera acostumbrada.

El redondel en que se lidiaban los toros, pues no se les daba muerte, era una plaza cerrada formada por una construcción provisoria de unas cincuenta yardas de diámetro, toscamente levantada con postes enterrados entrelazados con gajos verdes y techada con tablones. En dos costados de la plaza se levantaba un segundo piso, dividido en compartimientos por medio de banderas y abierto en lo alto y frente ; éstos estaban rebosando de damas y niños, todos con sus ropas domingueras y sentados con mucha formalidad y decoro para presenciar la fiesta. La escena en el piso bajo, que estaba dividido en cabañas llamadas ramadas, era muy diferente : aquí había danza, canto, beberaje y toda clase de ruido y alboroto. Antes del comienzo de la lidia la plaza estaba llena de gente, algunos negligentemente fumando sus cigarros, y admirando los vestidos de las damas, y otros arriesgando su dinero a colorado y negro, para lo que se habían sacado muchas mesas de las ramadas al aire libre. Pero el principal interés estaba adentro de las ramadas, en cada una de las cuales había una banda de música y bailarines alquilados para atraer gente.

Sus instrumentos eran invariablemente arpa, guitarra y una especie de tambor. El arpa se coloca en posición distinta de la usada por nosotros ; pues en vez de vertical, se coloca horizontal, descansando la caja del instrumento en la falda del ejecutante, que se sienta en una banqueta baja. El tambor está hecho con un pedazo de madera ahuecada y cubierto en un extremo con cuero crudo. Descansa en el suelo y

se bate con los dedos mientras la muñeca se apoya sobre el borde. A veces, la caja del arpa o de la guitarra, se usa para reemplazarlo, o cualquier cosa que produzca un claro sonido hueco. Los ejecutantes, generalmente son también cantores, y la voz se confunde más o menos, todas las veces, con el instrumento musical. Cantan ordinariamente en tono alto y penetrante, desagradable al principio para el extranjero; pero al poco tiempo se acostumbra el oído, de manera que al juzgarlo apenas se puede ser justo. A veces cantan en tono más bajo, y entonces las notas son dulcísimas y agradables, pero teníamos razón para sospechar que esto se debía al buen gusto accidental del cantor que superaba a la práctica general del país.

Las corridas de toros eran espectáculos muy pueriles y no merecen descripción especial. Los animales, en realidad, nunca se mataban, sino que solamente eran atormentados por los jinetes que los aguijoneaban con lanzas toscas, o distraídos por hombres a pie que los capeaban y que cuando los toros se enfurecían, se escapaban saltando la barrera y se refugiaban en las ramadas.

El principal atractivo, al menos para nosotros, era la gente, cuya variable vestimenta no nos cansábamos de mirar, mientras la interpretación de su lenguaje extraño nos proporcionaba amplia ocupación, porque aunque declaraban hablar castellano, su conversación se señalaba fuertemente por palabras y pronunciación locales. Pero aunque todo era novedad para nosotros y participaba más o menos de un aire característico, no es de fácil descripción, principalmente por la desemejanza con cualquier cosa que antes hubiéramos presenciado.

Encontré en las ramadas cierta tarde, una familia a quien debía muchas atenciones, especialmente por

su ayuda para explicar las costumbres nativas. Visitamos juntos muchas de las ramadas y tuvimos oportunidad de ver más del baile que en la primera noche. Una de sus figuras favoritas empieza de manera parecida a nuestro minué, con lentos y aparentemente impremeditados movimientos; las parejas se aproximan y retroceden dándose las manos en ocasiones, moviéndose a la redonda y a veces encorvándose para pasar debajo de los brazo del compañero.

Estas figuras permiten el despliegue de mucha soltura y gracia; pero inevitablemente revelan cualquier grosería de porte.

Los movimientos lentos duran uno o dos minutos y después el compás de repente cambia de un melancólico tono monótono a un aire vivo y variado, sonoramente acompañado por el tambor y todas las voces. Al punto los bailarines comienzan una serie de pasos desordenados, durante el cual los pies no se deslizan en el suelo sino que zapatean con gran rapidez. En el momento de este cambio a un tiempo, los bailarines se lanzan adelante, agitando los pañuelos afectadamente ante su pareja. En realidad no se encuentran, sino que cuando casi se tocan, pasan y continúan girando uno alrededor del otro, en círculos mayores o menores, de acuerdo con el espacio libre, acompañando estos movimientos rotatorios con variadas gesticulaciones, especialmente la de agitar sus pañuelos por sobre la cabeza del compañero. Había diferencia sorprendente en la manera de bailar los puebleros o los huasos, mostrando siempre éstos mayor destreza y elegancia.

La diversión duró toda la noche y, aunque la gente en general es naturalmente sobria, era evidente que por la mañana los bailes adquirieron aspecto más salvaje y las canciones se hicieron licenciosas. Pero ha-

bía poquísimos momentos de borrachera o conducta desenfrenada. Ninguna mujer, sin ser agregada profesionalmente a la banda de música, danzaba jamás, pero cuando los hombres de todas las clases se juntan ocasionalmente, el piso rara vez está desocupado, ni se ve una sola pareja parada sin danzar. Cada figura dura de tres a cuatro minutos; después la música se detiene pocos segundos y en seguida, continúa, repitiéndose esto siempre tres veces. La afición del populacho por esta diversión es tan notable, que a menudo he vuelto a una ramada después de varias horas, y encontrado la misma gente todavía mirando el mismo baile con placer no disminuído.

El clima durante estas fiestas era, generalmente, agradable; de día el termómetro marcaba de 62° a 64° F y por la noche de 59° a 62°; entre las diez y media del día y las tres hay a veces calor molesto.

Siempre que la mañana se presenta con cielo perfectamente claro y el sol se levanta despejado de niebla con el horizonte en las lejanías quebrándose en una línea trémula, se podía esperar que se desencadenase a la una del día viento durísimo del Sur, que soplando directamente sobre la alta cadena de cerros que rodean la ciudad, forman remolinos y torbellinos que amontonan pirámides de arena en las calles, penetra en las casas y a veces llega hasta los barcos, cubriéndolo todo de polvo. A la puesta del sol estos vientos fastidiosos gradualmente amainan y dan lugar a una calma que dura toda la noche. Desde la salida del sol hasta la hora en que comenzaban estos vientos frescos, jamás había una gota de viento, o si la superficie de la bahía se rizaba en lo mínimo, era aquí o allí solamente por los débiles soplos momentáneos llamados por los hombres de mar zarpas de gato.

Cuando amanecía con nubes y niebla se seguía ge-

neralmente una brisa durante el día, a veces de un cuadrante, otras de otro ; pero en tales ocasiones nos librábamos del fastidio de los vientos frescos del Sur.

Estas variaciones tienen solamente lugar en verano.

Durante los meses de invierno, es decir, cuando el sol está al norte del Ecuador, el tiempo es muy inseguro. Duros vientos nortes soplan días enteros acompañados de copiosas lluvias y gran mar de leva que, agitándose desde el Océano, hace inseguro el fondeadero para los navíos, y levantando marejada muy grande en la playa, corta toda comunicación de los barcos anclados con tierra.

En esa estación el aire es frío y húmedo, de modo que los habitantes se alegran encendiendo fuego dentro de sus casas. Se usa carbón, generalmente, en grandes braseros lustrosos puestos en medio de las habitaciones, y la familia los rodea poniendo los pies sobre el borde.

En las casas de los ingleses y otros residentes extranjeros, han sido substituídos los braseros por estufas y se emplea la hulla. De este mineral hay abundancia en Concepción, puerto situado a 200 millas al sur de Valparaíso. Al presente se extrae de una veta espesa a flor de tierra, y como es de buena calidad, probablemente en el futuro tomará grande importancia.

30 de diciembre : Como había que aprender mucho de la gente congregada en las ramadas, hice propósito de ir todas las noches.

Era singularmente divertido observar sin ser visto los grupos que rodeaban las mesas de juego en medio del terreno. Una sola bujía puesta sobre la mesa alumbraba las pintorescas vestimentas y caras de los juga-

dores, que presentaban de manera sorprendente la variedad de expresión particularmente inherente a tales escenas. Una partida de jugadores me descubrió en cierta ocasión y me invitaron con buen humor a que tentase fortuna. Por accidente la bolilla cayó varias veces seguidas en el mismo cuadro, lo que hizo subir mi ganancia a un monto considerable, y al fin, gané un puñado de plata, principalmente a la gente que más se había empeñado en que yo jugara. Sus compañeros se reunieron conmigo para reírnos un poco de ellos, pero yo creí mejor, pensándolo bien, insistir y devolver el dinero.

Un caballero chileno de mi relación vivía junto a la plaza de toros, y los grupos acostumbraban frecuentemente reunirse en su casa para ir a las chinganas, nombre dado a las escenas arriba descritas. Una tarde, después de charlar un rato, los caballeros de la partida salieron para la plaza de toros, mientras las damas se excusaban de no acompañarnos; pero un cuarto de hora después, mientras nosotros paseábamos por una de las ramadas más bulliciosas, me informó privadamente un caballero que estaba en el secreto, de que tres de las damas de que nos habíamos separado se hallaban en nuestra compañía, pero tan bien metamorfoseadas, que aun cuando me las indicase serían reconocidas con dificultad. Puesto así, al cabo de la broma, supe que venían a espiar la conducta del dueño de la casa, marido de una de estas Tapadas, como las llaman.

Habían reñido al parecer estas damas con otras de su relación, y el objeto de esta escapada o extravagancia, era observar cómo se comportaba dicho caballero con sus enemigas. En consecuencia, tuvieron la satisfacción o la mortificación de verlo en traidor galanteo con el enemigo, y entonces, dejando que las co-

nociesen, para confusión de los ajenos a la trama, al momento desaparecieron. Al día siguiente supimos que las damas habían vuelto a los diez minutos con otro disfraz, y se habían entretenido en vigilar los movimientos de aquellos de nosotros que primero habían estado en la intriga y que todavía estábamos riéndonos de la primera hazaña. La noche siguiente intenté hacer a ellas la misma broma y me disfracé con gran cuidado, pero sus ojos ejercitados no eran para ser engañados y me reconocieron a primera vista.

Los comerciantes y vecinos principales moran en casas construídas junto al pie de las barrancas y en las calles del Almendral. Pero la gente más pobre vive generalmente en las quebradas. Esta clase social ha sido la menos afectada por los cambios en el estado político del país, y conservaban, según nuestros informes, los mismos hábitos y maneras anteriores, circunstancia que les daba grande interés para nosotros y, a menudo, vagábamos por ahí, en las horas frescas de la tarde, entre ranchos y en todas partes éramos recibidos con la mayor franqueza y hasta donde llegaban los escasos medios de sus habitantes, con hospitalidad. Eran principalmente ladrilleros, jornaleros y lavanderas, halagados por el interés que tomábamos en sus asuntos, contestando siempre con prontitud y amabilidad a nuestras preguntas. Su primer cuidado era de que nos sentáramos para que, usando su frase, pudiéramos sentirnos en nuestra propia casa; el siguiente deseo era de que tomásemos algo, aunque fuera poco; algunos nos ofrecían aguardiente, leche o pan; otros, que no tenían otra cosa, nos brindaban con un vaso de agua. Sin embargo, por miserable que fuera el rancho o pobre la vianda, la deficiencia se hacía más visible con disculpas.

Con política no enseñada, lo mejor que tenían

se ponía ante nosotros, agraciado con cordial bienvenida.

Estos ranchos, así como las casas de la ciudad, son construídos con grandes adobes chatos y techados con anchas hojas de palmera cuyas extremidades cuelgan de los muros y proporcionan sombra, lo mismo que preservan de la lluvia. Cada rancho se compone de dos cuartos, dormitorio y comedor ; parte del piso de barro se levanta siempre siete u ocho pulgadas sobre el nivel del resto, y estando cubierto con esteras, sirve para dormir la siesta después de comer.

En un rancho encontramos a una joven triturando maíz en un molino muy primitivo, consistente en dos piedras formando una un gran trozo acanalado puesto en el suelo, y el otro un pedazo pulido del tamaño doble de una mano.

El grano no molido parecía tostado hasta poderse reducir a polvo entre el índice y el pulgar, y la rústica harina, cuando se ha mezclado con agua, se convertía en la bebida agradable llamada ulpa.

En algunas de las quebradas, a veces descubríamos casas mejores, generalmente ocupadas por ancianas damas de cortas rentas, que habían dejado las reuniones elegantes y las casas de la ciudad, por más remotas aunque no menos cómodas moradas. Nada podía superar a la limpieza y regularidad reinantes en estas casas, donde á menudo nos recibían con una cultura de manera indicadora de haber conocido mejores días. Estas buenas damas generalmente nos obsequiaban con mate, bebida que los habitantes gustan con pasión.

Antes de la infusión, la hierba tiene color amarillo y parece en parte molida y en parte picada ; el sabor es semejante al del te fino, al que, en realidad, lo prefiere mucha gente.

El mate se prepara en un recipiente de metal en

forma oval del doble tamaño de un huevo, colocado casi lleno de agua, en el rescoldo del brasero que en casi todas las estaciones está en medio de la sala; cuando el agua comienza a hervir, se le agrega un terrón de azúcar quemado por fuera. El recipiente en seguida se traslada a una salvilla de filigrana de plata en la que se le alcanza al huésped, que chupa el mate por medio de una bombilla de plata, de seis u ocho pulgadas de largo, dotada en la punta inferior de un bulbo, abierto con pequeños agujeros. Los nativos bébenlo casi hirviendo y cuesta al extranjero muchas lágrimas antes de poder imitarlos a este respecto.

Hay una costumbre en estas reuniones de mate que, no obstante no ser fácilmente compatible con nuestros hábitos, el extranjero no debe aventurarse a objetar. Por numerosa que sea la compañía o por frecuentemente que se rellene el mate, nunca se cambia la bombilla; y rehusar tomar mate porque la bombilla ha sido utilizada previamente, se tomaría por una grave ofensa. Un caballero de mi relación que se hizo aficionadísimo a esta bebida, compró una bombilla para sí y la llevaba constantemente en el bolsillo; pero esto pareció tan ofensivo, que se vió obligado a dejarla.

La gente en general y especialmente los paisanos y las clases inferiores de los suburbios nos parecían más educados que los de igual condición en otros países. En su sociedad doméstica siempre eran notablemente corteses entre ellos, siendo los niños respetuosos y atentos y los padres considerados e indulgentes. Pero esto era visible sólo dentro del hogar, pues afuera los hombres eran muy descuidados en buenos modos y, aunque la rudeza efectiva era contraria a su naturaleza, en general no se cuidaban de los deseos de las mujeres y nunca buscaban la oportunidad de serles gratos, ni parecían complacerse en ser útiles con

pequeñas atenciones. Esta desatención habitual por parte de los jóvenes hacía a las mujeres algo desconfiadas de la cortesía con que los extranjeros las trataban, como cosa natural; y al principio frecuentemente observábamos una mirada de perplejidad cuando les rendíamos una atención común.

El estado de la educación en Valparaíso era deficientísimo, y a este respecto los hombres tenían ventaja. El refinamiento, no obstante, estaba todo en el bello sexo; en conocimiento del mundo, sano juicio y en todo lo relativo a modales eran manifiestamente superiores a los hombres.

Por algún tiempo después de llegar a Valparaíso nuestra atención se condensó de tal modo en las corridas de toros, que nos pusimos bien al cabo de los hábitos y opiniones de las clases inferiores; porque como parecía que tal oportunidad era poco probable que se volviera a presentar, todos nosotros tomábamos interés en tales investigaciones cuando cada tarde nos juntábamos con los naturales. Esto era tanto más agradable cuanto no había nada ordinario y vulgar en sus maneras; al contrario, un garbo atrevido y más bien gracioso caracterizaba su conducta.

Para nosotros eran invariablemente corteses y siempre deseosos de comunicar o recibir información.

Nuestra curiosidad, naturalmente, tendía a la política, y sabiendo que tendríamos eventualmente amplias oportunidades de conocer el estado del sentimiento en las clases superiores, nos ocupábamos en esta ocasión en describir los sentimientos de los paisanos.

Al principio nos desconcertó su calma y nos admirábamos de oírlos hablar con poco entusiasmo, y en términos tan poco vengativos, de los españoles, mientras las clases superiores en la ciudad misma, se

animaban cuando se les tocaba el tema y nunca se permitían pensar de sus antiguos dominadores sin expresar la animosidad más amarga.

Sin embargo, debe recordarse que con referencia a los efectos de la revolución, las clases superiores e inferiores eran diferentes.

La condición del paisano en la sociedad no había cambiado materialmente con la subversión de la autoridad española, mientras que la del propietario fué esencialmente alterada casi en todo sentido.

Las clases inferiores aquí como en todos los países, no son las más sensibles a la opresión del mal gobierno; y aunque incuestionablemente su prosperidad, con el transcurso del tiempo, ha de aumentarse grandemente con la realización de estos cambios radicales, su ventaja inmediata no puede ser tan directa o iranísta como la de las clases superiores.

En Chile, mientras el paisano permanece donde estaba, su superior ha obtenido muchos beneficios. Ha conseguido independencia política, es libre y seguro de su persona y bienes; por la primera vez en su vida participa del gobierno de su país; puede aspirar a los puestos más elevados de provecho o distinción; el valor de su propiedad ha aumentado con el mercado que se ha abierto para llevar sus productos; y no siente reserva alguna en ostentar su riqueza o en la expresión de sus opiniones; en suma, está en posesión de la libertad civil.

Los beneficios resultantes del comercio libre comparados con las restricciones y monopolios anteriores son los que más pronto comprenden todos los rangos; y aunque no puede negarse que también el humilde paisano del campo ha sentido el cambio producido por la revolución en los precios de las mercaderías, sin embargo, el beneficio de las clases superiores se ha senti-

do mucho más extensamente, porque ellos no sólo son mayores adquirentes, sino que tienen más frutos para dar en cambio.

Todas las clases, por consiguiente, altas y bajas, participan, aunque no de modo igual, en los beneficios resultantes del cambio de gobierno; y esta universalidad de beneficios es la circunstancia característica que, con una sola excepción, distingue las revoluciones americanas de todas las otras que conocemos.

Estos son beneficios positivos y sólidos. Que sean del todo comprendidos o aun apreciados inmediatamente, es pretender demasiado, y se cometerán muchos errores y extravagancias antes que tales bendiciones tengan su ejecución completa; pero como son para hacerse diáfanas por naturaleza si se las deja solas, cada hora sucesiva de libertad tendrá el efecto de agrandar el círculo del saber y virtud a través del país.

El 6 de enero de 1821, partí para Santiago, capital de Chile, en compañía de un oficial de marina quien, habiendo estado varios años de estancia en Sud América, se mostró el guía más útil por su conocimiento del país y por su información general. Como los caminos de Chile son inadecuados para carruajes, todos los viajes son a caballo, y siendo paso ordinario el galope largo, las mudas son necesariamente frecuentes.

El solo vehículo que se usa es un gran carro pesado, arrastrado por seis u ocho bueyes de marcha lentísima; pero el transporte de la mercadería del puerto a la capital y de allí a todo el país se hace con mulas excelentes.

Nuestra jornada se dispuso con poco discernimiento, pues en vez de hacer la mitad por la mañana temprano y la otra a la tarde, viajábamos al mediodía cuando el calor a que estábamos expuestos era intenso.

Todo el país parecía quemado, el sol reverberaba con vivo resplandor sobre todas las cosas, levantando del suelo aire caliente como el soplido de un horno; ni una hoja de pasto se veía en ninguna parte; ni una gota de humedad; todo estaba tostado y marchito a lo largo del suelo calcinado, rajado con innumerables grietas; ninguna brisa venía para aliviarnos y la opresión del clima era intolerable.

En el curso de la mañana pasamos varias cadenas de cerros, y aquí y allí eran alegrados los ojos con la vista de una leve faja de verdura que señalaba el camino de algún arroyo de montaña. Entre las cadenas que se levantaban varios miles de pies, observábamos llanuras rodeadas de terrenos altos, que daban la idea de lagos desecados.

Al cruzar una de estas cadenas, descubrimos un grupo de arrieros que habían procurado guarecerse del calor solar a la sombra de un bosque de altos árboles, en un parche de hierba junto a la orilla de un arroyuelo que salpicaba de roca en roca y llenaba de frescura deliciosa el aire. Sus mulas, en número de cincuenta, estaban dispuestas en círculo, cada una atada del cabestro a su carga colocada en el suelo. Los arrieros nos invitaron a desmontar y agregamos a su compañía, dándonos al mismo tiempo un poco de su ulpa fresca para beber y tratando de disuadirnos de seguir viaje hasta que bajase el sol; consejo que debiéramos haber seguido, porque sufrimos rudamente antes de llegar a Bustamante, donde comimos.

Siendo ésta una posta, la gente estaba preparada para recibirnos y colocaron la mesa en el pasaje de la puerta para que disfrutáramos de la fresca brisa que comenzaba a entrar.

Nuestra comida fué grandes higos negros y un jarro de limonada fría, cuyo perfume llenaba la casa,

además de pan blanco recién hecho con manteca fresca y en vez de vino, cuando se levantó el mantel, tomamos un mate.

La bondadosa gente del rancho nos instó para que durmiésemos la siesta antes de seguir adelante, pero habiendo resuelto llegar a la capital aquella tarde, nos negamos un lujo más tentador en aquel momento que nunca.

Una hora antes de ponerse el sol llegamos a la cumbre del último paso, de donde tuvimos la vista completa de los Andes. Antes habíamos visto solamente sus picos nevados y a una gran distancia, el mar, pero ahora teníamos la satisfacción de verlos de la cima a la base, a una distancia conveniente para poder apreciar su inmensa altura.

Como la llanura de que las montañas se levantan no es muy elevada sobre el nivel del mar, nada se pierde de su altura como cuando el país alrededor es muy alto, y podíamos contar algunas cordilleras, cinco o seis en número, elevándose unas sobre otras en magnífica irregularidad. Nada en paisaje montañoso podía ser más bello o menos al alcance de descripción verbal.

En nuestro camino a la ciudad por la llanura, alcanzamos una partida de soldados que conducían a la capital una partida de prisioneros españoles.

Habían sido tomados recientemente en batalla en el Perú, entonces teatro de la guerra entre chilenos y realistas. Como habrá ocasión en el capítulo siguiente de hacer referencia al levantamiento y progreso de la expedición chilena al Perú, no es necesario detenerse en ella al presente.

La agradable serie de reflexiones, sin embargo, sugeridas por la primera vista cercana de los Andes, se disipó con este desagradable espectáculo.

Es penoso en cualquier circunstancia ver hombres encadenados, aunque el castigo sea merecido ; pero lo es particularmente tratándose de prisioneros de guerra y es imposible no compadecerse de hombres cuyo único crimen consiste en haber sostenido fielmente la causa de su rey.

Encontramos el estado social de Santiago superior al del Puerto, como esperábamos. Los habitantes son más ricos y mejor educados y saben más de lo que pasaba en otras partes del mundo ; sus maneras son más delicadas, su vestimentas más a la moda y están mucho más cómodamente alojados.

Se parecen a los habitantes de Valparaíso, sin embargo, en su bondad hacia los extranjeros y sobre todo por su indulgencia y consideración por aquellos que hablan imperfectamente su idioma.

La ciudad se divide en cuadras, por calles que se cruzan en ángulos rectos ; las casas son de techos planos y de un solo piso con un hermoso parapeto corrido al frente encima de la cornisa ; todas son blanqueadas, y conservándose las calles perfectamente limpias, nada puede exceder al aseo de esta ciudad.

Las casas son cuadrangulares y a todas las habitaciones se puede entrar desde el patio que está en el medio, o por puertas de comunicación entre los cuartos. Se entra de la calle por un ancho y generalmente ornamentado pórtico, a cuyos flancos están los establos y la cochera. La sala y el comedor ocupan el lado del patio que da frente a la entrada y los dormitorios y el escritorio los otros dos lados.

En la estación calurosa se tiende un toldo sobre el patio, que contribuye mucho a la frescura de las habitaciones. A los fondos de cada casa hay un jardín por el que corre una acequia de agua clara.

7 de enero.—Fuí presentado esta mañana a una familia de mucho tiempo conocida de los extranjeros por su hospitalidad y útil amistad. Estaban sentados en un rincón de un cuarto mantenido casi obscuro para amortiguar el calor. Es usanza en el país entre las damas agruparse en los rincones o colocarse junto a los muros en cerradas líneas, no poco formidables para los extranjeros.

En la presente ocasión una de las damas, advirtiéndole que la conversación sería molesta en esta forma, se levantó y fué al piano; las damas permanecieron con su aguja tan formales como antes, pero luego entraron otros visitantes, se mezclaron las parejas y la tiesura que al principio nos había helado, cedió a un trato jovial y familiar que las señoritas animaban con mucho gracejo. Apenas las cosas habían tomado este cariz agradable, un anciano caballero de aspecto alegre entró saltando al cuarto, bromeando con la fácil familiaridad de una persona privilegiada. Era un clérigo de setenta años, pero con la salud y ánimo de los diez y siete, y disparaba sus bromas a derecha e izquierda sin piedad, pareciendo poner en ascuas a todos los presentes. Por algún tiempo se llevó todo por delante, y la manera con que chicleaba a los circunstantes era divertida por donde se le buscara. Al fin, algunas de las jóvenes ridiculizadas, estando quizá irritadas, según parecía, por algunos de sus sarcasmos que llegaban acaso demasiado cerca de la verdad, replicaron agudamente y con interés.

El buen padre estaba encantado con la vivacidad de ellas y las animaba a nuevos ataques afectando sufrir por su severidad, y luego se despidió, no obstante pedírsele unánimemente que se quedara.

Teníamos curiosidad por saber quién era este an-

ciano caballero, y supimos que había sido más de cincuenta años pastor de una remota reducción de indios, donde había adquirido, por su talento y virtudes, una influencia extensa e importante con los nativos, cuya condición él había mejorado en gran manera convirtiéndolos al cristianismo, e introduciendo la educación conjuntamente con las artes de la vida civil.

Por la tarde, a la puesta del sol, todos se dirigían a la Alameda o paseo público llamado también el Tajamar, formando un terraplén de uno de sus lados para evitar las inundaciones del río Mapocho, corriente insignificante en invierno, pero violento torrente cuando las nieves de los Andes empiezan a derretirse. Este paseo lo forma un ancho y muy bien conservado camino de carruajes con un amplio paseo de peatones a cada lado sombreados en doble fila de altos álamos. Debajo de los árboles se extiende una muralla baja, donde las damas, que generalmente se presentan vestidas de gala, extienden sus pañuelos con gran cuidado y afectada formalidad antes de aventurarse a tomar asiento. Cada punto del paseo domina una vista de los Andes, que distantes no menos de cincuenta o sesenta millas parecen dominar la ciudad.

El 9 de enero la ciudad se conmovió con la llegada de noticias del ejército del Perú, dando cuenta de varios éxitos obtenidos sobre los realistas, y tal, parecía, era la popularidad de la causa de la independencia, que un regimiento completo de soldados del rey se había pasado en masa y ofrecido sus servicios a los patriotas. Tan completamente todas las mentes de Santiago fueron monopolizadas por estas noticias, que de nada se pensó durante varios días sino de la expedición peruana.

Este estado de cosas nos proporcionó oportunidades frecuentes de descubrir el sentimiento público en

la cuestión general de la revolución, pues cada uno se deleitaba en conversar de este tema, y el entusiasmo del momento lo hacía el tópico más popular en todas las reuniones. El objeto principal de sus pensamientos, o en que insistían con la más firme convicción, era el mantenimiento de la independencia; después, una amarga animosidad contra sus primitivos dominadores, los españoles, sentimiento llevado a veces a extremos injustos e irracionales. Por ejemplo, a menudo vituperaban a individuos vivientes, y a clases de individuos, por faltas y errores que de ningún modo les eran imputables, sino que eran resultado del lento trabajo del desgobierno secular. También se deleitaban en fomentar y animar estas preocupaciones a sabiendas de ser una especie de porfiado engaño, que aun cuando indefendible en casos particulares, puede, sin embargo, y a la larga, contribuir esencialmente a la gran causa del país.

El espíritu que en un principio lanzó a los sudamericanos para sacudir el yugo español, era mantenido vivo y activo por tales antipatías, y el pueblo está impedido por sus pasiones tanto como por sus intereses, de adormecerse en su puesto mientras su libertad y honor están todavía en peligro.

16 de enero.—Tuve ocasión de enviar un despacho al comandante en jefe de la fuerza naval británica, Comodoro sir Tomás M. Hardy, por medio de un correo que, se decía, podía esperarse que cubriría el trayecto de Santiago a Buenos Aires en doce días, aunque en algunos casos se había hecho la jornada en once. La distancia es de 1.365 millas, de modo que el correo debe andar a un término medio de 114 millas diarias. Las comunicaciones entre Buenos Aires y Chile están expeditas desde hace algunos años, y ha-

biéndose establecido postas en todo el camino, la única dificultad de la jornada depende de la fatiga, mal alojamiento y mala comida.

En estas postas se obtienen caballos que siempre están listos; proporcionan cabalgaduras la multitud de manadas salvajes que cubren las pampas o llanuras de Buenos Aires que se extienden desde el mar hasta las faldas de los Andes.

Cuando los caballeros recorren este camino, es común hacer parte de la jornada entre Buenos Aires y las montañas, por pampas llanas, en carruaje, pero el trecho entre los Andes se puede solamente hacer a caballo o en mulas. Estos correos, criados para su oficio como ocupación exclusiva, son generalmente hombres pequeños y activos, morigerados en todos sus hábitos y poseídos de un espíritu de empresa y energía, que los distingue del resto de sus paisanos.

Así que salieron los despachos, visité una familia de mi relación, e inmediatamente de entrar al salón, la dueña de casa y una de sus hijas cada una me ofreció una rosa, disculpándose de no haberlo hecho antes.

Esta costumbre de regalar una flor a los extranjeros prevalece en todos los países españoles y es una de la extensa clase de atenciones que los españoles y sus descendientes entienden mejor que cualquier otra nación.

Nada es el favor en sí; efectivamente, parece esencial para la cortesía que fuese una bagatela; el mérito está en la forma natural y sencilla de buena voluntad y bondad que, mientras realmente obliga, no es de naturaleza de imponer obligación.

Mientras de este modo establecíamos una relación placentera con los habitantes de la capital, nuestro trato fué súbitamente interrumpido por una circunstancia que me obligó a ir al puerto. Habían llega-

do nuevas a Santiago que un navío de línea francés y una fragata habían tocado en Concepción, e intentaban visitar pronto Valparaíso. El arribo de esa fuerza en estos momentos suscitó sensación considerable entre los chilenos, y muchos alimentaban temores de que su objeto fuese hostil. Cualquiera que fuesen las intenciones del almirante francés hacia los chilenos, me sentí ansioso por estar a bordo del *Conway* cuando llegase, y en consecuencia no perdí un instante en volver a Valparaíso. Dejar la capital en esos momentos era para mí motivo de mucho pesar, menos por causa de su sociedad agradable, que por la importancia en cultivar el conocimiento personal de hombres con quienes probablemente tendría después relaciones oficiales.

La independencia de los estados sudamericanos no estaba reconocida por Inglaterra; no tenía cónsules, ni agentes políticos acreditados hasta entonces habían sido enviados. El intercambio comercial, sin embargo, entre los dos países era muy extenso, y aumentando día por día, suscitaba puntos dudosos y llegó a ser necesario iniciar correspondencia frecuente de naturaleza diplomática y comercial con los gobiernos locales.

Las únicas autoridades constituídas por Inglaterra en aquella parte del mundo era el comandante naval en jefe, sobre quien necesariamente recaían todas las responsabilidades de estas discusiones.

La tarea era de gran dificultad e importancia, principalmente por la vasta extensión de su jurisdicción y la inseguridad y lentitud de las comunicaciones. La variable naturaleza de todas las relaciones políticas en aquellos países—la inestabilidad e inexperiencia de los gobiernos, el estado de agitación en el espíritu público con la ausencia consiguiente de confianza co-

mercial—, la novedad, en suma, de cada institución, todo inspiraba para complicar en sumo grado, un objeto en ningún tiempo sencillo o de fácil manejo. Debido a la dificultad de comunicaciones entre las diferentes estaciones navales, se hacía imposible al comandante en jefe atender los detalles de los asuntos en más de un lugar ; los barcos de la escuadra se distribuían en aquellos puntos donde se requería más esencialmente la presencia de una autoridad británica, es decir : Río de Janeiro en el Brasil, Buenos Aires en el Río de la Plata, Valparaíso en Chile, Lima en el Perú y San Blas en la costa de México.

Había además muchos puertos intermedios donde la actividad de nuestros comerciantes había encontrado el modo de introducir el gusto de nuestras manufacturas, y todos estos lugares requerían ser visitados ocasionalmente para que los intereses británicos no careciesen de protección.

Sin entrar en detalles que parecerían cansadores, sería difícil obtener vista comprensiva de las variadas obligaciones que en esta coyuntura recaen sobre los capitanes de los barcos de S. M. B. estacionados a lo largo de las costas sudamericanas y mexicanas. Baste mencionar que todo asunto consular está a su cargo, toda cuestión suscitada entre súbditos británicos y las autoridades locales necesariamente se discute por su intermedio—algo de una nueva clase de obligaciones para oficiales de marina, pero que por ser los únicos individuos desinteresados en el lugar, son los únicos llamados a tomarlas a su cargo—. La mayor parte de estos malentendidos se producían a causa de reglamentos comerciales que los comerciantes calificaban de molestos ; a veces se originaban en el apresamiento de barcos ingleses, alegando que intentaban introducir mercaderías sin pagar derechos ; a

veces se acusaba a los comerciantes de ocultar en sus buques bienes de los españoles, y otras se decía que se violaban las leyes del puerto o del país en general, siendo seguida de prisión la imputación del delito, o de confiscación de la propiedad. En estos y en otros muchos casos se esperaba que reclamasen al gobierno los capitanes de los barcos de su majestad; siendo, sin embargo, su deber especial sencillamente hacer presente y, si era posible arreglar los asuntos amigablemente, pero nunca amenazar o actuar hostilmente sin instrucciones del comandante en jefe, en respuesta a las manifestaciones que se le hacían de todos los casos. Pero casi en cada caso era de inmediata consecuencia para el adelantamiento de los intereses comerciales, que las cuestiones a que se ha aludido se arreglasen al momento.

La situación comercial y, en verdad, de todas las circunstancias políticas en aquellos países, estaba sujeta a fluctuación tan perpetua, que mucho antes de recibirse respuesta del Comodoro, todas las circunstancias materiales del caso podían haber cambiado. La imposibilidad de predecir los cambios o de estimar con cualquier precisión el efecto probable de las grandes convulsiones políticas con que el país se desgarraba, hacía que fuese dificultad extrema para el comandante en jefe dar las instrucciones a sus oficiales de cuyos procedimientos era oficialmente responsable.

Aun menos, puede suponerse, podía el gobierno de S. M. B. tener ninguna concepción clara de los detalles, en medio de tan prodigiosa confusión de circunstancias que variaban hora por hora.

La consecuencia era que a los oficiales se les ponía al cabo de los principios generales que debían regular su conducta, y después se les dejaba, como materia de necesidad absoluta, actuar según su mejor

juicio y habilidad dentro del espíritu de sus instrucciones.

Con todo el cuidado posible, sin embargo, a veces ocurrían casos tan difíciles y complicados, que parecían completamente imposibles de ajustar, sin ampliación de poderes.

En tales ocasiones, se hacía indispensable consultar a la autoridad superior. Las tareas del Puerto eran, por otro lado, de índole más fácil, relacionándose principalmente con diferencias entre nuestros paisanos, y reglamentadas hasta cierto punto, por expresas facultades escritas, a que fácilmente se podía recurrir.

Como el número de buques en el puerto era generalmente considerable, estas discusiones se hacían muy engorrosas, y cuando se las agregaba a los ordinarios impedimentos profesionales, dejaban poco tiempo desocupado para atender a las nuevas escenas locales y características que diariamente pasaban a nuestro derredor.

Fácilmente se comprenderá cuán materialmente nuestros objetos en la relación oficial antes aludida eran en cierta manera facilitados con el previo conocimiento personal de ambas partes empeñadas en la cuestión.

Porque acontecía casi invariablemente, que las dos eran igualmente condenables y la única manera de averirlas era por convenio, mediante la intervención de un tercero desinteresado, el éxito de cuya mediación evidentemente dependería muchísimo del conocimiento de los respectivos caracteres de los desavenidos. Era principalmente por esta razón, que deseaba haber permanecido más tiempo en la ciudad, ver más a los diferentes miembros del Gobierno, tanto como

extender mis conocimientos entre los residentes ingleses.

Llegué a Valparaíso antes de que los barcos franceses hicieran su aparición, y me sorprendió mucho la ansiedad mal oculta con que los habitantes esperaban el suceso. El orgullo nacional reprimía la expresión de cualquiera alarma, pero el conocimiento de su propia insuficiencia para resistir tal fuerza los llenaba de natural desasosiego. Sin embargo, como lo probaron los sucesos, nada podía ser más infundado que tales temores; pues los franceses, después de breve visita amistosa, volvieron a tender las velas llevándose los corazones de la mitad de las bellas porteñas.

Antes de la partida, el gobernador dió un gran baile en obsequio del almirante francés y de sus oficiales, y sin consideración al tamaño de los salones, invitó a todas las beldades y gente de tono. Muchos de los concurrentes, bien conocidos por su situación de indigencia y cuya norma de vida ordinaria era de la más humilde, aparecieron con rica indumentaria y llevando joyas de valor considerable. Nada hay, en verdad, en que las mujeres de este país, especialmente las que son menos capaces de proporcionárselo, rivalicen más entre ellas que en vestirse espléndidamente para las grandes ocasiones; y se dice que a menudo se someten a muchas severas privaciones para conseguir este gran objetivo de su vanidad.

En el curso de la noche, estando lleno el salón, me consideré feliz en procurarme aire fresco sobre la plataforma que circunda la casa del gobernador. Retornando al baile, percibí una puerta abierta que conducía a un cuarto separado del apartamento principal por un vestíbulo donde estaba instalada la música. Entrando en el cuarto, fuí sorprendido con la vista de varias jóvenes visiblemente con apariencias seño-

riles, paradas sobre las sillas y esforzando sus ojos para mirar, por sobre las cabezas de sirvientes y músicos, a los extranjeros que estaban en el salón, del que parecían excluidas.

En un sofá de un rincón, cerca de ellas, estaban dos majestuosas damas ancianas, sencilla aunque elegantemente vestidas, que no parecían simpatizar con sus hijas en la vehemencia por el baile, sino que se sentaban aparte conversando. En sus rostros, que conservaban rasgos de considerable belleza, había una expresión de melancolía, mientras su porte indicaba indiferencia por todo lo que les rodeaba.

Averiguando, supe que eran españolas que bajo la pasada administración del país habían sido personas ricas y de importancia, pero cuya vida ahora se conocía apenas.

La reciente revolución las había despojado de su fortuna y rango y vivían en tal pobreza y obscuridad, que no se las había creído dignas de una invitación para el baile.

Incidente tan insignificante como éste, si se analiza debidamente, lleva a reflexionar sobre las inevitables consecuencias de todos los cambios políticos violentos.

Al llegar por primera vez a Sud América uno está dispuesto a deslumbrarse con la brillantez del espectáculo, e imaginar que el bien emergente de la emancipación del pueblo es sin mezcla.

Los que han tenido éxito desean en extremo echar este velo engañoso sobre todas las cosas. La experiencia, no obstante, pronto demuestra las obras amargas de la fortuna bajo gran variedad de formas, y es tarea saludable para la mente y el corazón, considerar estos ejemplos atentamente cuando ocurren. En tiempos revolucionarios especialmente, podemos estar se-

guros que, en medio de los regocijos más entusiastas, siempre habrá muchas aficciones secretas dignas de consideración y respeto. El incidente antes relatado fué el primero que vimos de esta clase, y por esta causa quizás, pareció más impresionante que los innumerables casos de ruina y desamparo inmerecido que después encontramos por todas partes siguiendo las huellas de la revolución.

18 de enero.—Fuí a visitar una familia del Almen-dral. Las damas, como de costumbre, estaban junto al muro en línea compacta, con sus chales en la cabeza, cruzando el manto hasta ocultar el rostro. Una joven tocaba el arpa, otra la guitarra, mientras algunas cantaban con sus voces penetrantes la canción patriótica del día. Otras charlaban, o trabajaban, y la velada iba pasando bastante agradablemente cuando, sin causa aparente, todas saltaron, arrojaron sus instrumentos musicales y sus trabajos y salieron de la casa de la manera más frenética, gritando, ¡ misericordia, misericordia! golpeándose el pecho al mismo tiempo y pareciendo aterrorizadas más allá de donde es posible describir. Me asombraba todo esto, pero seguí al grupo a la calle clamando ¡ misericordia! como cualquiera. Era una clara noche de luna, y la calle de uno a otro extremo estaba llena de gente; algunos a medio vestir, habiendo saltado del lecho—niños arrebatados al sueño gritaban por todas partes—, muchos llevaban luces en la mano; en suma, nunca se vió espectáculo de tanta confusión y alarma descabellada, y todo en apariencia ocasionado por movimiento espontáneo, sin ningún motivo visible. Después de permanecer en la calle alrededor de un minuto, toda la multitud volvió a entrar corriendo a sus casas, de modo que en pocos segundos se aplacó el alboroto y no se veía alma vi-

viente. Luego pedí se me hiciese saber la causa de esta conmoción asombrosa, teniendo yo idea vaga de que formase parte de alguna ceremonia religiosa, cuando con gran sorpresa mía supe que se había producido por un terremoto, tan fuerte, que la gente había tenido miedo de que las casas se le desplomasen encima, y había salido a la calle para evitar el peligro; por mi parte, no me apercibí de que se hubiese producido ningún movimiento, ni oí el ruido que describían como extraordinariamente fuerte. Al mencionar después el incidente ante varias personas, se me afirmó que hasta mucho después de su arribo, los extranjeros son insensibles a los temblores que un nativo distingue inmediatamente. También puede mencionarse, como un desusado efecto de la práctica, que la sensación de alarma producida por los terremotos aumenta en vez de disminuir, y el que al principio ridiculiza los terrores de las gentes, llega a ser, dada la ocasión, aun más temeroso que ellos.

19 de enero.—Fallecido en Valparaíso un oficial de la fragata norteamericana *Macedonia*, y no habiendo barco de guerra de esa nacionalidad en el puerto para tributar a sus restos los honores acostumbrados, consideré razonable reemplazar a sus conciudadanos ausentes yendo con los oficiales de la *Conway*, y gran parte de la tripulación, en procesión hasta la tumba, acompañado por todos los norteamericanos, ingleses y otros extranjeros sin distinción, que a la sazón estaban en el sitio. En lugares remotos de la patria, un incidente de esta clase hace que todo extranjero sienta más fuertemente la índole aislada de su situación, y en ausencia de sus amigos naturales, lo dispone a unirse a aquellos que lo rodean, quienes, en situación

igualmente desolada, están prontos para compartir sus sentimientos,

Al llegar a la tumba, aun a los más irreflexivos les chocó encontrarse con que el cadáver había de yacer en el suelo no sagrado, pues parecía que los españoles habían negado sistemáticamente a todos los extranjeros no católicos, el privilegio de sepultura cristiana. Pero es grato saber que el nuevo gobierno, a partir de entonces, con espíritu digno de los tiempos, ha mostrado la mayor solicitud en destinar con este propósito un pedazo de tierra consagrada.

21 de enero.—Los chilenos son aficionados a los paseos al campo para comer en cualquier lugar que les acomode durante la excursión ; y hoy me sucedió encontrarme con algunos amigos dispuestos para una excursión de esta clase, todos amontonados en una carreta en camino a los cerros ; como les faltaba un caballero más, me fué agradable agregármeles. Llegamos sin inconvenientes al sitio, aunque suficientemente traqueados y casi sordos a causa del sonido crujiente de las ruedas, que como en España, se conservan a propósito sin grasa, se dice que para con este torpe arbitrio evitar el contrabando, desde que ningún carro o carreta puede pasar a media milla de un aduanero sin llamar la atención al momento. Aquí nos encontrábamos sentados dentro del fresco verandá de una cabaña primorosamente construída, y viniendo brisa del mar, era deliciosamente refrescante después de nuestro polvoriento trayecto en carreta. Nuestra situación en la falda de la montaña dominaba la vista completa de la bahía y los buques, lo mismo que la larga línea de casas que adornaban la orilla ; y rodeada la cabaña de árboles frutales, higueras, manzanos, durazneros, y perales, y sombreada por altos ta-

marindos, el nombre dado al valle por sus descubridores ya no parecía inapropiado; se justificaba aún más por nuestro descubrimiento posterior, cuando vagábamos entre los cerros, de vestigios indudables de una antigua selva. Se avivaban nuestras fantasías considerando el porvenir cuando la industria y la riqueza restaurasen a su belleza primitiva este paisaje inculto.

Nuestro pic-nic difería mucho de los refrigerios con aquel nombre de que he participado en otros países, pues aquí participamos de lo menos una docena de viandas, con todas formalidades de una comida, no seguida, sin embargo, de la siesta habitual, omisión rarísima. Estando los compañeros en disposición alegre, se votó que en vez de dormir iríamos a un jardín que distaba una milla, y aceptada la proposición por aclamación, partimos, y correteando arriba y abajo por frescas sendas durante una hora, regresamos a la ciudad cargados de rosas y rosal silvestre.

El 22 de enero el barco de S. M. B. *Owen Glendower* llegó a Valparaíso y se ordenó al *Conway* seguir al Perú, haciéndose a la vela el 27 para el Callao, puerto de Lima.

II

CHILE

Noticia de la Revolución de Chile.—El general San Martín.—Llegada de Lord Cochrane.—Toma de Valdivia.—Operaciones de la expedición del Perú.—Captura de la «Esmeralda».

Chile sacudió el yugo español por primera vez en 1810, pero no se afianzó completamente la independencia nacional hasta abril de 1818. Durante este interregno las discusiones de partido, sus disputas sobre la forma de gobierno, y el derecho de elección, con otras causas perturbadoras emergentes de la ambición de individuos turbulentos y la inexperiencia de toda la nación en asuntos políticos, tan materialmente retardaron la unión del país, que los españoles, enviando expediciones del Perú, fueron capaces, en 1814, de restaurar su perdida autoridad en Chile.

Entretanto, el gobierno de Buenos Aires, cuya independencia databa de 1810, naturalmente temía que las armas españolas no se detuviesen en la falda occidental de los Andes, sino que pronto caerían sobre

las provincias del Río de la Plata. Para precaverse de este peligro formidable, decidieron ser los invasores, y con grandes esfuerzos equiparon un ejército de 4.000 hombres. El mando de esta fuerza se confió al general don José de San Martín, natural del pueblo de Yapeyú, hombre muy querido por todos y tenido en tan alta estimación por el pueblo, que a sus esfuerzos personales se debió principalmente la formación de este ejército.

Con estas tropas entró San Martín en Chile por un paso de los Andes hasta entonces considerado infranqueable, y el 12 de febrero de 1817 atacó y derrotó por completo al ejército realista en Chacabuco. Los chilenos, librados así de la presencia inmediata del enemigo, volvieron a reunirse en congreso, y habiendo establecido nueva forma de gobierno, compuesta de un director y cinco senadores, unánimemente eligieron al general San Martín por jefe—honor, sin embargo, que resueltamente declinó, proponiendo al mismo tiempo que fuese designado el general don Bernardo O'Higgins, su constante compañero de armas—. Se procedió de conformidad, y este meritorio oficial, descendiente de irlandés aunque nacido en Chile, ha permanecido desde entonces al frente del gobierno.

Los restos del ejército español se refugiaron en Talcahuano, puerto de mar fortificado, cerca de Concepción, en la frontera sur de Chile. Se tomaron medidas rigurosas para reducir esta plaza, pero a principios de 1818 el virrey del Perú, desguarneciendo aquella provincia de sus mejores tropas, envió un cuerpo de 5.000 hombres al mando del general Osorio, que logró unirse con los españoles sitiados en Talcahuano, reforzando de este modo el ejército real compuesto

de 8.000 hombres, arrolló a los chilenos, marchó sobre la capital y ganó otras ventajas considerables, principalmente la sorpresa nocturna de Talca el 19 de marzo de 1818, donde los realistas casi dispersaron completamente a las fuerzas patriotas. San Martín, sin embargo, que después de la batalla de Chacabuco había sido nombrado comandante en jefe de los ejércitos aliados de Chile y Buenos Aires, y que parece haber gozado en grado sumo de la confianza de ambos países, logró, ayudado por los generales O'Higgins y Las Heras reunir las tropas, aumentando su número e infundiéndoles nueva decisión.

Estos esfuerzos de parte de los generales eran admirablemente secundados por los habitantes de Santiago, quienes viendo la necesidad de hacer un esfuerzo extraordinario, no solamente subscribieron dinero, sino que dieron toda su plata y joyas para el bien de la patria. Esta ayuda oportuna habilitó a San Martín para reorganizar su ejército con celeridad pasmosa y volverlo a llevar al campo de batalla mejor ordenado que antes, de modo que el 5 de abril, quince días después de su derrota, empeñó batalla, y después de una lucha obstinada y sangrienta, derrotó completamente al ejército español en los llanos de Maipú.

Desde ese día Chile puede fijar su independencia completa, porque aunque un corto número de tropas españolas intentó hacer pie en Concepción, pronto fué desalojado y el país quedó en completo poder de los patriotas, o, como los llaman en su lengua expresiva, hijos del país. Teniendo ahora tiempo para respirar, el gobierno chileno, ayudado por el de Buenos Aires, determinó atacar a los realistas a su turno, enviando un ejército contra el Perú, temperamento grandioso y audaz que tuvo origen en San Martín, quien vió que la independencia de ninguno de estos países

se afianzaría mientras una gran fuerza española se mantuviese en la vecindad apoyada por la riqueza y recursos del Perú.

Si esta expedición hubiese salido inmediatamente, poca duda quedaría de su éxito inmediato y seguro, pues el Perú, en efecto, había sido dejado casi indefenso por los esfuerzos hechos para sofocar el espíritu revolucionario en Chile, y de su estado de prostración no se restableció por algún tiempo. Sin embargo, Chile y Buenos Aires, hallándose ambos en mucho en las mismas circunstancias, no podían afrontar los grandes esfuerzos requeridos para enviar la expedición; la dificultad de conseguir barcos, armas y otras exigencias, y los hábitos indolentes adquiridos de los antiguos dominadores impidieron hacer ningún progreso efectivo para la expedición hasta marzo de 1820, dos años después de la batalla de Maipú. Tenían por delante, sin embargo, una causa que infundía valor; estaban animados por el éxito y fuertemente estimulados por la esperanza de afianzar su independencia y por el temor de caer bajo el antiguo yugo. La fuerza naval española en el Pacífico era entonces de importancia, y aunque los chilenos habían hecho grandes esfuerzos para aprestar una escuadra y se cubrieron de gloria en el mar en más de una ocasión, no habrían podido en mucho tiempo obtener tal dominio de la costa marítima como era esencial para el proyecto antes mencionado, si lord Cochrane, afortunadamente para la causa de la independencia, no hubiese acudido por invitación del gobierno chileno, para tomar el mando de la escuadra.

La gran influencia que el renombre de lord Cochrane, su intrepidez sin igual y sus inagotables recursos en la guerra, han tenido en el destino de aque-

llos países, hacen de la narración de sus proezas parte principal de este bosquejo.

Su Señoría llegó a Chile en noviembre de 1818, e inmediatamente fué nombrado comandante en jefe de la escuadra. Cierta número de oficiales ingleses y muchos marineros ingleses y norteamericanos, atraídos por la fama de su nombre y la índole romántica de la causa, acudieron con vehemencia a su bandera. Mediante sus esfuerzos unidos la flota chilena se aumentó tanto en número y eficacia, que en septiembre de 1819 se efectuó un brillante ataque a los fuertes y barcos del Callao, que aunque no seguido de ningún éxito importante, infundió confianza práctica a la flota, mientras alarmó a los españoles, por el despliegue de un gran poder naval que no sospechaban. Su Señoría, después de este ataque, fué a Guayaquil, donde sorprendió y se apoderó de un número valioso de buques españoles cargados con maderas y artículos navales; luego se hizo a la vela de la costa del Perú, con intención aparente de volver a Valparaíso; en vez de hacerlo, se dirigió con celeridad y decisión, perfectamente incomprensibles para sus enemigos tardos, a Talcahuano, puerto de Concepción, pueblo fronterizo de Chile. Aquí el general Freire, al mando del distrito, reforzó a su Señoría con un destacamento de soldados, y zarpó para Valdivia, pueblo español de importancia y sólidamente fortificado, en el Sur. El 2 de febrero de 1820, lord Cochrane consiguió por una característica combinación de sangre fría y valor impetuoso, apoderarse de todas las baterías enemigas una después de otra, y, por consiguiente, de la ciudad y provincia. Como ésta es una de las más importantes hazañas de la guerra, la transcripción de la carta de Cochrane detallando el suceso, creo que será interesante.

«*Ncta de lord Cochrane al ministro de Guerra y Marina del gobierno de Chile.—A bordo del «Montezuma».—Valdivia, 4 de febrero de 1820.*

»Señor : Tuve el honor de informaros desde Talcahuano que aprovechando la oportunidad que se presentó de comunicarme con el coronel Freire sobre los medios eficaces para expulsar al enemigo del sur de Chile y libertar al país de futuras incursiones, me valí de la cooperación de ese celoso y activo jefe, quien me proporcionó, el 28 del pasado, los soldados y otros auxilios que le requerí. La *O'Higgins*, el bergantín *Intrépido*, y la goleta *Montezuma*, zarpando con buen viento el dos del corriente mes, arribaron al punto de reunión convenido, diez leguas al sur de Valdivia. Todas las tropas fueron entonces transbordadas a barcos menores, y dejando afuera la *O'Higgins*, nos corrimos a la Aguada del Inglés, donde anclamos a distancia regular de la batería y fuerte de San Carlos. Las tropas desembarcaron a la puesta del sol ; pero esto no se verificó sin que el castillo comenzara a hacernos fuego, y a consecuencia del gran oleaje que retardó el desembarco, el enemigo ganó tiempo para reunir una fuerza considerable detrás de los precipicios que contornean la plaza.

»Sin embargo, los marineros de la *O'Higgins* y el *Intrépido* con los soldados, llegando a la costa pusieron en fuga al enemigo, y siguiéndolo en dirección a los fuertes de la Aguada del Inglés y de San Carlos, tomaron inmediatamente posesión del primero ; el segundo fué tomado por asalto ya entrada la noche, a pesar de todos los esfuerzos hechos por el enemigo para defenderlo. La rapidez con que tomamos las baterías de Avanzada, Barro, Amagos y Chorrocoma-go, puede sólo compararse con el valor y decisión de

los oficiales y tropa que entraron al castillo de Corral junto con el enemigo, al que persiguieron hasta el último punto que permanecía en su poder.

»De esta manera cayeron todas las baterías y fuertes de la ribera sur, cuya fuerza artificial no es nada en comparación con su ventajosa situación natural.

»Os adjunto las cartas del mayor Beauchefs que mandó el valiente destacamento de 250 hombres con que el patriota coronel Freire me auxilió, y del mayor Miller que mandaba los marinos. De la valerosa conducta de estos dos oficiales y del capitán Frézcano que mandaba el destacamento del *Intrépido*, como de todos los demás, no puedo decir nada en elogio adecuado a su mérito y, por consiguiente, los recomendaré, con expresivo silencio, a la consideración de S. E. el Supremo Director.

»Había casi olvidado mencionar que estos fuertes y baterías montan setenta piezas de artillería y que hemos tomado dentro del puerto al barco *Dolores*—firmado, Cochrane.»

Mientras lord Cochrane estaba de este modo destruyendo al enemigo en todos los puntos donde nacía pie y persiguiendo sus barcos dondequiera que estuviesen, el gobierno de Chile no permanecía inactivo. Los recursos del país se explotaban diéstramente, se formaban y disciplinaban tropas y se hacían todos los preparativos para la grande expedición al Perú. El gobierno ejecutivo también se trasladó de la capital a Valparaíso, para cooperar más eficazmente con el infatigable San Martín, en organizar el ejército, y lord Cochrane, tan luego como se hicieron los preparativos necesarios para la nueva administración de Valdivia, regresó a Valparaíso, donde se dedicó con asi-

duidad constante al apresto de la flota destinada a acompañar la expedición. Bajo su mando todo prosperaba; los limitados recursos navales resultaban de la mayor importancia, con una destreza y habilidad profesional que asombraba a todos; ni era su señoría menos feliz en sacar de los materiales incongruentes a su mando, completa unión de corazones y manos en la ejecución de la gran tarea que había emprendido. Finalmente, se anunció que la expedición estaba lista para zarpar el 15 de agosto, las tropas que habían estado acampadas, prontas para marchar, en la vecindad, entraron en Valparaíso el 16, e inmediatamente se embarcaron desde el Arsenal bajo la superintendencia del general Las Heras; entonces se sostuvo por hombres experimentados en el embarque de ejércitos regulares, que su aspecto y disciplina eran dignos de cualquier país. Su número montaba a 4.400 hombres, excluyendo 500 que se incorporaron a la expedición a su paso por Coquimbo. Quince mil armas con cantidad proporcionada de munición y vestuario, fueron embarcados con el fin de organizar nuevos cuerpos con los peruanos que, se esperaba, acudirían a la bandera independiente tan pronto como la expedición desembarcase. El general San Martín fué nombrado comandante en jefe y capitán general del Ejército Unido Libertador del Perú.

La flota al mando de lord Cochrane se componía de la *O'Higgins* de 50 cañones, llevando al tope la insignia de almirante; del *San Martín* 60, el *Lautaro* 40, *Independencia* 24, y tres barcos menores. Los transportes eran en número de 20, principalmente presas tomadas a los españoles. El primer boletín del Ejército Libertador empezaba con las siguientes palabras, que fijaban el objeto de la expedición brevemente y con algo de brío;

«Valparaíso, 13 de agosto de 1820. En el año diez de la revolución sudamericana y trescientos de la conquista del Perú, un pueblo cuyo rango en la escala social ha sido considerado hasta ahora inferior a su destino, ha emprendido romper las cadenas que Pizarro comenzó a forjar con sus manos tintas de sangre en 1520. El gobierno establecido en Chile, desde su restauración, habiendo concebido este grandioso proyecto, estima razonable que sea llevado a cabo por la misma persona (1) que ha prometido dos veces salvar al país y dos veces lo ha cumplido.

«La expedición aprestada con grandes sacrificios, finalmente está lista para partir, y el ejército de Chile unido al de los Andes, está llamado ahora a redimir el suelo en que la esclavitud ha existido más largo tiempo, y desde donde se han hecho los últimos esfuerzos para oprimir a todo el continente. Feliz este día en que comienzan a registrarse los movimientos y los actos de la expedición. El objeto de esta empresa es decidir si ha llegado o no el tiempo en que la influencia de Sud América en el resto del mundo será considerada con su extensión, sus riquezas y su situación.»

Como habrá ocasiones frecuentes de usar las palabras *españoles* y *patriotas*, quizás evite malentendidos advertir que, por español se entiende exclusivamente la persona nativa de la vieja España, y por patriota, a la persona nacida en Sud América y afiliada a la causa de la independencia. Los nacidos en las colonias de padres españoles, en Europa son llamados criollos, generalmente, pero el uso de este término se evita, por ser algo ofensivo a los oídos sudamericanos, probablemente por haberles sido aplicado du-

(1) San Martín 1817 en Chacabuco y en 1818 en Maipú derrotó completamente a los españoles.

rante su estado de sumisión. Al hablar de sí mismos se valen del término americano o patriota, pero como el primero puede hacer que se confundan con los habitantes de los Estados Unidos, parece menos objetable emplear patriota cuando se habla de personas nacidas en el país aunque desciendan de españoles. La palabra patriota, en verdad, no describe en su sentido estricto, hablando de los estados sudamericanos, lo que se quiere decir, pero en los últimos años ha sido tan universalmente aplicada para designar toda clase de adherentes a la causa opuesta a la autoridad española en Sud América, que constantemente la usaré en este sentido, con preferencia a cualquiera denominación más exacta pero menos generalmente admitida. Puede mencionarse que el lenguaje hablado en todo el país es el español, más o menos corrompido por modismos y pronunciación locales.

La expedición desplegó velas para el Perú el 20 de agosto y arribó a Pisco, puerto a unas 100 millas al sur de Lima, el 7 de septiembre, donde toda la expedición desembarcó el 11. Las tropas españolas estacionadas por aquellas inmediaciones, previamente habían retrocedido a Lima, donde el virrey resolvió acumular todas sus fuerzas.

Al principio, pues, el Ejército Libertador no encontró resistencia alguna; el 26 se estipuló armisticio de ocho días a pedido del virrey don Joaquín Pezuela, y los comisionados de ambas partes tuvieron una conferencia en Miraflores, villa a unas dos o tres leguas al sur de Lima. Primero, se propuso de parte del virrey: «que el gobierno y pueblo de Chile y el ejército jurasen la constitución de la monarquía española y enviasen diputados al soberano Congreso de España, con el fin de prevalerse de los derechos y garantías otorgados a las colonias por las Cortes».

Sobre esta propuesta los negociadores chilenos no admitieron discusión, diciendo no estar autorizados a negociar sobre tales bases, y que solamente tratarían sobre principios compatibles con los fundamentos que los gobiernos libres de Sud América habían sentado como regla de conducta. Los negociadores realistas propusieron luego: «que el Ejército Libertador evacuase el territorio peruano y volviese a Chile, con el compromiso formal de que se enviarían diputados a España para requerir de S. M. que asintiese a sus pedidos». Esta nueva proposición convenció a los chilenos, de que el gobierno de Lima no tenía intención seria de llegar a un arreglo; pero como los diputados tenían instrucciones de no dejar nada por tratar y, si era posible, descubrir la magnitud real de los obstáculos para la paz, propusieron por parte de Chile: «que el Ejército Libertador evacuaría Pisco y se retiraría del otro lado del río Desaguadero, que está en 18° L. S., y forma la línea divisoria entre Chile y el Perú, y que las tropas realistas se retirasen más allá de los límites de la presidencia de Chile, como se fijaron en 1810; que el estado político de Chile permaneciendo sin alteración, enviaría diputados con plenos poderes a Madrid, para tratar con S. M. C., cesando las hostilidades entretanto, por mar y tierra, hasta tres meses después de la terminación de las negociaciones, y, finalmente, que el decano de los jefes de los barcos de S. M. B. y el decano de los jefes de los barcos de los Estados Unidos de América garantizarían el cumplimiento de estas estipulaciones».

El virrey rechazó los puntos esenciales de esta propuesta, a saber: evacuación de las provincias de Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y La Paz, así como la garantía de los comandantes navales en jefe, de modo que después de prolongada correspondencia, pe-

ro sin importancia por ambas partes, se rompió el armisticio el 4 de octubre, y el 26 la expedición prosiguió al Norte.

Entretanto, mientras el Ejército Libertador al mando de San Martín se trasladaba a Ancón, lord Cochrane, con parte de su escuadra, anclaba afuera de la rada del Callao.

El puerto interior está guardado por un extenso sistema de baterías admirablemente construídas, y que llevan el nombre genérico de Castillo del Callao. Los barcos mercantes así como los de guerra, que eran en ese tiempo la *Esmeralda*, gran fragata de 40 cañones, y dos balandras armadas, estaban amarrados al amparo de los cañones del Castillo, dentro de un semicírculo de catorce lanchas cañoneras y una cadena. Habiendo reconocido primero lord Cochrane en persona estas formidables defensas, intentó la noche del 5 de noviembre la empresa desesperada de tomar la fragata española, aunque sabía que estaba completamente aprestada para el combate. Se adelantó en catorce botes conteniendo 240 hombres, todos voluntarios de los distintos barcos de la escuadra, en dos divisiones, una a las órdenes inmediatas del capitán Crosbie, la otra al mando del capitán Guise, ambos al mando de barcos de la escuadra.

A media noche, habiendo los botes forzado la cadena con lord Cochrane a la cabeza, remaron al costado de la primera cañonera, y sorprendiendo al oficial, le intimaron con una pistola apuntada a la cabeza, que eligiese entre el silencio o la muerte, y nada replicó; los botes pasaron desapercibidos y lord Cochrane, trepando por el costado de la *Esmeralda*, dió la primera señal de alarma. El centinela del portalón apuntó e hizo fuego, pero fué inmediatamente derribado por el timonel, y su señoría, aunque herido en

el muslo, al mismo tiempo se adelantó sobre la cubierta. Siendo abordada la fragata con no menos valor por la otra banda por el capitán Guise, que se juntó con el lord en medio del alcázar, y por el capitán Crosbie, la parte de popa fué tomada espada en mano. Los españoles se agruparon en el castillo de proa, donde hicieron desesperada resistencia, hasta que fueron dominados por un grupo nuevo de marineros y soldados encabezados por lord Cochrane. Se volvió a hacer una valerosa resistencia que duró algún tiempo, sobre la cubierta principal, pero antes de la una el barco fué tomado, sus amarras cortadas, y sacado triunfalmente del puerto bajo los fuegos de todo el lado norte del castillo. Las fragatas *Hyperión*, inglesa, y *Macedonia*, norteamericana, que estaban ancladas cerca del campo de la acción, levantaron anclas al empezar el ataque, y, para evitar ser confundidos por las baterías que apuntaban a la *Esmeralda*, izaron señales de luces; pero lord Cochrane, que había previsto y proveído también para este detalle insignificante, izó las mismas luces que las fragatas inglesas y norteamericanas, y de esta manera imposibilitó a las baterías el distinguir entre los tres barcos, y la *Esmeralda*, en consecuencia, recibió muy poco daño con los disparos de las baterías. Los españoles tuvieron más de 120 hombres entre muertos y heridos y los chilenos 11 muertos y 30 heridos.

Esta pérdida fué un golpe de muerte para el poder naval español en aquella parte del mundo, pues aunque había aún en el Pacífico dos fragatas españolas y algunos barcos menores, nunca se atrevieron a mostrarse después y dejaron a lord Cochrane señor indiscutido de toda la costa. La habilidad y valor desplegados por lord Cochrane en proyectar y llevar a término esta empresa asombrosa, son tan especialmente

suyos y tan semejantes a los grandes hechos del comienzo de su vida, que se leerá con mucho interés la copia de sus instrucciones para la acción y el parte que la siguió.

«Copia del memorándum preparatorio de lord Cochrane a la escuadra chilena, fechado :

»A bordo del barco chileno *O'Higgins*, 1.º de noviembre de 1820 :

»Los botes avanzarán, remolcando las lanchas en dos líneas paralelas ; las cuales líneas han de estar separadas por la distancia de tres largos de bote. La segunda línea estará al cuidado del capitán Guise. Cada bote estará a cargo de un oficial comisionado, hasta donde las circunstancias lo permitan, y todos bajo el mando inmediato del almirante.

»Los oficiales y hombres irán vestidos de chaquetas, blusas o camisas blancas y armados con pistolas, sables, cuchillos, hachas de armas o picas. Para cada bote se designarán dos guardianes que, bajo pretexto alguno, abandonarán sus botes respectivos, sino que deben permanecer en ellos y tener cuidado de que los botes no deriven a la ventura. Cada bote será provisto con una o más hachas o destrales afiladas, que han de ser eslingadas al cinturón de los guardianes. Siendo la fragata *Esmeralda* el principal objetivo de la expedición, toda la fuerza debe atacar primero a ese barco que, cuando sea tomado, no ha de largarse, sino permanecer en poder de los marineros patriotas, para asegurar la captura de los demás. Al asegurarse de la fragata, los marineros y soldados chilenos no deben gritar como chilenos, sino que para engañar al enemigo y dar tiempo para completar la obra, han de gritar ¡ viva el rey ! Se debe hacer fuego de mosquetería con-

tra los dos bergantines de guerra desde la *Esmeralda* y se ha de tomar posesión de ellos por los tenientes Ermond y Morgell, en los botes que mandan, y esto hecho, han de largarse, salir afuera, y anclar en la hondura tan pronto como sea posible. Los botes de la *Independencia* han de ocuparse de largar todos los barcos mercantes españoles, y los botes de la *O'Higgins* y el *Lautaro*, al mando de los tenientes Bell y Robertson, deben incendiar uno o más pontones de adelante, pero no han de largarlos para que no se vayan sobre los demás. Santo y seña, si el vestido blanco no es suficiente en la obscuridad, son Gloria y se contestará Victoria. COCHRANE.»

Si lord Cochrane realmente esperaba extender sus operaciones más allá de la captura de la fragata, o si deseaba inspirar confianza a su gente haciendo aparecer el objetivo principal como un detalle de la empresa, no se sabe bien, pero, en ambos casos, el efecto no dejaría de ser importante. El siguiente memorándum, dirigido principalmente a los ingleses y norteamericanos, fué escrito en inglés. Nunca he visto la siguiente carta sino en español.

«*Nota del almirante Cochrane al general San Martín, comandante en jefe del Ejército Libertador del Perú.*»

»A bordo del barco chileno *O'Higgins*, frente al Callao, noviembre 14 de 1820. Excelentísimo señor: Los esfuerzos de S. E. el director supremo y los sacrificios de los patriotas del Sur para adquirir el dominio del Pacífico, se han frustrado hasta ahora principalmente por la fuerza enorme de las baterías del Callao que (superiores a las de Algeciras o Gibraltar),

hacían impracticable cualquier ataque contra la fuerza naval del enemigo con cualquier número o clase de barcos de guerra. No obstante, deseando adelantar la causa de la libertad nacional de la independencia política, que es el gran objetivo que V. E. tiene en vista, y fomentar la felicidad del género humano, yo estaba ansioso de disipar el maleficio que ha paralizado hasta ahora nuestros esfuerzos navales. Con esta intencíón, examiné prolijamente las baterías, barcos de guerra y cañoneras del puerto, y convenciéndome de que la fragata *Esmeralda* podía ser cortada por hombres resueltos a hacer su deber, inmediatamente impartí órdenes a los capitanes de la *Independencia* y *Lautaro* para preparar sus botes, y les hice saber que el valor de aquella fragata, agregado al premio ofrecido en Lima por la captura de cualquiera de los barcos chilenos, sería la recompensa de los que se ofreciesen a tomar parte en esta empresa. Al día siguiente, algunos voluntarios, incluyendo a los capitanes Forster, Guise y Crosbie, con otros oficiales, ofrecieron sus servicios, formando todos la fuerza suficiente para la ejecución del proyecto. Estando todo preparado, en la noche del 4 del presente los botes se ensayaron en la obscuridad y se eligió la noche del 5 para el ataque (1). El capitán Crosbie tenía a su cargo la primera división, compuesta de los botes de la *O'Higgins*, y el capitán Guise de la segunda, formada por los de los demás barcos. A las diez y media remamos en dos líneas hacia el fondeadero del enemigo, y a las doce forzamos las líneas de cañoneras que cuidaban la en-

(1) Esta noche no fué fijada incidentalmente, o si lo fué Lord Cochrane supo cómo explotar aún un simple detalle. Dirigió pocas palabras a su gente antes de embarcarse en los botes, y concluyó diciendo que había elegido a propósito el 5 de noviembre, y ahora, muchachos, les daremos tal Conspiración de la Pólvora, que no la olvidarán a prisa,

trada y toda nuestra fuerza abordó a la *Esmeralda* simultáneamente y desalojó al enemigo del puente después de obstinada resistencia. Todos los oficiales empleados en este servicio se han conducido de la manera más valerosa. A ellos, lo mismo que a los soldados y marineros, me siento extremadamente obligado por su actividad y celo al abordar a la *Esmeralda*. Sentí mucho que la necesidad de dejar al menos un capitán a cargo de los barcos me impidiese acceder a los deseos del capitán de la *Independencia*, quien en consecuencia quedó con la escuadra. Tengo también que lamentar las pérdidas que hemos sufrido. Las de la *Esmeralda* no pueden fijarse con exactitud a causa de los heridos y otros que saltaron al agua, pero sabemos que de 330 individuos que al principio había a bordo, solamente 204 se han encontrado vivos entre oficiales y heridos. La *Esmeralda* monta 40 cañones y no está en mal estado como se la pintaba, sino por el contrario, muy bien abastecida y perfectamente pertrechada. Tiene a bordo tres meses de provisiones, aparte de una provisión de cabos y otros artículos para tres años. Una cañonera de cuatro cañones que se encontraba en el camino de nuestros botes, fué abordada y remolcada afuera la mañana siguiente. Espero que la presa de la capitana *Esmeralda* asegurada con cadenas, baterías y cañoneras, en situación que antes se había creído inexpugnable y a la vista de la capital, donde no puede ocultarse el hecho, producirá efecto moral más grande que el que podría esperarse en otras circunstancias. Tengo gran satisfacción en enviaros la bandera del almirante Vacare para que os sirváis ofrecerla a S. E. el supremo director de la República de Chile.—COCHRANE. »

Mientras los ánimos chilenos se levantaban a la

cumbre por esta espléndida hazaña naval, igual éxito coronaba sus esfuerzos por tierra. El coronel Arenales, con un cuerpo de 1.000 hombres, había sido enviado desde Pisco con órdenes de internarse en el país a través de los Andes y proseguir a Lima por un camino circular hasta volverse a juntar con el ejército. Esta marcha debía efectuarse en país ocupado por los españoles y tenía por objetivo principal descubrir el estado del sentimiento político en los distintos distritos que rodean a la capital. El servicio se efectuó de manera magistral por Arenales, que consiguió el objeto de levantar los habitantes de aquellos distritos para afirmar la causa independiente y conquistó también alto renombre para el Ejército Libertador. En su marcha le salió al encuentro una fuerte división de tropas realistas, expresamente enviada de Lima contra él, la que fué derrotada completamente en una batalla encarnizada, matando o tomando prisioneros al general y toda la división. Estos variados éxitos dieron tanto esplendor y popularidad a la causa independiente que, el 3 de diciembre, un regimiento entero de tropas realistas abandonó el campamento español, marchó con un coronel a la cabeza, y se presentó como voluntario para servir bajo las banderas del Ejército Libertador.

Después de breve estada en Ancón, San Martín, a fines de 1820, siguió con el ejército a Huaura, sólida posición cerca del puerto de Huacho, que está setenta y cinco millas al norte de Lima, donde la expedición permaneció más de seis meses, sin prestar ningún brillante servicio. San Martín, en efecto, habiendo mostrado suficientemente de lo que su ejército y armada eran capaces, optó por confiar menos en empresas militares, que en el efecto de diseminar los principios liberales por todo el país, mediante publicaciones polí-

ticas, ayudadas por los esfuerzos de numerosos agentes hábiles y activos, llevó sus intrigas no solamente a las provincias sino al mismo corazón de la capital ; se ganó rápidamente las tribus indias de los Andes ; con el transcurso del tiempo adquirió suficiente influencia en los distritos que le rodeaban, para cortar el movimiento por tierra de provisiones para la capital ; y como el puerto del Callao era también estrechamente bloqueado por lord Cochrane, los habitantes de Lima estuvieron reducidos a la mayor extremidad, mientras lo restante del país gozaba de libertad y abundancia.

III

PERÚ

Primera visita a Lima, mientras el Perú estaba todavía en poder de los españoles.

El 5 de febrero de 1821, a los nueve días de viaje desde Valparaíso, anclamos en la rada del Callao, puerto de Lima, de la que dista dos leguas.

Al tiempo de nuestro arribo, el estado social y político del Perú era sumamente interesante, aunque difería en casi todos los detalles del de Chile.

No hay ninguna circunstancia moral que distinga más los viajes terrestres de los marítimos, que la manera diferente en que los países nuevos se presentan a nuestro conocimiento. Cuando se viaja por tierra, somos tan insensiblemente introducidos a nuevas escenas, que apenas nos apercebimos de haber traspuesto la frontera; porque las maneras de los países adyacentes se confunden tan notoriamente con las del vecino, que sus distinciones esenciales están a veces ocultas por semejanzas superficiales. Por otro lado, cuando se llega por mar, el caso es diferente, porque

somos introducidos de golpe y zumbido, cuando las impresiones del país de que procedemos están frescas en nuestro recuerdo, a una serie de objetos totalmente novedosos que nos inhabilitan así para compararlos con los que hemos dejado. Lo mismo, cuando dos países se distinguen en mucho por similitud de circunstancias, como sucede en los diferentes estados sudamericanos, se encontrará siempre suficiente número de distinciones, provenientes del clima y otras causas locales, para diversificar el cuadro.

En Chile, como acabamos de ver, la independencia nacional había estado establecida varios años, y un comercio libre y extenso había surgido rápidamente como consecuencia natural; la ilustración abría gradualmente su camino; los vínculos morales y políticos con que la mente del pueblo había estado sujeta largo tiempo, se rompieron; y las consecuencias de esta liberación, rápidamente se desarrollaban bajo mil formas. En el Perú, por el contrario, la palabra independencia se oía por primera vez, pero solamente en cuchicheos, bajo la protección de los cañones de San Martín. En Lima, donde tales sentimientos libres eran considerados desleales, la preocupación y el error habían establecido su cuartel general, y el fanatismo obstinado con que mantenían las antiguas costumbres y opiniones, era más bien afianzado que disminuido por el recelo de una subversión completa de todo el sistema. El contraste entre los dos países, Chile y Perú, como lo encontraron nuestras miradas, era de lo más sorprendente, y si se hiciera la debida justicia a la descripción de cada uno, se sacaría una indiferencia agradable para todo inglés, favorable al lado popular de la cuestión.

El contraste entre un país en estado de guerra, y otro en paz, quizás nunca se manifestó más palpable-

mente que en esta ocasión ; de modo que, además del interés emergente de tal contraste, como aplicable a los estados de paz o guerra, el examen era curioso, en cuanto al despliegue del efecto rápido producido por el cambio del gobierno en uno de los dos países. Mientras los dos fueron administrados de modo semejante, el Perú estaba infinitamente adelante de Chile, en riqueza e importancia, pero así que Chile se independizó, inmediatamente tomó la delantera.

Dejamos el puerto de Valparaíso lleno de barcos, sus muelles de la aduana con altas pilas de mercaderías, demasiado voluminosas y numerosas para los antiguos depósitos ; el camino entre el puerto y la capital estaba siempre atestado de arrias de mulas jipando bajo el peso de toda clase de manufacturas extranjeras, mientras numerosos buques estaban ocupados en cargar vinos, cereales y otros artículos producidos en el país ; e ingentes sumas de dinero se embarcaban diariamente para Europa, en retorno de las mercaderías ya distribuidas en el país. Un espíritu de inteligencia e información animaba a la sociedad entera ; se multiplicaban las escuelas en todos los pueblos ; se establecían bibliotecas y se daba todo impulso a la literatura y las artes, y, como era libre el viajar, no se necesitaban pasaportes.

En las maneras y aun en el paso de todos los hombres, se podía distinguir el aire de libertad e independencia conscientes. En la indumentaria también se había efectuado recientemente un cambio total : el traje antiguo y casi salvaje de las damas y las capas sucias invariablemente usadas por los hombres, habían cedido a la moda europea y aunque parezcan de talles casi insignificantes para mencionar, no carecen de importancia cuando se les relaciona con sentimientos de orgullo nacional hasta entonces descono-

cidos. Es por esta y por otra multitud de pequeños cambios que la gente recuerda siempre de su pasado comparado con el presente, y es de utilidad esencial para su causa que experimenten placer en asimilarse, por poco que sea, a otras naciones independientes del mundo.

No se encontraban todavía en el Perú ninguno de aquellos cambios y sentimientos. En el puerto del Callao, los barcos estaban amontonados en un rincón, rodeados por cañoneras, cerca del fuerte, circundados por una cadena de berlingas. La aduana vacía y la puerta con llave; no se levantaban pirámides de fardos de mercaderías en los muelles; no cubrían el camino de Callao a Lima mulas cargadas ni en toda la gradiente se veía un individuo, con excepción quizá de un chasque solitario galopando hacia la fortaleza. En la misma Lima la diferencia era más sorprendente: la sospecha y desconfianza recíprocas y aun más de los extranjeros, llenaba todos los pechos; el disgusto y el miedo agravados por la incomodidad y privación personal, dispersaron toda sociedad agradable, haciendo de esta sociedad, antes grande, lujosa y feliz, uno de los sitios más desdichados de la tierra. Lima, sin embargo, por esta razón me era menos interesante para el extranjero, y aunque a menudo lamentábamos no haberla visto en sus días de gloria, no podíamos menos de considerarnos afortunados en tener oportunidad de presenciar los efectos de una continuación de circunstancias que no se volvería a presentar. La causa inmediata de este desgraciado estado de cosas era el espíritu de independencia que recientemente había reventado en Sud América, y puede observarse que ninguno de los estados libres completó su independencia sin pasar primero por una serie similar de sufrimientos, especie de prueba del fuego para

purificarlos de la contaminación de su anterior degradación.

Hasta este tiempo, Lima había sido exceptuada de los sufrimientos de los países que la rodeaban. En verdad, había habido guerras de carácter revolucionario, en el interior del Perú, pero su efecto desolador no había llegado hasta ahora a la capital, cuyos habitantes continuaron en su acostumbrada manera de lujo espléndido, en quietud y seguridad disipadas, hasta que vino el enemigo y llamó «a las puertas de plata de la ciudad de los reyes», como nombraban orgullosamente a Lima en los días de su magnificencia. La expedición de San Martín sorprendió completamente a los limeños; porque siempre habían despreciado a Chile, como mero apéndice del Perú, del que no había que temer ningún ataque. El ataque se producía, no obstante, por mar y tierra; y mientras San Martín hacía frente firmemente con sus tropas, acercándose más y más a la capital, cortándole las provisiones, y ganando a su causa todos los distritos por donde pasaba, lord Cochrane barría el mar de barcos españoles, bloqueaba los puertos peruanos, y arrebatava sus mejores fragatas debajo de los cañones de sus fortalezas más formidables.

La violenta irritación producida en Lima por estas operaciones del enemigo era completamente natural; pues los destinos de los habitantes, acostumbrados durante siglos a despertar en el lujo y la riqueza, estaban ahora reducidos al reflejo máximo, y los españoles, orgullosos por nacimiento y educación, estaban heridos en el alma por reveses tan humillantes, de qué solamente los hacían más sensibles estas desacostumbradas privaciones. Como tenían conocimiento de que lord Cochrane y la mayor parte de sus oficiales y tripulaciones eran inglesas, era de esperar que

fuesen recelosos y desconfiados de todos los ingleses, aunque no tuvieren atingencia con los chilenos o por circunspecta que fuese su conducta. La persona que se declara neutral se encuentra en situación incómoda entre los contendientes ; su indiferencia se atribuye a mala voluntad, la mínima expresión que se le escape en favor del partido contrario se resiente de hostilidad—y cualquiera asentimiento sobre un punto sencillo, inmediato se toma como prueba indudable de su disposición amistosa.

Para un viajero en general, este estado de cosas habría sido bastante entretenido ; pero para nosotros que teníamos prescripta una línea especial de conducta, y muchas cosas a que atender, era con frecuencia origen de considerable perplejidad. Estábamos obligados, en ocasiones, a comunicarnos con ambos partidos sobre objetos referentes al comercio y otros asuntos que afectaban los intereses británicos, y como la índole del objeto a menudo requería trato personal, éramos inevitablemente llevados a veces a mayor grado de aparente familiaridad con una parte que lo que la otra podía permitir fuese compatible con nuestra neutralidad declarada ; aunque cada uno, a su turno, olvidaba invariablemente esta reflexión, cuando el trato ocurría con ellos mismos, de modo que para mantener nuestra calidad de neutral en estas ocasiones y no inferir agravios, al mismo tiempo, requería alguna destreza. Con los chilenos que adelantaban, no era tan difícil como con los españoles, que estaban corridos ; los chilenos creían que les deseábamos éxito a causa de nuestro comercio y de los sentimientos manifestados sobre la cuestión de Inglaterra. Pero con los españoles, que estaban hundiéndose en el mundo, era distinto ; nada les satisfacía sino la declaración de cordial adhesión a su causa, y de odio a lo que los insurgentes, co-

mo llamaban a los patriotas en la amargura de los corazones. Al mismo tiempo, afectaban siempre despreciar a los enemigos, y ser perfectamente indiferentes de nuestras opiniones, aun cuando, con el espíritu de contradicción más terco, se ocupaban en vigilarnos, e interpretar mal todos nuestros actos y expresiones, a tal punto que nada era demasiado extravagante para ser dicho y creído con respecto a nuestra violación de la neutralidad. Era en vano esperar, por una conducta abierta y franca, escapar a la sospecha; pues había venido a ser una especie de enfermedad de los españoles, el sospechar del inglés; y sus síntomas se agravaban a cada momento por las calamidades crecientes a que estaban expuestos. Se concebirá fácilmente que, en tales circunstancias, no teníamos mucho placer en visitar Lima, y que, en mi situación, especialmente, con muchos apremiantes deberes que atender, encontrase poco tiempo desocupado para prestar atención a peculiaridades sociales y de maneras.

Aun cuando frecuentábamos la sociedad no experimentábamos placer, como que la gente no quería apartarse de la discusión de sus propios temores y sufrimientos. La quietud sin interrupción de que habían disfrutado largo tiempo, los hacía solamente más sensibles de sus males presentes, y todo era duda y desesperación. En tiempos pasados, decían, Lima era la corte, el placer; la riqueza e indolencia eran nuestros criados, el gozo era nuestra ocupación única, y no soñábamos de otro mal que de los temblores de tierra. No habían aprendido todavía que había terremotos morales y políticos, además de físicos, que aun cuando dejaban sin destruir iglesias y moradas, podían reducir a ruinas la entera fábrica social.

El ejército y el pueblo, atribuían como de costumbre todos los males al despilfarro del gobierno ejecu-

tivo, y habiendo decidido de modo sumario que el virrey era incapaz de reinar, lo depusieron sin tardanza a punta de bayoneta, y lo reemplazaron con uno de sus generales. Esta medida violenta se había efectuado pocos días antes de nuestra llegada, y encontramos la ciudad en medio de una batahola considerable, preparatoria de las fiestas acostumbradas para la instalación de nuevo virrey. Los soldados, naturalmente, confiaban en que el cambio inmediatamente haría variar la fortuna del día, y también en la ciudad, una oculta esperanza animaba por el momento a los habitantes, pero las personas más reflexivas veían claramente que estos procedimientos violentos solamente mostraban al enemigo falta de unión y disciplina.

Como nosotros no éramos, y, en verdad no podíamos ser sindicados de jueces competentes de estos procedimientos, y no estábamos acreditados ante ningún gobierno particular, siempre estábamos libres para tomar las cosas tal como las encontrábamos, y comunicarnos con las personas que se hallaban al frente del gobierno, y en el momento, quienesquiera que fuesen, y sin averiguar de qué modo habían llegado a ejercerlo. Así se hizo de mi deber visitar al nuevo virrey, general La Serna, como podría haber sucedido entenderme con su antecesor, el general Pezuela, si hubiera llegado pocos días antes.

El palacio tenía en mucho el aspecto de una corte nativa de la India mostrando la misma mezcla de pobreza y magnificencia de estilo, que, al paso que ostenta la riqueza y trabajo que ha costado, deja ver, al mismo tiempo, la falta de buen gusto y discernimiento en sus líneas. No había cuidado alguno en los detalles, de modo que lo mísero y lo grandioso se mezclaban y uno nunca estaba seguro de que alguna cosa agradable se encontrase contigua a otra chocante. La

entrada era por un patio sucio, semejante al de una caballeriza, que conducía a una escalera en cuyos peldaños los soldados de guardia, con miserables uniformes desgarrados, se veían holgazaneando, fumando cigarros a su gusto, e interrumpiendo el paso. Largos y angostos pasajes tortuosos llevaban a una serie de salas de espera repletas de postulantes aburridos, entre quienes no se olvidaban la etiqueta de la procedencia, dejándose a los más pobres e infelices en los apartamentos exteriores, y los que tenían más confianza y autoridad aproximándose lo más posible al salón de audiencia en la pieza vecina, en que veíamos, en consecuencia, solamente clérigos y militares, pues en tiempos turbulentos, el valor de la espada es estimado lo menos en lo que pesa. Nuestra entrevista, siendo puramente de ceremonia, fué breve y nada hubo digno de mención.

Por la tarde fuí presentado a varias familias, que estaban más o menos afligidas por las circunstancias del día, y toda su buena educación era insuficiente para ocultar su desconfianza de nuestra neutralidad. La mañana siguiente visitamos al virrey depuesto, más por atención que por deber, pues su autoridad había completamente caducado y se había retirado a su casa de campo, no lejos de Lima. Estaba más abatido que lo que creíamos que correspondiese a un altivo personaje, lo que él explicaba diciendo que sentía profundamente por este país perdido, que jamás prosperaría con procedimientos rebeldes. Pero en vez de estar afligido por el cambio, es probable que se regocijase secretamente por su deposición del mando. Había cumplido su deber haciendo frente al enemigo, y era claro que antes de mucho tiempo, había de rendir la capital, no tanto a la fuerza superior de San Martín, como a la influencia incontrastable del sentimiento

público, cuya corriente había cambiado decididamente y, por ese tiempo, corría directamente contra la autoridad española.

Durante los primeros días, nuestros pensamientos estaban tan absortos en los deberes oficiales, que poco tiempo nos dejaron para observar la ciudad y la sociedad. Cada día nos apercibíamos más de nuestra base precaria y de la necesidad de guardar la máxima circunspección en tratar a esta gente extrañamente desconfiada. De vivir siempre a bordo se hubiese inmediatamente confirmado la sospecha de que favorecíamos al enemigo, cuya escuadra estaba fondeada en la rada exterior, mientras residiendo siempre en Lima, se habría atribuido al deseo de espiar la tierra indefensa. El temperamento que seguimos residiendo alternativamente en Lima o en el barco, según requiriesen las circunstancias, aunque no nos libraba de sospechas, era el único que podíamos adoptar, y esperábamos que con cautela y paciencia, evitaríamos los motivos de resentimiento; pero en esto estábamos muy equivocados.

Ansioso de conocer, por todos los medios, el estado real del sentimiento popular, que generalmente se manifiesta en las reuniones públicas, fuí a la corrida de toros celebrada en honor de la instalación del nuevo virrey. Tomé asiento en un inmenso anfiteatro de madera, capaz de contener, según decían, veinte mil personas. Como nos habíamos chasqueado en Valparaíso con un simulacro de corrida, esperábamos ver aquí un espectáculo digno de la metrópoli. Pero la semejanza fué no menos defectuosa, aunque en sentido contrario, porque los toros eran llevados a la muerte con muchas inútiles circunstancias de crueldad, para no solamente hacerlo desemejante a las buenas lidias de toros, sino también para privar del placer del es-

pectáculo a las personas no habituadas a presenciárselo. Estos espectáculos han sido descriptos por tantos viajeros, que es inútil aquí hacer otra cosa que anotar algunas circunstancias especiales de los de Lima.

Después que el toro ha sido repetidamente herido con pica y atormentado con banderillas simples y de fuego, y desangrándose, el matador, a una señal del virrey, procedió a rematarlo. Sin embargo, no siendo bastante diestro, simplemente envainó la espada en el cuello del animal, sin efecto. El animal inmediatamente se vengó, arrojando al matador por el aire a grande altura, y cayó aparentemente muerto en la arena. La multitud aplaudía al toro; mientras los monos sabios se llevaron al matador. El toro en seguida atacó a un picador, lo desmontó, rasgó el vientre del caballo y lo derribó por tierra, donde no se le dejó morir en paz, sino que se le hizo parar y fué obligado con latigazos y pinchazos, a recorrer el redondel, en estado demasiado horrible para ser descripto, pero que proporcionaba a los espectadores el mayor placer. El noble toro había de esta manera conseguido confundir a sus atormentadores en tanto que se usaron medios razonables, cuando se pensó en una cruel estratagema para dominarlo. Se le arrojó de atrás un gran aparato corvo llamado «media luna» para desjarretarlo; no obstante, tal era su fuerza y ánimo que no cayó, sino caminó a paso tolerable con sus muñones, el espectáculo más horrible. Esto no fué todo, porque un hombre armado de daga en seguida montó sobre el lomo del toro y jineteó algunos minutos, con infinito deleite de los espectadores que se extasiaban, y reían y aplaudían, a cada puñalada inferida al mísero animal, no para matarlo, sino para estimularlo a acelerar el paso, finalmente la pobre bestia, exhausta con la pérdida de sangre, cayó y murió.

La mayor parte del público, aunque eran mujeres, parecía tan encantada con la escena brutal que se desarrollaba ante su vista, que busqué vanamente en torno una sola cara seria; todos los individuos parecían estar completamente contentos, y era triste observar gran número de niños entre los espectadores, y supe por una niña de ocho años, que ya había presenciado tres corridas, cuyos detalles refería con grande animación y placer, deteniéndose principalmente en aquellas horribles circunstancias que he descrito. Sería chocar y disgustar sin objeto el dar detalles de otros ejemplos de innecesaria crueldad que, no obstante, parecían ser la principal recomendación de estos espectáculos.

Las reflexiones que vienen a la mente cuando se contempla una población entera que presencia frecuentemente tales escenas, son de naturaleza penosa; pues parece imposible concebir que, donde el gusto está tan completamente corrompido, haya quedado base de buenos sentimientos para levantar sobre ella una superestructura de principios, de ilustración, o de sentimientos justos.

Después de ver este espectáculo salvaje, y más que salvaje manera de ser recibido, era imposible no desear a despecho de nuestra neutralidad de que tanto se hablaba, que cualquier cambio pusiese fin a semejantes procedimientos. En todos los casos en Sud América, donde la causa de la independencia ha triunfado, se han tomado invariablemente dos medidas como cosa natural: una, la abolición de la trata de negros, y en lo posible, de la esclavitud; otra, la supresión de las corridas de toros. Con respecto a la cuestión de la esclavitud, todos piensan lo mismo; pero muchos vacilan en suprimir las corridas de toros, especialmente quienes solamente las han presenciado en España, o

nunca las han visto ; pero es raro oír a cualquiera condenar la medida después de haber presenciado las de Lima una vez sola.

Oí a un caballero chileno exponer una teoría curiosa a este respecto. Sostenía que los españoles habían buscado sistemáticamente con estas escenas crueles y otros medios análogos, pervertir el gusto de las colonias, para tiranizar más fácilmente a los habitantes. La gente, decía, primero vuelta completamente indiferente a los sentimientos de los otros, por constante familiaridad con la crueldad e injusticia, pronto llegaba a ser insensible a las injusticias de su país y perdía al fin todo sentimiento y estímulo para el esfuerzo generoso.

Un excelente caballero español de Lima, de quien tendré ocasión de hablar más adelante, afirmaba que estas lidias eran totalmente diferentes de las que se ven en España ; tanto que él, acostumbrado desde la infancia a presenciárlas en su tierra, no podía asistir a las de Lima, y añadía, no haber encontrado jamás un inglés que pudiese dominarse y visitar por segunda vez una plaza de toros. Ridiculizaba la teoría del chileno, antes mencionada, aunque reconocía avergonzado que estos espectáculos, horribles como eran, habían sido siempre frecuentados por los virreyes y otros gobernantes españoles del país.

Por la tarde fuí en compañía de un joven español para ser presentado a un refinado anciano de la nobleza, el marqués de Montemira, tío del duque de San Carlos, que fué en Inglaterra algún tiempo ministro de la corte de Madrid. Tenía ochenta años de edad, y parecía muy quebrantado por el clima ; pero poseía aún, en grado notable, la amabilidad de un joven ; realmente, sus pensamientos y el giro de sus expresiones eran tan juveniles, de no necesitar más que fuerza

corporal para participar en las tumultuosas escenas del día.

En casa del marqués encontramos un sacerdote entrado en años, de aspecto pesado, que nos formuló mil preguntas frívolas sobre la situación europea. En el curso de su conversación, mi malicioso compañero, para atormentar a su reverendo amigo, díjome al oído que asegurare haberse restablecido la Inquisición en España. Conforme a esto, en la primera oportunidad, dije algo que podía interpretarse en ese sentido. El efecto fué bastante entretenido, pues el anciano sacerdote, que había sido inquisidor mayor, batió palmas y con mirada chispeante, gritó : «bravo, yo creía que esto debía suceder», pero notando que su joven amigo sonreía, primero pareció enojado y después rió, llamándolo cruel pícaro. «Sin embargo—agregó, en tono más bajo, con el puño cerrado y dientes apretados—, aunque no esté todavía restablecida, presto lo será.»

Todo lo relativo a la inquisición recientemente abolida, era considerado en Lima con escarnio y odio, notabilísimos en ciudad tan repleta de instituciones religiosas y donde las observancias de la iglesia toman gran parte de las ocupaciones de la gente. Pero cualquiera que sea la causa de esta execración desmedida, no puede ser más decidida, y temo que nuestro corpulento amigo, el ex inquisidor, ha de conformarse con seguir la corriente y abandonar la esperanza de volver a atormentar a sus paisanos.

Se refería, sin embargo, una historia de este sacerdote demostrativa de que no estaba del todo endurecido por las tareas de su oficio anterior, sino que mezclaba sus sentimientos naturales con los propios de su vocación, de manera quizás amable tratándose de un inquisidor. Sucedió que un día visitó en casa donde estaban comiendo cuatro o cinco ingleses, y

le agradó tanto su compañía, que dirigiéndose a un amigo, exclamó : «Oh, qué lástima que estos lindos jóvenes rubios, necesaria e inevitablemente hayan de ir al infierno.»

Las maneras familiares de sociedad aquí difieren de las chilenas, casi tanto como la vestimenta. En vez de congregarse en bailes, conciertos y tertulias, las mujeres se reúnen poquísimo entre ellas ; hay pocos bailes, escasísima música y, con excepción de las corrida de toros y las representaciones teatrales y a veces en el campo, rara vez se juntan. Pero todas son extremadamente puntuales para oír misa ; realmente las mujeres casi exclusivamente forman las congregaciones en estos países. En las casas que visitábamos por la mañana, generalmente encontrábamos damas muy espléndidamente vestidas para recibir visitas, es decir, visitantes masculinos, pues rara vez encontrábamos sino a las damas de la casa en estas ocasiones. Por la tarde sucedía lo mismo, generalmente, y nuestra probabilidad de encontrar los caballeros de la familia, si lo hubiéramos deseado, era siempre menor en su propia casa.

Durante el fresco del día, es decir, hora y media antes de ponerse el sol, las damas paseaban vestidas de manera probablemente única, y con seguridad eminentemente característica de lugar. La vestimenta se compone de una parte llamada saya y de otra llamada manto. La primera es una basquiña tan ajustada que, siendo a la vez completamente elástica, hace perfectamente visibles las formas. El manto es también una basquiña, pero en vez de colgar hasta los talones, como toda basquiña honrada, envuelve cabeza, pecho y rostro y se mantiene con las manos, que también oculta, tan cerrado, que ninguna parte del cuerpo, exceptuando un ojo, y a veces solamente parte pequeña de

un ojo, es perceptible. El efecto del conjunto es sorprendente con exceso, pero, si su gracia—pues con la linda figura de las limeñas y su bellísima manera de caminar, es eminentemente gracioso—es suficiente para compensar su innegable grosería para un europeo, dependería mucho del gusto del extranjero y de su hábito para juzgar lo que ve en países extraños. Algunos viajeros insisten en comparar todo con lo que han visto en su país, y condenan o aprueban, conforme se acerca o se aparta de esta norma excesiva. Para nosotros que tomamos todas las cosas como las encontramos, la saya y el manto, como llaman al vestido, nos proporcionaba mucho entretenimiento y, a veces, no poco fastidio; pues sucedía a veces, que hallábamos en la calle damas que parecían conocernos bien, pero a quienes no podíamos descubrir hasta que alguna observación aparentemente trivial en sociedad, mucho después, denunciaba a las tapadas, como se las llama. Yo mismo conocía dos jóvenes que engañaron completamente al hermano y a mí, aunque estábamos prevenidos de su afición a estas travesuras, y también tuvimos alguna sospecha de que fuesen ellas. Su destreza superior, sin embargo, superó al discernimiento del hermano y mi desconfianza, y tan completamente engañaron nuestros ojos y desviaron nuestros pensamientos, que apenas pudimos creer a nuestros sentidos cuando al fin optaron por descubrirse.

Lima ha sido descrita «el cielo de las mujeres, el purgatorio de los hombres, y el infierno de los garzones»; y así quizás sea en tiempo de paz, pero la guerra a la sazón había abolido estos distingos y todos parecían igualmente desdichados; o si había alguna diferencia, era para los asnos, que, en ausencia de negocios, estaban sin tarea por primera vez en su vida. Los hombres estaban deprimidos por escasez insólita,

temida pérdida de fortuna, y orgullo nacional herido. Pero las damas, sin embargo, aunque fastidiadas por la misma razón, en unión con el resto del mundo, todavía mantenían la prerrogativa de hacer su voluntad, derecho que, cuando se ejercita en cooperación con el disfraz impenetrable del manto y saya, daba a sus maneras un tono y calidad que pueden imaginarse, pero no describirse. Ni sentaría bien en visitante temporario y ocupado, como yo, con sus pensamientos y atención embargados por otras cosas, abrir opiniones generales sobre las costumbres de una gran ciudad. Pero también si nuestras oportunidades y tiempo desocupado hubieran sido mayores, el momento era particularmente poco propicio, desde que apenas cualquier incidente social, ocupaba su lugar acostumbrado. Aun en las familias, el efecto de la época era profundamente sentido, un punto de política se adoptaba por un miembro, el opuesto por otro; algunos procedían por principios, otros por intereses, otros por miedo; de esta manera, la sinceridad y confianza fueron desterradas en el momento preciso en que la presión de la guerra era más importuna y en que una unión cordial era la sola salvaguardia contra la ruina y la miseria de toda la casa.

Si hubiera estado mi atención menos ocupada de ajustarme a una línea de conducta prudente y circunspecta, yo podría, indudablemente, haberme dado cuenta de muchos incidentes que, al describirlos, habrían servido para caracterizar la situación especial de Lima en aquel momento, pero siendo esto imposible solamente podría esperar el tomar en ocasiones algunos insignificantes aunque suficientemente portentosos síntomas de los tiempos.

Naturalmente, presentamos nuestros respetos al venerable arzobispo del Perú, quien se declaraba muy

prendado de los ingleses y nos entretuvo con un discurso sobre los beneficios del comercio libre y el ejercicio justo de otros derechos civiles. Esto seguramente era fatal. Del palacio arzobispal, cruzamos la plaza a la casa de una señora anciana a quien encontramos con sus hijas sumidas en profunda pena. No averiguamos la causa, pues hacía algunos días que sabíamos, aunque se nos hubiera ocultado, que su hijo, traicionando su fidelidad al rey, se había pasado a los patriotas, caído prisionero y fusilado por traidor.

Una dama me solicitó pasaje para Chile, donde se hallaba su marido como prisionero de guerra; decía que había conseguido, después de muchas molestias, permiso del gobierno para salir de Lima; porque eran tales las sospechas de todos, que aun los motivos de una esposa para juntarse con su marido en prisión, eran miradas con desconfianza y tema de larga discusión en consejo. Tan poco acostumbrada estaba últimamente la pobre mujer a ser tratada con franqueza, y consideración, que cuando le prometí pasaje con liberalidad apenas podía creerlo posible, y prorrumpió en llanto.

Lágrimas muy diferentes sospecho fueron vertidas por otra dama a quien visité en seguida. Acababan de llegar noticias de que su marido, el marqués de Torre Tagle (después carácter público diligente) se había pasado de la causa realista a la patriota, mientras la pobre señora estaba en poder de los realistas, Siendo ella y su marido nacidos en Lima, y personas ricas y de alto copete, su opinión había largo tiempo sido sospechada de inclinarse al lado de la independencia, y mucha gente creía que el pesar de la linda señora no era tan profundo como denunciaban sus lágrimas. Pero la hipocresía era el pecado corriente del momento, y pronto aprendimos a desconfiar de

todas las apariencias, aun de las plausibles y naturales.

Comí un día en compañía de unos caballeros en una agradable casa de campo en Miraflores, balneario de moda, seis millas al sur de Lima. Quintas y ranchos ornamentados estaban profusamente desparramados a nuestro derredor ; pero en vez de estar habitados como en tiempo de paz, no se veía a nadie ahora, aunque era el rigor de la estación ; el mar rompía perezosamente en la playa sin un solo bañista, y no se oía en ninguna de las glorietas o sombreados corredores, guitarra, ni canción, ni el alegre compás de una danza ; no había grupos sentados en los limpios bancos de piedra, adornados con gusto alrededor de las casas ; y los bellos caminos de pedregullo en los numerosos jardines que rodeaban las vigas estaban del todo desiertos, y cubriéndose de yuyos. La multitud alegre que antes animaba el lugar había ido a la capital, sitio único donde se consideraban seguros y donde encontraban, o pensaban encontrar, consuelo en la sociedad y, pronto olvidaban, en la congoja de la necesidad y el temor de la violencia, aquellos goces de la vida que antes se tenían por imprescindibles.

Desde la persona más elevada hasta la ínfima en sociedad, todos sentían los crecientes males que pululaban alrededor del estado de depresión. La necesidad real había ya empezado a oprimir a los pobres, la pérdida de casi todas las comodidades afectaba a los que seguían en rango ; y todos los lujos eran descartados en la mesa de la clase superior. Se imponían las contribuciones más onerosas a los hombres adinerados ; los comerciantes perdían su comercio ; los tenderos sus habituales surtidos. Aun el virrey mismo consideraba su poder como tenencia poco envidiable, rodeado por una población suspicaz y turbulenta, y un ejército a cuya sola delictuosa insubordinación debía

su autoridad. Para finalizar con los males de Lima, era invadida por un general cauteloso y hábil por tierra, y la bloqueaba por mar un emprendedor almirante.

Para aumentar la desdicha de esta desgraciada ciudad, muchos hombres de cuyo apoyo firme y sincero podría haberse esperado, malgastaban el tiempo en reproches y recriminaciones inútiles. Dos años antes, cuando por primera vez se temió un ataque serio de Chile, se indicó por algunos individuos de inteligencia despejada que debía abrirse el comercio de Lima, con lo que el tesoro, lleno con la percepción de los derechos aduaneros, haría frente a los gastos de la guerra defensiva. Como estas mismas personas se hallaban en el número de los que derivaban sus mayores ganancias del monopolio existente, decía mucho en favor de su sagacidad, que previeron mayores beneficios personales de una franca competencia, que de su porción de monopolio. Sencilla y eficaz como parecía esta propuesta, en cuanto a la seguridad del estado concernía, las autoridades locales vacilaban en adoptarla sin permiso de España; y todos los que conocían el asunto, preveían el resultado de un pedido sobre la cuestión del comercio colonial. La escuadra chilena, entre tanto, cerró la discusión aplicando el célebre código español «las Leyes de Indias» en cuanto al comercio limeño; el puerto estaba bloqueado, las arcas públicas vacías. Los amargos reproches y burlas consiguientes, ahora era demasiado tarde, asumieron carácter aún más virulento a causa del estado de los negocios, de modo que estos y otros temas similares se discutían de modo poco apropiado para arribar a conclusiones útiles, aun en teoría, menos aun a aquella cordialidad práctica tan esencial para el bien del Estado.

Estas discusiones ruinosas eran todavía fomenta-

das por el espíritu nuevo de la independencia que, al principio de la campaña, llenó el país, pero no había llegado, hasta entonces, a la misma altura en Lima que en otras partes de Sud América; debido quizás a que allí había muchísimos más españoles ricos e influyentes. Cualquiera que sea la causa, la vigilancia del gobierno hasta entonces había logrado reprimir la expresión de este sentimiento; pero ahora ya no era posible; porque día a día se avivaban las esperanzas y aumentaban los prosélitos del partido independiente.

18 de febrero.—Supe esta mañana, en Lima, que dos oficiales de mi barco habían sido arrestados en el Callao, la tarde anterior, y estaban presos en el Castillo por creerlos espías de lord Cochrane, aunque desembarcaron en mi bote. En tiempos ordinarios, si hubiera ocurrido esta equivocación, se hubiera allanado fácilmente; pero en momento de tal fermento popular, especialmente cuando se tenía tan universal desconfianza de los ingleses, era probable que resultase un asunto serio. Toda Lima se conmovió por este incidente; cada uno creía implícitamente la historia, y, en el Callao, se decía que el tumulto era infinitamente peor. Al punto de recibir informe de este asunto desde el barco, me fué entregada una carta del virrey, diciendo que dos personas, haciéndose pasar por oficiales del *Conway*, habían desembarcado en mi bote, y que como cinco chalacos los habían reconocido y jurado que habían pertenecido al barco de lord Cochrane, se les habían encerrado en el castillo, y que debían tomarse declaraciones en forma a los testigos antes de proceder al juicio de los presos. Inmediatamente hablé con el virrey y le aseguré que debía haber error, pero para evitar toda equivocación ulterior, antes de

reclamar oficialmente la entrega de los oficiales, deseaba se me permitiese llegar hasta ellos en el Callao. Primero se rechazó esto, no obstante ser lo razonable, basándose en que no procedía la comunicación, pero como yo pedía simplemente tener los medios para identificar a los oficiales, se dió orden con ese fin, que yo mismo llevé al castillo.

La agitación en el Callao, lugar siempre propenso a violentas conmociones populares, se suponía que era tan grande en esta ocasión irritante, que muchos me aconsejaban no excitar en el populacho mayor furia mostrándome entre ellos. Pero era claro que mi demora en visitar los oficiales presos en este momento especial, tendería directamente a confirmar todas las sospechas contra ellos, y posiblemente llevaría a que fuesen sacrificados por la furia de la turba. Era de temer que el gobierno no tuviese en este punto crítico, muy grande autoridad, y como los militares compartían en mucho las descabelladas opiniones del pueblo, no se podía contar con su subordinación, especialmente en un asunto popular como éste. Vi también con mucho pesar, que cualquiera que fuese el resultado de este asunto, se había desvanecido toda probabilidad de continuar en buenos términos con los españoles.

Llegando al Callao, recorrí las calles al paso de mi caballo. Estaban llenas de gente, en cuyo rostro había un ceño que significaba todo, menos amabilidad o bienvenida; también había algún murmullo, y signos de sorpresa a causa de mi presencia, pero no hubo violencia de ningún género.

Los españoles son tan apegados a las formas, que mi permiso de llegar a los presos hubo de pasar por manos innumerables, para poder verlos y no hablarles palabra, hecho esto, las puertas de la prisión de nue-

vo se cerraron, y volví a Lima para hacer pedido oficial al gobierno en favor de los individuos que habían sido arrestados y a quienes había identificado como oficiales míos.

Hay razón para creer que la recepción pacífica que encontré en el Callao se debió a un incidente sencillo. Habiéndose interrumpido toda relación comercial entre Chile y Perú, desde que zarpó la expedición, el único medio de comunicarse entre Valparaíso y el Callao eran los barcos de guerra británicos; y como en los primeros tiempos, había habido intercambio constante entre estos dos puertos, y se habían establecido vínculos numerosos entre sus respectivos habitantes, los efectos de la guerra se sentían ahora severamente con la interrupción de la correspondencia. He dicho que en Valparaíso a veces me entretenía yendo a los ranchos para observar las costumbres inferiores, y como sucedía que la mayor parte de esa gente tenía algún pariente o relación en el Callao, se me confiaron al zarpar, muchos mensajes y cartas, todos los que, puede mencionarse como característica de la época, insistían que los leyese en su presencia, para que no contuviera ningún asunto político, perjudicial para los corresponsales o para el portador. Poco después de mi arribo al Perú, tuve cuidado de entregar todas estas cartas y mensajes en persona. Las cartas eran pocas; pero los vecinos acudieron al oír que había noticias de Valparaíso, y aunque muchos se chasqueaban, muchos otros eran felices oyendo de sus amigos, de quienes no habían recibido comunicación directa por algún tiempo. Afortunadamente había tenido la preocupación de escribir en mi cartera los diferentes mensajes de la gente de Valparaíso, de modo que cuando estos pequeños memorándums eran arrancados y entregados a los destinatarios, se convertían

en una especie de cartas y los recibidores los tenían por tales. Por mi parte, me consideré satisfecho de hacer feliz a la gente con poca cosa, y no pensé más en el asunto. Justamente ahora, sin embargo, cuando me convertía en objeto de sospecha, y las vidas de mis oficiales estaban en peligro, fué de alguna consecuencia conservar la buena voluntad que aquel incidente me había granjeado entre la turba—turba, puede agregarse, de inclinaciones notoriamente sanguinarias, como que en ocasión reciente había dado muerte a toda la tripulación de un bote, en un tumulto popular. Esto ocurrió pocos días después de la captura de la *Esmeralda*, como consecuencia de una idea, igualmente absurda que la que ahora los poseía, de que la fragata norteamericana *Macedonia* había cooperado con lord Cochrane en aquella ocasión.

Cuando montaba mi caballo, al salir del castillo, después de ver a mis oficiales, me rodeó rápidamente una multitud, al parecer con intenciones nada cordiales. Guié mi montura deliberadamente a la casa más cercana de aquellós que había entregado alguna carta o mensaje de Valparaíso, y, con pretexto de pedir un vaso de agua, me detuve a la puerta. La gente de la casa salió corriendo a recibirme y uno me dijo, en tono mezclado de bondad y reproche: «Oh señor, no creía que usted hubiese permitido desembarcar espías en su bote.» «Y yo, mi buena señora—respondí—, nunca hubiese supuesto que usted albergue en su cabeza tan absurda sospecha.» La multitud, a la sazón se había congregado en gran número a nuestro derredor, oyendo todo lo que pasaba, y muchos de mis antiguos conocidos se adelantaron para renovar la conversación sobre sus amigos de Valparaíso. De esta manera siguió la plática unos diez minutos, y acto continuo volví mi caballo en dirección a Lima; la mul-

litud me abrió paso y nunca fui después molestado o amenazado en lo mínimo, aunque pasé por el Callao muchas veces al día la semana siguiente.

La lentitud del pleito español es proverbial y por lo tanto no era de sorprender, aunque fuera una vejación, que la libertad de mis oficiales no se consiguiese inmediatamente. Se escribió una nota al gobierno requiriendo su restitución, como que habían sido identificados por mí, y me comprometí, naturalmente, por la verdad de esta afirmación. La dificultad estaba en determinar el valor de mi palabra, contraria al juramento de no menos de cinco hombres del Callao que habían jurado, al parecer, haber visto estos mismos oficiales ocupados recientemente en los barcos de lord Cochrane, mientras en realidad de verdad, ninguno de ellos había nunca puesto los pies a bordo de ninguno de la escuadra chilena. El virrey admitía que la calidad de los testigos era completamente sin valor, pero no me hacía o quizás no podía hacerme la justicia de obrar en conformidad. Era bastante claro que dudaba de su poder sobre el pueblo, pues decía muy cándidamente que no se podía resistir a la marea del sentimiento popular, sin alguna dilación. Esta falta de confianza de parte del gobierno era fuente positiva de alarma; y entré en mayor desasosiego sabiendo que los oficiales iban a ser sometidos a una comisión militar, tribunal azaroso en el mejor de los casos, y que en aquellos tiempos no se podía confiar.

El virrey me dijo en esta conferencia que acababa de recibir aviso del arribo de diez o doce desertores de la escuadra chilena, que había ordenado fueran conducidos al Callao, para que declarasen en el proceso de los oficiales. La declaración de estos hombres, él creía, no coincidiría con los primeros cinco testigos, quienes bien podían ser sospechosos de haber trama-

do la denuncia. Esto parecía bastante sensato ; pero la manera en que se efectuó la treta fué sumamente característica. El gobierno consideraba que había hecho todo para el adelantamiento de la justicia, con ocurrírsele la idea del careo, y por consiguiente, se limitó a disponer que los desertores fuesen enviados al Callao, sin ordenar que debían estar separados de los primeros testigos, de modo que fueron encerrados la noche entera en el mismísimo cuarto, junto con los hombres mismos con quienes iban a ser careados.

Asistí la mañana siguiente, con los oficiales a las declaraciones de todos los testigos, ante la comisión designada al efecto, cuando quince hombres declararon bajo juramento, que estos dos caballeros, a quienes señalaban, habían servido más de dos años en la escuadra de lord Cochrane. Todos eran hombres de la reputación más descuidada y bien conocidos como tales en el Callao, pero esa circunstancia poco importaba, pues la prueba suministrada por ellos se conformaba con las imaginaciones ardientes y violentas preocupaciones del pueblo ; por tanto, hasta el punto que llegaba esta sabia investigación, ciertamente habría dejado el asunto peor que al principio, si tres caballeros españoles no se hubiesen adelantado oportunamente a declarar, de modo que les honra muchísimo, frente a frente del clamor popular, y de manera que bien merecía nuestros reconocimientos. Dos de ellos eran oficiales de marina, el otro un comerciante respetable, y los tres habían estado prisioneros a bordo del barco de lord Cochrane en el tiempo determinado por los testigos ; y juraron positivamente que ninguno de los presos había estado a bordo de la capitana, ni en otro barco de la escuadra patriota.

Si no se hubieran producido afortunadamente las últimas declaraciones, no se podría decir lo que hu-

biese resultado de la investigación. La comisión militar, no obstante, llamada a apreciar la prueba producida, después de acalorada discusión, en que se llegó a proponer en serio ahorcar a los oficiales por espías, convino por poca mayoría, ponerles en libertad, y se me dirigió una nota estableciendo que tal era su decisión, por haber yo empeñado mi palabra de honor de que los individuos no eran espías de la escuadra chilena, sino oficiales al servicio de S. M. B.

También aprovecharon la ocasión de recomendar al gobierno que no permitiese bajar a tierra a ninguna persona de los barcos extranjeros anclados en la rada, en estos tiempos agitados, y como esta parte de la nota es curiosa, por demostrar el estado de opinión del momento, la transcribo: «Y para mantener la amistad y la armonía tan valiosas para ambas naciones, alejar todo motivo de disensión y ahorrar los malentendidos entre ingleses y españoles, que como consecuencia de las opiniones alimentadas en Lima y más aún en el Callao, no se pueden evitar ni con la prudencia, previsión y celo de los comandantes; parece necesario al gobierno, en las presentes circunstancias, con el puerto del Callao bloqueado por la escuadra chilena al mando de lord Cochrane, que todos los buques extranjeros fondeen afuera de la línea y que ningún individuo de cualquier clase o condición, pueda venir a tierra.» El 23 de febrero, en consecuencia, nos embarcamos, y por el momento nos alejamos de Lima, sin gran pena, pues el tiempo de nuestra visita había sido de constante irritación y dificultad.

Lord Cochrane, que había estado en el mar algún tiempo, se unió a la escuadra bloqueadora justamente antes que concluyese la discusión, y el 24 tuve una entrevista con su señoría a bordo de la nave capitana *San Martín*.

El 25 el *Andromache* de S. M. B. volvió al fondeadero, y el 28, con el barco lleno de pasajeros, zarpamos para Chile.

La ciudad de Lima ha sido descripta tan a menudo, y tan detalladamente por escritores bien reputados, que pocas palabras a su respecto serán suficientes en esta ocasión. El camino del Callao a Lima tiene seis millas de largo, perfectamente recto, y de gradiente tan suave que es casi imperceptible, aunque la ciudad está a más de seiscientos pies sobre el nivel del mar. Cuando se la ve desde la rada del Callao, o aun de menor distancia, no hay ciudad que presente más espléndida apariencia, debido a sus numerosas cúpulas y torres, que se alzan de situación tan elevada, y le dan aspecto extraño y quizás morisco. Cuando nos aproximamos a la ciudad, todo hablaba del pasado esplendor y miseria presente. En la cumbre del camino pasamos por un acceso de una milla entre dos filas dobles de árboles hermosos, con paseos públicos extendidos a ambos lados, y elegantes bancos de piedra de adorno, todo en ruinas y cubierto con yuyos y arbustos. La entrada principal de Lima estaba al final de este grandioso acceso y la constituía un vistoso arco triunfal, chabacano y deteriorado, con la corona de España moldeada en lo alto.

Ningún viajero, dicen, entró nunca a una gran ciudad sin sufrir desencantos, y la capital del Perú no es excepción de esta regla. Las iglesias que, a lo lejos producen tan espléndida impresión, al examinarlas de más cerca, resultan edificios muy mezquinos, recargados de trabajos de estuco fantásticos, y sin gusto, y de adornos sin valor; el efecto, por tanto, que la magnitud de los edificios habría producido, queda completamente destruído por la pobreza de los detalles. Solamente la parte inferior de estas grandes igle-

sias es de piedra, siendo las torres y cúpulas de madera enyesadas, que, aun cuando sea precaución prudente, es fatal para un efecto de magnificencia. Esto no procede de causas económicas, sino de los recuerdos de muchas catástrofes fatales que han ocurrido en iglesias construídas de piedra, como consecuencia de los terremotos a que el Perú está desgraciadamente expuestísimo.

Lima, como todas las ciudades españolas de este país, se divide en manzanas de unas ciento veinte yardas por costado, y grandísima parte de la ciudad está ocupada por conventos e iglesias. Por el medio de todas las calles corre una acequia, en que se ordena arrojar los desperdicios; pero, como esto rarísima vez se cumple, las calles se convierten en receptáculo de suciedad de un extremo a otro.

Los pavimentos para los carruajes y peatones han sido abandonados, detalle a que menos se atiende quizás porque hay pocos rodados, haciéndose todo el trabajo pesado con asnos y mulas.

El teatro, que estaba abierto durante las fiestas celebradas en honor del nuevo virrey, era de forma especial, siendo un óvalo prolongado, ocupando el proscenio la mayor parte de un lado, de manera que los palcos del frente estaban cerca de los actores. El público del paraíso se componía exclusivamente de hombres y el de la galería de mujeres, moda, según creo, traída de Madrid, estando el espacio intermedio en varias filas de palcos. En los entreactos el virrey se retiraba al asiento de atrás, lo que se consideraba como señal de estar ausente, y cada uno en el paraíso, saca su eslabón y pedernal, enciende su cigarro, y echa bocanadas de humo aprisa para ganar tiempo, pues cuando el telón se levanta y el virrey vuelve al asiento de adelante, ya no se puede fumar, de acuerdo con la

etiqueta española. El chisporroteo de tantos pedernales a la vez, que hace aparecer el paraíso como si se hubieran soltado mil chispas y la nube de humo que se levanta en seguida y llena la sala, son detalles menudos que sorprenden la mirada del extranjero, como más decididamente característicos que incidentes realmente importantes. Puedo agregar que los caballeros de los palcos también fuman en esta ocasión, y una vez sorprendí a una dama tomando una furtiva pitada detrás del abanico. La presencia o ausencia del virrey, sin embargo, no produce alteración en la galería, donde las diosas sostienen un juego incesante durante toda la función.

IV

CHILE

Llegada a Valparaíso.—Santiago.—El Lazo.—Matanza del ganado.—
Baile.—El lago de Aculeo.—Intervención de los sacerdotes en la
educación de la mujer.—Estado del sentimiento político en Chile

Valparaíso, 19 de marzo de 1821.—Anclamos aquí ayer por la tarde, con diez y ocho días de navegación, lo que se considera buen viaje, por ser el término medio para los barcos de guerra algo más de tres semanas. Desembarqué la misma tarde para entregar las cartas y mensajes que prácticamente eran contestaciones a los que se habían llevado al zarpar de Valparaíso y ya mencionados en la narración de nuestra ida al Callao. Muchas gentes de Valparaíso apenas podían creer que hubiéramos estado en el Perú, no familiarizados aún con los viajes que hoy se realizan. Nuestra ausencia no había sido sino de siete semanas, cuando en el pasado, habría requerido otros tantos meses hacer el mismo servicio. En la primera casa para donde llevaba cartas, la familia me recibió con signos de contrariedad, y me reprochó por haber vuelto a traer las cartas, no creyendo posible que

las hubiere entregado ; pero, cuando tuvieron las respuestas, su gozo y gratitud no conocieron límites ; las noticias de nuestra llegada se esparcieron con rapidez, y, en diez minutos, la casa se llenó de gente pidiendo cartas. En ningún país se manifestaría mayor interés que el demostrado por esta gente acerca de sus amigos ausentes, y ello da pleno desmentido a las afirmaciones que a menudo se oyen sobre la frialdad e indiferencia de sus relaciones domésticas. Después de entregar todas las cartas y mensajes fuí asediado por las preguntas de las damas, sobre el aspecto, manera, y otras varias cualidades de personas que nunca habían visto, pero que se habían casado con familias de su parentela en el Perú. Esto fué tarea difícil, pero lo poco que recordaba fué extremadamente bien empleado, y era agradable observar el efecto que todo esto producía para descubrir el carácter ; pues muchas gentes que habían estado frías y serias, se adelantaban y estiraban la mano con cordialidad y franqueza completamente contrarias a lo que parecía ser su índole natural, pero que después siempre resultó sincera y firme.

Justo cuando dejaba la casa para volver a bordo, dos jóvenes llegaron para averiguar de su hermana, dama viuda, de quien nada sabían desde más de un año. Sucedió que esta misma persona era uno de mis pasajeros, y nada pudo satisfacer a los hermanos y a sus esposas, y dos o tres más, sino el ir a bordo del *Conway* al momento, aunque se acercaba la noche. Conforme con esto, estibé todo el grupo en mi bote, y los llevé afuera, con gran gozo y asombro de la vida.

Como el comandante en jefe estaba en la capital, me trasladé allá el 23 para presentar mi informe. El 28 de marzo, salí de Santiago en compañía de uno de los residentes ingleses y de un oficial de mi barco, pa-

ra visitar un caballero chileno a unas diez y ocho leguas al interior. El sol estaba bien alto cuando partimos y hacíamos a rápido paso nuestro camino por la gran llanura de Santiago, aparentemente del todo horizontal, pero al volver nuestros ojos a la ciudad, descubrimos una gradiente considerable; de modo que nos hallábamos a varios cientos de pies sobre las iglesias más altas, sin habernos apercibido de nuestra gradual ascensión.

En campo que nos es desconocido, estamos siempre sujetos a padecer errores en las ideas que nos formamos del paisaje circundante. Entre los Andes, particularmente, éste es el caso, pues las proporciones de todo son tan grandes, que nuestros conceptos anteriores no alcanzan a abarcar la escena que tenemos por delante, e incurrimos casi necesariamente en equivocaciones respecto a alturas y distancias que sólo la experiencia puede rectificar. Al principio, uno no se apercibe de la decepción, y el interés de la jornada en tales condiciones es aumentado por la convicción creciente de que nuestros sentidos no responden a la tarea de estimar debidamente lo que está ante nosotros —la realidad, en pocas palabras, en estos casos a menudo sobrepuja a la imaginación.

Cruzamos el río Maypú por un puente de sogas de cuero, cerca del campo de la batalla librada por San Martín el 5 de abril de 1818, a que se ha aludido en afuera, con gran gozo y asombro de la viuda.

Este puente es curioso por su sencillez, y por la semejanza estrecha con los puentes de cadena recién introducidos en Inglaterra, a los que, en principio, es precisamente similar. Consiste en un angosto camino de tablonés puestos a través, con sus extremidades descansando en sogas tirantes, suspendidas por medio de cuerdas cortas, a un juego de sogas más gruesas

lanzadas a través del río de orilla a orilla. Estas fuertes sogas de soporte son seis, tres a cada lado del puente, y cuelgan en curvas rasas, una encima de otra, las cortas cuerdas verticales que soportan el camino dispuestas de modo que distribuyen el peso por igual. Las sogas principales o de suspensión están fuertemente aseguradas a los ángulos de la roca de un lado a una altura de treinta pies de la corriente, pero, como es baja la orilla opuesta, la inclinación correspondiente está en algo corregida llevando las sogas sobre un alto pilar de maderas y amarrándolas después a árboles y postes enterrados en la ribera. La luz de arco desde el estribo de un lado hasta la roca del otro, es de ciento veintitrés pies. Siendo los materiales muy elásticos, el puente ondeaba y vibraba de lado a lado de modo tan alármante, que por recomendación del guía desmontamos y llevamos de la brida nuestros caballos, en fila de uno, no pareciendo hombres y caballos, sin embargo, muy a gusto durante el pasaje.

Poco después de cruzar el Maypú llegamos a los primeros contrafuertes de los Andes, en cuya base el camino serpentea entre montones inmensos de rocas, precipitadas de las cumbres, y a veces pasaba por un cinturón de árboles que subían como franjas a la falda de la montaña. Pronto obscureció, y si en plena luz la índole del paisaje es tan novedosa y estupenda que desafiaba todas nuestras tentativas para estimar distancias y proporciones, mucho mayor era ahora nuestra perplejidad.—En país desconocido la fantasía del viajero es curiosamente trabajada, en tales momentos, por imágenes confusas, que surgen ante él a cada paso. Ve, por ejemplo, lo que él toma por barranca abrupta, que, a juzgar por su experiencia con la luz del día, se imagina a muchas leguas de distancia, pero, en medio de su admiración, golpea la ca-

beza en las ramas de un olivo cuyo obscuro contorno lo ha tomado por los Andes. O, ansioso por averiguar su camino, y viendo lo que para él es rancho de paisano a cincuenta yardas adelante, se apresura para preguntar por el camino, pero, al fin, con grande admiración, descubre que el rancho imaginario es algún pico lejano. En suma, es embrollado y confundido a cada paso.

El día había sido de calma y sofocante, pero así que declinó la tarde, fuimos acariciados por una brisa fresca y vivificante que suavemente venía de la montaña, semejante a los vientos de tierra que llegan de las costas de países tórridos; y sin duda responde a la misma causa, la diferencia de temperatura entre las montañas y la llanura. Las estrellas lucían con brillo particular y proseguíamos en la incertidumbre agradable de lo que vendría. La imaginación, en tal oportunidad, está muy predispuesta a divagar, y bajo la influencia del paisaje que nos rodeaba, nos sumergimos en fantaseo agradable, sobre la historia romántica de la conquista, y descripciones grandiosas de los Andes que habíamos leído; hasta que el silencio que habíamos guardado por algún tiempo, fué súbitamente interrumpido por uno del grupo gritando que entrábamos a las tierras de un caballero que nos proporcionaría otro baquiano para el resto del camino.

Desmontamos en la puerta y se nos mostró un cuarto helado, incómodo, con piso de barro, techo tosco inconcluso e iluminado por negra vela de sebo, todo lo que nos hizo instintivamente sentir que tendríamos una recepción fría. En esto, no obstante, estábamos muy equivocados, pues así que vió el dueño de casa quiénes éramos, nos invitó que pasáramos a la sala, habitación muy diferente de la primera, pues cuando entramos, pudimos apenas soportar el brillo de una

docena de velas de cera. El suelo estaba cubierto de rica alfombra, el techo y cornisas prolijamente concluidas, y los muros adornados con espejos y cuadros. En la cabecera había un gran piano de Broadwood, y en la mesa del te, la dama de la casa y sus hijas nos recibieron amablemente. Pronto nos conocimos, y mientras una de las jóvenes salió a recoger flores para obsequiarnos, otra se sentó al piano, a nuestro pedido, y tocó muy afablemente, mientras nosotros tomamos asiento charlando con los mayores que nos instaban a pasar allí la noche. Había algo tan inesperado en este recibimiento bondadoso, y la gente misma era tan agradable y obsequiosa, que, se me hacía muy cuesta arriba abandonar tan buen alojamiento; sin embargo, era necesario proseguir y volvimos a montar de malísima gana nuestros cansados caballos.

Pero los encantos de la escena nocturna habían pasado, y los adornos extravagantes con que una hora antes la imaginación había revestido el paisaje, fueron dominados por la realidad oscura e incómoda; el camino estaba lleno de pozos; los viajeros se fastidiaban de sí mismos y de los otros, y la jornada nunca tocaba a su fin. Pero después de una cabalgata aburridora, llegamos a la Chacra, y habíamos hecho la mitad del camino a la casa, cuando nos alcanzaron dos jinetes (uno resultó ser el dueño de casa) que nos dieron la bienvenida con franqueza de modales y bondad de tono especialmente placenteras para un visitante que no ha sido invitado. Las damas de la familia, dijeron, venían atrás, y todos volvían de un baile en la vecindad; nos apuramos y pusimos los caballos de lado a tiempo para ayudar a las damas a descender de la carreta.

29 de marzo.—Cuando nos reunimos la mañana

siguiente, cada uno parecía muy contento de encontrarse en el campo, libre de la batahola y distracción de la capital. La nueva sensación, producida siempre por el aire libre de los campos, se aumentó en esta ocasión, porque estaban cubiertos de viñas y olivos, y arbustos aromáticos, y adornados con toda clase de gayas flores. Hay una influencia natural en el campo, bajo todos los climas, con que se derrite la escarcha de la etiqueta, el carácter nativo se muestra tal cual es, y muchas cualidades amables, antes desapercibidas, se descubren y conocen. Pero perdimos de hacer sociedad en el almuerzo, pues en estos países la familia rara vez se reúne hasta la hora de comer, que generalmente es a las dos. Sin embargo, encontramos amplios objetos para interesarnos durante la mañana temprano, pero el calor solar nos hizo meter bajo techo mucho antes de estar satisfecha nuestra curiosidad.

Nos sentamos a comer en muy alegre compañía, insistiendo el dueño de casa en que yo tomara la cabeza, decía, de que en modo alguno se apartaría. El primer plato puesto en la mesa fué una sopa de pan, excesivamente buena, y preparada con carne o pescado, distinción tan sin importancia según creíamos, que nuestra sorpresa no fué escasa, cuando observamos que uno de los comensales se sobresalta y, con mirada como si hubiese tomado veneno, exclama: «Señor, hay pescado en la sopa», y mientras nos confundíamos con esta exclamación, nuestro amigo fué corriendo a la cocina para interrogar al cocinero. Regresó con el aspecto más angustiado, y concluyó con su plato de sopa como si fuera lo último que iba a gustar. Un sentimiento de delicadeza nos impedía hacer preguntas, mientras nuestra curiosidad subió al colmo, notando que el caballero no tomó nada más, y li-

teralmente se quedó sin comer. Era viernes de cuaresma, y ésta sería la causa de su horror a la carne; pero fué el pescado lo que le chocó; además, vimos a las damas promiscuar sin escrúpulos; lo que nos intrigó excesivamente, y tanto más cuanto el individuo abnegado era hombre muy sensato y no mostraba otros síntomas de excentricidad. Al fin descubrimos que, por cualquier razón, había hecho promesa de no promiscuar aun cuando sea permitido a los sudamericanos por una bula, y así sucedió, que se le había antojado este día especialmente un plato de carne que tenía cerca, no soñando nunca lo que se había puesto en la sopa; sin embargo, una vez que la probó, se le agnó la fiesta, y cumplió su promesa de manera digna de un anacoreta.

Después vino la olla, plato célebre en toda tierra de habla española. Se compone de carne hervida, rodada de toda clase de legumbres, y bien cubierta de garbanzos; y tan inseparable es su composición, que nuestros «porotos con tocino», no son más conocidos en inglés, aun en sentido proverbial que la «olla con garbanzos» en español. Además de estos platos, tuvimos varios ricos estofados y, para finalizar, un *roast beef* que, sin embargo, no se asemejaba en lo mínimo al glorioso *roast beef* de la vieja Inglaterra, sino que era una tira larga y delgada de carne seca asada, sin un solo hueso para darle forma, y desprovista completamente de gordura. Entretanto, finalizamos nuestra comida, y participamos de postre excelente, de higos frescos rajados, recién arrancados de las higueras a nuestra vista; como lo fueron las lustrosas y dulces uvas, orgullo de nuestro amable huésped, y, finalmente, una enorme sandía colorada, el sostén de la vida entre las clases más pobres de este país, a todo lo que

se agregaba un vinillo hecho por las manos de la patrona ausente.

La escena entera era característica del país. Nos sentamos en medio de dos puertas y varias ventanas, disfrutando el aire balsámico que atravesaba la casa, barriendo, al pasar, en el piso, las hojas de higuera y los pámpanos. De un lado podíamos ver los caminos de pedregullo del jardín, extendiéndose debajo de las parras enzarzadas, y sombreados por ancho cinturón de altos nogales, que formaban graciosa mampara entre nosotros y el deslumbrante brillo del cielo occidental. Por el otro lado nuestra mirada se dilataba hasta los Andes, distante cincuenta o sesenta millas, vistos confusamente a través del vapor ondulante producido por la intensidad de los rayos solares cayendo sobre los áridos campos bajos; no se veía un pájaro ni bestia, ni la mínima mancha de nube en el firmamento; la tiranía del sol era completa. Había en esto una quietud solemne, que mientras disponía a pensar nada quitaba a su alegría. Pero pronto quedamos solos para gozarla, pues los compañeros, uno por uno, se fueron a dormir la siesta; el dueño de casa solamente permaneció, pero evidentemente en obsequio de sus huéspedes; por tanto, aprovechamos la oportunidad para deslizarnos también a nuestras habitaciones, a fin de que él se retirase.

Nuestro huésped era nativo de Chile, pero de ascendencia española. Era terrateniente considerable que pasaba la mayor parte en su finca, y que por sus conocimientos en agricultura, cría de ganado, y cultura de viñas, se había manejado no solamente para hacer productiva su tierra, sino también para obtener influencia grande en el país. Con bondad y hospitalidad atraía la gente a su casa, mientras que su capacidad y conocimientos hacían de él un vecino inapre-

ciable. Su esposa estaba en la ciudad por enfermedad, pero el padre y dos hermanos eran de nuestro grupo.

Entre las cuatro y las cinco, pasada la siesta, nuestros amigos, restregándose los ojos, poco a poco hicieron su aparición; a las cinco y media todos estuvimos reunidos. La carreta, que es simplemente un carro con toldo, y bien provista con esteras y pajas en vez de elásticos, se dispuso para las damas que partieron a pagar «unas visitas campestres», como se complacían en llamarlas; en buen inglés, visitas de chismografía.

Los caballeros salieron en otro rumbo con el objeto de ver el aparte de ganado para la matanza del día siguiente. Fuimos guiados por una nube de polvo hasta el sitio donde la gente de campo había juntado el arreo y lo mantenía arrinconado. El dueño de casa, acompañado por el principal jinete de su estancia, se metió entre las bestias y echando el ojo a la más gorda, la señalaba a los peones, que pronto la apartaban valiéndose de sus picanillas. De esta manera se apartaron quince y rodeándolas cerca de una docena de hombres, las arrearón lentamente a las casas y finalmente al corral.

En el camino de regreso, nuestro huésped nos entretuvo haciendo que su gente nos mostrara la manera de agarrar ganado en Sud América. El instrumento usado se llama lazo, y el usarlo enlazar. Consiste en una soga de tiras de cuero crudo, con longitud que varía entre quince y veinte yardas, y del grosor del dedo meñique. La precisión infalible con que se arroja el lazo es asombroso, y para quien, por primera vez lo ve, parece cosa de magia.

Durante las guerras recientes en este país, el lazo se usó como arma de gran poder en manos de los huasos, que eran soldados atrevidos y útiles, y nunca fa-

llan en desmontar caballería o en derribar los caballos que se ponen a su alcance. Se refiere un caso bien auténtico de un grupo de ocho o diez de estos hombres que jamás habían visto piezas de artillería hasta recibir el fuego de una en las calles de Buenos Aires; se adelantaron sin miedo, enlazaron el cañón, y con sus esfuerzos unidos lo tumbaron. Se relata otra anécdota que, aunque posible, no está apoyada en tan buena autoridad. Algunos botes fueron enviados a efectuar un desembarco en punto dado de la costa, guardado solamente por estos jinetes. La gente de los botes, cuidándose poco de un enemigo desprovisto de armas de fuego, remaba confiadamente a lo largo de la orilla. Los huasos, entretanto, esperaban la coyuntura, y al momento en que los botes se acercaron lo bastante, se precipitaron al agua y enlazando a los oficiales del pescuezo, arrastraron a todos fuera de los botes.

A la tarde tuvimos entretenimientos muy diferentes. Nuestro grupo se encaminó a la casa de un vecino, dama anciana, cuyo gran placer era ver felices a los amigos que la rodeaban. Pronto se nos unieron otras familias, y habiendo piano en la habitación, la consecuencia segura fué un baile. Si es difícil la descripción del lazo, es imposible describir la contradanza española, que no tiene semejanza con nada de Inglaterra. Consiste en gran variedad de figuras complicadas, dando oportunidades infinitas para mostrar la gracia y elegancia personales del modo más favorable. Se baila con tono de vals lento, y en vez de una o dos parejas que bailen a un tiempo, toda la concurrencia se pone en movimiento. No hay danza más bella para mirar, o más encantadora para tomar parte en ella; sin embargo, no se puede negar que aunque admirable para aquellas regiones calurosas, es inadapta-

ble al clima y costumbres de Inglaterra. Danzar y caminar, pues lo último se considera también un pulimiento, se enseñan con gran cuidado, y no recuerdo haber visto ninguna dama que no hiciera bien ambas cosas. Las diferencias en la figura y en el gusto individuales por naturaleza, tendrán distinciones tan notables como en otros países; pero todavía la generalidad de bailar bien, y más especialmente de la gracia, o más bien elegante manera de caminar, es rasgo muy notable y que merece descripción. Como todas las damas tienen más o menos afición a la música y tocan el piano, rara vez en ocasiones como ésta, se presenta dificultad de encontrar ejecutante. Pero quedé sorprendido y algo disgustado de ver a una señorita, bailarina de las más elegantes y mejores de Chile, sentarse al piano. Los caballeros reclamaron en voz alta de este proceder; pero ella se mantuvo resueltamente en su sitio, declarando que no bailarían una sola vuelta. Vi que esto encerraba algún misterio y aproveché la oportunidad para rogarle que me hiciese saber lo que había decidido a persona de tanto buen sentido y amabilidad, y tan aficionada al baile, para tomar una resolución tan sin motivo. Rió al oír tratar el incidente con tal seriedad, y me confesó que nada estaba más lejos de sus deseos que su privación actual, pero que había hecho promesa de no bailar por un año entero. Le pedí explicación del extraño compromiso y me dijo, que durante la enfermedad reciente de su hermana, esposa de nuestro huésped, en momentos en que se desesperaba de su vida, la madre había hecho voto de que si sanaba, ninguna de las niñas solteras bailarían durante doce meses. Su hermana menor, no obstante, bailaba; y descubrí que se había manejado para eludir la obligación mediante un ingenioso recurso de casuística, arguyendo que, como la promesa se ha-

bía hecho en la ciudad, jamás se extendería su cumplimiento al campo. La cariñosa madre, arrepentida probablemente de voto tan absurdo, había cedido ante aquel buen caso de conciencia ; y la bella Rosalita danzaba con una animación que contagió a todos, y jamás se vió baile tan entusiasta.

30 de marzo.—Antes del desayuno, presenciamos la manera sudamericana de matar el ganado y charquiarse carne. Después del desayuno variamos nuestros entretenimientos, emprendiendo una cabalgata hasta el lago de Acule. Tuvimos que dar vueltas algún tiempo entre los picos de los Andes inferiores, antes de llegar al lago que yace plácidamente rodeado de montañas. Quizás es la suavidad y delicadeza del pulimento de un lago de montaña, junto con su soledad modesta, comparado con la majestad atrevida y escabrosa del paisaje circundante, lo que le da tanta gracia y belleza. Puede también que escenas como ésta, del todo desprovista de embellecimiento artificial, sea más cautivadora, en conjunto, que la enriquecida con ciudades y ornada de villas y jardines, a la manera brillante de los lagos italianos.

Estrictamente, sin embargo, el lago Aculeo no es por completo desolado, porque aquí y allí podíamos ver un rancho entre las arboledas lujuriantes que bordean sus márgenes por todos lados. Pero esto, imaginó, quizás aumentan la soledad, y la mirada se desvía con más frecuencia a los altos cerros nevados, y a las enormes bandadas de aves silvestres flotando sobre el pecho del lago, que a estos oscuros signos de población. Uno del grupo, dotado de imaginación vivaz, nos entretuvo con un cuadro animado de lo que produciría aquí el transcurso de un siglo, si el país no se detenía en su progreso. Planeaba aldeas a lo largo de

las riberas, cortaba caminos cómodos en las vertientes, y cubría el lago de botes; reemplazando con el zumbido atareado del hombre, el silencio actual del paisaje. Mientras nuestro ingenioso amigo amplificaba de esta manera los efectos posibles de las mejoras previstas, otro caballero que poco se cuidaba de tales especulaciones, se lamentaba amargamente de que no tuviéramos escopetas, pues las aves, que no se alarmaban de nuestra presencia, nos dejaban pasar muy cerca; tan cerca, en verdad, que podíamos distinguir los patos, cisnes y flamencos, al lado de muchas otras que no conocíamos; y una vez nos estremeció la aparición súbita de una bandada de loros, que pasó cerca de nuestras cabezas, chillando de la manera más discordante, mientras su bello plumaje, luciendo el sol, hacía la vista más brillante imaginable. El flamenco se conocía por su tenue color rosado debajo de las alas. Viajando, a menudo se despierta un interés peculiar por circunstancias que, aunque triviales en sí, hablan claramente a los sentidos, de una tierra nueva y extraña; de este modo en lo que los Andes han fallado, lo hace inmediatamente la vista de un simple pájaro. La elevada cordillera nevada, comparativamente hablando, es objeto familiar y se asocia con recuerdos europeos; pero sentimos inmediatamente que pájaro tan notable en su aspecto como el flamenco, puede pertenecer solamente a clima diferente y extranjero.

Por la tarde, la mayor parte de las damas encontradas en el baile de la noche anterior vinieron a la casa donde vivíamos; pero su hilaridad parecía haber huído con los sonos de la música, y nada más formal o afectado que ellas puede imaginarse fácilmente. Se acomodaron en fila junto al muro, de modo tan resuelto, que desafiaría la destreza del táctico más atrevido, el romper sus filas. Luego, sin embargo, una frase ac-

cidental debilitó su posición e inmediatamente produjo efecto. Al fin, las damas se manifestaron complacidas de que las hubiéramos obligado, a pesar suyo, para demostrar cuán agradables podían ser, aun sin auxilio del violín.

31 de marzo.—Nuestra partida de campo concluyó hoy con gran pena de nosotros, los extranjeros por lo menos. El anciano caballero con su hija mayor, y nuestro amigo de conciencia escrupulosa, junto con mi joven oficial y yo, componíamos la cabalgata para la ciudad. El día era relativamente fresco, de modo que la jornada fué muy agradable, y para nosotros tenía doble interés, desde que pasamos el día por los lugares que antes habíamos recorrido en la obscuridad; y era curioso notar cuán equivocadas, en consecuencia, habían sido todas nuestras impresiones de cada rasgo del paisaje. En tal compañía, el camino, primero tan aburridor, se redujo a nada, y antes que creyéramos haber recorrido la mitad de la distancia, nos apercibimos que entrábamos en las tierras de nuestros amigos hospitalarios que nos agasajaron tan bondadosamente pocas noches antes. La dueña de casa, en aquella ocasión, más de una vez lamentó que, debido a la obscuridad, no pudiese mostrarnos el jardín, orgullo de su vida; por tanto, se complació de habernos atrapado al regreso, y nos enseñó el camino, con gran jovialidad que nos llevó a su lugar favorito. Ciertamente era espectáculo brillante, pues en estos climas donde la Naturaleza hace tanto, la mínima ayuda multiplica los resultados de tal modo que, en regiones frías, no tenemos idea. Pero la buena señora que en nada pensaba menos que en dejar a la Naturaleza seguir su curso, había plantado sus flores y cortado los caminos y bordes en formas de bestias, pájaros, y pescados; no solamente había trazado figuras

de animales de relieve, sino que había mantenido minuciosamente los colores de cada uno, por la cuidada distribución de flores adecuadas; y para ser justos, el sitio parecía más jardín zoológico que de flores.

Alcanzamos el puente de Maypú a mediodía, y habiendo hecho preparativos para comer en el camino, resolvimos detenernos, durante el calor del día, en la posta de lo alto de la orilla. La comida fué sencilla y buena, y alegremente estábamos despachando nuestra olla, cuando entró un nuevo huésped, personaje ordinario, gritón, imprudente, que se sentó sin ceremonia en un asiento vacío en el ángulo de la mesa, desplegó su alforja, y sacó un puñado de charqui y un gran pedazo de queso; la carne fué llevada afuera por uno de sus huasos para ser machacada entre dos piedras cualesquiera del camino; y mientras el charqui sufría esta preparación original, cortó el queso y lo hizo circular con aire del hombre que está en la cabecera de su mesa. Por mi parte, me divertí grandemente con el desparpajo e imprudencia del sujeto; pero mis amigos, especialmente la señorita, se contrariaron de que yo presenciase esta intrusión que no podían impedir; pues aunque la mesa era de ellos, en este país es privilegio de los viajeros asociarse y ayudarse mutuamente en el camino, sin consideraciones al rango social.

Cuando concluyó la comida y se levantó la mesa, el suelo estaba listo con colchones y camas preparadas para la siesta. No había lechos bastantes para todos, y siendo éste el único cuarto de la casa, se presentó un dilema momentáneo, pero fué pronto resuelto por la dama, acostándose junto a la pared y colocándose su padre cerca de ella, y así el resto de la compañía. Nuestro compañero forzado, viendo lugar vacío, tendió una jerga y poniendo la cabeza sobre el re-

cado, se durmió al momento, ejemplo seguido por los demás.

El sol se ponía y nos encontrábamos todavía a una o dos leguas de la ciudad, y sus rayos, pasando a través de la espesa niebla antes mencionada, proyectaba notable luz dorada sobre las torres y cúpulas de las iglesias, mientras las cumbres de los montes, nevadas las más altas, todavía retenían la clara brillantez del sol. En breve tiempo, sin embargo, la luz empezó a disminuir, aun en los picos más elevados, y a cada momento, se producían cambios de color en las diferentes cordilleras; las más bajas primero tomaban tinte áureo que pronto se tornaba en variedad de rojo, y finalmente, en un gris obscuro frío; de modo que toda la vista del cuadrante oriental variaba del modo más singular conforme a la altura. Cada cadena de cerros se distinguía así prominentemente de todas las demás, y su contorno se dibujaba distintamente. Era quizás un desencanto descubrir que nuestra bella compañera, con todo su buen sentido, no se impresionaba mucho con las bellezas magníficas de su suelo nativo. En respuesta a nuestros reproches por su insensibilidad, decía que sería muy equivocado no admirar lo que veía, pero como no había salido del valle en su vida y, en consecuencia, no tenía otro paisaje con que compararlo, por lo menos, no conocía su superioridad sobre el resto del mundo.

3 de abril.—Salí a caballo esta mañana en compañía de dos señores ingleses para ver una catarata. Para conseguir nuestro fin, hubimos de subir desde el llano en que está Santiago, por largo y áspero sendero, a la altura de cerca de cuatrocientos pies. Nos imaginábamos subir la falda de una cordillera escarpada, y que llegando a la cumbre, veríamos abajo el lado opues-

to en el llano. Pero en vez de esto, nos encontramos en las faldas de un gran llano unido al que acabábamos de dejar, y que parecía estar al mismo nivel, no obstante la altura adicional que habíamos alcanzado. Esta singular ilusión de óptica debe haber sido causada por la regularidad del declive en la dirección que mirábamos, desde el punto a que habíamos llegado al llano de que habíamos partido, junto con la proporción enorme de todo lo circundante, con cuyas dimensiones estábamos todavía lejos de suficientemente familiarizados, para apreciar, sea alturas, distancias o niveles.

Uno del grupo avistó a lo lejos la casa de campo de un amigo y convinimos el tentar fortuna allí, pues habíamos sido decepcionados por la catarata que resultó del todo despreciable.

Por la tarde visitamos varias familias para despedirnos, siendo nuestra intención regresar inmediatamente a Valparaíso. En una casa fuimos los solos visitantes; en otra, apenas pudimos entrar, tan concurrida estaba, y cuando, al fin, pudimos sentarnos cerca de las damas, nos encontramos con que no era fácil conversar en nuestro español estropeado ante tan gran concurso de nativos. Nuestro recibimiento en la primera casa fué más afectuoso y resultó más satisfactorio, y más útil para los que ansiaban perfeccionarse en el idioma. En la otra vimos más concurrencia, pero menor y menos valiosa relación. En ambas, sin embargo, y puedo decir en todas las casas, no parecía prevalecer sino una sola disposición bondadosa de tratarnos con atención y hospitalidad, y de ayudarnos, con la asiduidad más fina, amistosa y paciente, para poseer su idioma; observación que puede hacerse extensiva a toda la costa que visitamos.

La siguiente anécdota corría por la ciudad en aquel

tiempo, y por todo lo oído en nuestra corta estada en Santiago, nos satisfacía que la influencia de los sacerdotes declinase gradualmente, y que un espíritu más liberal, especialmente en puntos de educación, se hubiese recientemente adoptado y se extendiese rápidamente en el país.

Un caballero había creído conveniente comenzar a instruir a su hija en la lengua francesa, circunstancia que la niña, inconsciente de cualquier crimen, mencionó en la confesión al sacerdote, quien demostró grandísimo horror por lo que oía, invocó la venganza celestial sobre ella y su padre, negó la absolución, y envió la pobre criatura a su casa poseída por la agonía del miedo. El padre pronto descubrió la causa, y después de alguna correspondencia con el confesor, fué a la cabeza del gobierno que, haciendo comparecer al sacerdote, lo interrogó sobre el punto, y lo inculpó por haber violado directamente el espíritu y letra de la constitución que fomentaba toda clase de instrucción. El sacerdote aparentó tratar el asunto con altanería, y aun se aventuró a censurar al director por mezclarse en cosas que estaban fuera del alcance de su autoridad. Esto se arregló presto, se reunió consejo inmediatamente y el día siguiente supo toda la ciudad, que se había visto al sacerdote trasponiendo la frontera, escoltado por una guardia militar. Se publicó también oficialmente en la Gaceta la narración de todo el asunto con la correspondencia cambiada entre el padre y el confesor, y se concedió autorización plena a toda persona para enseñar en el futuro cualquier ramo de conocimientos compatibles con la moral y la religión.

Desde el 5 de abril hasta el 26 de mayo permanecimos en Valparaíso ; pero nuestras ocupaciones, aunque interesantes en sí mismas, no eran de naturaleza

de ser aquí detalladas. Los pocos momentos desocupados que nos dejaban nuestras ocupaciones profesionales, se empleaban en hacer reconocimientos, y en hacer observaciones astronómicas, principalmente del cometa visible desde el 1.º de abril hasta el 8 de junio; y en experimentos con el péndulo del capitán Kater, cuyo objeto era determinar la figura de la tierra.

En todos sus detalles traían aparejado el más vivo interés, y solamente quienes se han ocupado de cosas similares, pueden tener la idea exacta de la cruel contrariedad que una noche nublada, o cualquier otra interrupción, produce en medio de una serie de observaciones. En estos casos, cuando se desvanecían todas nuestras esperanzas, y se perdía el trabajo de un día, acostumbábamos emplear el no deseado descanso en visitar a nuestros vecinos cerca del observatorio, o a los residentes ingleses, y otras personas bien informadas, especialmente al gobernador del puerto, hombre sagaz que había recorrido mucho el interior del país. De esta manera estábamos habilitados para formarnos opinión tolerable sobre el estado del sentimiento político en Valparaíso, donde el trato con extranjeros era mayor; y comparándolo con el de Santiago, del que también habíamos visto bastante, deducir condiciones sobre la gran cuestión del efecto de la Revolución en la opinión pública de todo el país.

En el puerto, a consecuencia del número de arribos, se encuentra ciertamente en ocasiones información más exacta sobre puntos especiales de noticias extranjeras que en la capital, pero, en la última, hay mucha más información general, debido sin duda a la difusión más extendida de la ilustración e inteligencia de los habitantes. Conocen, por tanto, con exactitud pasable no solamente lo que sucede en los otros

países de Sud América, sino que tienen idea más clara de las cuestiones europeas de lo que se podría esperar ; porque empiezan a convencerse plenamente de su importancia en el mundo, y a ver la necesidad de ser conocidos con el porte de los otros estados. A este sentimiento incipiente de dignidad nacional, agregan el entusiasmo arraigado y resuelto en favor de la independencia.

No estoy seguro de que los chilenos tengan nociones claras y exactas de la libertad civil ; pero nada es más resuelto que su determinación de no volver a someterse a cualquier yugo extranjero ; y pensaría, por todo lo que he podido aprender, que, en cualquier circunstancia, el partido español en Chile se encontraría pequeño y despreciable. Cada día se ahondan estos sentimientos importantes, y harán la reconquista del país más y más alejada de toda posibilidad. El presente comercio libre, sobre todo, mantiene y aumenta estos sentimientos ; pues no hay un solo arribo al puerto que deje de traer algún artículo nuevo de uso, o de lujo, o que no sirva, haciendo bajar los precios anteriores, para poner al alcance de las clases más bajas muchas cosas conocidas antes solamente por los ricos, para dilatar la espera de las comodidades y goces, y para abrir nuevas fuentes a la industria.

Entre gente notable circunstanciada como han sido los sudamericanos, excluida por siglos de los beneficios del comercio, este cambio es de capital importancia ; y es agradable reflexionar que, mientras nuestros comerciantes consultan sus propios intereses, propenden a la prosperidad de su país, al mismo tiempo, por estimular primero y satisfacer las necesidades de un gran pueblo, están aumentando la suma de humana felicidad. De esta manera, creando gustos superiores y nuevas necesidades, producen nuevos móvi-

les para el esfuerzo y dan más animosas esperanzas a naciones enteras que, sin tan poderosos e inmediatos estímulos, en cuanto conocemos, habrían permanecido largo tiempo en su antiguo estado de pequeñez e ignorancia. Todo hombre en el país, rico o pobre, no sólo siente prácticamente la verdad de esto, sino que conoce de dónde deriva el beneficio; y es inútil, por tanto, suponer que bendiciones que se adaptan tan directamente a los sentimientos de todos los hombres y que tan manifiestamente influyen en su fortuna y felicidad, puedan ser fácilmente suprimidas.

Sin duda hay muchos defectos en la administración de los negocios en Chile, mala fe casual y casual opresión, y a veces disturbios inconvenientes, y cambios políticos parciales; pero estas cosas nada importan en cuestión tan vasta. La barrera que ha contenido tanto tiempo la marea de los derechos humanos y la acción libre, finalmente ha sido removida, y la corriente con seguridad no sería detenida por nada de afuera; y lo interno que puede perjudicar, está rápidamente mejorando a medida que los hombres adelantan en inteligencia y adquieren interés más intenso en el buen orden. En verdad, una invasión causaría mucha miseria y desorden, y tendería por un tiempo, a detener el progreso moral y político del país, pero la reacción sería inevitable y, antes de mucho, el país ultrajado saltaría adelante hacia la vida y libertad con vigor decuplicado.

Mediante el trato con extranjeros y por la experiencia y conocimientos de sí mismos, adquiridos actuando por primera vez como hombres libres, llegarán a conocer su propia fuerza; aprendiendo también a respetarse, lo que difícilmente habrían hecho antes, estarán listos pronto para respetar un gobierno formado por ellos mismos; y en vez de despreciar y odiar

a sus gobernantes, y procurar oponerse a sus medidas, se reunirán cordialmente para sostenerlos cuando tengan razón, y para ejercer influencia saludable sobre ellos cuando estén en error. De cualquier modo, aun ahora, todos los partidos se unirán al menor amago de ataque ; y así será si algo tan descabellado e injusto se intentase.

V

VIAJE COSTERO

Arica.—Andes.—Ilo.—Molendo.

El 26 de mayo nos hicimos a la vela de Valparaíso, siguiendo el derrotero de la costa hasta Lima. Durante la mayor parte del viaje la tierra estaba a la vista, y tuvimos muchas oportunidades de ver no solamente los Andes, sino también otras características interesantes del país. El cielo se cubría a veces con una nube baja, oscura, continua, que proyectaba sombras sobre el mar, y descansaba en la cima de las barrancas elevadas que protegen la costa; de manera que los Andes y, en realidad, el país entero, excepto la costa inmediata, estaban entonces ocultos a nuestra vista. Pero en algunos sitios esta alta línea de barrancas era interrumpida por profundas depresiones llamadas quebradas, unidas a extensos valles que se extienden al interior. Estas aberturas nos permitían ver regiones que, estando más allá de las nubes y, por tanto expuestas al brillo pleno del sol, formaban

brillante contraste con la obscuridad y tristeza en que éramos envueltos. Cuando pasábamos navegando, y mirábamos por estas quebradas misteriosas, parecía que la mirada penetrase lejana en otro mundo ; y si la obscuridad que nos rodeaba hubiese sido más completa, la luz habría sido tan resplandeciente como la luna llena con la que todos coincidían en comparar este curiosísimo y sorprendente espectáculo.

Como, en este caso, los rayos solares no se reflejaban sobre una brillante superficie nevada, sino de arena opaca, se nos da, por analogía, respuesta a las dificultades que suelen plantearse con respecto a la probable opacidad de la superficie lunar.

7 de junio.—Fondeamos en Arica cerca de mediodía y, al desembarcar, encontramos al pueblo casi completamente desierto, y mostrando en todas partes las señales de haber sido reciente teatro de operaciones militares. Las casas habían sido forzadas y saqueadas, la mayor parte de las puertas desgoznadas y sacadas, el moblaje destruído, las tiendas y almacenes vaciados. La primera casa a que llegamos era de la persona llamada gobernador ; estaba acostado sobre un colchón puesto en el suelo, pues no habían dejado ninguna cama u otro vestigio de muebles, y sufría un ataque de chuchó. Su esposa y la hija estaban en la pieza contigua donde habían congregado amigos ; pero parecían lo más desconsoladas e infelices. El pueblo había sido atacado por una fuerza patriota, y, como sucede siempre, sufrido por haber sido teatro del conflicto. La mayor parte de la gente había huído al interior, y las calles y casas vacías imprimían desolación silenciosa muy sorprendente al lugar. Los habitantes forzados a permanecer, sea por enfermedad u otras causas, estaban sujetos a privaciones gra-

ves. Vimos algunas familias a quienes no se les había dejado mesa o cama, ni silla que ofrecernos, cuando entramos, y la esposa del gobernador confesó que no tenía muda de ropa; su hija estaba en el mismo desamparo, muchacha modesta de linda carita redonda, cuyas tentativas de atarse al pescuezo un pedazo de pañuelo de mano, a falta de todos sus acostumbrados atavíos, eran bastante conmovedoras. La gente en general estaba silenciosa, con aire de profundo enojo en su porte. Aquel dolor que se manifiesta en el mal humor y queja, no es característica de los españoles o de sus descendientes; y he notado, invariablemente en ambos, una gran compostura en su aflicción.

Un caballero inglés, pasajero del *Conway*, tenía cartas para un comerciante español, y lo buscamos mucho tiempo por las calles desoladas, y al fin supimos que como los demás había huído al interior. Tuvimos alguna dificultad para conseguir cabalgaduras; pero finalmente salimos en su busca por el valle de Arica, campo abierto que es, en el sentido más estricto del vocablo, un desierto, cubierto de arena hasta donde alcanza la vista, sin la mínima traza o esperanza de vegetación. El suelo varía con altas cimas, cumbres inmensas cónicas y largas estepas chatas, y a lo lejos teníamos ocasionalmente vistazos de las sierras bajas de los Andes, pero altos y bajos eran iguales; un solo desierto descolorido, desagradable, pobre, arenoso. El color del terreno es a veces negro, generalmente de un moreno obscuro, y acá y acullá se presenta una raya blanca; pero cosa más estéril, desamparada o despoblada, jamás se vió. Ni puede concebirse claramente sin haberlo presenciado; por lo menos todas las ideas que me había formado del paisaje, estaban tan infinitamente lejanas de la realidad, que producía el efecto de deprimir el espíritu de modo no-

table, e infundir un horror que es difícil describir o dar razón.

Por medio del valle corría un arroyito, acompañado en su curso a través del desierto, por una franja de verde intenso, indeciblemente grata a la mirada por el reposo que proporcionaba después de mirar el país circundante. El camino estaba juiciosamente trazado entre los árboles, cerca de la orilla del arroyo, y la vegetación era tan lozana que no veíamos bien los cerros vecinos al través de las grandes hojas de los bananeros y de los apretados algodoneros con capullos en plena florescencia.

Andando en busca de aventuras nos acercamos a la primera casa que se presentó; y la encontramos ocupada por un viejo Don, comerciante de Arica, quien había sido del todo arruinado por los recientes sucesos de la guerra. Nos describía las batallas y con palabras muy conmovedoras relataba sus infortunios, y lo que parecía desconsolarlo más, la pérdida de gran cantidad de bienes ajenos confiados a su custodia. Su familia lo rodeaba, pero estaba igualmente desamparada, y el cuadro era a cada momento aumentado con algún rasgo trivial de escasez, demasiado insignificante para ser descripto, o pensarse mucho de él a la distancia. Hay una romántica o pintoresca clase de interés que pertenece a la calamidad bien descrita, que no existe en la realidad. En un caso, multitud de pequeñas circunstancias, dando fuerza y verdad de efecto al cuadro, lo hacen agradable; pero las mismísimas circunstancias en otro, producen emoción totalmente opuesta. El aspecto universal de tristeza, por ejemplo, el desconsuelo completo, los lastimosos subterfugios, la ausencia de quietud y jovialidad, el silencio, el aspecto desordenado de las cosas, el mueblaje mal arreglado, el vestido descuidado, e innumerables deta-

lles, todos producen a tiempo un grado de simpatía y profunda piedad por los que sufren, que ninguna descripción puede inspirar. Así, más que nunca nos hacíamos cargo de cuán diferente cosa es ver las calamidades de la guerra y leerlas.

Después de mucho buscar descubrimos la casa del español; hombre maduro que reía y se burlaba de los desastres recientes, de manera que, al principio nos sorprendió con exceso; pero era la alegría salvaje de la desesperación, especie de delirio febril, porque él también estaba completamente arruinado, y descorazonado, y pronto cambió la excitación provocada por nuestra presencia, un tétrico abatimiento. Mientras él y el caballero portador de las cartas, discutían sus asuntos, trabé conocimiento con una damisela, sobre quien la calamidad de los tiempos había caído aunque ligeramente, pues sonreía por todo y parecía muy dichosa. Era persona avisada y comunicativa, pero resistió, con gran destreza, todas nuestras tentativas para sacar en limpio en qué relaciones estaba con el dueño de la casa, dejándonos en la duda de si era esposa, amante, hija o sirvienta. Nos condujo al lindo jardín y terreno arreglado alrededor de la casa, y nos complacimos mucho en apartar nuestros pensamientos del penoso esfuerzo a que habían estado sometidos todo el día con la contemplación de tanta desdicha e inmerecida calamidad.

Al volver al pueblo, visitamos al cura, quien nos mostró la iglesia que había sido sacrílegamente forzada; todo el lugar, en efecto, exhibía tal miseria y confusión, que estuvimos contentísimos de volver a bordo a una escena de orden, paz, y comodidad.

8 de junio.—Se organizó otro paseo para visitar el valle y cabalgamos varias leguas más que ayer, reci-

biéndonos la gente en todas partes con bondad y hospitalidad ; y cuanto más nos retirábamos del pueblo donde se había hecho la resistencia, encontrábamos menos síntomas de la guerra. Nos obsequiaban generalmente con frutas deliciosas y un vinillo blanco claro cosechado en el lugar ; nos ponían también por delante aceitunas frescas y saladas, ambas en estado de madurez y llenas de aceite ; éstas se comen con pan y finas tajadas de cebollas crudas. En otra casa nos dieron sandías de la clase más rica y jugosa, que comían junto con queso y una especie agria de ciruela. Las mesas estaban en un corredor o en un patio cubierto, abierto a los lados y aquí y allá también sobre el techo, para dar paso a la brisa. Las casas eran de adobe, revocadas con barro y techadas con palmas ; y su aspecto exterior era bastante ruin, lo que lamentamos más por estar tan lindamente ubicadas, generalmente a la sombra de algún árbol grande, y estrechamente rodeadas de bananeros, higueras y otros frutales del trópico, y guardadas por cercados de magníficas pitas, y nopales, y tunas. La suave corriente murmuraba en la arena deslizándose a los campos, que debían toda su fertilidad y belleza a la influencia del agua. Diez minutos de camino a cada lado del arroyuelo nos llevaba al borde del desierto, condenado por falta de humedad a esterilidad perpetua ; y, verdaderamente, en toda la costa del Perú, no llueve nunca, aunque en algunos pocos lugares el suelo es refrescado ocasionalmente por nieblas y rocíos.

La región del país que es un desierto irremediable, puede decirse que se extiende más de mil seiscientas millas de costas bañadas por el Pacífico, esto es, desde Coquimbo hasta cerca de la desembocadura del río Guayas. Esta región vasta y desolada está entre la cordillera de los Andes y el mar, con ancho va-

riable de treinta a cien millas, teniendo poquísimos ríos y ninguno de grande importancia; pero dondequiera que se presenta una corriente de agua, el suelo adyacente del valle es susceptible del cultivo más intenso; y, exceptuando en estos raros lugares, no se encuentran árboles, y el espectáculo es por todas partes sin interés. El árido país alto en el confín interior de este desierto ininterrumpido, es rico en tesoros minerales; y en consecuencia, prevalece en el país la noción frívola de que la Naturaleza en casos tales caprichosamente niega sus tesoros superficiales, y recíprocamente, cuando el país es susceptible de cultivo, niega las riquezas mineras. Es tal la terca índole de la preocupación y del error una vez admitidos, que aunque esta noción absurda está contradicha por mil datos bien sabidos, la multitud todavía anda repitiendo la sofistería, y razonando sobre ella con la misma confianza que si fuera verdadera.

El 9 de junio zarpamos de Arica y gobernamos al Noroeste a lo largo de la costa. En la tarde de ese día tuvimos una linda vista de la cordillera, a no menos de cien millas de distancia. Fué solamente cuando el barco estaba a bastante distancia de la orilla que los Andes superiores estuvieron a la vista; pues cuando se está cerca, las sierras bajas interceptan la vista lejana. Pero cuando nos apartamos treinta o cuarenta millas, estos cerros intermedios resultan insignificantes, mientras la cadena de picos nevados se levanta con gran magnificencia detrás de ellos. Sucede a veces también que estos cerros inferiores, que habían impedido completamente la vista de la cordillera, cuando se ven a no gran distancia de la costa, efectivamente se hunden en el horizonte por la curva terrestre, cuando las sierras distantes estaban aún a la vista, y más magníficas que nunca. Nos sorprendía-

mos a veces cuando teníamos poca esperanza de ver la cordillera, de contemplar las cumbres nevadas alzándose sobre las nubes y, al parecer, tan cercanas, que requería no poca práctica, y esfuerzo vigoroso de la razón, trasladarlas en la imaginación a su distancia efectiva. Al principio nos contrariaba encontrarlas más bajas de lo que nos habíamos prometido; pero esto provenía de un falso concepto de su distancia, y daba lugar gradualmente a la más alta admiración, cuando nos dábamos cuenta por mediciones y por la debida reflexión, de cuán lejos de nosotros se hallaban.

El placer que nos proporcionaban estas observaciones constantes de los Andes no es para describirse; y acechábamos todas las mañanas que apuntase el día, con la mayor ansiedad, ciertos de la más alta compensación. Nuestro placer por esta causa era a veces de corta duración, otras duraba el día entero. Nos contrariamos una mañana cuando despuntó el alba, de no ver montañas en rumbo del Este, desde que no nos hallábamos a más de cien millas de la costa; no obstante, no se distinguía tierra. Así que el sol empezó a mostrarse sobre el horizonte, no puedo decir el grado de interés que excitó el descubrir en su disco ascendente, el contorno de una cumbre lejana de la cordillera clara y netamente trazado, pero que estaba tan remota, que era totalmente invisible excepto en el momento en que, interponiéndose entre nosotros y el sol, interceptaba parte de su luz, dejando ver su situación por pocos segundos y luego se desvaneció otra vez en el aire claro.

Nuestros pensamientos, sin embargo, fueron en esta altura del viaje distraídos de asuntos de gusto y curiosidad, por una serie de penosos deberes oficiales relacionados con el comercio británico en esta parte de la costa. Como no me creo en libertad, sin embargo,

para entrar en detalles de estos asuntos, omitiré toda mención de ellos y pasaré a otras materias quizás de menos interés, pero más inmediatamente características del país y de la época.

El 12 de junio anclamos en Ilo, pueblo que, lo mismo que Arica, es a menudo célebre en los viajes de Dampier y de los antiguos filibusteros. Desembarcamos en una playa arenosa, guardada del mar, agitado por una restinga de rocas en que la rompiente era de una violencia prodigiosa y cubría de espumas media bahía. Nos recibieron dos hombres y una mujer; la dama evidentemente era nativa y sus dos compañeros obscuramente teñidos con sangre aborigen; uno era activo y joven, el otro parecía viejo mendigo roto. Pregunté al primero por la casa del alcalde. «Este es el mismo alcalde», dijo, señalando a su anciano compañero, y ciertamente de todas las autoridades constituídas con que tuvimos trato en las costas del Pacífico, el alcalde de Ilo fué la que menos se asemejaba a lo que la imaginación se figura ser un magistrado principal. Pero las cosas deben juzgarse en relación a su mutua idoneidad, y bajo este aspecto, el desarrapado alcalde era propio para su oficio, porque en su pueblo encontramos solamente tres seres vivientes, un soldado patriota medio desnudo de aspecto salvaje; un indio de las montañas, dormido en media calle, y un garañón flaco casi muerto de hambre. La mayor parte de las casas no tenían puertas, de modo que la arena entraba a cada soplo de la brisa marina que justamente empezaba a correr.

Cinco minutos de caminar, sin embargo, nos condujeron a un olivar a cuya sombra pisamos un rico pastisal; y después de vagar adelante, llegamos a un pequeño riachuelo, abovedado completamente por árboles, cuyas ramas, encontrándose sobre la corriente, se

entrelazaban y confundían por medio de innumerables lianas, y oprimidos con manto tan espeso de hojas y flores que no dejaban penetrar hasta el agua ni un solo rayo de sol. Una sendita nos llevó a una abertura de este toldo, donde un puente rústico formado por dos árboles atravesados, nos invitó a pasar, aunque no vimos casa, ni criatura viviente. Habíamos llegado con dificultad a la ribera opuesta, cuando cantó un gallo y nos encontramos en seguida junto a una cabaña completamente envuelta en el follaje exuberante que he descrito. Una linda anciana se presentó, y aunque sin duda, algo sorprendida al ver visitas tan inesperadas, nos dió la bienvenida con aquella especie de política intuitiva que caracteriza a la población entera de las costas sudamericanas. Después de colocarnos esteras sobre el pasto, envió sus hijos a recoger guayabas, y sacó una botellita de aguardiente para que nos repusiésemos de nuestra caminata; y todo con solicitud tan sencilla de buena voluntad, que no sabíamos cómo expresar nuestro agradecimiento, u ofrecer cualquier adecuada retribución.

En nuestro camino de retorno el alcalde nos dijo la causa del actual abandono del pueblo, y nos describió las miserias de la guerra en lenguaje que lo mostró digno de más alto empleo. Lo invitamos a ir a bordo del *Conway*, pero no pudimos decidirlo a acompañarnos.

A la tarde levamos anclas y en el transcurso de la noche nos escabullimos mansamente a lo largo de la costa llevados por vientos de tierra, que era apenas suficiente para hinchar las velas que destilaban agua con el copioso rocío. Por la mañana del 13 de junio anclamos en la rada abierta de Mollendo, pues no hay puertos en esta costa; circunstancia completamente indiferente, desde que el viento es siempre tan suave,

que los barcos fondean y quedan expuestos con seguridad perfecta. Siendo el agua profunda, los buques están obligados a acercarse a la costa a menos de un cuarto de milla para poder fondear; y como no hay nada para quebrar el prodigioso mar de leva que del Pacífico se revuelve contra la costa rocallosa, se origina una rompiente de enorme magnitud, que se estrella y ruge al pie de las barrancas del modo más espantoso, poniendo a prueba los nervios de los extranjeros que, a despecho de su convicción de que todo es seguro y no ocurrirá tormenta, no pueden inmediatamente despojarse de los recuerdos más desagradables, relacionados con costa tan formidable en apariencia.

La operación de desembarcar en tal sitio es difícil y peligrosa, especialmente con luna llena y nueva, cuando el mar de leva se aumenta mucho, observación aplicable a toda la costa. Me habían dicho que los botes de los barcos rara vez pueden cruzar la resaca, y que la balsa hecha de cueros de lobo es lo conveniente; sin embargo, probé hacerlo en mi bote que zozobró y yo caí al agua para mi castigo.

El alcalde era más digno personaje que nuestro amigo de Ilo, tanto más cuanto tenía bajo sus órdenes una guardia de seis soldados y una población de cerca de cien almas. Como nos trató del mejor modo que pudo, no fué sino civilidad común retribuir con una comida a él y sus amigos. Sin embargo, no habiéndose visto sino raramente entrar a la cámara grupo de apariencia tan grotesca, asomaron muchas sonrisas a bordo a expensas del capitán y sus huéspedes.

El pueblo de Mollendo, que es puerto de mar de la gran ciudad de Arequipa, sesenta millas al interior, consiste en cuarenta o cincuenta chozas hechas con un tejido de totora, pero sin revoque de barro, pues el

clima no exige guardarse del aire ; cada choza está rodeada por un corredor con techo plano de cañizo ; no hay ventanas y, por supuesto, ni chimeneas, y las puertas como los muros, son de junco ; el suelo pelado con todas sus desigualdades, forma los pisos, de modo que supongo jamás se edificó pueblo más primitivo. Los habitantes de ese rudo puerto de mar eran bondadosos, y notablemente gentiles en sus modales ; las mujeres pequeñas pero delicadamente formadas, con bellísimos ojos negros, y un color cobrizo claro, muy peruano ; y aunque en extremo vivaces y también alegres cuando se las anima, parecían tan tímidas y sensibles que al principio temíamos dirigirles la palabra, para que no huyeran como ciervos asustados.

Deseábamos, el día siguiente, andar en el campo y, si era posible, llegar a la cumbre de uno de los cerros cercanos ; pero el suelo cubierto de polvo blanco como nieve, lanzaba un reflejo tan desagradable, que nos vimos forzados a regresar medio ciegos con el resplandor y ahogados por el polvo. Este polvo, se nos informó, que muchos años atrás fué arrojado del gran volcán de Arequipa, cubre todo el país en considerable extensión.

El 20 dejamos Mollendo y navegamos a lo largo de la costa con viento fresco y suave hasta la tarde del 24 de junio, cuando anclamos en la rada del Callao, después de un paisaje de veintinueve días desde Valparaíso.

VI

PERÚ

Durante nuestra ausencia, la campaña militar había hecho progresos considerables en el Perú, y el virrey, urgido seriamente por la necesidad y amenazado por la creciente enemistad de los distritos circunvecinos de la capital, había pedido armisticio. Fué concedido por el general San Martín, y las hostilidades se suspendieron por dos meses, en que los diputados respectivos se congregaron con frecuencia, y se discutieron muchos proyectos de arreglo, sin resultado satisfactorio. El objetivo que los españoles parecían deseosos de alcanzar era que los colonos acudieran a la madre patria y, entretanto, se conviniese una tregua, hasta que las Cortes se expidiesen sobre la petición de los habitantes. San Martín, por otra parte, consideraba la independencia del país *sine qua non* *previo* a cualquiera otro negociado. La expedición que se había confiado a su mando, decía, tenía como ob-

jeto preciso la independencia del Perú y jamás permitiría que se abandonase o modificase ese punto de ningún modo. Una vez admitido esto por los españoles y recibido en todo el país, San Martín se declaraba pronto a entrar en arreglos y aun se ofrecía para ir personalmente a España, como uno de los diputados, para tratar con las Cortes. El virrey, también, para demostrar ansiedad igual de que se llegase a algunos términos de acomodo, ofrecía entregar el castillo del Callao en garantía de su sinceridad, en caso que se accediese a su proyectada tregua.

Todas estas proposiciones, no obstante, a nada condujeron y se dejó sin efecto el armisticio al tiempo de nuestra llegada. La primera noticia que supimos fué que el ejército realista pensaba evacuar la capital, retirándose al interior, donde era más seguro obtener víveres. La verdad probablemente era, que los principios revolucionarios propagados por San Martín habían echado tan profundas raíces en Lima y el país circunvecino, que el virrey se sentía inseguro, y estaba deseoso de intentar un método de guerra diferente, después de haber en vano intentado contener el torrente de las nuevas opiniones introducidas por la expedición. Sabía bien que la gran habilidad de San Martín consistía en atraer a su causa todas las personas que estaban al alcance de sus intrigas, y en estimularlas a afirmar su reclamo de independencia.

La política de los realistas, en consecuencia, requería que se adoptase algún cambio de plan y se resolvió someterse por de pronto a la tormenta. Si éstos eran o no los motivos reales del virrey es indiferente. Yo tenía mejores y más frecuentes oportunidades de oír cuáles eran los designios del general San Martín, y, por lo tanto, los consigno con más confianza. Es muy difícil decir si sus declaraciones eran sinceras y,

en caso de serlo, si sus planes eran prudentes. Ciertamente, a mucha gente les parecen muy juiciosos ahora, cuando fueron seguidos infaliblemente por el éxito que él anticipó; y puedo libremente confesar, que cualquiera que haya sido su conducta subsiguiente, sus medidas, en esa coyuntura, me parecían estar marcadas con mucha sagacidad, prudencia y previsión. Las máximas políticas a que, según él, se ajustaba, se expondrán en detalle lo mismo que su conducta posterior; y aunque sea cierto que ellas alguna vez no eran compatibles entre sí, sus planes originales y declaraciones no eran, por esa sola causa, menos juiciosos y adaptados a las circunstancias de la época. Es mi propósito al presente describir sencillamente lo que realmente vi y acompañarlo de las reflexiones que parezcan encaminadas a dar mayor claridad a la exposición, sin el ánimo más remoto de referirme a ninguna cuestión de partido, o controversia política. Aun cuando mis oportunidades me habilitaban para procurar información adecuada respecto a todo lo que pasaba en aquel momento, debe aún haber quedado la averiguación incompleta, al dejar el lugar.

Junio 25 de 1821.—Hoy tuve una entrevista con el general San Martín a bordo de una goletita de su propiedad, anclada en la rada del Callao para comunicarse con los diputados que durante el armisticio habíanse reunido en un buque fondeado en el puerto.

A primera vista había poco que llamara la atención en su aspecto, pero cuando se puso de pie y empezó a hablar, su superioridad era evidente. Nos recibió muy sencillamente, sobre cubierta, vestido con un sobretodo suelto y gran gorra de pieles, y sentado junto a una mesa hecha con pocos tablones yuxta-

puestos encima de algunos barriles vacíos. Es hombre hermoso, alto, erguido, bien proporcionado, con gran nariz aguileña, abundante cabello negro, e inmensas espesas patillas oscuras extendiéndose de oreja a oreja por debajo del mentón; su color era aceitunado oscuro, y los ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, negros como azabache; siendo todo su aspecto completamente militar. Es sumamente cortés y sencillo, sin afectación en sus maneras, excesivamente cordial e insinuante, y poseído evidentemente de gran bondad de carácter; en suma, nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible. En la conversación abordaba inmediatamente los tópicos substanciales, desdeñando perder tiempo en detalles; escuchaba atentamente, y respondía con claridad y elegancia de lenguaje, mostrando admirables recursos en la argumentación y facilísima abundancia de conocimientos, cuyo efecto era hacer sentir a sus interlocutores que eran entendidos como ellos lo deseaban. Empero, nada había ostentoso o banal en sus palabras, y aparecía ciertamente, en todos los momentos, perfectamente serio, y profundamente poseído de su tema. A veces se animaba en sumo grado y entonces el brillo de su mirada y todo el cambio de su expresión se hacían excesivamente enérgicos, como para remachar la atención de los oyentes, imposibilitándola de esquivar sus argumentos. Esto era más notable cuando trataba de política, tema sobre que me considero feliz de haberlo oído expresarse con frecuencia. Pero su manera tranquila era no menos sorprendente y reveladora de una inteligencia poco común; pudiendo también ser juguetón y familiar, según el momento, y cualquiera que haya sido el efecto producido en su mente por la adquisición posterior

de gran poder político, tengo certeza de que su disposición natural es buena y benevolente.

Durante la primera visita que hice a San Martín, vinieron varias personas de Lima para discutir privadamente el estado de los negocios, y en esta ocasión expuso con claridad sus opiniones y sentimientos, y nada vi en su conducta posterior que me hiciera dudar de la sinceridad con que entonces hablaba. La lucha en el Perú, decía, no es común, no era guerra de conquista y gloria, sino enteramente de opinión; era guerra de los principios modernos y liberales contra las preocupaciones, el fanatismo y la tiranía.

«La gente pregunta—decía San Martín—, por qué no marchó sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría, si así conviniese a mis designios; pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú, quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me serviría Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión política? ¿Cómo podría progresar la causa de la independencia si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo, y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de hacerlo sin riesgo. En la expectativa segura de este momento he retardado hasta ahora mi avance; y para quienes conozcan toda la amplitud de los medios de que dispongo, aparecerá la explicación suficiente de todas las dilaciones que han tenido lugar. He estado ciertamente ganando, día por día, nuevos aliados en los corazones del pueblo. En el punto secundario de la fuerza militar, he sido por las mismas causas igualmente feliz, aumentando y mejorando el

ejército libertador, mientras el de los realistas ha sido debilitado por la escasez y la deserción. El país ahora se ha dado cuenta de su propio interés, y es razonable que los habitantes tengan los medios de expresar lo que piensan. La opinión pública es máquina recién introducida a este país; los españoles, incapaces de dirigirla, han prohibido su uso; pero ahora experimentará su fuerza e importancia.»

En otra ocasión San Martín explicó la necesidad peculiar que había para actuar de esta manera cautelosa y tardía de revolucionar al Perú. La situación geográfica tenía, en su concepto, gran influencia para que continuase aquel estado de ignorancia tan favorable a la equivocada política de los españoles, mucho después de haber despertado de su apatía los otros países sudamericanos. Buenos Aires, por su vecindad, al Cabo de Buena Esperanza y su facilidad de comunicaciones por Europa, había adquirido, mucho antes, los medios de obtener la instrucción que no había llegado todavía al Perú. Chile, originariamente, adquiría sus conocimientos por intermedio de Buenos Aires, pero, y más recientemente, por comunicación directa con Inglaterra y Norte América. Colombia, aunque teatro de guerras terribles, tenía la ventaja de hallarse cerca de las Indias Occidentales y de Norte América, y Méjico estaba también en comunicación constante con aquellos países lo mismo que con Europa. De esta manera todos, más o menos, habían disfrutado la posibilidad de conseguir muchos conocimientos útiles, durante tiempos poco favorables, es cierto, para su cultura; pero que verdaderamente no impedían ni podían impedir que su influencia fuese saludable. En el Perú, sin embargo, desgraciadamente aislado por la naturaleza y sin comunicación directa con los países más ilustrados de la

tierra, muy recientemente, los primeros rayos del saber habían perforado las nubes del error y la superstición, y el pueblo no era solamente ignorantísimo de sus derechos, sino que requería tiempo y estímulo para aprender a pensar con precisión sobre el particular. Por consiguiente, el haber tomado la capital mediante un golpe de mano, no hubiera respondido a ningún propósito y probablemente hubiera irritado al pueblo; induciéndolo a resistir las armas de los patriotas, por un concepto equivocado de sus verdaderas intenciones.

El progreso gradual de la inteligencia en los otros estados sudamericanos, decía San Martín, había insensiblemente preparado la mente del pueblo para la revolución. En Chile y cualquiera otra parte, la mina había sido silenciosamente cargada; y el cebo solamente requería tocarlo; en el Perú, donde los materiales no estaban aún listos, cualquier intento prematuro de explosión ha de ser sin éxito. El privilegio de nuestro carácter neutral nos habilitaba para examinar los dos lados de la cuestión, personalmente, y fué de grande importancia en este período; pues inmediatamente de mi conversación con San Martín, fuí a tierra y a Lima, donde tuve una entrevista, antes de transcurrir una hora, con el virrey, y volví por la tarde a bordo de mi barco, anclado no muy distante de la flota de Cochrane.

Cuando fuí a Lima el día siguiente, la encontré presa de gran agitación. A la sazón todos sabían que los realistas pensaban abandonar la ciudad a su suerte, y era claro que cualquier cosa que aconteciese, se produciría una reacción violenta; pero como nadie sabía o podría imaginar la magnitud que alcanzaría, todos creían la crisis llena de peligros y dificultades. Los timoratos eran presa de los temores más extraños;

los audaces y fuertes no sabían de qué modo utilizar su coraje ; y los vacilantes estaban en el estado más lastimoso ; pero los extranjeros, no deseando ofender a ningún partido, obraban sabiamente poniendo buena cara al asunto y corriendo su riesgo. La parte femenina de la sociedad estaba muy enredada, pero se conducía mejor que los hombres ; las mujeres mostraban más fortaleza, eran menos tímidas, se quejaban menos del sufrimiento, en general veían las cosas de un punto de vista más brillante y no se acongojaban, o apesadumbraban a quienes las rodeaban, con quejas innecesarias o anticipos del mal. En los días siguientes las cosas iban de mal en peor, y al concluir la semana, los terrores de las gentes asumieron caracteres de desesperación, y era completamente inútil razonar con ellas o intentar infundir en sus mentes el valor de la calma y la paciencia en momentos tan alarmantes.

El 5 de julio el virrey publicó una proclama, anunciando su intención de abandonar la ciudad, señalando el Callao como refugio para quienes se creyesen inseguros en la capital. Esto dió la señal para la fuga inmediata y multitudes se precipitaban hacia el Castillo, que al ser interrogadas acerca de las razones que las determinaban a abandonar la ciudad, no daban otra que el miedo ; y, ciertamente, la mayoría procedía por puro pánico que se esparcía entre ellos del modo más extraordinario.

Había ido a bordo por la mañana, pero oyendo que la capital iba a ser evacuada por los realistas el día siguiente y deseando estar cerca de los comerciantes británicos, a quienes había recomendado, sucediese lo que sucediese, permanecer tranquilamente en sus casas de Lima, desembarqué y tomé el camino del Callao. Sin embargo, no fué sin dificultad que pude avanzar contra la multitud de fugitivos que marcha-

ban en dirección contraria; grupos de gente a pie, en carros, a caballo, pasaban presurosos; hombres, mujeres y niños, con caballos y mulas, y numerosos esclavos cargados con equipaje y otros valores, transitaban confundidos, y todo era gritería y confusión. En la ciudad misma la consternación era excesiva; los hombres vacilaban en la terrible duda de lo que habría que hacer; las mujeres se veían por todas partes correr hacia los conventos; y las callejuelas estaban literalmente atestadas con carros y mulas cargadas y con jinetes. Toda la noche continuó la confusión y, al venir el día, el virrey salió con sus tropas, no dejando ni un solo centinela en el polvorín. Hasta este momento mucha gente, con un extraño grado de incredulidad procedente del prejuicio y orgullo largamente acariciados, no quería creer posibles estos acontecimientos; pero, cuando el momento se presentó realmente, su desesperación se hizo inconmensurable y huían como cualquiera. Una o dos horas después de la partida del virrey las calles estaban llenas de fugitivos, pero a mediodía, escasamente se veía una persona, y en el curso de la tarde acompañé a uno de los comerciantes ingleses en un paseo de más de una milla por los barrios más populosos de Lima, sin encontrar alma viviente; todas las puertas estaban trancadas, las ventanas cerradas y parecía ciertamente una vasta ciudad de muerte. Un terror vago de alguna terrible catástrofe era la causa de este pánico universal; pero había también una fuente definida de alarma que contribuía en gran manera al extraño efecto que he intentado describir. Esta era la creencia, de intento propagada, y acogida con el ansia enfermiza del terror, que la población esclava de la ciudad pensaba aprovechar la ausencia de las tropas para levantarse en masa y masacrar a los blancos. En cuanto a mí, no pue-

do creer que esto fuese probable, pues los esclavos nunca tuvieron tiempo para tomar tal medida ; y sus hábitos no eran de unión y empresa, siendo todos sirvientes y diseminados en una vasta ciudad, con rarísimas ocasiones de trato confidencial. Si el pánico hubiese sido menos general, y no esparcido por todas las clases, encumbradas y humildes, hubiera habido fundamento para temer una asonada u otro desaguisado promovido por la turba, atacando las casas de los individuos culpables ; pero, estando todos igualmente bajo la influencia del terror, no había nadie para aprovechar del momento.

El virrey, al salir de Lima, había nombrado gobernador de la ciudad al marqués de Montemira ; y la elección fué prudente, porque este noble anciano, aparte de ser hijo del país, era tan universalmente estimado, que su influencia iba probablemente a ser de lo más beneficioso en esta coyuntura. En el curso del día, él envió a buscar a los principales habitantes que no habían huído al Callao, para consultarles sobre las providencias que debían tomarse a fin de asegurar la paz de la ciudad. Como los comerciantes británicos tenían interés no despreciable en esta cuestión, consideré razonable estar presente en la deliberación y allí encontré una extraña asamblea. Algunos venían a tomar noticias, otros a sugerir planes ; y todos hablaban, fumaban y no hacían nada.

Muchos, cuya política los había obligado a mantenerse retirados largo tiempo, ahora salían de sus escondrijos ; y otros cuya autoridad se había llevado por delante todo pocos días antes, aparecían ahora con cresta tristemente caída. Algunos expresaban la mayor alarma, otros pesar, los de más allá se entusiasmaban y felicitaban entre sí por la realización de sus esperanzas políticas ; y algunos bullían entre la multi-

tud, solamente para manifestar las grandes dudas que abrigaban sobre lo que debía hacerse.

Mi vieja relación, el ex inquisidor, estaba allí con los demás con un desdén que muy claramente indicaba que su ocupación había pasado. En otra parte reconocí a un hombrecito embozado en vieja capa española oscura, con sombrero amarillo de anchas alas, puesto negligentemente en un ángulo de su cabecita cuadrada, y enseñando el rostro todo sucio con rapé del que, en la vehemencia de su agitación, tomaba las narigadas a puñados; pero al través de este exterior repugnante era fácil percibir por el brillo de sus ojos y su sarcástica expresión, la promesa de una inteligencia en mucho superior a la de aquellos que lo rodeaban. Primero me había sido indicado en las calles como furioso republicano que había sido contenido con dificultad por sus amigos de estallar demasiado pronto; y sus intrigas activas, se decía también, habían contribuido principalmente a la evolución del sentimiento público operada gradualmente en Lima.

Entre españoles no se trata ningún asunto en tales ocasiones sin mucho palabreo, que tiende generalmente a esquivar la cuestión. En consecuencia, se escudriñaba y volvía a examinar el estado de los tiempos; pero el punto principal, es decir, lo que había de hacerse, era perversamente puesto de lado. Por voto unánime, sin embargo, los últimos mandatarios de la ciudad fueron estigmatizados, en términos no muy moderados, por haberse mostrado traidores a su país.

En medio de esta confusión y duda universales, no se olvidaban los detalles más nimios de etiqueta, y el nuevo gobernador tenía que recibir la visita ceremoniosa del Cabildo, del Consulado, y, sucesivamente, de todas las corporaciones públicas; o al menos de todas las que permanecían en la ciudad. Se perdió

mucho tiempo en estas fórmulas ociosas, y el día pasaba, cuando la necesidad de hacer algo y pronto, se hizo demasiado clara para ser olvidada, aun para hombres que jamás en su vida actuaban prontamente; y por indicción del pequeño republicano, cuya indignación por estas absurdas demoras llegaba al colmo, se escribió una carta breve a San Martín, invitándolo a entrar a la ciudad, para protegerla contra los inminentes peligros que la amenazaban. No era solamente de los esclavos y de la plebe que se tenía miedo, sino, con más razón, de la multitud de indios armados que rodeaban la ciudad, quienes, aunque bajo las órdenes de oficiales de San Martín, eran tropas salvajes e indisciplinadas y podrían entrar a la plaza en masa tan pronto como la evacuasen los españoles. Estos indios auxiliares estaban tan cerca que podíamos verlos distintamente desde las calles, trepados en los altos que caen a la ciudad. El resto del ejército patriota, también a la vista de Lima, formaba semicírculo por el lado Norte, listo para entrar a la primera orden.

Reinó la más profunda tranquilidad en la capital durante la noche, y a la mañana siguiente las mismas personas se congregaron en casa del gobernador para recibir la contestación del general San Martín. Ella fué breve, pero admirablemente concebida, planeando sencillamente las condiciones en que deseaba entrar con su ejército, si era la voluntad real de sus habitantes declarar su independencia. No deseaba, les decía, entrar a la capital como vencedor, y no iría a menos de ser invitado por el pueblo. Entretanto, sin embargo, para evitar cualquier disturbio y para dar a los habitantes tiempo de considerar tranquilamente las condiciones que les proponía, agregaba, se había impartido orden a las tropas que rodeaban a

Lima, de obedecer implícitamente las indicaciones del gobernador, quien podría disponer del todo o parte de las fuerzas, según fuera de su agrado, sin necesidad de dirigirse al general.

Esta conducta, puede decirse, era evidentemente la más juiciosa que pudiera adoptarse de todo punto de vista; pero es tan raro que los hombres recuerden la vida real, en oportunidades tan tentadoras, las máximas, en otros tiempos tan obvias, que se interponen entre ellos y la manifestación de su poder, que los limeños fueron completamente sorprendidos, y apenas creyeron posible ser tratados de este modo por un hombre a quien se les había enseñado a considerar enemigo. Su respuesta, en consecuencia, se consideró algo quijotesca, y en verdad tenía muy en consideración los sentimientos de los ciudadanos. Pero, después de discutirla algún tiempo, surgió duda respecto de su sinceridad y uno de los concurrentes llegó a sugerir que todo era una mofa del conflicto en que se encontraban, y que, en pocas horas más, entraría al frente de sus tropas para saquear y destruir la ciudad. Cuando se sugirió esta idea, el pequeño caballero anciano que había sido tan activo en las deliberaciones de la víspera,⁹ propuso que se la sometiese a prueba por el gobernador, enviando orden a algunas de las tropas sitiadoras y el resultado demostraría inmediatamente a qué atenerse. De conformidad se escribió una orden por el gobernador al comandante de un regimiento de caballería, acampado a una milla de la entrada de la ciudad, pidiéndole que inmediatamente retirase su regimiento una legua más lejos. Gran ansiedad prevaleció durante la ausencia del mensajero, y gran sorpresa y satisfacción cuando regresó y dijo que el oficial, inmediatamente de recibir la orden, levantó el campo y no paró hasta alcanzar la distancia re-

querida. Las noticias de que este poder delegado estaba en manos del gobernador y de la pronta obediencia de las tropas, se esparcieron rápidamente por toda Lima y pusieron punto final a la idea de insurrección de los esclavos o de conducta tumultuosa de la plebe. Instantáneamente se restableció la confianza, y puso a toda la sociedad en buenos términos con San Martín. Porque, no obstante ser claro que el gobernador no podía usar de manera incorrecta la facultad así puesta en sus manos, todos sentían que había algo noble y generoso en esta prueba de confianza dada a gente hasta poco antes enemiga y que estaba tan completamente a su merced.

Su delicadeza posterior de no entrar a la ciudad con su ejército, fué medida no menos cortés y juiciosa; porque no solamente evitó a los habitantes la humillación del triunfo, sino que mantuvo a sus tropas alejadas de la tentación en el momento quizás más peligroso para la buena disciplina. Ciertamente, no fué hasta que la ciudad se hubo tranquilizado por completo, se estableció una vigorosa policía, y muchas pequeñas partidas de soldados escogidos entraron al mando de oficiales cuidadosos, que se permitió al ejército acercarse, o aún mantener comunicaciones con la ciudad.

En un par de días todo volvió a su quicio: las tiendas se reabrieron; se veían mujeres por todas partes escabulléndose de los conventos; los hombres se aventuraban a fumar en la plaza; las calles se llenaron de gente que volvía a sus hogares, y de mulas cargadas con baúles, cajones y utensilios domésticos de toda clase; las campanas tañeron de nuevo; los vendedores pregoneros ensuciaban como antes; y la gran ciudad una vez más volvió a su acostumbrado ruido y baraúnda.

Durante casi dos días la deserción fué más completa de lo que se podía haber supuesto en sitio tan populoso y grande ; y como la mayoría de los habitantes, no obstante la huída al Callao, estaba ciertamente todavía en la ciudad, era inconcebible que tanta gente pudiera estar encerrada tan largo tiempo, sin tentarse siquiera una vez de curiosear, especialmente cuando el peligro no era inminente o cierto. Imaginábamos que los esclavos estaban más placenteros que de ordinario, pero fué una decepción, probablemente derivada de contrastar su imperturbable alegría con la duda y lobrete que habían oprimido todos los ánimos. Puede mencionarse aquí que una de las primeras proclamas de San Martín otorgó la libertad de todas las personas nacidas después del 15 de julio, día en que primero se anunció la independencia de Lima, y que todo esclavo, por el hecho de enrolarse en su ejército, se convertía en ciudadano libre ; medidas que inmediatamente dieron un golpe de muerte a todo el sistema de esclavitud.

Cuando todo se tranquilizó en la capital, me fuí al Callao, y oyendo que San Martín estaba en la rada, le visité a bordo de su yate. Encontré que estaba perfectamente al corriente de todo lo que sucedía, pero sin prisa para entrar a la ciudad, y parecía, sobre todo, anheloso de evitar cualquier apariencia de actuar como vencedor.

«En los últimos diez años—decía—he estado ocupado constantemente contra los españoles, o mejor dicho, en favor de este país, porque yo no estoy contra nadie que no sea hostil a la causa de la independencia. Todo mi deseo es que este país se maneje por sí mismo, y solamente por sí mismo. En cuanto a la manera en que ha de gobernarse, no me concierne en absoluto. Me propongo únicamente dar al pueblo los me-

dios de declararse independiente y de establecer una forma de gobierno adecuada; y verificado esto consideraré haber hecho bastante y me alejaré.»

El día siguiente fué enviada una diputación compuesta de las personas principales de Lima para invitar a San Martín formalmente a que entrara a la capital, como los habitantes habían consentido después de madura deliberación, en las condiciones propuestas. Accedió a este pedido, pero aplazó su entrada hasta el 12, algunos días después.

Es proverbialmente difícil descubrir el temperamento y carácter reales de los grandes hombres y, por consiguiente, yo estaba atento a aquellos pequeños rasgos de San Martín que parecían proyectar luz sobre su disposición natural, y debo decir que el resultado fué de lo más favorable. Me apercibí, especialmente, de la manera bondadosa y cordial en que vivía con los oficiales de su clase y con todos aquellos a quienes sus ocupaciones lo obligaban a tratar. Un día, en su mesa, después de comer, le vi sacar la cigarrera y, mientras sus pensamientos estaban evidentemente muy lejos, escoger un cigarro más cilíndrico y compacto que los demás y darle una mirada inconsciente de satisfacción, cuando una voz desde la extremidad de la mesa, resonó: «Mi general». Volvió de su ensueño y, erguida la cabeza, preguntó quién había hablado. «Fuí yo», dijo un oficial desde su asiento, que lo había estado observando: «solamente deseaba pedirle el favor de uno de sus cigarros». «¡ Ah, ah !», dijo sonriendo bonachonamente, y al punto tiró su cigarro al oficial, acompañándolo con una fingida mirada de reproche. Con todos era afable y cortés sin el menor indicio de alboroto, y nunca pude percibir en él la mínima traza de afectación, o en suma, nada que no fuere la sensación real del momento. Tuve ocasión de

visitarlo, una mañana temprano, a bordo de su goleta, y no habíamos estado mucho hablando juntos, cuando los marineros empezaron a lavar la cubierta. «Qué plaga es—dijo San Martín—que estos muchachos insistan en lavar la cubierta de este modo.» «Deseo, mi amigo—dijo a uno de sus hombres—, que no nos moje y vaya a la otra banda.» El marinero, sin embargo, que tenía que cumplir su deber y estaba bien acostumbrado a las suaves órdenes del general, prosiguió su tarea y nos salpicó bruscamente. «Temo—exclamó San Martín—que tengamos que bajar, aunque nuestro camarote no sea más que un agujero miserable, porque en realidad no se puede persuadir a estos muchachos a que dejen su camino usual.» Estas anécdotas y muchas otras de la misma laya, son muy insignificantes, es cierto; pero estoy equivocadísimo si no dan mayor penetración de la disposición real, que una larga serie de actos oficiales; pues la virtud pública desgraciadamente es considerada tan rara que nos hace desconfiar de un hombre en el poder, por las mismas acciones que, en una condición humilde, hubieran conquistado nuestra confianza y estimación.

Cuando regresábamos a Lima fuimos amenazados por el asalto de un grupo compuesto de una docena de ladrones, todos negros, dejados sueltos sobre la sociedad por los acontecimientos del día. Nuestro grupo era de cuatro jinetes armados de pistolas. Cuando trasponíamos la entrada principal de la ciudad, vimos a los ladrones que bajaron de los caballos a tres personas y las despojaron de sus ropas, y después formaron línea compacta para cerrar el camino, blandiendo sus garrotes en son de desafío. Fuimos, no obstante, hacia ellos al tranco con nuestras pistolas montadas y en alto. El efecto fué el que esperábamos: nos abrieron calle, y los ladrones, viendo su propósito

frustrado, nos rodearon y se convirtieron súbitamente en admirables buenos patriotas, gritando : « ¡ Viva la patria ! ¡ Viva San Martín ! »

El 10 de julio comí en petit comité en casa del marqués de Montemira. Durante la comida entró un soldado portador de una carta, que entregó al anciano gobernador. Era hombre de corta estatura, cara redonda y mirada atrevida, vestido con chaqueta de bayeta azul y pantalones enormemente anchos, con gorro de paño azul en la cabeza rodeado por ancho galón plateado. A su flanco colgaba una gran espada de hoja ancha. Sus maneras eran algo libres, pero no vulgares u ofensivas, y jugueteaba en sus ojos y boca una expresión de índole grosera y atrevida que uno o dos vasos de vino y un poco de estímulo podría, no improbablemente, haber convertido en impertinencia. El viejo marqués, cuyo corazón estaba abierto con exceso de jovialidad por los acontecimientos del día, se deleitó con el nuevo huésped y, levantándose de la mesa, abrazó al asombrado soldado, que estaba de pie respetuosamente detrás de su silla. Yo estaba sentado junto a un amigo que, aunque español de nacimiento, era patriota de corazón y, por haber residido largo tiempo en Lima, se había hecho conocido de toda persona distinguida o notable de la ciudad. Observé que se echaba atrás en su asiento, y en vano intentaba contener la risa viendo al marqués que abrazaba al portador de la carta. Me dijo que nuestro nuevo amigo era nada menos que uno de los más notorios ladrones de la campaña, quien no hacía muchos meses había sido condenado a la horca, pero había escapado con una morruda azotaina por las calles de Lima. San Martín había oído de él como que era hombre de ingenio y empresa, y le había confiado el mando de

una partida de guerrilleros, compuesta principalmente de indios.

Me divirtió mucho esta historia de nuestro compañero, que ya había sido invitado por nuestro huésped a que tomase asiento en la mesa, donde se encontró a sus anchas en corto tiempo. Esta era precisamente la clase de hombres que prosperan en una revolución, y encontramos que era persona sagacísima y bien adaptada a la situación en caso de requerírsele cualquier servicio desesperado. Se le preguntó si había venido solo o si había pensado en traer consigo algunos de su gente para ayudar a guardar la ciudad en este crítico momento. «¡Qué esperanza!—contestó—; son el grupo mayor de bribones en el Perú, y cortarían el pescuezo a media Lima, antes de amanecer, si se les admitiese dentro de las murallas.»

Las calles esa noche eran recorridas por patrullas montadas compuestas por diez o doce jinetes cada una, que no permitían a nadie permanecer, sin permiso especial, fuera de sus casas después de las ocho. Estas precauciones se tomaron a causa de las reuniones tumultuosas de gente que la noche anterior gritaban por las calles: «¡Viva la patria! ¡Viva la independencia!», y hacían un gran alboroto que era eficazmente aumentado por el incesante repique de todas las campanas de las iglesias. Varias tiendas fueron asaltadas y uno o dos individuos fusilados. Al fin, algunas personas juiciosas consiguieron la orden que las campanas cesaran los repiques y en seguida la turba se retiró a descansar. En medio de la confusión se produjo un violento temblor, pero lo perdí por haber pasado la noche a bordo de mi barco.

Julio 11.—Las patrullas cumplieron anoche su deber tan completamente que, después de obscurecer,

había difícilmente por las calles un alma viviente y no permanecía abierta una puerta, excepto aquí y allí, donde alguna taberna era permitida por la patrulla; regocijo solitario que probaba el reposo real de la ciudad más que si todas las casas hubiesen sido cerradas. Caminé en compañía de un caballero por gran parte de la ciudad, sin encontrar a nadie, exceptuando la patrulla por quien fuimos reconocidos. Cuando regresábamos por la plaza, se interrumpió súbitamente el profundo silencio, con el sonido de una campanilla tañida frente a la catedral. Inmediatamente salió del palacio que ocupaba otro lado de la plaza, un gran coche dorado, de estilo antiguo y pesado, que se acercó a la entrada de la catedral y subiendo un sacerdote llevando el Viático, u hostia consagrada, se movió lentamente hacia la casa de algún moribundo. El Viático generalmente se lleva en procesión, a pie; pero en Lima se ha destinado un carruaje para este objeto, a consecuencia de un curioso incidente, cuyos detalles me fueron narrados por una persona que se deleitaba en todo lo tendiente a ridiculizar los tiempos pasados.

Parece ser que cierto virrey, algunos años ha, se había enamorado perdidamente de una celebrada actriz llamada la Perrichola, y como los vicemonarcas, al par que los monarcas reales, rara vez suspiran en vano, la señora Perrichola se hizo dueña del palacio donde, además de gastar ingentes sumas del dinero público, consiguió hacer a su vicerreal admirador aún más despreciable de lo que antes había sido. Todos sus pedidos éranle inmediatamente concedidos, exceptuando un solo caso nimio; y, en consecuencia, como es natural, a ella se le metió entre ceja y ceja conseguir su objeto. Su capricho no era de gran importancia, como se podría creer, desde que consistía en que

se le permitiese una sola vez recorrer las calles de Lima en coche propio. Esto, que nos parece la cosa más sencilla del mundo, aparecía bajo la luz completamente opuesta en la capital del Perú, porque aunque cualquiera pudiese moverse a su placer en birloche, calesa o balancín, nadie intentaba ni siquiera soñar de subir a un coche, sin ser de la más alta grandeza. El virrey adujo todos los argumentos para sacar de la cabeza a la Perrichola esta fantasía irracional, pero en vano; y al fin fué obligado a desafiar la opinión pública, y, a riesgo de una rebelión; ordenar que se construyese un coche para la señora, cuya locura estaba destinada a poner a ambos en ridículo. Como atravesar las calles sin promover tumultos era entonces la mayor dificultad, pues el virrey estaba casi seguro de no volver a ver a la bella Perrichola si la dejaba salir sola; ir en el mismo coche, sin embargo, era abominación demasiado escandalosa para siquiera pensar en ello; además, no era lo que la señora quería, sino que había de ir en su coche particular. Al fin se convino que el virrey iría adelante en el coche oficial y que la Perrichola lo seguiría, mientras la usual escolta de carruaje formaría la retaguardia, rodeando a todos el cuerpo de guardia. Se dice también que el virrey hizo abrir una ventanilla en la parte posterior de su coche con el propósito de no perder de vista a su señora; sea lo que sea, sucedió que la turba se divirtió con el ridículo de la procesión y siguió con vivas a la complacida Perrichola, mientras ella cruzaba y recruzaba la ciudad. Al volver a la plaza se detuvo ante la catedral y, descendiendo, declaró que una vez satisfecha su ambición, no utilizaría más el coche, y por gratitud al Cielo quería dedicarlo al servicio de la iglesia y deseaba que en adelante siempre llevase el Viá-

tico adonde quiera que se necesitase el sacramento de la Extremaunción.

12 de julio de 1821.—Este día es memorable en los anales del Perú, a causa de la entrada del general San Martín a la capital. Cualesquiera que sean los cambios que ocurran en los destinos de aquel país, su libertad ha de establecerse; y jamás puede olvidarse que el primer impulso se debió enteramente al genio de San Martín, quien proyectó y realizó la empresa que estimuló a los peruanos para pensar y actuar por sí mismos. En vez de venir con pompa oficial, como tenía derecho a hacerlo, esperó que obscureciese para entrar a caballo y sin escolta, acompañado por un simple ayudante. En realidad fué contrario a su intención primitiva entrar a la ciudad este día, pues estaba fatigado y deseaba ir tranquilamente a descansar en una quinta situada a legua y media de distancia, para entrar la mañana siguiente al venir el día. Había desmontado, en consecuencia, y apenas alojado en un rincón, bendiciendo su estrella por estar alejado de los negocios, cuando entraron dos frailes que por uno u otro medio habían descubierto su retiro. Cada uno le dirigió un discurso que fué escuchado con su habitual bondad. Uno le comparó con César, el otro con Lúculo. «¡Justos cielos!—exclamó el general cuando salieron los padres—; ¿qué vamos a hacer? Esto no promete.» «Ah, señor—respondió el ayudante—, hay dos o tres más de la misma calaña que están a la mano.» «¿Es posible? Entonces volvamos a ensillar los caballos y tomemos el portante.»

En vez de ir directamente a palacio, San Martín fué a casa del marqués de Montemira, que se hallaba en su camino, y conociéndose al momento su venida, se llenaron pronto la casa, el patio y la calle. Sucedió

que me hallaba en una casa de la vecindad, y llegué al salón antes que la multitud fuese impenetrable. Estaba ansioso de ver la manera de comportarse del general en un momento de no ordinaria dificultad, y, en verdad, se desempeñó muy bien. Había, como puede suponerse, grande entusiasmo y lenguaje muy agitado en aquella ocasión; y para un hombre innatamente modesto y con natural aversión a la exhibición u ostentación de cualquier clase, no era muy fácil recibir estas laudatorias sin demostrar impaciencia.

Al entrar yo al salón, una linda mujer de edad mediana se presentaba al general; cuando él se adelantó para abrazarla, ella cayó a sus pies, le abrazó las rodillas y, mirando hacia arriba, exclamó que tenía tres hijos que ofrecerle, los que esperaba, se convertirían ahora en miembros útiles de la sociedad en vez de ser esclavos como hasta entonces. San Martín, con mucha discreción, no intentó levantar a la dama del suelo, sino que le permitió hacer su pedido en la postura elegida por ella, y que, naturalmente, consideraba como la más adaptada para dar fuerza a su elocuencia; pero se encorvó mucho para oír todo lo que ella le decía, y cuando pasó la primera explosión, gentilmente la levantó; y en seguida ella le echó los brazos al cuello y concluyó el discurso colgada sobre su pecho. Su respuesta fué dada con la seriedad conveniente, y el corazón de la pobre mujer parecía a punto de estallar de gratitud por su atención y afabilidad.

En seguida fué asaltado por cinco damas que al mismo tiempo querían abrazarle las rodillas; pero como esto no podía hacerse, dos de ellas le trabaron el cuello y las cinco clamaban tanto por atraer su atención y pesaban tanto sobre él que tuvo alguna dificultad para mantenerse en pie. Pronto satisfizo a cada

una de ella, con una o dos palabras bondadosas, y luego, viendo una niña de diez o doce años que pertenecía al grupo, pero que había estado temerosa de acercarse, levantó a la asombrada criatura y, besándole las mejillas, la volvió a bajar en tal éxtasis, que la pobrecita apenas sabía dónde se encontraba.

Su manera fué completamente diferente con la persona que en seguida se adelantó : un fraile joven, alto, huesudo, de faz pálida, con ojos hundidos, azules oscuros, y una nube de cuidado y disgusto vagando por sus facciones. San Martín adoptó un aspecto de seria solemnidad, mientras oía el discurso del monje, que aplaudía su modo pacífico y cristiano de entrar a una gran ciudad, conducta que, confiaba, sería solamente un anticipo del suave carácter de su gobierno. La respuesta del general fué en el mismo estilo, alzando solamente un poco más la voz, y era de ver cómo la manera ceremoniosa y fría del sacerdote se animaba gradualmente bajo la influencia de la elocuencia de San Martín ; pues, al fin, olvidando su carácter tranquilo, batió las manos y gritó : « ¡ Viva, viva nuestro general ! » « No, no—dijo el otro—, no diga así, pero diga conmigo : ¡ Viva la independendencia del Perú ! »

El Cabildo, reunido apuradamente, entró en seguida, y como muchos de ellos eran nativos del lugar y liberales, apenas podían ocultar su emoción y mantener la majestad apropiada para tan grave corporación, cuando llegaban por primera vez a la presencia de su libertador.

Viejos, viejas y mujeres jóvenes pronto se agruparon en torno de él ; para cada uno tuvo una palabra bondadosa y apropiada, siempre yendo más allá de lo que esperaba cada persona que a él se dirigía. Durante esta escena estuve bastante cerca para obser-

varlo atentamente ; pero no pude distinguir, ya sea en sus maneras o en sus expresiones, la mínima afectación ; nada había de arrogante o preparado, nada que pareciera referirse a sí mismo ; no pude siquiera descubrir el menor signo de una sonrisa de satisfacción. Pero su modo, al mismo tiempo, era lo contrario de frío, pues estaba suficientemente animado, aunque su satisfacción parecía ser causada solamente por el placer reflejo de los otros. Mientras estaba observándole así, sucedió que me reconoció y atrayéndome hacia él, me abrazó al estilo español. Di lugar a una bella joven que, con grandes esfuerzos, había atravesado la multitud. Se arrojó en los brazos del general y allí se mantuvo durante un buen medio minuto, sin poder proferir otra cosa que : «¡ Oh mi general, mi general !» Luego intentó separarse ; pero San Martín, que había sido sorprendido por su entusiasmo y belleza, la apartó atrás, gentil y respetuosamente, e inclinando su cabeza un poco a un lado dijo, sonriendo, que debía permitírsele demostrar su grato sentimiento de tan buena voluntad con un beso cariñoso. Esto desconcertó completamente a la sonrojada beldad que, dando vuelta, buscó apoyo en el brazo de un oficial que estaba cerca del general, quien le preguntó si ahora estaba contenta : «¡ Contenta—exclamó—, oh señor !»

Quizás sea digno de observación que, durante todo el tiempo, no se derramaron lágrimas, y que, aun en las partes más teatrales, nada llegó hasta el ridículo. Es claro que el general hubiera de buena gana evitado todo este espectáculo y, a tener éxito su plan, lo hubiera conseguido, pues su designio fué entrar a la ciudad a las cuatro o cinco de la mañana. Su disgusto por la pompa y ostentación se probó de igual modo cuando volvió a Buenos Aires, después de haber venido en Chile a los españoles, en 1817. Allí se ma-

nejó con más éxito que en Lima, porque, aunque los habitantes estaban preparados para hacerle una recepción pública, consiguió entrar a la capital sin ser sentido.

13.—La mañana siguiente fuí a caballo con dos caballeros al cuartel general de San Martín, un poco afuera de las murallas de la ciudad, sobre el camino del Callao. Había venido a este lugar la noche anterior, de donde el marqués de Montemira, en vez de ir al palacio, pues temía se repitiese el mismo alboroto. Estaba completamente rodeado por ocupaciones, pero él mismo las atendía, y era curioso observar todos los que salían de su presencia complacidos con la recepción que les había dispensado, hubieran o no obtenido éxito en sus gestiones.

Así que entramos reconoció a uno de mis acompañantes que era excelente dibujante y a quien había visto a bordo de la goleta quince días antes. Había oído lo mucho que la desconfianza de los españoles había impedido los entretenimientos de mi amigo, y le dijo que ahora podría bosquejar a su gusto y obtendría una escolta si deseaba extender sus investigaciones al interior del país.

Un anciano entró en ese momento con una niñita cargada en brazos, con el único fin de que el general la besase, cosa que él cordialmente hizo, y el pobre padre salió perfectamente feliz. La siguiente persona que entró entregó una carta al general de manera algo misteriosa, y, averiguando, encontramos que era un espía que había sido enviado al campamento enemigo. Siguió una diputación de la ciudad para hablarle de la traslación del hospital militar de Bellavista, que estaba a tiro de cañón del castillo del Callao. De este modo pasaba de una cosa a otra con admirable

rapidez, pero no sin método y con gran paciencia y cortesía para todos. Esto sería útil al principio ; pero, si un comandante en jefe hubiese de manejar tantos detalles personalmente, malgastaría su tiempo con poquísimo resultado ; así, quizás, pensó el general, pues el mismo día llevó su cuartel general al palacio y a la tarde tuvo su primera recepción en esta vieja morada de los virreyes españoles. No fué concurrencia numerosa, siendo dedicada solamente a los jefes de repartición. La gran galería de audiencia está iluminada por ventanas que se abren a un largo corredor del lado del jardín que adorna el gran patio del palacio. Durante la recepción estas ventanas estaban llenas con una multitud ansiosa de mujeres esforzando sus ojos para ver rápidamente a San Martín. Al pasar junto a uno de estos grupos, me pidieron que condujese al general, si era posible, cerca de la ventana en que se hallaban. En consecuencia, habiendo consultado con uno de los ayudantes, ideamos entre nosotros hacerle entrar en conversación acerca de unos despachos que yo iba a enviar y llevarlo, entretanto, hacia nuestras amigas. Cuando había casi llegado al sitio, estuvo a punto de dar vuelta, lo que nos obligó a revelarle nuestro plan ; rió e inmediatamente se acercó a las damas, y habiende charlado con ellas algunos minutos, las dejó encantadas con su afabilidad.

No teniendo a la sazón ningún asunto importante en Lima, fuí a bordo y me trasladé, en el *Conway*, de la rada del Callao al puerto de Ancón, situado a unas veinte millas al norte de Lima, para estar más cerca de los barcos mercantes ingleses, todos los que recientemente habían ido a aquel puerto. Los españoles, al abandonar Lima, se mantuvieron en el Callao que, siendo inexpugnable, estaba solamente bloqueado por mar y tierra, y que teniendo sus provisiones

cortadas, se esperaba que la guarnición se rendiría por hambre. Mientras las cosas se mantenían en esta situación no se permitía comunicación con el Callao, y los barcos mercantes fueron a Ancón para desembarcar sus cargamentos. Anclé también allí el 17 de julio y, habiendo permanecido dos días, fuí obligado a volver por tierra a Lima para arreglar algunos asuntos relativos a la detención de dos barcos ingleses por la escuadra chilena.

Fuí a caballo hasta Lima en compañía de varios caballeros, y no recuerdo haber hecho viaje más fatigoso, aunque la distancia no fuera mayor de ocho leguas. Al principio todo el país era un desierto de arena como el de Arica, y como nada puede concebirse de más cansado que atravesar tal terreno, fué grandísimo el alivio cuando llegamos al camino firme, después de cabalgar ocho o diez millas por la arena espesa. A medida que nos acercábamos al gran valle de Lima, el terreno gradualmente mejoraba; primero podíamos percibir a largos trechos, pocas hojas de hierba; luego algunos manchones aislados; después un arbusto, más allá un árbol y luego un cercado de pita; pero el objeto más agradable era la corriente espumosa, serpenteando por el llano y acompañada en su curso por un delgado cinturón verde claro. Apenas hubimos entrado al valle de Lima, todo el paisaje cambió; campos de caña dulce, maíz, arroz y granos variados aparecían por todos lados y avanzábamos por callejones de árboles, sobre caminos sólidos que casualmente nos condujeron a la aguda cumbre de una cadena de cerros profundamente cortada por el camino. Desde esta garganta tuvimos la vista del inmenso valle, con el río Rimac que divide a Lima en dos porciones, corriendo en el fondo y prestando sus aguas para fertilizar el llano circunvecino.

A legua y media de la ciudad, pasamos una avanzada patriota, compuesta de montoneros, cuidando un depósito de caballos y mulas. Eran hombres agrestes, de apariencia audaz, más bien bajos, pero bien plantados y atléticos. Estaban desparramados en grupos sobre la hierba, en los campos, junto con los caballos. Los centinelas que paseaban sobre las murallas al lado del camino, formaban en la línea del horizonte las figuras más pintorescas imaginables. Uno en particular atrajo nuestra atención: llevaba un alto gorro cónico hecho de un cuero íntegro de carnero, y sobre sus espaldas una gran capa blanca de tela de frazada que llegaba a las orillas y colgando suelta sobre sus brazos en jarra; su largo sable, algo tirado adelante, zangoloteaba por los tobillos, en los que tenía atados pedazos de cuero crudo de caballo, en vez de botas; con esa facha tranqueaba a lo largo del parapeto, con el mosquete al brazo, el bellísimo ideal del guerrillero. Al oír las pisadas de nuestros caballos, dió media vuelta y, viendo que éramos oficiales, nos saludó con todo el respeto de un soldado disciplinado y al mismo tiempo con el aire de un libre hijo de los cerros. En cuanto a los demás, eran otros tantos escitas, y nos clavaron la vista con un interés por lo menos igual al que ellos inspiraban.

Nada más de interés ocurrió en nuestro jornada, excepto que cuando llegamos a los alrededores de Lima, observamos un cadáver al lado del camino, con una cruz puesta sobre el pecho. Averiguando se nos informó que era el cuerpo de un desconocido expuesto hasta juntar dinero bastante de los pasajeros caritativos para pagar la sepultura.

Al llegar a la ciudad encontramos que la ebullición causada por los recientes acontecimientos no había menguado. Dudas y dificultades se presentaban

en terrible línea de batalla a los habitantes. Los españoles, que formaban la clase rica, estaban tristemente perplejos. Si se manifestaban contrarios a las opiniones de San Martín, sus bienes y personas estaban sujetos a confiscación; si accedían a sus condiciones, se convertían en culpables ante su propio gobierno, que era posible volviese a visitarlos con igual venganza. Los naturales, por otra parte, que tenían mejor razón para estar seguros, estaban aún más alarmados en consecuencia de sus acciones presentes. Muchos dudaban de la sinceridad de San Martín; muchos de su poder para cumplir sus promesas. Para la máxima parte de los habitantes de Lima, tales asuntos eran completamente nuevos, y, por lo tanto, era de esperarse que la alarma e indecisión llenasen todos los pechos.

En medio de la duda y dificultad generales, quizás el menos cómodo era el gran motor de todo, a quien todos, de cualquier partido a que pertenecieran, acudían buscando protección: los confiados y los que dudaban, el patriota como el español; y esto requería una mano diestra para timonear el bajel del estado en tal momento.

Las dificultades de la situación de San Martín y, en general, la naturaleza de los deberes que entonces recaían sobre él, están tan claramente expuestos en un manifiesto a los peruanos que publicó en aquel tiempo, que se leerá con interés un extracto, especialmente por estar libre de lo que se ha llamado jerga revolucionaria, a cuyo uso los españoles y sus descendientes sudamericanos son grandes aficionados.

«La obra difícil y que debe ser valiente, firme y circunspectamente emprendida, es corregir la idea confusa que el gobierno anterior había dejado impresa en

las mentes de la actual generación. No ha de suponerse, sin embargo, que esta dificultad consista tanto en la falta de conocimiento de los medios adecuados con que se ha de conseguir el fin, como en la peligrosa precipitación con que los gobiernos nuevos reforman los abusos que encuentran establecidos. Empezando con la libertad, el más ardiente de nuestros deseos, que debe otorgarse con sobriedad para que los sacrificios hechos con el propósito de ganarla no resulten inútiles. Todo pueblo civilizado está en estado de ser libre; pero el grado de libertad que un país goce, debe estar en proporción exacta al grado de su civilización; si el primero excede al último, no hay poder para salvarlo de la anarquía; y si sucede lo contrario, que el grado de civilización vaya más allá del monto de libertad que el pueblo posea, la opresión es la consecuencia. Si a toda la Europa se le otorgase la libertad de Inglaterra, la mayor parte de ella presentaría un caos de completa anarquía; y si en vez de su constitución actual los ingleses hubieran de sujetarse a la Carta de Luis XVIII, se considerarían esclavizados. Es razonable que los gobiernos de Sud América sean libres; pero es necesario también que lo sean en la proporción establecida; el mayor triunfo de nuestros enemigos sería vernos alejar de esta medida.

»En todas las ramas del bienestar público, aun en la economía doméstica, son necesarias grandes reformas. Puede decirse, en general, sin riesgo de equivocarse, aunque la expresión parezca prejuicio, que es esencial despojar a nuestras instituciones y costumbres de todo lo que sea español, y conforme a la expresión de lord Chattam, en otra ocasión «inyectar una porción de nueva salud en el cuerpo, que lo habilite para sobrellevar sus enfermedades.» Hacer estas reformas ex abrupto y sin discreta reflexión, sería

también un error español en que las Cortes, en este momento (1821), han incurrido, por cambiar precipitadamente el estado político y religioso de la Península. Por otro lado, nosotros debemos evitar de caer en tales equivocaciones, e introducir gradualmente las mejoras que el país esté preparado para recibir y para las que el pueblo está tan bien adaptado por su docilidad y la tendencia hacia el progreso que marca su carácter social.»

Como medida de primordial importancia, San Martín buscaba implantar el sentimiento de la independencia por algún acto que ligase los habitantes de la capital a su causa. El 28 de julio, por consiguiente, se celebraron ceremonias para proclamar y jurar la independencia del Perú. Las tropas formaron en la plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba un alto tablado, desde donde San Martín, acompañado por el gobernador de la ciudad y alguno de los habitantes principales, desplegó por primera vez la bandera independiente del Perú, proclamando al mismo tiempo con voz esforzada: «Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende.» Luego, batiendo la bandera, exclamó: «¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!», palabras que fueron recogidas y repetidas por la multitud que llenaba la plaza y las calles adyacentes, mientras repicaban todas las campanas y se hacían salvas de artillería entre aclamaciones tales como nunca se habían oído en Lima. La nueva bandera peruana representa el sol naciente apareciendo por sobre los Andes, vistos detrás de la ciudad, con el río Rímac bañando su base. Esta divisa, con un escudo circundado de laurel, ocupa el centro de la bandera, que se divide

diagonalmente en cuatro piezas triangulares : dos rojas y dos blancas.

Desde el tablado en que estaba de pie San Martín y de los balcones del palacio se tiraron medallas a la multitud, con inscripciones apropiadas. Un lado de estas medallas llevaba : «Lima libre juró su independencia, en 28 de julio de 1821» ; y en el anverso : «Bajo la protección del ejército Libertador del Perú, mandado por San Martín.»

Las mismas ceremonias se celebraron en los puntos principales de la ciudad, o, como se decía en la proclama oficial : «en todos aquellos sitios públicos donde en épocas pasadas se anunciaba al pueblo que había todavía de soportar sus miserables y pesadas cadenas».

Después de hacer el circuito de Lima, el general y sus acompañantes volvieron a palacio para recibir a lord Cochrane, quien acababa de llegar del Callao.

La ceremonia fué imponente. El modo de San Martín era completamente fácil y gracioso, sin que hubiese en él nada de teatral o afectado ; pero era asunto de exhibición y efecto, y completamente repugnante a sus gustos. Algunas veces creí haber percibido en su rostro una expresión fugitiva de impaciencia o desprecio de sí mismo, por prestarse a tal mojanga ; pero, si realmente fuera así, prontamente reasumía su aspecto acostumbrado de atención y buena voluntad para todos los que le rodeaban.

El día siguiente, domingo 29 de julio, se cantó el *Tedéum* y se celebró misa cantada en la catedral cantada por el arzobispo, seguida de un sermón adaptado a la ocasión por un fraile franciscano. Apenas terminó la ceremonia religiosa, los jefes de las varias reparticiones se reunieron en el palacio y juraron a Dios y a la Patria, mantener y defender con

su fama, persona y bienes la independencia del Perú, del gobierno de España y de cualquiera otra dominación extranjera. Este juramento fué hecho y firmado por todo habitante respetable de Lima, de modo que, en pocos días, las firmas de la declaración de la independencia peruana montaban a cerca de cuatro mil. Se publicó en una gaceta extraordinaria y circuló profusamente por el país, lo que no solamente dió publicidad útil a la situación de la capital, sino que comprometió profundamente a quienes hubiera agradao que su adhesión a la medida hubiera permanecido ignorada.

Por la noche San Martín dió un baile en palacio, de cuya alegría participó él mismo cordialmente; bailó y conversó con todos los que se hallaban en el salón, con tanta soltura y amabilidad, que, de todos los asistentes, él parecía ser la persona menos embargada por cuidados y deberes.

En los bailes públicos y privados prevalece una costumbre extraña en este país. Las damas de todos los rangos que no han sido invitadas, vienen veladas y se paran en las ventanas o en los corredores, y a menudo entran al salón. Se las llama las «tapadas», porque sus rostros están cubiertos y su objeto es observar la conducta de sus amigos, que no pueden reconocerlas y a quienes atormentan con dichos maliciosos, siempre que están al alcance de su voz. En palacio, la noche del domingo, estaban las «tapadas» algo menos adelante que de costumbre, pero en el baile del Cabildo, dado con anterioridad, la parte inferior del salón estaba llena de ellas, y mantuvieron un fuego graneado de bromas con los caballeros al finalizarse el baile.

31 de julio.—Vine obligado a dejar a Lima en es-

te momento interesante, con el propósito de ir a Huacho, puertecito septentrional, para completar el agua del *Conway*, antes de seguir a Valparaíso; porque, durante el sitio, la aguada del Callao era inaccesible y no se encontraba una gota sin ir cerca de sesenta millas a lo largo de la costa.

2 de agosto.—Como el viento costero soplaba siempre del Sur, es fácil la navegación hacia el Norte, y llegamos a Huacho en pocas horas. Mientras el buque se abastecía de agua y víveres frescos, de los que, debido a la guerra, no habíamos podido proveernos en Lima, fuí a caballo, con uno de mis oficiales, a Huaura, ciudad sobre las riberas del río del mismo nombre. Este lugar era interesante por haber sido el cuartel general del ejército de San Martín, durante casi seis meses. El camino se extendía a través del campo muy cultivado, aspecto nuevo para nosotros, cordialmente fastidiados como estábamos de desiertos desagradables y barrancas estériles. La placentera diferencia disfrutada por este distrito es atribuida al riego del Huaura, cuyas aguas se derraman sobre una extensión considerable. El invariable calor del clima y la abundancia de agua producen una sorprendente vegetación lujuriante. Durante nuestra cabalgata, íbamos a la sombra de arcos de follaje formados por las ramas de los árboles unidas sobre el camino, mientras el matorral era tan espeso que, a veces, no podíamos distinguir las casas hasta estar a pocas yardas.

Estas moradas tenían tosca semejanza de líneas con un templo griego; eran oblongas, con techo casi plano y adornadas al frente con una fila de columnas. Los muros altos de unos doce pies, se componían de grandes cañas colocadas verticalmente, y enzarzadas de través con juncos. Las columnas eran general-

mente de postes cubiertos de pequeñas varillas colocadas juntas, como para imitar la arracimada columna gótica; otras eran huecas, siendo formadas por varillas únicamente. Casi todos los pilares tenían ensanchada la base, como árbol; habiendo la Naturaleza, en este caso, como en muchos otros de dibujo arquitectónico, sugerido probablemente la idea original. Cada muro estaba coronado por una especie de entablamento, consistente en un grosero friso de madera y cornisa tallada con cuchillo. Recortaduras ornamentales, de junco y forma gótica, corrían por los remates de las casas, y encima de las más de las puertas.

Este gusto por el adorno arquitectónico de junco se encuentra en otros países no civilizados, distantes e incomunicados entre sí. En Java, Manila y Ceylán y, probablemente, en otros lugares de los mares orientales, los naturales acostumbran levantar arcos de triunfo provisionales que muestran variedad de formas elegantísimas de estilo completamente gótico. En Ceylán, grandes construcciones completamente de cañas y juncos, se erigen algunas veces, de orden sumamente ornamental. Se usa generalmente bambú y caña de la India; pero el sauce o cualquiera otro material flexible y elástico, parece producir, en manos de esta gente ingeniosa, una profusión indefinida de bellas formas. En Java, donde estos arcos son numerosos, es raro observar exactamente la misma recortadura repetida, aunque predomina en todo una sorprendente persistencia de estilo.

Es interesante descubrir, en tan remotas regiones, las mismas analogías que, en Europa, se han ideado para dar alguna explicación del origen y estabilidad del principio en que se fundan los dos más bellos órdenes de arquitectura, el griego y el gótico. La teoría de Vitruvio tiene la plena confirmación que podría

desearse, en estas humildes construcciones de Huaura ; mientras la de sir James Hall, en el caso de la arquitectura gótica, deriva no menor apoyo de las recortaduras de junco arriba mencionadas. Todos estos ejemplos, a lo que veo, parecen tener valor especial por haberse encontrado entre rudas naciones, separadas entre sí y con poco o ningún trato con los países en que la arquitectura ha hecho mayores progresos : ayudan a sostener la idea de que haya belleza intrínseca o natural en ciertas clases de formas que, después, en manos de personas dotadas de facultades superiores en ejecución, y gusto más refinado, hayan no solamente proveído el fundamento, sino dado estabilidad a los futuros órdenes arquitectónicos.

Al volver de Huaura, nos perdimos, doblando equivocadamente por una de las innumerables callejuelas que cortan el país por todas partes. Siguiendo una de éstas fuimos casualmente llevados a la misma raya del desierto y nos encontramos de nuevo ante un mar de arena. Otra vez entramos a un camino con dos pies de agua corriente y, después de observar otros más atentamente, descubrimos que nuestros supuestos caminos o callejuelas eran solamente acequias, y como cada campo requería la suya, se explicaba la razón de su número. Los cercos vivos parecían estar plantados solamente para dar estabilidad a los terraplenes ; aunque su sombra debe también tener efecto benéfico impidiendo la evaporación. Dondequiera que se presenta un río, o aun el arroyo más insignificante, los habitantes gustosos lo aprovechan, y nada puede exceder la fertilidad del suelo que esta irrigación produce ; pero es la desgracia del lado occidental de América, tener poquísimos ríos en la parte de la costa donde nunca llueve.

Vueltos a Huaura, encontramos al gobernador co-

miendo con dos o tres amigos. De raza indígena, hablaba poco el español, y era probablemente persona discreta y hábil, pues de otra manera San Martín no lo hubiera dejado en el mando. La comida se ponía sobre una mesa baja en medio de una tienda y todos pinchaban la carne de un solo plato. Era interesante, dando un vistazo a la tienda, observar el efecto de los recientes cambios políticos. Una pieza de paño ancho inglés descansaba sobre un cajón de vino francés marcado «Médoc»; sobre la mesa había una botella de champaña; en los cuchillos y tenedores se leía Sheffield, y el biombo que dividía la habitación estaba hecho con un pedazo de algodón estampado de Glasgow.

Volvimos a zarpar para Lima el 4 de agosto, pero hasta el 7, tarde en la noche, no arribamos a Chorrillos, rada abierta frente a un pueblito situado a unas diez millas al sur de Lima. Este lugar, en tiempo de paz balneario preferido por la gente alegre de la capital, era ahora un punto avanzado del ejército. Los centinelas se paseaban por las alturas, partidas de soldados ocupaban la playa, y, habiéndose convertido todas las lindas quintas y ranchos de adorno en cuerpos de guardia y establos, la belleza y comodidad del sitio habían desaparecido. Como a nadie se le permitía transitar sin pasaporte, me vi obligado a esperar que un mensajero fuese a Lima y regresase, y así perdí todo el día 8.

9 de agosto.—Al llegar a la ciudad supe que el general San Martín había tomado el título de Protector, uniendo así en su persona la autoridad civil y militar de las provincias libertadas. La proclama que salió con este motivo es curiosa: poco tiene del estilo ampuloso acostumbrado en tales documentos, y, aunque no desprovista de jactancia, es viril y decidida, y se-

gún firmemente creo, por numerosas circunstancias colaterales, perfectamente sincera.

«*DECRETO*: por don José de San Martín, Capitán General y Comandante en Jefe del Ejército Libertador del Perú, Gran Cruz de la Legión del Mérito de Chile, Protector del Perú.

»Al encargarme de la empresa de libertar a este país no tuve otro móvil que el deseo de adelantar la sagrada causa de América y promover la felicidad del pueblo peruano. Parte muy considerable de estos objetos ha sido ya alcanzada; pero la obra quedaría incompleta y mi deseo a medias logrado, si no estableciera para siempre la seguridad y la prosperidad de esta región.

»Desde mi arribo a Pisco anuncié que el imperio de las circunstancias me obligaba a asumir la autoridad suprema y que era responsable de su ejercicio. Las circunstancias no han cambiado desde que hay aún en el Perú enemigos extranjeros que combatir, y, por consiguiente, es de necesidad que continúen reunidos en mí el mando político y militar.

»Espero que, al dar este paso, se me hará la justicia de creer que no estoy dominado por miras ambiciosas, fuera de las que conducen al bien público. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro de tan agitada vida; pero pesa sobre mí la responsabilidad moral que requiere el sacrificio de mis más ardientes anhelos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata me ha enseñado a conocer los males causados por la prematura convocatoria de los Congresos, cuando aun subsistían enemigos en aquellos países. Lo primero es

asegurar la independencia y después pensar en afianzar sólidamente la libertad. La religiosidad con que he cumplido mi palabra, en el curso de mi vida pública, me da derecho a ser creído, y la vuelvo a empeñar al pueblo del Perú, prometiendo solemnemente que, en el instante que sea libre su territorio, renunciaré el mando para dar lugar al gobierno que tenga a bien elegir. La franqueza con que hablo debe servir como nueva garantía de la sinceridad de mis intenciones.

»Podría haber dispuesto las cosas de manera que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres designasen la persona que había de gobernar hasta que se reuniesen los representantes de la nación peruana; pero, como por otra parte las repetidas y simultáneas invitaciones de un gran número de personas de elevado carácter e influencia decisiva en esta capital, me dan seguridad de ser elegido popularmente para la administración del Estado; y por otra, ya había obtenido los sufragios de los pueblos que están bajo la protección del ejército libertador, he juzgado más conveniente y decoroso seguir una conducta abierta y franca, que debe tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad.

»Cuando tenga la satisfacción de renunciar al mando y dar cuenta de mis acciones a los representantes del pueblo, estoy seguro que no descubrirán, durante el período de mi administración, ninguno de los rasgos de venalidad, despotismo y corrupción que han caracterizado a los agentes del gobierno español en Sud América. Administrar estricta justicia para todos, premiando la virtud y el patriotismo, y castigar el vicio y la sedición dondequiera que se encuentren, es la regla a que se ajustarán mis actos, mientras permanezca a la cabeza de esta nación.

»Siendo, por tanto, conveniente a los intereses del

país nombrar un gobierno vigoroso que lo preserve de los males que la guerra, licencia y anarquía pudieran producir, declaro lo siguiente :

»1.º De hoy en adelante el mando supremo, político y militar de los departamentos libres, estará unido en mí, bajo el título de Protector.

»2.º Será ministro de Relaciones Exteriores, don Juan García del Río, secretario de Estado.

(Y siguen los demás funcionarios de gobierno.)

»Dado en Lima, a tres de agosto de 1821, año segundo de la libertad del Perú.

»(Firmado) José de San Martín.»

Cedo a la tentación de insertar otra proclama que apareció el día siguiente y que es característica, no solamente de San Martín, sino de aquellos tiempos borrascosos. Dió un golpe a los pobres españoles, del que jamás se repusieron : en realidad, desde el momento en que fué publicada data la muerte de todas sus esperanzas, y todos y cada uno se aprontaron para dejar el país. Muy probablemente, San Martín deseaba producir tal efecto, porque conocía a los españoles demasiado bien para creer que nunca se unirían cordialmente con los naturales en condiciones de igualdad, bajo un gobierno libre, independiente de España.

PROCLAMA DIRIGIDA A LOS ESPAÑOLES EUROPEOS

«Prometí respetar vuestras personas y bienes ; he cumplido la promesa y, hasta aquí, ninguno puede dudar de mi palabra. Sin embargo, sé que murmuráis en secreto y que algunos propagan maliciosamente la idea

de que intento defraudar vuestra confianza. Mi nombre es demasiado bien conocido para que yo lo manche con la violación de mis promesas, aun cuando, como particular, pudiera suponerse que estaría justificado para hacerlo.

»Sin embargo, por última vez, publico los siguientes artículos para confirmar las garantías que antes he dado :

»1.º Todo español que, confiado en la protección de mi palabra, continúe pacíficamente en el ejercicio de su industria, jurando la independencia del país y respetando el nuevo gobierno y las leyes vigentes, será protegido en su persona y bienes.

»2.º Los que no confíen en ella, han de presentarse, dentro del plazo anteriormente fijado, para requerir sus pasaportes y salir del país con todos sus bienes muebles.

»3.º Los que permanezcan, declarando su confianza en el gobierno y, al mismo tiempo, trabajando secretamente en contra, como tengo noticias que algunos hacen, sentirán todo el rigor de las leyes, y serán privados de todas sus propiedades.

»¡ Españoles ! Bien sabéis que el estado de la opinión pública es tal que, aun entre vosotros hay un gran número que atisban y observan vuestra conducta. Yo sé todo lo que pasa en los más apartados rincones de vuestras casas. Temblad, si abusáis de mi indulgencia. Sea ésta la última vez que recuerde que vuestro destino es irrevocable y que debéis someteros a él, como único medio de conciliar vuestros intereses con la justicia.

»Dado en Lima, a 4 de agosto de 1821.

»(Firmado) San Martín.»

Siendo éste el estado extraordinario de la situación en Lima, mucho lamenté que las órdenes recibidas me obligasen a dejar esta parte de la costa, en el preciso momento en que el interés del escenario político había llegado a su punto culminante. Deseaba, sobre todo, haber visto el resultado de estos dos decretos referentes a la política en que las opiniones de los habitantes estaban muy divididas; hubiera también sido particularmente interesante haber señalado la marcha de las mejoras bajo el nuevo régimen. Lo imprescindible de nuestra partida, sin embargo, nos impidió hacerlo; y así nos hicieron sentir uno de los más dolorosos descuentos en los placeres de la vida del marino. Indudablemente, tenemos grandes facilidades de ver lugares lejanos, a veces en momentos de extraordinario interés público, y generalmente, sin las dificultades encontradas por otros viajeros. Tenemos también la ventaja de ser bien recibidos en todas partes, como que nuestra situación es una presentación universal a la confianza y hospitalidad de los habitantes. Por otro lado, nuestros medios están siempre trabados por la falta de tiempo, siendo nuestros pensamientos necesariamente requeridos por múltiples deberes que nada tienen que ver con las partes interesantes del espectáculo. Así frecuentemente ocurre, como en esta ocasión, que, durante nuestra estadía, estamos demasiado ocupados en observar propiamente lo que pasa; y se nos llama justamente en el momento de mayor interés, y cuando un viajero que dispusiera de tiempo se determinaría a permanecer. En verdad, a menudo tuvimos el pesar de que acontecimientos tan importantes y llenos de interés se perdiesen para el mundo, por falta de un espectador imparcial con el tiempo desocupado para anotarlos a medida que sucedían.

San Martín, ciertamente, procedió bien asumiendo el mando supremo, obligado por las circunstancias, especialmente con fuerzas del enemigo todavía en el país. Cualquier nombre que hubiese elegido para disfrazar su autoridad, él hubiera sido el principal motor de todo ; porque no había ningún individuo en el país que tuviera la pretensión de rivalizar con él en capacidad, o quien, admitiendo poseer igual capacidad, esperase ganar tan completamente la confianza del ejército y de los patriotas. Era más honorífico concentrar toda la autoridad de manera viril y abierta, que burlarse del pueblo con la apariencia de una república, y, al mismo tiempo, visitarlo con la realidad de un despotismo. Conocía, por propia experiencia, el mal inherente a la implantación precipitada de gobiernos libres representativos en Sud América ; se apercibía que antes de levantar cualquier durable edificio político, debía gradualmente rozar la preocupación y el error diseminados sobre la tierra y luego cavar profundo en el suelo virgen para apoyar el cimiento. En ese tiempo no había ilustración ni capacidad bastante en la población para formar un gobierno libre, ni aun aquel amor a la libertad sin el cual las instituciones libres son a veces peores que inútiles, desde que, en sus efectos, tienden a no corresponder a la esperanza, y así, por su ineficacia práctica, contribuyen a relajar ante la opinión pública los sanos principios en que reposan.

Desgraciadamente también los habitantes de Sud América tienden primero a equivocarse el efecto de tales cambios y concebir que la mera implantación de las instituciones libres en la forma importa que sean inmediata y debidamente comprendidas y disfrutadas, cualquiera que haya sido el estado social precedente. Que nacerá el gusto por la libertad como consecuen-

cia de la juiciosa implantación de las instituciones libres y de la facultad de ejercer los derechos civiles, es incuestionable; la equivocación está en suponer que esto se producirá de golpe; con este gusto vendrá la habilidad de sacar más ventaja de las oportunidades para afirmar estos valiosos privilegios y de asegurarlos con las correspondientes instituciones. Con el andar del tiempo se desenvolverá naturalmente la mutua confianza y la mutua tolerancia, que fué la estrecha política del gobierno anterior desanimar, y la sociedad entonces actuará de concierto y firmemente, en vez de ser, como hasta aquí, una cuerda de arena sin fuerza ni cohesión.

Cuando salí de Lima para volver a Valparaíso, lo que ocurrió el 19 de agosto, el ejército realista mandado por Laserna, para unirse a las otras divisiones del ejército al mando de los generales Canterac y Carratalá, en el valle de Jauja, distrito que encierra las ricas minas de plata de Pasco.

Las últimas intenciones del virrey no se conocían, pero se suponía que, después de reclutar ejército, volvería a Lima con intención de expulsar al general San Martín; proyecto que muy verosímilmente adoptaría, pues el castillo del Callao, fortaleza inexpugnable, estaba todavía con la bandera española. Por consiguiente, era muy importante para San Martín apoderarse de él, y movió todas las máquinas de fuerza o política de que disponía para conseguir este objeto vital; y al tiempo que dejé el Perú, se abrigan bien fundadas esperanzas de su pronta rendición.

Entretanto, Lima estaba en un extraño grado de confusión. Los efectos del choque que había recibido la sociedad, por la naturaleza abrupta de la revolución, no podía esperarse que desaparecieran por algún

tiempo, mientras la incongruencia de los materiales de que estaba compuesta, presentaba una barrera eficaz para la cordialidad verdadera. Los españoles, sintiéndose objeto de sospecha y desconfianza, de buena gana se habrían retirado de un lugar donde se les consideraba intrusos ; pero esto no era tan fácilmente hacedero, sin incurrir en pérdidas tales que superaban al peligro e incomodidad de permanecer. La mayor parte tenían grandes capitales comprometidos en el comercio ; muchos tenían bienes considerables en el campo ; muchos también tenían esposas y familias en Lima, o estaban ligados al suelo de otra manera ; y se convertía en gran sacrificio dejar sus presentes satisfacciones, por la incierta seguridad que ofrecía España, a la sazón en situación no mucho más tranquila que las colonias. Su política mejor y más segura hubiera sido seguir la suerte del país y comprometerse cordialmente con la nueva causa. Pero esto era esperar demasiado de hombres criados en la era del monopolio y prejuicio ; y, por consiguiente, eran poquísimos los españoles que no esperasen con gran ansiedad el regreso del ejército realista, y aún menos los que tuviesen confianza efectiva en San Martín o que se tomaran la pena de ocultar su desagrado. Esto trajo después una serie de disposiciones tomadas por el Protector, que arruinaron a casi todos los españoles, y prácticamente fueron desterrados del país.

Con respecto a la sociedad, los rasgos más prominentes desarrollados por la naturaleza extraordinaria de los tiempos, fueron el temor constante de cambios ulteriores y el egoísmo creciente ; sentimientos bastante naturales, quizás, durante el pánico que primero cundió en la ciudad ; pero que debían haber desaparecido cuando pasó el peligro inmediato y se implantó un régimen nuevo y seguro. Fué del todo

diferente, sin embargo, y la razón quizás sea que los limeños, hartados largo tiempo por el lujo y el abandono, y ahora, por primera vez, bonitamente despertados a las reales miserias y peligros de la vida, no podían, todos a la vez, adquirir la facultad de examinar las causas o distinguir lo que era útil y seguro en su nueva situación de lo que era ruinoso y despreciable. En suma, las circunstancias a que habían sido súbitamente llevados, eran tan completamente nuevas, que, en resumidas cuentas, su egoísmo y sobresalto eran muy excusables. Como estos sentimientos no estaban limitados a una sola clase, sino que penetraba en todas, el trato social había concluído; y nos despedimos de Lima, por segunda vez, sin mucho pesar. Ahora la habíamos visto en todas las miserias de un asedio, y otra vez en toda la confusión y regocijo de los primeros momentos de una revolución, antes que nada se hubiera asentado en su lugar, y antes que la confianza hubiera renacido para reemplazar la desconfianza que precedió a la catástrofe.

VII

CHILE

Crucero a la costa sur para averiguar la conducta del pirata Benavidez.

El 1.º de octubre de 1821 zarpamos de Valparaíso para Concepción, ciudad fronteriza de la costa, distante doscientas veinte millas al Sur. Nuestro objeto era descubrir el paradero de ciertos marineros ingleses y norteamericanos que últimamente habían caído prisioneros del jefe pirata Benavidez, cuyo cuartel general era Arauco, capital del distrito indio no conquistado del mismo nombre. Está situado enfrente de la isla Santa María, que sirve de apostadero a los barcos ingleses y norteamericanos para prepararse a la caza de focas, y proveerse de leña y agua. Benavidez, en el primer caso, consiguió apoderarse del ballenero norteamericano *Hero* que sorprendió de noche; y con los botes y armas de su presa, se manejó para apoderarse de otros dos barcos norteamericanos, el *Ocean* y el *Herselia*, y finalmente del ballenero inglés *Perseverance*.

La historia de Benavidez es curiosa. Había nacido en Concepción; y servido algún tiempo en el ejército chileno del que se había pasado a los realistas, pero fué vuelto a tomar en la batalla de Maypú, en 1818. Era de carácter feroz, y, como además del crimen de deserción, había cometido varios asesinatos, fué sentenciado a muerte en unión de su hermano y otros delincuentes. Conforme a esto, fué llevado a la plaza de Santiago y fusilado. Benavidez que, aunque terriblemente herido, no había muerto, tuvo suficiente entereza para fingirse cadáver. Los cuerpos fueron sacados a la rastra y dejados insepultos para ser comidos por los gallinazos. El sargento a cuyo cargo estuvo la última parte de la ceremonia era enemigo personal de Benavidez, que había asesinado a algunas de sus relaciones, y, para satisfacer su venganza, desenvainó el sable y, mientras arrastraban el cuerpo de su enemigo al montón, le administró una grave cuchillada en el cuello. El resuelto Benavidez sufrió esto también, sin acoquinarse, y permaneció como muerto mezclado con los otros cadáveres hasta que obscureció; luego se dió maña para salir del montón y en misérrimo estado se arrastró hasta un rancho vecino donde los moradores lo recibieron y atendieron con sumo cuidado.

El general San Martín, que por ese tiempo proyectaba su expedición al Perú, y buscaba individuos hábiles y atrevidos, oyó que Benavidez aún vivía y, conociendo sus dotes y coraje, lo consideró persona indicada para servir algunos de sus propósitos arriesgados en aquellos tiempos de prueba, cuando, para obtener los grandes objetivos que se tenían en vista, había poca escrupulosidad en los medios. Se dijo también que el mismo bandolero hizole saber que estaba vivo, e invitó a San Martín para entrevistarse a media noche,

en el centro de la plaza de armas de Santiago. La señal convenida era sacar tres veces chispas de sus yesqueros ; signo suficientemente visible para distinguirse aunque de naturaleza calculada para no despertar sospecha. De acuerdo con esto, San Martín solo y armado con un par de pistolas acudió al sitio, donde encontró a Benavidez armado de la misma manera. Después de larga conferencia con el bandido, a quien finalmente alistó a su servicio, quedó establecido que, por el momento, Benavidez serviría en el ejército chileno en lucha con los indios del Sur ; pero que estaría pronto para incorporarse al ejército en el Perú, cuando la expedición se diera a la vela. Esto fué mal pensado por San Martín ; porque Benavidez pronto riñó con el general chileno y una vez más cambió de bando, ofreciendo sus servicios a los indios que se deleitaron en tener asociado tan bravo e inflexible. En corto tiempo, su experiencia y ferocidad congénita le dieron tan grande ascendiente entre esta raza belicosa, que fué elegido comandante en jefe. Pronto reunió fuerzas considerables, y quedó asolada toda la frontera de Chile que corre por la margen derecha del gran río Biobío, con daño incalculable de los chilenos que no podían levantar tropas en aquel momento para rechazar estas invasiones, por requerirse todos los recursos del país para preparar la expedición contra el Perú.

Benavidez, aprovechando este momento favorable, aumentó su autoridad entre los araucanos mediante muchos malones afortunados ; hasta que, al fin, imaginándose poderoso monarca, creyó que correspondía a su dignidad tener flota y ejército. En consecuencia, con ayuda de sus audaces compañeros, se apoderó de varios buques. El primero fué el barco norteamericano *Hero* que sorprendió por la noche, an-

clado frente a la costa. La siguiente presa fué el *Herselia*, bergantín norteamericano, que había zarpado para cazar focas en las islas Shetland del Sur y después de tocar allí, había venido a la isla Santa María, donde ancló en una pequeña bahía precisamente opuesta al pueblo de Arauco, capital del país, y teatro bien conocido de contiendas arriesgadas entre españoles y los indios indomables de aquel territorio.

Mientras la tripulación descuidada se ocupaba en cazar focas, como de costumbre en esta isla, situada a unas tres leguas de tierra firme, un cuerpo de hombres armados los sorprendió saliendo del bosque, y los dominó, atándoles las manos atrás y los dejó custodiados en la playa. Estos no eran otros que los piratas que luego tomaron los botes del *Herselia* y trasladándose a bordo, sorprendieron al capitán y cuatro tripulantes que habían quedado al cuidado del bergantín; y trajeron los prisioneros de la playa para arrojarlos en la bodega cerrando las escotillas. Luego levaron anclas, y se dirigieron en triunfo para Arauco, donde fueron recibidos por Benavidez con una salva de mosquetería hecha bajo la bandera española que se antojó a su jefe izar aquel día. La noche siguiente, Benavidez ordenó que el capitán y su tripulación fuesen trasladados a una casa de la orilla, alejada del pueblo; luego de sacarlos uno por uno, los desnudó y robó de todo lo que tenían, amenazándolos todo el tiempo con espadas desenvainadas y mosquetes cargados. La mañana siguiente visitó a los prisioneros y, habiéndolos llevado a la capital, congregó los vecinos principales y les pidió que eligiesen uno cada uno como para sirviente. Sucedió que el capitán y cuatro más no llenaron la fantasía de nadie, y Benavidez, después de decir que él mismo se encargaría del capitán, dió instrucciones, bajo pena de muerte in-

mediata, para que algunas personas se hicieran responsables por los demás prisioneros. Algunos días después se les congregó y exigió que tomaran servicio en el ejército del pirata; orden que obedecieron sin hesitación, sabiendo bien por lo que habían ya visto, que las consecuencias de la negativa serían fatales.

Pasado cerca de un mes, Benavidez tripuló el bergantín *Herselia* parte con su gente y parte con los cautivos, y lo despachó con una misión para la isla de Chiloé con el objeto de pedir ayuda a las autoridades españolas. El bergantín se puso al mando del piloto, quien fué advertido que si traicionaba su mandato, el capitán y sus otros compatriotas serían condenados a muerte. La prevención surtió efecto; el bergantín fué y volvió, trayendo un cañón de veinticuatro libras, cuatro de seis y dos piezas de artillería ligera, con abundantes municiones, además de once oficiales españoles y veinte soldados, junto con las más cumplidas y alentadoras cartas del gobernador de Chiloé, que, como bueno y leal español, se complacía mucho en ayudar a cualquiera que hostigase a los patriotas, sin creer que fuese de su incumbencia investigar muy de cerca el carácter y hábitos de su aliado. Poco tiempo después, el ballenero inglés *Perseverance* fué tomado por Benavidez; y en julio, el bergantín norteamericano *Ocean*, que tenía a bordo varios miles de armas, también cayó en sus manos. Se decía que el *Ocean* salió de Río de Janeiro con destino a Lima, pero corto de agua y leña, tocó de arribada en la isla de Santa María, donde Benavidez lo sorprendió. Esta gran adquisición de barcos, armas y hombres, trastornó la cabeza del pirata y, desde aquel tiempo, acarició seriamente la idea de organizar un ejército regular con el que marcharía sobre Santiago, mientras su flota tomaba a Valparaíso; y de

esta manera Chile sería conquistado sin pérdida de tiempo. Sin embargo, estuvo muy impelido al principio por la dificultad de utilizar los marineros; una de las tareas más difíciles en el mundo es convertir marineros en soldados. La seriedad de su disciplina, no obstante, infundió tal terror en la mente de los marineros, que no solamente los hizo manejar mosquete y someterse al ejercicio y uniforme, prácticas del todo repugnantes a sus costumbres, sino que, por algún tiempo, detuvo enteramente la desertión. Primero ejecutó al capitán de la *Perseverance* por haber intentado escapar; y algún tiempo después, habiendo tomado a uno de los marineros que había desertado, ordenó inhumanamente que fuese despedazado el pobre individuo, y se exhibiese el cuerpo mutilado como advertencia para los demás.

Benavidez, aunque incuestionablemente salvaje feroz, era, no obstante, hombre de recursos, lleno de actividad, y de grande energía de carácter. Convirtió los arpones en lanzas de caballería y alabardas para sus sargentos; y de las velas hizo pantalones para la mitad de su ejército; a los carpinteros los puso a hacer carros de bagaje y componer los botes; a los armeros los hacía trabajar constantemente, componiendo mosquetes y haciendo picas, manejándose, de este modo, para utilizar la habilidad de todos sus prisioneros, con algún provecho. Trataba a los oficiales, también, no sin bondad, permitiéndoles vivir en sus casas y se mostraba muy ansioso, en todas las ocasiones, por conocer el parecer de ellos respecto al equipo de sus soldados. En una ocasión, cuando paseaba con el capitán del *Herselia*, observó que su ejército estaba casi completo bajo todo punto de vista, excepto en un solo detalle esencial; y le llegaba al alma, decía, el pensar en esta deficiencia:

no tenía trompetas para su caballería y, agregó, ser imposible que los soldados se creyesen dragones si no oían a cada momento una clarinada; y que ni los hombres ni los caballos harían su tarea como es debido si no eran estimulados con sonos de trompeta; en suma, declaraba, que se debía encontrar algún artificio para suplir este requisito. El capitán, queriendo caer en gracia al pirata, después de reflexionar un poco, le indicó que fácilmente se fabricarían trompetas con las planchas de cobre clavadas en el fondo del buque capturado. «Ciertísimo—exclamó el jefe complacido—, ¿cómo no pensé en eso antes?» Al instante todas las manos se ocuparon en arrancar el cobre, y los armeros se pusieron a trabajar bajo su personal superintendencia y, todo el campamento, antes de llegar la noche, resonó con las notas marciales de la caballería.

Es difícil concebir cómo este aventurero pudo esperar que sus auxiliares por la fuerza, norteamericanos e ingleses, le fuesen de mucha utilidad en la pelea; porque jamás les tuvo confianza ni aun en la marcha sin una guardia de caballería, cuya orden era lanzear a cualquiera que intentase escapar; de este modo después los llevó muchas leguas por el país.

El capitán del barco que le había dado la brillante idea de las trompetas de cobre, por este medio ganó tanto su buena voluntad y confianza que se le permitía gran radio para caminar. Como es natural, siempre andaba buscando algún modo de escapar y al fin, presentándose la oportunidad, él con el piloto del *Ocean* y nueve de su tripulación, se apoderaron de dos botes balleneros, dejados imprudentemente en la orilla del río, y se apartaron a remo. Antes de dejar la orilla tuvieron la precaución de romper los demás botes para impedir la persecución y, en consecuencia,

aunque la huída se descubrió inmediatamente, consiguieron adelantarse tanto a la gente enviada por Benavidez en su seguimiento, que llegaron con felicidad a la isla de Santa María. Allí agarraron varias focas con lo que se alimentaron miserablemente hasta llegar a Valparaíso. Fué como consecuencia de su informe acerca del proceder de Benavidez, dado a sir Tomás Hardy, el comandante en jefe, que éste creyó oportuno enviar un barco para rescatar, si era posible, a los restantes infortunados cautivos de Arauco. Se me ordenó que yo fuese, y como el oficial más antiguo de la escuadra de los Estados Unidos no dispusiese de ningún barco de que echar mano en aquel momento, se me encomendó hacer iguales esfuerzos para rescatar los marineros de aquella nación. El capitán y piloto del *Herselia* recientemente escapados, me ofrecieron sus servicios como pilotos, y después debí mucho a ellos por su celo y conocimiento local.

Debía haber mencionado que Benavidez, a veces, cuando cuadraba a su propósito, se hacía llamar oficial español y a menudo enarbolaba bandera española; aunque, en general, llevaba colores de su invención como jefe de la nación araucana, totalmente independiente de España. La circunstancia de decirse a veces español, unida a haber recibido ayuda de Chiloé, quizás era campo delicado para que pisasen los neutrales, y se me instruyó que evitase cualesquiera medidas que nos enredasen con los partidos contendientes; pero rescatando los marineros, si era posible, sin ofender a ninguno de los dos.

Como en esta época del año el viento sopla casi constantemente del Sur, el viaje de Valparaíso a Concepción fué muy cansador; pues aunque la distancia es poco más de doscientas millas, pasaron siete días antes de ver las tierras altas que están junto a la ciu-

dad. A medida que nos aproximábamos a la costa nos alegraba la aparición de colinas boscosas de la base a la cima, espectáculo que hacía tiempo no habíamos disfrutado. La bahía de Concepción es una gran obra cuadrada abierta por el Norte, mientras los costados Sur y Oeste están formados por un alto promontorio que sobresale del continente y se dobla en forma de codo; cada lado es de tres o cuatro leguas de largo. Talcahuano, pueblucho miserable, con un fuerte desmantelado, es el puerto de Concepción, y ocupa el ángulo Sudoeste del cuadrado. La ciudad actual está una legua al interior, y dista cinco o seis millas de Talcahuano.

En el puerto encontramos un buque procedente de Lima, lleno de chilenos realistas, gente desdichada que había emigrado al Perú cuando su país fué independizado por las armas de San Martín. Seguidos hasta Lima, sin embargo, por su ángel malo, habían resuelto volver a su lugar natal y ponerse a disposición de sus paisanos patriotas. Estas pobres gentes extranjeras en su tierra habían encontrado, como esperaban, sus propiedades en manos ajenas, y apenas sabían dónde dirigir sus pasos.

Fuí a tierra acompañado de un guardia marina, con intenciones de trasladarme a caballo a Concepción, y en la playa topé con el capitán del barco portador de los pasajeros. Háblale conocido en Lima como el más acérrimo realista, y me divirtió encontrarlo transformado en muy acérrimo patriota. La verdad es que él, como muchos otros que encontramos, cuyo solo objeto era la ganancia, poquísimos se cuidaban de ningún bando; y a pesar de haber tenido el arte de aparecer completamente definido en su política, nunca pensó seriamente sino en su flete. Nos presentó al gobernador de Talcahuano que nos recibió con

una pompa de maneras dignas de la insignificancia de su posición ; y cuando le hablamos de caballos, dijo, muy pomposamente, que interpondría su influencia para que los encontrásemos. Entretanto, recorrimos el pueblo y las fortificaciones deterioradas, recientemente restauradas, según nos dijo ; pero las lluvias son aquí tan fuertes que pocas estaciones lluviosas bastan para demoler toda obra que no sea de piedra. Al volver a la casa de gobierno no encontramos caballos, ni noticias de nuestro amigo comedido su excelencia el gobernador. Por consiguiente, meditamos en algún otro apoyo y, finalmente, cansados de esperar, entramos a una casa donde veíamos un caballero leyendo y algunas damas sentadas y ocupadas en sus labores. Nos sentamos y charlamos algún tiempo con ellos, y al comunicarles nuestra dificultad, el benemérito dueño de casa se complació, según dijo, con nuestra atención de visitarlo, y satisfecho, quizá, por la atención que tributábamos a su buena señora, que no era joven ni hermosa, dijo que nos prestaría sus caballos, murmurando misteriosamente en nuestros oídos, al mismo tiempo, que el ofrecimiento del gobernador era simplemente un chasco.

Talcahuano se describe en los libros como sólidamente fortificado y ciertamente es susceptible de hacerse muy formidable ; pero se ha dejado que las obras se destruyan y todo lo que queda es un foso de no grande anchura o profundidad. Sobre éste hay un puente levadizo que cruzamos a caballo con miedo y temblando de que se rompiese. El centinela que lo guardaba era un muchacho sucio, rudo, a medio vestir, que apenas podía con el peso de un mosquete, en cuya llave leí la palabra Tower.

Después de transponer la barrera, pasamos un ancho pantano, por un camino duro bien hecho, que nos

condujo a algunas colinas pastosas, de donde teníamos una linda vista del país. En el interior las montañas se cubrían con el más rico verdor, con muchas abras extensas y bellas, que dejaban ver eminencias de rico pasto, y largas perspectivas en las selvas, con manchas alternadas de luz y sombra; la perspectiva entera traía a nuestro recuerdo algo de los más cuidados paisajes del parque de Inglaterra. Es cierto que aquí la escala es algo mayor, aunque la semejanza es igualmente sorprendente cuando se examina el paisaje en detalle.

Estas reflexiones nos llevaron a interrogar a nuestro guía sobre las causas del aspecto desierto de tan magnífico país. Era hombre inteligente, e hizo relación melancólica de las guerras destructoras de que su país había sido teatro hacía algunos años; primero cuando los chilenos luchaban con los españoles por su libertad, y recientemente entre chilenos y los indios araucanos mandados por el bandolero Benavidez. A veces un partido era dueño del país, a veces otro; pero a los pobres habitantes poco les importaban, desde que ambos ejércitos arreaban el ganado y los ovinos, y no rara vez los mismos habitantes, incendiando sus moradas, destruyendo los potreros y devastando el país entero.

En el curso de nuestro camino, pasamos muchas leguas de campo, antes evidentemente cubiertas de casas, pero ahora desiertas y con todos los ranchos en ruinas. Ricos pastizales y grandes espacios de tierra arada de superior calidad, se estaban convirtiendo en yuyales; sin que se viese un solo individuo, o vaca, o carnero, o, en realidad, ninguna cosa viviente. La falta de paz y seguridad, de esta manera, había reducido en pocos años este fértil suelo a estado

de desolación tan completo, para todo propósito de la vida, como el de los desiertos en la costa peruana.

Cuando nos acercamos a media legua de Concepción, vimos primero el gran río Bío-bío, en aquel sitio de unas dos millas de ancho, corriendo majestuosamente. De la altura vecina podían distinguirse las vueltas de esta caudalosa corriente por muchas leguas, hasta perderse entre las montañas. La ciudad de Concepción, aun de lejos, participaba en su apariencia del carácter de los tiempos; pues todas las iglesias estaban en ruinas, y las calles tan deterioradas, que nos encontrábamos efectivamente en los suburbios sin saber que habíamos llegado a la ciudad, tan completa era la destrucción. Cuadras enteras que habían sido incendiadas y reducidas a montones de escombros, estaban ahora tan cubiertas de yuyos y matas, que apenas se distinguían trazas de su estado anterior. El pasto tocaba nuestros pies cuando pasábamos por las sendas que marcaban los antiguos caminos de rodados. Aquí y allá, partes de la ciudad habían escapado al estrago; pero solamente servían para poner más de manifiesto la soledad circundante. Extraña incongruencia prevalecía por todas partes: se veían oficinas y patios, donde las casas a que pertenecían habían desaparecido por completo; y a veces las casas permanecían, es cierto que en ruinas, pero todo lo que las rodeaba había desaparecido. Cerca del centro del pueblo, una magnífica puerta esculpida atrajo nuestra atención; después de averiguar supimos que había sido la entrada principal del palacio episcopal, del que no quedaba vestigio, aunque la puerta estaba en estado de conservación perfecta. Muchas de las casas que se mantenían en pie, estaban deshabitadas; y es tal la rapidez con que la vegetación avanza en estos climas, que la mayor parte de estos

edificios estaban completamente envueltos en un espeso manto de matas, enredaderas y flores silvestres, mientras las calles estaban llenas de pasto y yuyos que llegaban a la rodilla.

La plaza, generalmente punto de reunión de multitud bulliciosa, estaba tan silenciosa como la tumba. En un extremo se levantaban restos de la catedral convirtiéndose rápidamente en polvo; toda la nave del Poniente ya había caído, y las otras partes, construídas de ladrillo y otrora cubiertas de revoque liso, se encontraban desnudas e inclinándose para desmoronarse.

Un huaso solitario, embozado en su poncho, estaba en una esquina apoyado en el solo ángulo, remanente a la catedral; en un oscuro rincón, entre las ruinas de la nave caída, estaban cuatro o cinco mujeres sentadas alrededor del fogón cocinando su carne, colgándola de un palo sobre las brasas.

En alguna de las callejuelas, sin embargo, había mucha más gente, pues la ciudad, aunque despojada de su riqueza e importancia, no estaba del todo despoblada. Los pocos habitantes se habían unido para ayudarse y consolarse en estos tiempos calamitosos. Casi todos los niños eran hermosos y tenían aspectos de pertenecer a raza fina; no como sus padres, eran inconscientes de los males con que su país había sido abrumado, y aunque sin duda a menudo hambrientos y con bastante frío, parecían tan alegres y felices como sus mayores míseros y desalentados.

El gobernador nos recibió cortésmente y nos dió toda la información que tenía. Dijo que se habían recibido informes de que Benavidez había cruzado el Bío-bío, en un lugar llamado Monterey, veinticinco leguas arriba de Concepción. Había marchado sobre Chillán, pueblo treinta leguas distante al Noroeste; y tenía

con él mil trescientos secuaces, incluyendo los marineros ingleses y norteamericanos tomados en Arauco. Nos dijo que una fuerza importante había marchado de Concepción y conseguido interponerse entre Benavidez y el Bío-bío; que existiendo también una fuerza bien equipada en Chillán, era casi imposible, creía, que el bandido pudiera escapar. Parecía que Benavidez nunca daba cuartel, pero el gobernador me aseguró que, como los chilenos no ejercían represalias, los marineros no corrían peligro. Estaba ansioso de contratar algún indio mensajero para comunicarme, sea con el mismo pirata o con los prisioneros; pero el gobernador se opuso, y manifestó sorpresa de que yo creyese decoroso o posible tratar con este bandido furioso, que, según decía, era poco menos que una fiera y a quien se podía aproximar sólo por la fuerza.

Como un informe exacto sobre los ulteriores procedimientos de Benavidez llegaría al gobierno local probablemente en un par de días, resolví esperar el correo, y emplear el intervalo en el reconocimiento de la bahía de Concepción. De acuerdo con esto mandé un oficial con botes, para relevar y sondar todos los diferentes fondeaderos, mientras yo fui en el barco a los muchos puertecitos que se hallan al contorno de la bahía. El primero fué Penco, pueblo edificado en el lugar que ocupó la antigua Concepción, que fué barrida por la grande ola que acompañó al terremoto de 1751. Cuando fué a reconstruirse la ciudad, se eligió ubicación más al interior; pero como actualmente está en terreno bajo, es discutible si un maremoto de cualquier magnitud todavía no le alcanzaría. Como habíamos oído del carbón existente en este distrito, contratamos un guía para que nos mostrase dónde se encontraba, y no nos habíamos internado en el país una milla cuando dimos con algunas excavaciones su-

perficiales de que se extrae carbón sin dificultad. La veta es gruesa y aparentemente extensa, y es probable que con el cuidado y habilidad debidos podría trabajarse sin limitación.

En el curso de nuestro paseo a los pozos de carbón encontramos un inteligente hijo del país que se ofreció a acompañarnos, y nos interesó mucho con su relación del estado presente y pasado del país. Había sido cuidador de ganado, decía, para un estanciero, y en un tiempo, tuvo a su cargo doscientas cabezas; pero que a su patrón no le habían dejado una sola y era tan pobre como él. Los campos de su patrón habían producido primeramente varios miles de fanegas (150 lib.) de trigo que servían para sustento de una población crecida. «Pero—añadía—los campos ahora están llenos de pasto alto; todos los potreros y casas han desaparecido; el ganado sacado enteramente; y los habitantes, dispersos, nadie sabe dónde han ido. ¿Quién cuidará ganado, o sembrará cereales, si no está seguro el ganado o la cosecha? y así continuará hasta que terminen estas tristes guerras y malones, y se garantice la propiedad; pues nadie permanecerá, aun en este país bello y fértil, en tiempos como los presentes.» El sentimiento exacto que este rudo paisano demostraba hacia las bellezas naturales de su lugar nativo era muy notable, pues nunca se cansaba de detenerse en los atractivos pintorescos del paisaje; y llamaba constantemente nuestra atención, mientras andábamos, sobre algún nuevo y más placentero aspecto que presentaba el paisaje. Se deleitaba tanto con nuestra admiración de su país, que olvidó, en nuestros elogios de sus bellezas, las calamidades que lo trabajaban; y habiendo, probablemente, encontrado rara vez tal simpatía, apenas sabía cómo

mo agradecemos por nuestra participación en el sentimiento.

Los naturales de las provincias australes de Chile han sido siempre descriptos como raza audaz y atrevida; pero no son tan belicosos como sus vecinos del Sur, los indios araucanos que, aunque a menudo vencidos en batallas aisladas, jamás fueron completamente subyugados por los españoles. Siempre que aparecía un presidente juicioso en el gobierno de Chile, se formalizaba generalmente un tratado entre aquel Estado y los araucanos; pero aunque estas alianzas resultaron invariablemente ventajosas para las dos partes, el sucesor, con toda probabilidad, quería emprender guerra, considerando indigno permanecer en buenos términos con los salvajes. Desde aquel momento empezaba un conflicto lastimoso de invasiones por un lado, de dura refriega por el otro, igualmente perjudicial para chilenos y araucanos. Estas guerras generalmente empezaban con la entrada al territorio indio de tropas regulares españolas, apoderándose de la capital, Arauco, y de otros pueblos; pero antes de mucho se veían forzados a retirarse ante la bravura y cantidad de los indios, que, a su turno, entraban y devastaban la frontera chilena, arreaban el ganado y dispersaban a los habitantes, procediendo en mucho como nuestros fronterizos de la antigüedad. Por inspirado y romántico que suene este estado de cosas en la descripción poética, es muy melancólico presenciario en la vida real. En efecto, cuando este pobre paisano nos detallaba la ruina y miseria que habían caído sobre el país, a causa de este sistema de guerra inútil y bárbaro, y cuando la narración se confirmaba por todas las circunstancias que nos rodeaban, nos sentimos algo avergonzados del vivo y placentero interés con que habíamos recientemente escuchado una relación de los

mismísimos asuntos, a distancia, y antes que hubiéramos contemplado la realidad.

Al volver a la playa nos asaltó un grupo de niñas de seis a siete años, llevando cada una en los brazos una gallina y todas suplicándonos que comprásemos. Los niños aquí son lindísimos, y sus carrillos, no como los de los niños tropicales, gordos y rosados; su cabello, semejante al de sus ascendientes españoles e indios, es largo, lustroso y negro, cae sobre la frente, aunque alisado hacia atrás con la mano, para descubrir sus ojos todavía más negros. Cuando los monitos nos miraban a la cara y sonreían como para mostrar sus lindos dientes blancos y los carrillos con hoyuelos, no se podía resistir al pedido; y compramos un bote cargado de gallinas, más de las que necesitábamos.

Compramos provisión de carbón y leña en este lugar. La hulla que se nos llevó a la playa costaba doce chelines por tonelada todo comprendido. La leña costaba unos cuatro chelines por carga de trescientos sesenta zoquetes, cada uno de dos pies y medio de largo, pesando en total 1.300 libras.

De Penco zarpamos por el lado oriental de la bahía hasta llegar a Tomé, caletita abrigada en la situación más pintoresca, rodeada de rocas y árboles magníficos, con una aldehuela al fondo, casi oculta por el follaje. Unos cuantos de nosotros desembarcamos lejos de las casas para caminar por la playa; pero pronto nos anocheció, y cortándonos el camino una enseada, se nos planteó un grave dilema, hasta que los nativos oyeron nuestros gritos pidiendo ayuda, vinieron en sus canoas y nos pasaron a la aldea, donde se congregó una multitud para ver a los extranjeros y ofrecer madera en venta.

Mientras se hacía el trato por los trozos de made-

ra, dimos vuelta para mirar la luna, casi llena, que acababa de levantarse por encima de los árboles, acompañada por los planetas Júpiter y Saturno; estábamos mirando la misma escena ahora iluminada brillantemente, que habíamos pasado en lo oscuro, cuando uno de los naturales, con alguna sorpresa nuestra, dejó sus leños, y mirando hacia arriba, nos preguntó qué pensábamos; naturalmente respondimos que era bellísima. «Sí, señores—replicó con gran deleite—, resplandeciente», como si estuviera no menos sorprendido que nosotros con la belleza de la noche. Menciono esta circunstancia, como otro ejemplo, entre esta gente ruda, del gusto y sensibilidad por las bellezas de la Naturaleza, que nunca encontramos en otra parte de Sud América.

Después de comprar la madera hablamos con un indio de aspecto salvaje que se había unido al grupo, con una mula cargada de vino en pellejos para vender. Era de buena calidad, aunque más bien dulce, y costaba unos dos y medio peniques la botella; exactamente el doble del precio corriente, como después supimos. Compramos siete vigas de veintiún pies de largo, por doce pulgadas en cuadro, en nueve pesos, es decir, cinco chelines por pieza. La madera llamada linia, era tan buena como el fresno, y resultó adaptada para construir botes. Supimos después que habíamos pagado veinticinco por ciento de más. Había gran variedad de madera en venta, apropiada para diferentes usos, pero ésta, que era la más cara, parecía ser la mejor.

El distrito de Concepción, en cuanto a ventajas naturales, es mucho más rico que cualquiera otra parte de Chile; tiene también población audaz e inteligente, clima delicioso y suelo fertilísimo, susceptible de producir el mejor trigo, viñas, olivos y los pastos

más ricos ; está cubierto por extensas selvas de maderas valiosas, contiene hulla en abundancia, lo mismo que piedra arenisca y caliza cerca de la costa, y además de tener excelentes puestos, e innumerables corrientes pequeñas, está cortado por un gran río navegable por más de cien millas. No obstante todas estas ventajas, es casi enteramente despoblado, y todo el país abandonado e inculto. Es de esperar, sin embargo, que el espíritu que anima al país regenerado pronto traerá algún sistema nuevo de medidas políticas, sea para defensa de esta rica región contra las invasiones de indios, o, lo que sería infinitamente mejor, para ajustar la paz en términos que los hagan interesar en conservar una amistad cordial y duradera con sus vecinos.

En la mañana del 12 de octubre llegaron noticias fidedignas de que Benavidez había sido derrotado cerca de Chillán, y su ejército dispersado, mientras él mismo había pasado la frontera con unos pocos de sus secuaces ; por el mismo conducto fuimos informados que la corbeta chilena *Chacabuco*, sin esperar las tropas enviadas por tierra en su auxilio, había efectuado un ataque desgraciado sobre la capital india de Arauco.

Habiendo previamente tenido informes que dos marineros norteamericanos, cautivos de Benavidez, habían logrado escapar del campamento y refugiarse en la *Chacabuco*, inmediatamente me puse en busca de aquel barco, con el mayor deseo de ver aquellos hombres para saber la suerte de sus compañeros. Sin esta información, era claramente imposible saber dónde estaban, o cómo auxiliarlos. Por consiguiente, hice lo mejor que pude para llegar al fondeadero de Arauco ; pero ningún barco había allí, para mi mortificación, y proseguí al Sur, teniendo razones para creer que la *Chacabuco* había tomado ese rumbo. Después de una busca de dos días, la encontré anclada entre la

costa firme y la isla Mocha. La isla es recorrida por caballos y cerdos que se usan para refrescar víveres por los barcos cazadores de ballenas y focas en el Pacífico.

Me fueron inmediatamente enviados los dos marineros norteamericanos, y parecía por sus declaraciones que, cuando Benavidez marchó de Arauco un mes antes, había dejado a Mr. Moison, capitán del bergantín *Ocean*, junto con varios marineros ingleses y norteamericanos, tripulando el barco *Perseverance*; pero que todos los demás cautivos habían sido forzados a punta de bayoneta a acompañar al ejército. En la marcha habían sido tan estrictamente vigilados por un cuerpo de caballería, que hasta después de cruzar el Bío-Bío no se les había presentado oportunidad de escapar, y, luego de sufrir muchas privaciones, llegar a Concepción. Esta información me decidió a volver inmediatamente a Arauco, con el fin de hacer una tentativa para rescatar al capitán Moison y sus marineros, si todavía permanecían en aquel lugar. Tenía poca esperanza de éxito, en efecto, desde que oí del ataque de la *Chacabuco* sobre la plaza; pues parecía probable que en aquella ocasión, los prisioneros hubieran sido enviados al interior. Al entrar a la bahía, tuve la mortificación de percibir, por varios indicios, que era demasiado tarde; porque, en la barra del río Tubull, que pasa cerca del pueblo, una de las presas estaba en llamas; detrás del terreno alto que forma el puerto se levantaba una gran columna de humo, de otro buque ardiendo; el mismo pueblo de Arauco estaba incendiado. Todo esto mostraba que se había efectuado un ataque y los indios habían huído; pues es su práctica invariable quemar sus poblaciones y todo lo que no pueden llevar consigo, siempre que se ven obligados a retirarse. Anclé frente a la población

en llamas, muy entrada la tarde, y habiendo comunicado con los barcos chilenos que allí estaban, supe que los araucanos al mando de oficiales de Benavidez, habían sido atacados por la mañana, pero rápidamente habían cedido y huído a los bosques después de pegar fuego al pueblo y a todos los buques.

La mañana del 19 de octubre desembarqué en Arauco para, a ser posible, hacer algún arreglo con el comandante de la expedición chilena en el caso que algunos de los prisioneros se escapasen y llegasen a su campamento. Encontramos el cuartel general instalado en el centro de la capital, que había consistido en cincuenta y seis casas dispuestas en filas; ahora no había quedado nada más que un número de marcas negras cuadradas, excepto donde pocas casas se habían edificado más sólidamente que las demás. Parte de las paredes de la casa de Benavidez estaban aún en pie; pero los tirantes y marcos de las puertas estaban quemándose en el piso cuando la visitamos. En las paredes pudimos ver los nombres de algunos de los cautivos que habían estado allí encerrados, trazados con carbón de leña o a punta de cuchillo. El capitán Sheffield del *Herselia*, que nos había acompañado desde Valparaíso, nos llevó por la población, donde él había estado largo tiempo prisionero, y miraba con maliciosa satisfacción las cenizas humeantes. Esta diminuta capital era de trescientas yardas en cuadro, encerrada por una muralla de doce pies de alto, y guardada por torres, en dos de sus ángulos, con uno de sus lados apoyado en una colina escarpada, como de doscientos cincuenta pies de altura. Aunque insignificante en tamaño, es, sin embargo, ciudad clásica y bien conocida en los cantos e historias españolas. Fué desde este lugar que el célebre Valdivia emprendió su última marcha, y fué después la principal mo-

rada del gran general salvaje, Lautaro. Arauco fué varias veces tomada y vuelta a tomar por los españoles y los indios en tiempos pasados; y por curiosa anomalía en la historia de este país, estos mismos araucanos que, durante tres siglos, han estado peleando desesperadamente y no sin éxito contra los españoles de Chile, ahora cuando el enemigo común es expulsado, y la libertad proclamada, toman las armas al mando de un oficial español renegado y combaten contra los chilenos libertados.

Al subir a la cumbre de la colina, gozamos una vista del campo, tan rico en lindos bosques, prados y ríos como en la vecindad de Concepción, y no pudimos menos de lamentar que los profusos dones de la Naturaleza se malograran de este modo. El campamento chileno presentaba aspecto curiosísimo; los soldados, al entrar a la ciudad, habían encontrado en los almacenes medio quemados y en las despensas abiertas en las rocas, varios artículos extraídos de las presas; algunos estaban cargados con fuentes, platos y útiles culinarios; otros con libros y mapas; uno se había apoderado de un cuadrante roto que lo intrigaba enormemente; otro atizaba el fuego con un arpón largo, y un pobre muchacho vino corriendo a nosotros con un atado de publicaciones de la *Tract Society* que acababa de encontrar, pero se disgustó mucho cuando declinamos de ser compradores.

Antes de volver a bordo, el comandante de las fuerzas chilenas me dijo que un grupo de indios auxiliares bajo sus órdenes, había tomado esa mañana tres prisioneros araucanos; a dos de los cuales habían matado y le habían vendido el tercero por cuatro pesos. Manifestamos gran horror por esta anécdota; pero dijo que no podía en absoluto controlar estos indios que habían impuesto condición, al alistarse, que nun-

ca se les desconocería el privilegio de degollar sus prisioneros. Además de éstos, parecía haber habido un cuarto, la joven esposa de uno de los hombres carneados por la mañana. El comandante, sin embargo, había accidentalmente omitido decirme esta circunstancia, que no conocí hasta entrada la noche, después de ir a bordo. Había intentado, en vano, decidir a Peneleo, jefe indio de los auxiliares, a que la soltara; pero este salvaje, después de haber matado al marido en presencia de la pobre mujer, rehusó cederla por un rescate menor de treinta pesos, suma que nadie en el campamento quiso adelantar. Era lamentable no haber conocido este incidente por la mañana, desde que, si hubiera sido rescatada, se la podría haber empleado para llevar una carta a los cautivos que andábamos buscando, que, sin duda alguna, habían sido conducidos al interior por los araucanos, cuando huyeron a los bosques.

20 de octubre.—Fuí a tierra tan pronto como clareó el día, pero mi enojo y desagrado fueron extremos, al saber que Peneleo, con sus soldados indios, había emprendido la vuelta a Concepción dos horas antes, llevándose la joven viuda. Mientras hablábamos de esto, un soldado que había encontrado a los indios entró a caballo al campamento. Al ser interrogado acerca de la mujer, en cuyo destino empezábamos a interesarnos mucho, dijo que nunca llegaría viva a Concepción, pues había oído a Peneleo amenazarla que, si no cesaba de llorar, la mataría como a su marido el día anterior.

Como Concepción se halla directamente en nuestra ruta a Valparaíso, resolví recalar allí, no solamente para concertar algunas medidas respecto a los marineros cautivos, si aparecieran, sino también para

rescatar, si era posible, de los indios a esta pobre mujer. De conformidad con esto, después de esperar otro día en Arauco, y no viendo esperanza de tener noticias de los prisioneros, nos dimos a la vela para el puerto de San Vicente, seguro fondeadero pequeño, no lejos de la bahía y quizás más cerca de Talcahuano de la ciudad de Concepción. No perdí tiempo en montar a caballo y dirigirme a la ciudad, acompañado por un oficial, pero nuestro apuro fué inútil, pues fuimos detenidos en la puerta de la casa de gobierno por un criado que, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en una mano, nos cuchicheó que su excelencia dormía la siesta y no podía ser molestado. Como todo el mundo sabe, nada pone a un hombre de más mal humor que interrumpiéndole la siesta; y como deseábamos solicitar su favor en beneficio de nuestros paisanos, creímos prudente no insistir sobre el punto con los criados, que se estremecían sólo de pensarlo. Mientras, vagamos por las orillas del magnífico Bío-bío que baña las murallas de la ciudad. En nuestro paseo encontramos muchas damas de ojos negros, sentadas bastante ruralmente en las puertas, hilando con rueca y huso, mientras sus hijos jugaban en la calle. Llevaban flores en el cabello a usanza chinesca, y estaban vestidas con gran pulcritud; las encontramos muy dispuestas a trabar conocimiento, y charlar con los extranjeros.

Con el tiempo, vimos al gobernador, que cortésmente nos permitió ir al cuartel; pero sonrió incrédulamente y sacudió la cabeza a nuestro proyecto quijotesco de rescatar a la afligida damisela, diciendo ser completamente inútil el intento de tratar con Peneleo, que apenas tenía algo de humano.

Visitamos a los indios en la hora menos a propósito, pues acababan de comer y estaban todos más o menos borrachos. Al entrar al patio del cuartel, vimos

un grupo sentado en el suelo, rodeando una cuba llena de vino; saludaron nuestra entrada con grandes gritos, o más bien alaridos, y furiosamente nos preguntaron qué queríamos con toda la apariencia de estar muy poco complacidos de nuestra intrusión. El lenguaraz luego se alarmó y pidió que nos retirásemos, pero esto me parecía imprudente, como que cada hombre tenía su larga lanza al alcance de la mano, apoyada contra el alero de la casa; y nosotros habríamos sido tomados y posiblemente sacrificados por estos salvajes ebrios si se irritaban. Lo mejor que podíamos hacer parecía ser tratarlos sin mostrarles ninguna desconfianza, y, por consiguiente, avanzamos hasta el círculo con buen humor, que los aplacó considerablemente. Uno del grupo se levantó y nos abrazó al estilo indio, que habíamos aprendido de los prisioneros de Benavidez. Después de esta ceremonia, aullaron para que nos sentásemos con ellos en el suelo, y con la hospitalidad más estrepitosa insistían en que los acompañésemos a beber, pedido a que accedimos amablemente; de modo que su ira se desvaneció, y fué substituída por alegría y satisfacción que pronto se hicieron tan violentas como había sido al principio su desagrado. Aprovechando una oportunidad favorable, formulamos nuestro deseo de tener una entrevista con el jefe; en seguida se le envió un mensaje, pero él no creyó propio mostrarse hasta después de transcurrido bastante tiempo, durante el que permanecimos con el grupo alrededor de la cuba, y continuaron bebiendo a grandes tragos de vino, como chanchos. Pronto perdieron la cabeza, y como creciese por momentos su alegría estrepitosa, sentíamos nuestra situación de ningún modo agradable.

Finalmente se abrió la puerta de Peneleo y apareció el jefe; no se dignó, sin embargo, cruzar el um-

bral, sino que se apoyó contra el marco de la puerta para no caerse, pues estaba algunos grados más borracho que cualquiera de su gente. No puede concebirse retrato más acabado de salvaje. Era hombre alto, de anchas espaldas, con cabeza prodigiosamente abultada, y cara cuadrada entumecida, de la que atisbaban dos ojos pequeñísimos, cubiertos parcialmente por inmensa superfluidad de cabello negro, grosero, aceitoso, lacio, que cubría las mejillas y caía sobre los hombros, dando a la cabeza algo del tamaño y forma de colmena. Sobre los hombros tenía extendido un poncho ordinario. Nos acogió muy severamente pareciendo irritado y áspero por habersele incomodado; y se ofendió aún más cuando supo que queríamos ver a su cautiva. Tratamos de explicarle nuestras verdaderas intenciones, pero él gruñó la respuesta en tono y manera que nos acobardó de insistir más en el asunto, especialmente por tener la lanza a su alcance, y haber ya oído demasiado acerca de sus hábitos, para menospreciar su desagrado.

Mientras conversábamos con Peneleo, conseguimos dar un vistazo a su apartamento. Junto al fogón encendido en medio del piso, se sentaba una joven india con largo cabello negro que llegaba al suelo; ésta, pensamos, no podía ser otra que la persona infortunada que buscábamos, y algo nos disgustó observar que la dama no derramaba lágrimas ni parecía muy abatida; de modo que salimos acariciando la idea nada sentimental de que el amable Peneleo había ya hecho alguna impresión en el corazón de la joven viuda.

Dos indios no tan borrachos como los demás nos siguieron afuera del patio, y nos dijeron que varios extranjeros habían sido tomados por los chilenos en

la batalla cerca de Chillán y estaban ahora seguros. El lenguaraz nos insinuó, que era probablemente invención de estas gentes astutas, después de oír nuestras preguntas en el patio; pero nos aconsejó que, como cortesía, diéramos una moneda a cada uno de ellos.

El 23 de octubre nos dimos a la vela de Concepción y el 26 anclamos en Valparaíso.

Alrededor de una quincena después de nuestro retorno, nos regocijamos mucho con la llegada del capitán Moisés y los marineros que habían sido tanto tiempo prisioneros de Benavidez. Habían sido llevados, como supusimos primero, muy al interior, cuando Arauco fué atacado. Sin embargo, era satisfactorio saber, que todos los prisioneros habían conseguido escaparse después de la batalla en que Benavidez fué derrotado a inmediaciones de Chillán. Se habían encaminado a diferentes partes de la costa, y después de muchas dificultades, habían llegado a Concepción, donde procuraron pasaje en un barco procedente de Valparaíso.

VIII

EXCURSIÓN A LA REGIÓN MINERA DE CHILE

El 14 de noviembre de 1821, recibimos órdenes de seguir en el *Conway* de Valparaíso a Lima, haciendo escalas en los puertos intermedios sobre las costas de Chile y Perú. El fin de este viaje era investigar los intereses británicos en aquellos lugares; ayudar y proteger a cualquier súbdito de S. M. B. ocupado en el comercio; y, en general, cerciorarse de los recursos mercantiles de la costa. Muchos puntos de esta investigación fueron tocados en informes oficiales; pero como el interés que tuvieron fué transitorio, me limitaré ahora al bosquejo general de lo que vimos en el viaje.

Siendo requerido el barco, en día determinado, para otros servicios, tuvimos tiempo muy restringido, lo que era de lamentar, tanto más cuanto circunstancias accidentales nos pusieron en situación de haber visitado muchas minas con ventajas considerables. Apu-

rados como estábamos era imposible hacer más que dar una mirada superficial a esta parte interesante del país; y nos hicimos más solícitos en señalar los efectos de los cambios políticos de los tiempos sobre el sistema minero, que en investigar minuciosamente la calidad de los minerales o la manera de beneficiarlos.

Zarpamos de Valparaíso el 15 de noviembre, y el 16, poco antes de ponerse el sol, entramos en la bahía de Coquimbo, y habiendo anclado el barco, desembarcamos en una punta, cerca de algunos ranchos, para preguntar por el camino de La Serena a Coquimbo, que está dos leguas al Norte. Al entrar a un remoto puerto extranjero que ninguno de a bordo ha visitado antes, hay siempre un sentimiento delicioso de curiosidad que trae a la memoria las juveniles emociones con que todo muchacho ha leído Robinsón Crusoe. Generalmente la realidad se acerca completamente a la viva expectativa que la imaginación promete; ni este interés se disminuye con la vista repetida de objetos nuevos, sino que, por el contrario, cada lugar nuevo parece más curioso que el último; y a medida que se agranda el círculo de nuestra observación, la curiosidad se hace más impaciente, aunque, al mismo tiempo, más fácilmente satisfecha. El mundo, en efecto, en cualquier parte, está tan atestado de cosas nuevas y variadas que nadie puede esperar aún con la atención más despierta, observar completamente todos los detalles de cualquiera escena; y así la curiosidad se mantiene viva por la certidumbre de encontrar en todas partes novedad, si no en grandes lineamientos y marcadas distinciones, al menos en los menudos matices de diferenciación, que la práctica nos enseña a distinguir, y aplicar con satisfacción acrecentada, cuando los objetos de comparación son múltiples y nuestra familiaridad con ellos extendida. En el

primer caso, nuestro placer deriva de nuestra ignorancia—con el transcurso del tiempo deriva de nuestro conocimiento.

En el momento de montar a caballo, dos caballeros ingleses de Coquimbo llegaron galopando. Habían tomado nuestro buque por una fragata norteamericana, a cuyo bordo el hijo de uno de estos caballeros era esperado como pasajero. El padre soportó el chasco con gran buen humor, e insistió en llevarnos consigo a su casa, en cuya puerta fuimos recibidos por su esposa, nativa del lugar, y por media docena de chicos que, en corporación, entraron de rondón al patio para encontrar al hermano, y no pudieron ocultar su mortificación al ver solamente caras nuevas. Pero nuestra recepción, a pesar de este chasco, fué la hospitalidad misma; nuestros nuevos amigos insistieron en tender camas para todo el grupo, aunque se componía de cinco personas.

Permanecemos en Coquimbo cinco días en que nuestro huésped nos entretuvo en su casa con reuniones matinales y vespertinas, y llevándonos a visitar las mejores familias del lugar. Aunque sería ridículo pretender darse cuenta de una sociedad en que pasamos tan breve tiempo, sin embargo, había algunos rasgos que, aun en aquella corta relación, se señalaban como suficientemente característicos. Es cierto que, donde todo objeto nos es nuevo, podemos estar tan complacidos que se hace difícil, en la descripción, desenredar el interés transitorio emergente de la simple novedad, de la impresión duradera que la excelencia real sola puede dejar. Esta facilidad para estar complacido, que es la felicidad de los viajeros, es el infortunio de los escritores viajeros, quienes, por fuerte o sinceramente que se interesen, se espera que den algunos fundamentos de sus opiniones. Los de Coquim-

bo son sin afectación y gentiles de maneras, y habitualmente bien educados, pero creo que proceden más por sentimiento que los llevan a ser bondadosos y considerados, que por ningún precepto formal de urbanidad. Han tenido hasta ahora poco trato con extranjeros, pues la ciudad está considerablemente fuera de ruta y nunca ha tenido gran comercio; el clima es delicioso; y la gente parece estar tan cómoda y contenta con su condición, que a veces nos inclinamos a lamentar la invasión que el progreso de la civilización ha de traer pronto a sus hábitos sencillos.

El lunes 19 de noviembre nos dimos a la vela para Guasco, otro puerto de exportación para el producto de las minas. Anclamos a las dos del 20 de noviembre, y una hora después montábamos a caballo y nos poníamos en camino para la aldea del Asiento. Está a cinco leguas del mar sobre la margen izquierda de una corriente de agua de nieve que, aunque no grande, es suficiente para dotar de verdor al fondo del valle por donde se desliza, y ponerlo en agradable contraste con el resto del campo, que es un desierto arenoso en cualquier rumbo.

En el espacio de un mes habíamos visto ya todos los grados de fertilidad y desolación. En Concepción, la mirada era acariciada por el follaje más rico y exuberante; en Valparaíso estaban escasamente cubiertos con matorral achaparrado y una lánguida tentativa en pasto, pareciendo el terreno pobrísimo y desnudo; en Coquimbo desapareció el matorral, no substituyéndolo nada más que una variedad despreciable de tuna y escasos manchones de pasto como alambre, gris y a veces rojo; en Guasco no había trazas de vegetación, y cerros y llanuras eran de arena suelta, excepto donde la corriente de agua originada por el

deshielo de los Andes da animación al canal que la conduce al mar.

El Asiento está agradablemente situado sobre las márgenes del río, con jardines y árboles entre las casas y el agua, y sendas umbrosas que conducen de las puertas a la corriente. Fuimos bondadosamente recibidos por un caballero ligado en negocios de minas con nuestro huésped de Coquimbo, quien nos acompañó en esta excursión.

Como teníamos poco tiempo, fuimos inmediatamente a ver la operación de fundir el mineral de cobre, en la manera ruda del país. Al llegar al río lo encontramos desusadamente hinchado, debido al deshielo en el país superior; el guía vaciló algún tiempo sobre la posibilidad de cruzarlo, hasta que uno de los oficiales del barco, seguido por los demás del grupo, zanjaron la cuestión metiéndose al agua; y aunque fueron arrastrados bastantes aguas abajo, al fin alcanzaron la orilla opuesta, bien empapados, pero seguros.

Vista la fundición, volvimos a vadear el río todavía con más dificultad, por haber crecido mucho en el intervalo. Después de cruzarlo felizmente, visitamos una familia que se había congregado en la puerta para presenciar nuestra arriesgada navegación; por ser moda agradable en este país que un extraño entre a cualquier casa y a cualquiera hora siempre seguro de encontrar acogida afectuosa. En esta ocasión nuestra visita fué especialmente bien empleada, como que proporcionó a la gente oportunidad de mirar más de cerca a los extranjeros que, según nos apercebimos, eran objeto de no poca curiosidad; desde que dondequiera que fuésemos, íbamos acompañados por séquito de muchachos vagos, y, al pasar por las calles, todas las puertas y ventanas estaban llenas de cabezas

atisbando. No nos molestaba lo mínimo el ser objeto de exposición, más especialmente porque se nos proporcionaba en trueque oportunidad de ver todos los habitantes. Eran mucho más blancos que los nativos de las otras regiones de Chile, y puede notarse aquí, que no encontramos el color obscuro de la piel que tanto depende de la latitud y temperatura como generalmente se supone. Los hombres de Guasco eran de linda raza, bien formados y generalmente hermosos, con maneras sueltas y más bien tranquilas; la mayor parte de las mujeres son hermosísimas de rostro y figura; en efecto, no vimos casi ninguna, entre cientos, que no tuviese algo agradable en el semblante, o la persona. Lo que es más raro en climas tórridos, esta observación comprende también a las mujeres de edad madura; y aunque mucho más blancas que cualesquiera sudamericanos que hubiéramos visto hasta entonces, todas se distinguían por los ojos oscuros y el largo cabello negro de sus antecesores.

21 de noviembre.—Luego de almorzar se organizó un paseo para explorar una mina. Hubimos de dar vueltas subiendo por cansadoras sendas arenosas a un cerro escarpado en cuya cima nos recibió uno de los peones y nos condujo a la entrada de una mina, llamada «La Gloria». Habiendo hecho una colección prolija de muestras de mineral, volvimos al Asiento.

Nuestra bella huésped había organizado, en nuestra ausencia, un paseo para visitar el *Conway*, como yo le había pedido, al oírla decir que nadie de Guasco había visto un barco de guerra, y la mayor parte de ellos jamás habían estado a flote o visto un buque en su vida. Les di una comida a bordo y les mostré todo el barco, con lo que se manifestaron muy satisfechos, pero ninguno demostró aque-

lla sorpresa infantil que la gente un poco, nada más que un poco familiarizada con el asunto, está más propensa a dejar ver que los totalmente ignorantes. Los españoles, en todo menos en política, son gentes circunspectas, y, como sus descendientes, participan del mismo espíritu cauteloso, no es fácil, en cualquier tiempo, excitarlos para la expresión de la emoción fuerte. En consecuencia, estando yo algo picado de que mis amigos hicieran tan poco caso de las nuevas maravillas de un barco de guerra, me propuse un plan para sorprenderlos, que tuvo éxito completo. Todos habíamos ido a tierra y estábamos desparramados en grupos en el lado asoleado de una roca, enfrente del barco. Había calma chicha y el agua era tan mansa, que, aunque teníamos por delante todo el Pacífico, no había mar de leva, y solamente una olita insignificante que apenas se oía, se quebraba a nuestros pies. Había ordenado que, a cierta hora en que yo esperaba la brisa del mar, se desplegasen las velas; por tanto, en el tiempo señalado, se oyó un agudo silbato que atrajo la atención de mis amigos hacia el barco que estaba como a trescientas yardas de nosotros; y en seguida se vió a los marineros precipitarse a las vergas para soltar el velamen. Las damas dieron un involuntario chillido de terror de que los marineros se cayesen, mientras los hombres vitorearon con placer y sorpresa, al observar tanta destreza.

Nuestros adioses fueron lo más patéticos, aunque nuestro recíproco conocimiento no había durado más de treinta horas; y mientras salíamos, pudimos observar a las damas sentadas en las rocas, como otras tantas Didos abandonadas, agitando los pañuelos hasta que cerró la tarde, y nos perdimos de vista.

22 de noviembre.—Tuvimos alguna dificultad pa-

ra dar con el puerto de Copiapó, que no estaba bien indicado en nuestras cartas de navegación. Al acercarnos, se descubrió una línea peligrosa de arrecifes, que libros ni mapas no mencionan. Esta circunstancia me decidió a delinear la bahía trigonométricamente y sondarla con cuidado; y así que ancló el barco, envié al guardia marina Enrique Foster, perito admirable, para que se ocupase de la tarea. Pero, como pronto se vió que dos días apenas serían suficientes para concluir este trabajo indispensable, resolví aprovecharlos para visitar la ciudad de Copiapó, situada diez y ocho leguas al interior.

Lo primero que llamó nuestra atención cuando anclamos fué una pila curiosa, o gran parva obscura en la playa, al parecer de piedras rotas. Después de haberla examinado en vano con anteojo, nuestro amigo de Coquimbo nos explicó que era una cantidad de cobre para cargar en un buque que él había pedido y debía entrar en pocos días. Se mostró muy satisfecho de encontrar que sus agentes hubiesen cumplido puntualmente las instrucciones, especialmente porque no les había noticiado su intención de visitar la costa. Luego vimos un hombre a caballo por el borde de la barranca, que dominaba la playa donde estaba el cobre. Al enviarle un bote resultó ser la persona encargada del cobre y pareció deleitado de que su patrón lo hubiese encontrado en su puesto. Al momento fué despachado al interior en procura de caballos para nuestra excursión del día siguiente.

El 23 de noviembre temprano salimos para Copiapó. Aparte de no faltar nunca móviles de curiosidad para ver un lugar nuevo, ansiábamos mucho ver los efectos del gran terremoto de abril de 1819, y visitar también las minas en las montañas vecinas a la ciudad. Nuestro grupo se componía de seis, tres pasaje-

ros de Coquimbo y tres oficiales, yo incluso, del *Conway*. La primera parte del camino es por una superficie dura, a nivel, formada de roca principalmente y cubierta en algunos trechos con un suelo delgado. Entramos luego a un valle ancho, cuyos lados eran enteramente de cantos rodados y cascajo, cubiertos por una costra de varias yardas de espesor, de conchilla que se extendía hasta perderse de vista sobre todo el país que limitaba el mar. El valle era de tres o cuatro millas y presentaba todas las apariencias de haber sido, en algún período anterior, la cuenca de un poderoso río, ahora convertido en angosto riachuelo, corriendo casi oculto entre sauces enanos, arbustos achaparrados y pasto alto y tupido. El suelo estaba completamente cubierto, en todo el valle, por una capa de sal de varias pulgadas de espesor que después se ha determinado, por análisis, ser sulfato de soda, o sales de Glauber. El suelo parecía de nieve y también cuando se convierte en caminos y se deshace, todavía conserva el mismo aspecto. El polvo levantado por las patas de los caballos casi nos había ahogado, y como el día era horriblemente caluroso, teníamos sed excesiva, cuando aclamamos con deleite la vista de un arroyo; pero, ¡ay! el agua era como salmuera.

A cuarenta millas del puerto llegamos a la finca de la Ramadilla, donde el obsequioso propietario nos rogó que nos apeáramos, mientras su gente preparaba las mulas y caballos de refresco para el resto de la jornada a Copiapó, todavía distante cuatro o cinco leguas. Poco después de volver a montar todo tenía aspecto nuevo y más agradable, pues, desde el momento en que se entraba en los terrenos de la Ramadilla, se vieron, a todos lados, cultivos y pasto, y abundante verdor. La causa de esto era un riachuelo que alegraba todas las cosas por donde pasaba. La gente

está tan acostumbrada generalmente a ver lo que se llama vegetación espontánea, que olvida lo que el suelo debe a la humedad ; pero en un país sin lluvia o rocío, el caso es diferente, y dondequiera que se encuentre una corriente de agua, la deuda es gratamente reconocida.

Al ponerse el sol, nos descarriamos entre los Andes inferiores y, sin guía, pronto nos habríamos extraviado. Cuando llegó la noche, nos quedamos en aquel misterioso, o más bien agradable estado de incertidumbre, propio del viajar nocturno por un país completamente nuevo.

En Copiapó nuestro grupo fué bondadosamente recibido por una persona muy inteligente y caballerosa, natural de Chiloé.

24 de noviembre.—Nos levantamos temprano esta mañana, impacientes por ver los estragos del terremoto. Por la noche, en realidad, algunos de estos estragos habían podido verse con luz de bujía, pues la casa, única en esta parte de la ciudad que no había sido derribada, estaba hendida y torcida del modo más extraordinario.

Consecuencia muy seria del terremoto ha sido la disminución del caudal de agua en la única corriente de que la ciudad se provee, y a esta causa los habitantes más inteligentes atribuyen gran parte de la emigración. A medida que la población decrece, muchas minas ricas naturalmente son abandonadas ; pero es tal la tendencia del hombre a confiar más al azar del futuro la buena fortuna que a ser influenciado por la experiencia, que la gente en masa está empeñada en reconstruir sus casas y volver a trabajar sus minas ; peculiar, pero quizás, feliz ceguera para el futuro, como que Copiapó ha sido destruido cada veintitrés años ;

las últimas bien autenticadas épocas de estas catástrofes han sido 1773, 1796 y 1819.

Era interesante apercibirse de la manera constante en que el terremoto ocupaba los pensamientos de toda la gente en este lugar, por mucho que parecieran estar embargados por otras cosas. En las primeras horas de la tarde, un caballero inglés residente en Copiapó me llevó a visitar una familia de su relación que vivía en el suburbio no destruido, llamado la Chimba. Aunque fatigado por el trabajo del día, fui tentado de aceptar, con la promesa de ser presentado a la joven más hermosa de Chile. Es cierto que habíamos venido a Copiapó con nuestros pensamientos repletos de minas y terremotos; o, si teníamos primeramente cualesquiera pensamientos de frecuentar la sociedad, el aspecto desolado de la ciudad los había desvanecido; sin embargo, no podíamos rehusar el visitar a una dama con tales pretensiones. La encontramos muy bonita y agradable; pero lo que nos entretuvo especialmente fué su deseo vehemente de campo más amplio para desplegar sus encantos, que, para rendir a la belleza recluida nada más que justicia, eran de altísima calidad, aun en esta tierra fascinante. Las narraciones que había oído a otros, acerca del mundo elegante de Santiago, había trastornado tan completamente a la joven beldad, que los terremotos habían cesado de producirle la impresión usual. «Veo —exclamaba— a otras gentes salir corriendo de sus casas, llenas de terror, golpeándose el pecho e implorando misericordia; y la decencia es natural que me obligue a hacer lo mismo; pero no me alarmo, todos mis pensamientos están en Coquimbo. ¡Cómo mi tío puede ser tan malo para no repetir su invitación!» Consolamos a la damisela lo mejor que podíamos, y como ella había hablado de terremotos le preguntamos si

había habido alguno últimamente. «No—respondió—, realmente no creo haber sentido ninguno desde hace tres días, alguien dijo que había habido uno anoche, pero yo no sé nada, estoy cansada de estos terremotos, y no me volvería a acordar de ellos si de una vez estuviese en mi querido Coquimbo.»

25 de noviembre.—No obstante las graves fatigas de ayer, nuestro grupo estaba de pie y alborotando a las cinco y media esta mañana, haciendo los preparativos para regresar al puerto. Nuestro obsequioso huésped nos acompañó algunas leguas, y luego se volvió a sus minas y terremotos, mientras nosotros nos apurábamos para aprovechar lo más el fresco de la mañana. En estos países, el día siempre rompe con fresca deliciosa, que el viajero pronto aprende a apreciar; pues aun donde no hay rocío que humedezca el terreno, el aire es siempre placentero, y las largas sombras de los cerros orientales se dilatan por los valles, y no solamente por un tiempo lo protegen del calor, sino también lo escudan del resplandor que es aún más intolerable.

Al llegar al barco, encontramos que Mr. Foster acababa de hacer la medición y, al ponerse el sol, levamos anclas y navegamos a lo largo de la costa con suave brisa del Sur.

IX

L I M A

Nuestra estadía en Lima, en esta ocasión, fué breve, pero muy interesante. Llegamos el 9 de diciembre de 1821 y zarpamos el 17 del mismo mes. En el intervalo de cuatro meses transcurridos desde que dejamos el Perú, se habían producido los cambios más notables en el aspecto de los negocios. La bandera española había sido arriada en el castillo del Callao; el puerto, que habíamos dejado bloqueado por el enemigo, estaba ahora abierto y libre para todo el mundo; y en vez de contener meramente media docena de barcos de guerra desmantelados y otra media de buques mercantes vacíos, estaba atestado de barcos descargando sus ricos cargamentos; y la bahía, hasta la distancia de una milla del puerto, cubierta con otros a la espera de sitio para poner en tierra sus mercaderías. En la orilla todo era bullicio y actividad. La gente no tenía ya tiempo para inquietarse, y lejos de mirar-

nos con odio y desconfianza, nos saludaban como amigos ; y por primera vez, desembarcamos en el Callao sin temor de ser insultados. Los oficiales de la expedición chilena, cuya aparición, al principio, había creado un sangriento tumulto, eran ahora las personas más populares e importantes del lugar, y estaban en perfectos términos de amistad con la mismísima gente que bien recordábamos haber conocido como sus acérrimos, y según juraban, irreconciliables enemigos. Ciertamente, no es nada nuevo este grado de versatilidad política ; pero es siempre curioso presenciar la facilidad y completa indiferencia, con que los sentimientos de toda una ciudad se invierten de golpe, cuando conviene a su interés. Como la población del Callao depende para su manutención enteramente de que el puerto esté abierto, su ira, al principio, había sido fuertemente excitada contra los chilenos que lo habían cerrado, y, por tanto, traído a la gente falta de trabajo y la consiguiente escasez. Pero ahora el partido independiente había no solamente restaurado los negocios del puerto, sino aumentado mucho más allá de su primitiva importancia. Los chalacos, por consiguiente, cuyo interés sólo, completamente independiente de cualesquiera opiniones especulativas, regulaba sus sentimientos políticos, estaban extasiados con el nuevo orden de cosas.

También en la capital era visible un gran cambio. Los tiempos, efectivamente, eran todavía demasiado inseguros para permitir la tranquilidad o confianza social. Los antiguos jefes de la ciudad habíanse ausentado, su viejo gobierno derribado, sus instituciones, y muchas de sus costumbres, estaban cambiadas ; pero nada duradero los había substituído ; y como las circunstancias variaban, hora por hora, ningunos nuevos hábitos habían sido confirmados. Tam-

bién en la apariencia todo era diferente : en vez del modo formal y dilatorio de tratar los asuntos que prevalecía anteriormente, todo era decisión y actividad ; aun el movimiento en las calles nos parecía completamente extraño al carácter peruano ; las tiendas estaban repletas de artículos ingleses ; el pavimento estaba atestado de atareados comerciantes de todas las naciones, con exclusión de los grupos de españoles indolentes que con sus cigarros en la boca y embozados en sus capas, en épocas pasadas, solían permitir que el mundo se moviera a su gusto, indiferentes a lo que ocurriese, para no incomodarse. La población nos parecía aumentada de manera asombrosa y los carros y mulas cargados interrumpían el tránsito.

Mientras veíamos todo esto, el resultado probable se convertía en tema curioso, pero intrincado de reflexión. Que un bien eventual surgirá de la experiencia acrecida y facultad de acción libre que los recientes cambios habían traído consigo, no hay ningún género de duda ; pero de qué modo sea modificado o cuándo, o cómo se efectuará ; en qué estado, en suma, el gobierno se afiance al fin, en mi concepto, no puede predecirse. En medio, sin embargo, de la gran confusión e incertidumbre, prevalentes en estos países, es satisfactorio pensar que, en toda la variedad de aspectos en que pueden mirarse, no hay ninguno en que los beneficios del comercio libre no sea probable, que sean sostenidos por el pueblo, que, con admirable prontitud, ha adquirido la comprensión clara y comprensiva de la cuestión, en oposición al antiguo sistema restrictivo. Es cierto que no se necesita tiempo ni educación para enseñar a la gente de todas las clases las ventajas directas de tener una grande y constante provisión de mercaderías útiles, a precios bajos ; y aunque los medios de adquirir y la dis-

posición a gastar dinero de esa manera, han de ser grandemente aumentados con la implantación de un gobierno estable, no obstante, aun en el más irregular e inestable estado de los negocios públicos, siempre se encontrará en aquellos países, grandes medios para levantar adecuadas ganancias comerciales. Según concibo, no es falta alguna de medios para pagar las mercaderías importadas lo que ha de recelarse, sino más bien la ausencia de aquellas necesidades, gustos y hábitos dispendiosos, cuya esperanza de satisfacer en todo el país es el estímulo más seguro de la industria. Los recursos de la minería y agricultura en Sud América son grandísimos, como ya sabemos, aun bajo las circunstancias desfavorables del antiguo sistema; y por todo lo visto en los últimos años, es muy probable que, con la peor forma de gobierno que sea posible implantar, estos recursos no serán menos productivos que hasta aquí. El anhelo por disfrutar de lujos y comodidades, ahora, por primera vez, puestos al alcance de los habitantes, es, quizás, el sentimiento más generalmente esparcido entre ellos y sería el menos fácilmente controlado o suprimido. Quizás el deseo de independencia es aun en este momento la mayor agitación; pero no es tan excesivamente sentido como el otro; para la gran masa del pueblo, la idea abstracta, estando sola, es del todo incomprensible; pero, cuando se asocia con las ventajas prácticas de que hemos estado hablando, adquiere una claridad a que no se llega por otros medios. Si los españoles, algunos años antes, hubieran sido bastante juiciosos para conceder el libre comercio a las colonias, poca duda hay de que, aunque hubieran, por este medio, sembrado involuntariamente la simiente de la futura libertad política, podrían haber diferido lo que ellos consideraban el

mal de la época, hasta un período más posterior ; y el grito de independencia, ahora tan fuerte e irresistible, podría no haberse oído todavía en Sud América.

Quizás se recuerde que cuando nos alejamos del Perú, el 10 de agosto, el general San Martín había entrado a Lima y proclamándose Protector del Perú ; pero el Callao todavía se sostenía, y, mientras esto ocurriese, la causa independiente estaba en peligro inminente. San Martín, en consecuencia, utilizó todos los medios de la intriga para someter el castillo, porque no tenía fuerza militar suficiente para rendirlo. Se suponía que, con el transcurso del tiempo, hubiera tenido éxito el someter a la guarnición por hambre ; pero, el 10 de septiembre, con sorpresa de todos, una gran fuerza española procedente del interior pasó por Lima y entró al Callao. San Martín formó su ejército en las afueras de la capital, mientras pasó el enemigo ; pero no comprometió la batalla. Los españoles no permanecieron sino pocos días en el Callao, y luego se retiraron al interior por falta de provisiones, llevándose el tesoro que había estado depositado en el castillo. Cuando volvieron a pasar por Lima, se presentó otra oportunidad para atacarlos, pero San Martín no aprovechó de lo que los oficiales de su ejército, y muchas otras personas, concebían ser el momento más favorable para sacar una ventaja importante, a los realistas. Un gran clamor de todas partes se alzó, en consecuencia, contra él, por su aparente apatía, y su pérdida de popularidad puede decirse comenzó desde aquella hora.

La fortaleza del Callao, sin embargo, se rindió a San Martín pocos días después, y con esto se declaró satisfecho. Estando completamente cierto de ganar este objeto importantísimo, con el que se había de sellar la independencia del país, no estimó prudente

atraer al enemigo a la acción. Se aseguraba, es verdad, por muchos que estuvieron presentes, que el ejército de San Martín era muy superior en número al de Canterac, general español; pero sus amigos, mientras admitían esto, aseguran que, al mismo tiempo, era necesariamente defectuoso en disciplina y práctica, desde que más de los dos tercios de la expedición primitiva había sucumbido bajo el clima de Huaura y las nuevas levadas se componían de soldados bisoños recién reclutados en las montañas y los campos circunvecinos. El ejército de Canterac, por otra parte, era formado completamente con veteranos ejercitados durante largo tiempo en las guerras del Alto Perú. San Martín, por lo tanto, creyó mejor asegurarse del castillo que arriesgar toda la causa en el evento dudoso e irremediable de una batalla. Con el Callao en su poder, y el mar abierto, los patriotas nunca podrían ser arrojados del Perú. Pero los mínimos reveses militares en aquel momento debían haber invertido inmediatamente la marea, los españoles se habrían posesionado de Lima; y la independencia del país se habría retardado indefinidamente.

13 de diciembre.—Fuí esta mañana al palacio para almorzar con el Protector, y ver la curiosa momia que la víspera había sido traída desde una aldea peruana del norte de Lima. La figura era de un hombre sentado en el suelo, con las rodillas casi tocando el mentón, los codos apretados a los costados, y las manos oprimiendo los pómulos. La boca semiabierta enseñaba dos filas de lindos dientes. El cuerpo, aunque encogido de modo extraordinario, tenía toda la apariencia humana, conservando la piel intacta, excepto en un hombro. En el semblante había una expresión de agonía muy claramente acusada. La tradición

respecto a éste y otros cuerpos similares es que, en época de la conquista, muchos Incas y sus familias eran tan perseguidos, que realmente permitían ser enterrados vivos antes que someterse al destino con que los amenazaban los españoles. Se habían encontrado generalmente en la posición arriba descrita, en pozos clavados en la arena; de más de doce pies de profundidad; mientras los cadáveres de personas que se sabía haber fallecido de muerte natural, se descubren invariablemente en los cementerios ordinarios de los indios, completamente extendidos. Sentada cerca del mismo sitio se encontró una figura de mujer con una criatura en brazos. La mujer se había convertido en polvo al ser expuesta al aire, pero la criatura que nos fué mostrada se mantenía entera. Estaba envuelta en tela de algodón, tejida con mucha habilidad y compuesta de variedad de brillantes colores y toda completamente nueva. También trozos de tela que había usado la figura de mujer eran perfectos y las fibras absolutamente fuertes. Estos cuerpos fueron desenterrados de una región del país donde jamás llueve, y la arena, por consiguiente, es tan perfectamente seca, que produce una absorción de la humedad tan rápida, que no admite la putrefacción.

La momia masculina fué enviada a Inglaterra, en el *Conway*, y está ahora en el Museo Británico.

Por este tiempo produjo gran sensación, tanto entre los ingleses, como en la mayoría de los habitantes de Lima, el arresto y prisión de un anciano español que, por muchos años, había ejercido la más grande influencia sobre todas las clases sociales; poder que debía no tanto a sus cuantiosas riquezas, como a sus talentos e ilustración y a su amable disposición. Como hombre de negocios gozaba de la más alta reputación de probidad, liberalidad y perseveran-

cia. De su espíritu de empresa, basta decir que fué el primero en Sud América que hizo venir de Inglaterra máquinas de vapor; y las había montado en una mina del interior, distante varios cientos de millas de la capital. Era el viajero más completo; había visitado gran parte del mundo y hablaba y escribía el inglés y varias lenguas europeas, con gran facilidad y corrección. Mucho antes de que se efectuase el ataque a Lima, había en vano ejercido su influencia en persuadir al gobierno que abriese el puerto al comercio libre, cuya medida él prometía que no solamente ganaría la confianza y cordial apoyo del pueblo, sino que suministraría al tesoro los medios de resistir al enemigo, si amenazase una invasión. Su parecer, sin embargo, fué desestimado por los comerciantes que poseían el monopolio cerrado del comercio peruano y que no podían convencerse por consideración alguna a ceder la mínima porción de sus privilegios exclusivos. Nada significaba demostrarles que, sin comercio, no habría ingreso de derechos, y sin ingresos, el tesoro permanecería en situación inadecuada para proveer medios de resistencia cuando la lucha se produjese. Estas vistas patrióticas eran absorbidas por el egoísmo de un monopolio que no soportaba modificaciones; la influencia conjunta de estos comerciantes prevaleció, y la medida propuesta por este sagaz individuo no fué adoptada hasta mucho después, que fué demasiado tardía; hasta que lord Cochrane hubo bloqueado el puerto y puesto fin al comercio en aquel paraje, y San Martín hubo desembarcado con su ejército para invitar a la población oprimida a hacer uso del derecho a las ventajas que disfrutaba cualquiera otra sección de Sud América. De este modo esta gente fanática y obstinada, obrando bajo la influencia de preocupaciones profundamente arraigadas, y estrechas

vistas de los méritos reales del comercio, no solamente preparó el camino para la conquista de la colonia, sino que, al fin, trajo su propia ruina total.

Pero, aunque la influencia de este hábil e ilustrado español era insuficiente para oponerse con éxito a los monopolistas y dar al gobierno los medios pecuniarios para la defensa del país, fácilmente se comprenderá que un hombre de sus amplias vistas, talentos, ilustración y riqueza debe haber sido de gran importancia en una sociedad constituida como la limeña. Su influencia, ciertamente, se extendía desde palacio hasta la choza más humilde; él era el compañero y consejero de los más encumbrados, y el consuelo y protector de los más desgraciados, y era amigo de todos los extranjeros, para quienes sus puertas estaban siempre abiertas. Ningún mortal, en Lima, procedería sin su consejo; una o dos palabras con él, eran esenciales en todo proyecto grande o pequeño; su casa era constantemente sitiada por el populacho, y siempre que transitaba por las calles era detenido en cada esquina por los postulantes.

Con toda esta importancia que se le atribuía, no tenía un átomo de presunción; era sencillo y sin afectación en sus maneras; siempre estaba de buen humor; siempre veía el lado brillante de las cosas; hacía el bien lo más que podía y prometía que se remediaría lo malo; su corazón estaba abierto a toda impresión generosa y era imposible no sentir en su presencia algo de aquel involuntario pero completo respeto que tributamos al buen gusto y preeminencia del otro sexo.

Pero, cuando San Martín entró en Lima, se estableció un nuevo orden de cosas. Este vigoroso jefe no precisaba consejero; él mismo dirigía todo, y con la decisión de un soldado no admitía apelaciones; ba-

rrió todas las clases, estableció nuevas leyes e instituciones y alteró completamente el aspecto general de la sociedad. Todos los extranjeros fueron admitidos en el puerto e invitados a establecerse en la capital, sin reserva o restricción y permitiéndose a cada uno perfecta libertad de acción; no había necesidad de influencia o manejo, y la ocupación de nuestro amigo había pasado. No se le buscaba ya del palacio, o se le cazaba en la calle, o se le sitiaba en su casa. Durante el sitio de Lima, y mientras su caída era todavía dudosa, su buena voluntad había sido diligentemente cortejada por los patriotas; pero, cuando se completó la conquista, su apoyo fué de menor importancia, y el anciano, cayendo de su alta situación, no tenía bastante paciencia para ocultar su disgusto y, probablemente, en la conversación se expresaba indiscretamente, con respecto a las autoridades reinantes. Sea lo que sea, se aprovechó la primera oportunidad para darle una lección de prudencia. Dos frailes lo visitaron una mañana diciendo que habían venido de la localidad donde tenía sus minas, entonces ocupada por las fuerzas españolas. Relataron que eran portadores de un mensaje del virrey que, a menos que él enviase información correcta sobre la situación de Lima, sus máquinas de vapor y otras obras serían todas destruídas. Intentó verse libre de estos frailes sin comprometerse, dándoles los informes que necesitaban, pero ellos declararon que no podían aventurarse a retornar sin algo que probase que, efectivamente, lo habían visto y conversado con él. Finalmente, uno de ellos levantó un libro que llevaba su nombre y dijo que le serviría como justificativo, y él, sin darse cuenta, les permitió que se lo llevarsen. Los frailes, que fueron arrestados el mismo día, con el libro en su poder, primeramente fueron trata-

dos como espías y se esperó que serían colgados en el sitio ; pero, con sorpresa de todos, fueron puestos en libertad y sólo el viejo español aprisionado. Esto hizo creer que habían sido empleados meramente para atrapar a nuestro incauto amigo. Pronto se supo que sería juzgado por una comisión militar, y la alarma y malestar se esparcieron de un extremo a otro de Lima ; en verdad, si el sentimiento público hubiese sido menos universalmente expresado en su favor, el anciano, con toda probabilidad, hubiera sido condenado a muerte con el propósito de infundir terror en el ánimo de los españoles restantes e inducirlos a abandonar el país.

Mientras estaba arrestado, fuí un día a verlo tan pronto como se le permitió recibir visitas. Estaba tan jovial como siempre, aunque bien consciente de su peligro. El cuarto en que se hallaba preso estaba adornado con cuadros antiguos, entre ellos uno de San Francisco, por Velázquez, que él había estado intentando adquirir de los frailes, en la esperanza que yo lo aceptase para colgarlo en la cámara de mi barco. De este modo era que sus pensamientos eran siempre más empleados en buscar medios de obligar a los otros que en atender a sus propios asuntos, indiscreción a que, quizás, debió su ruina.

Al fin, este excelente anciano fué puesto en libertad, pero en adelante fué vigilado de cerca, y cuando empezó la gran persecución de los españoles, a principios de 1822, fué desterrado y sus bienes confiscados. En tan inmerecido infortunio jamás cayó un hombre más digno, y el suyo es uno de los casos innumerables en que tuvimos oportunidad de conocer correctamente, cuán severa e injustamente se dirigían, a veces, los efectos de la revolución. En revoluciones comunes la crueldad e injusticia generalmente fluyen.

de las asambleas populares ilegales y tumultuosas y esto es lo que naturalmente se espera como consecuencia al poner el poder en manos de hombres poco experimentados. Pero en Sud América estas convulsiones políticas, con pocas excepciones, han sido mantenidas bajo cierto grado de control y han sido generalmente dirigidas por hombres que tenían en vista fines razonables y dignos de alabanza. Sin embargo, en todo caso posible, una revolución es necesariamente un gran mal pasajero y ha de tener siempre su porción completa de crimen y dolor; los sentimientos privados, los intereses y derechos, en tales ocasiones corren el riesgo de ser barridos por el torrente innovador, y de ser sacrificados, a veces, al interés público y, no raramente, quizás, a la mala voluntad individual, avaricia o ambición. Que las cosas en Sud América, por cualquier accidente, puedan nunca volver al melancólico estado en que estuvieron, es imposible; que, en conjunto mejoran, es igualmente manifiesto; pero, entretanto, a pesar de esta convicción, es difícil, cuando se está en el sitio, ver solamente lo bueno, y cerrar nuestros ojos a los sufrimientos a que el país está expuesto, en la presente fogosa ordalía.

14.—A la noche hubo una representación en el teatro, pero la gente que estábamos acostumbrados a ver allí, antes de la Revolución, se había ido toda y su lugar era ocupado por oficiales chilenos y por comerciantes ingleses, americanos y franceses, junto con sinnúmero de preciosas limeñas, razas que sonríe lo mismo a todos los partidos. Los actores eran los mismos y la representación la misma; pero todo lo demás, indumentaria, maneras, lenguaje, eran diferentes; aun la inveterada costumbre de fumar en el teatro había sido abolida por decreto público.

Domingo 16 de diciembre.—La ceremonia de fundar la Orden del Sol se verificó este día en el palacio.

San Martín congregó a los oficiales y civiles que iban a ser recibidos en la Orden, en uno de los salones más antiguos del palacio. Era una habitación larga, angosta, vieja, con friso de madera oscura cubierto de adornos dorados, cornisas talladas, y fantásticos artesonados de relieve en el techo. El piso estaba cubierto con rico tapiz Gobelino; y a cada lado estaba adornado con larga línea de sofases y sillas de brazo, de altos respaldos con perillas doradas, tallados en los brazos y patas, y asientos de terciopelo purpúreo. Las ventanas, que eran altas, angostas y enrejadas como las de una cárcel, miraban a un gran patio cuadrado, plantado con profusos naranjos, guayabos y otros árboles frutales del país, mantenido tibio y fresco por cuatro fuentes que jugaban en los ángulos. Por sobre la copa de los árboles, entre las torres del convento de San Francisco, se podían ver las cimas de los Andes cubiertas de nubes. Tal era el gran salón de audiencias de los virreyes del Perú.

San Martín se sentaba en la cabecera del salón, ante un inmenso espejo, con sus ministros a ambos lados. El presidente del Consejo, en el otro extremo del salón entregó a varios caballeros las cintas y condecoraciones; pero el Protector en persona les impuso la obligación, bajo palabra de honor, de mantener la dignidad de la Orden y la independencia del país.

Después de una atareadísima y agradable visita de una semana, durante la que nuestra atención fué embargada por la multiplicidad y variedad de objetos en esta renovada capital, nos hicimos a la vela, con orden de recorrer la costa sudamericana hasta Panamá; de allí seguir por las costas de México, bañadas por el Pacífico, visitando los distintos puertos del camino, y

luego regresar al Perú y Chile. Las circunstancias me impidieron completar este plan y me obligaron a doblar el Cabo de Hornos, sin volver a visitar la costa occidental. Por consiguiente, no puedo, por observación personal, o por investigación local, dar detalle alguno de los interesantes e importantes acontecimientos ocurridos después de nuestra partida. El siguiente bosquejo, sin embargo, servirá para finalizar las varias informaciones dadas hasta aquí. Confío que los hechos se establecen correctamente; pero el razonar sobre ellos para cualquier propósito útil, es tarea difícil y para la que no estoy preparado. Pocas personas en Inglaterra han logrado formarse un concepto claro de la política sudamericana con las narraciones de los periódicos u otras publicaciones sobre el tema; y deben derivar algún consuelo al saber, que aun los que han residido en el lugar y conocen todo lo concerniente al asunto, encuentran muy considerable dificultad en llegar a la verdad. Aun con el auxilio de corresponsales dignos de fe, y facilidades de referirse a documentos auténticos, encontrarán no pequeña dificultad en arreglar su información, como para estimar exactamente los méritos de las grandes cuestiones que han de afirmar los destinos del país. La narración exenta de preocupaciones y coordinada, escrita por un testigo presencial e imparcial, es el único remedio para este mal. El campo visual, en verdad, es tan inmensamente extenso, tan remoto de nosotros, y tan lleno de objetos nuevos, y la información que recibimos tiene que pasar a través de tal atmósfera de preocupación y egoísmo y nos llega en intervalos tan irregulares, que casi está fuera del alcance de cualquiera que no esté en el lugar, obtener los medios de formar juicio exacto de lo que está pasando en Sud América.

En agosto de 1821, San Martín, como se ha dicho, se proclamó Protector del Perú; después procedió firmemente a reclutar y disciplinar su ejército y reformar los abusos locales en la administración de los negocios y preparar un estatuto provisional para que se gobernase, hasta que se sancionase la constitución permanente del Estado. Teniendo que atender asuntos en Trujillo, puerto de mar, al norte de Lima, nombró al marqués de Torre Tagle supremo delegado mientras durase su ausencia. No obstante, la persona esencialmente encargada de la administración ejecutiva era don Bernardo Monteagudo, hombre muy hábil y celosísimo patriota, pero que, además de ser impopular por sus maneras, era enemigo acérrimo de toda la raza española. Después de corta ausencia San Martín regresó, aunque ostensiblemente no retomó las riendas del gobierno, ni habitó en el palacio, sino que se retiró a La Magdalena, su casa de campo, a corta distancia de Lima.

A fines de 1821 se publicó un decreto ordenando a todos los españoles que dejasen el país y confiscándoles la mitad de sus bienes, y un mes después este decreto se extendió a los hombres casados también. En una sola ocasión, no menos de cuatrocientos españoles de las primeras familias y personas de las más ricas de Lima, fueron sacados de sus casas por la fuerza y marcharon a pie hasta el Callao, rodeados por guardias y seguidos por sus esposas e hijos, de quienes no les fué permitido despedirse antes de ser empujados a bordo de un barco que inmediatamente se hizo a la vela para Chile. Aunque, por el decreto original, solamente se confiscó la mitad de los bienes de los españoles, pronto se extendió a la totalidad; y en julio de 1822, la ruina de los españoles, pronto fué completa. También la manera en que esta persecución se

efectuó, se decía haber sido cruel e injusta ; se publicaron los decretos más insultantes, tales como : «Que era prohibido a los españoles usar capa para que ocultasen armas.» «Que no salieran de casa después de vísperas.» «Que no podían juntarse más de dos», y aun se decía, «que una española una vez fué puesta en el pílory por hablar irrespetuosamente de la causa de los patriotas.»

Todas estas medidas arbitrarias se ejecutaron durante la administración nominal de Torre Tagle ; y se creyó generalmente que su ofensiva y cruel ejecución fué causada por el ministro Monteagudo. Pero si en sí mismas son injustificables y merecen el dictado de tiránicas, no valdrá a los amigos de San Martín el decir que eran actos de otro ; porque él era notoriamente el resorte principal de todo el gobierno, ni buscaría escapar a la censura con tal subterfugio.

En mayo el ejército patriota, al mando del general Tristán, enviado por San Martín contra los españoles, fué derrotado ; todavía él permaneció inactivo. En julio salió de Lima para Guayaquil, donde tuvo una entrevista con el general Bolívar. En su ausencia, el pueblo de Lima, irritado por los procedimientos arbitrarios del ministro Monteagudo, lo depuso, aprisionó y, en seguida, lo desterró a Panamá. Se eligió un nuevo ministro por el supremo delegado y fué confirmado en su puesto por San Martín, a su regreso de Guayaquil, de donde se hizo a la vela en agosto con un cuerpo de tropas suministrado por Bolívar.

El Soberano Congreso Constituyente, compuesto de representantes elegidos por las diferentes provincias libertadas, había sido varias veces convocado y otras tantas prorrogado ; hasta que, al fin, San Martín, con sorpresa de muchos que creían que ambicionaba el poder permanente, cumplió el deseo general

del pueblo y reunió a los diputados el 20 de septiembre. Inmediatamente resignó en sus manos la autoridad suprema que asumiera un año antes ; y el Congreso, en cambio, lo eligió, por unanimidad, generalísimo de los ejércitos del Perú. Pero él, resueltamente declinó recibir más que el simple título que consintió aceptar como una prueba de aprobación y confianza de los peruanos ; declarando que, su presencia en el Perú al mando de fuerzas, era incompatible con la autoridad del Congreso. La siguiente es la respuesta que dió, cuando fué invitado a asumir el mando de generalísimo.

«Al final de mi vida pública, después de haber puesto en manos del augusto Congreso del Perú la autoridad suprema del Estado, nada podía haberme halagado tanto como la solemne expresión de su confianza nombrándome generalísimo de las fuerzas nacionales de mar y tierra, que acabo de recibir por intermedio de una diputación de vuestra Cámara. He tenido el honor de significar mi profunda gratitud a los que me hicieron esta comunicación de aceptar solamente el título, porque demuestra vuestra aprobación de los cortos servicios que he prestado a este país.

»Pero, para no traicionar mis propios sentimientos y los mejores intereses de la nación, permitidme afirmar que una dolorosa y larga experiencia me ha enseñado a prever, que el rango distinguido a que deseáis elevarme, lejos de ser útil a la nación, si yo fuera a ejercer autoridad, únicamente frustraría vuestras intenciones, excitando la sospecha de aquellos que ansían la libertad completa ; y dividiendo la opinión del pueblo, disminuiría aquella confianza en vuestras decisiones que nada, sino la completa independencia puede inspirar. Mi presencia en el Perú, consideran-

do la autoridad que hasta aquí he ejercido y el poder que retendría en adelante, es incompatible con la existencia moral de vuestra soberana corporación y con mis propias opiniones; desde que ninguna prudencia o precaución de mi parte, alejarían los dardos de la calumnia.

»He cumplido la promesa sagrada que hice al Perú; he presenciado la asamblea de sus representantes. La fuerza del enemigo no amenaza la independencia de ningún lugar deseoso de ser libre, y que tenga los medios, para serlo. Un ejército numeroso, bajo la dirección de jefes aguerridos, está listo a marchar en pocos días para terminar la guerra. Nada me resta hacer sino ofreceros mis agradecimientos más sinceros, y prometer, que si las libertades de los peruanos son atacadas alguna vez, reclamaré el honor de acompañarlos para defender su libertad, como simple ciudadano.»

El Congreso no deseaba o aparentaba no desear que San Martín considerase su oferta bajo este aspecto y le escribió para persuadirlo a que tomase el mando de los ejércitos, citando, en la comunicación, las palabras de su discurso en sesión donde dice: «La voz de la autoridad soberana de la nación será siempre escuchada con respeto por San Martín, como ciudadano del Perú y será obedecida por él como primer soldado de la libertad.»

Este llamado, sin embargo, no cambió las opiniones que San Martín había formado en esa ocasión; y habiendo lanzado la siguiente proclama, se fué al Callao, se embarcó en su yate, e inmediatamente zarpó para Chile dejando a los peruanos, como habían deseado, a cargo del Congreso que ellos mismos habían

elegido ; declarando que en su opinión, su presencia en el Perú al mando de fuerzas era incompatible con la autoridad del Congreso.

PROCLAMA

«He presenciado la declaración de la independencia de Chile y el Perú ; tengo en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas ; he cesado de ser hombre público, y así estoy recompensado, con usura, de diez años de revolución y guerra.

» Mis promesas a los países en que hice la guerra están cumplidas, les di la independencia y les dejé la elección de su gobierno.

» La presencia de un soldado afortunado, por desinteresado que sea, es peligrosa para los Estados recién constituidos ; y, por otra parte, estoy cansado de oír que deseo subir al trono. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el mayor sacrificio por las libertades del país, pero en clase de simple particular y no más.

» Tocante a mi conducta pública, mis conciudadanos, como en lo general de las cosas, dividirán sus opiniones ; los hijos de éstos pronunciarán el fallo verdadero.

» ¡ Peruanos ! Os dejo establecida la representación nacional ; si depositáis entera confianza en ella, seguramente triunfaréis ; si no, la anarquía os va a devorar.

»Que el Cielo presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y de paz.

»Fechado en el Pueblo Libre, el 20 de septiembre de 1822.

»JOSÉ DE SAN MARTÍN.»

El Soberano Congreso, abandonado a sí mismo, nombró una junta gubernativa compuesta de tres hombres experimentados. Sancionó inmenso número de decretos de poca o ninguna importancia y muy pronto todo fué completa confusión bajo su guía. Es cierto que el mayor número de diputados eran hombres sin conocimientos, que poco sabían la ciencia de legislar. En noviembre de 1822, zarpó una expedición de Lima para la costa Sur; pero en enero de 1823, poco después de desembarcar, fué completamente batida. Este desastre fué seguido de descontento general, y en febrero, se suspendieron las sesiones del Congreso, por el presidente Riva Agüero que, acto continuo, lo disolvió de una manera, según se decía, lo más sumaria e inconstitucional.

Las tropas realistas pronto aprovecharon de la imbecilidad de los patriotas que no tenían jefe; y en junio de 1823, el general Canterac volvió a entrar en Lima, y habiendo encerrado a los patriotas en el Callao, permaneció cerca de quince días, imponiendo contribuciones de dinero y mercaderías sobre los indefensos habitantes de la capital.

Mientras estos ruidosos sucesos se producían en el Perú, Bolívar estaba por concluir la guerra en Colombia, y previendo que si los asuntos de Lima no eran puestos en mejor camino, los españoles en poco tiempo restablecerían su autoridad y probablemente debilitarían el poder de los independientes en Colom-

bia, resolvió trasladarse al Perú con fuerzas considerables. Los españoles volvieron a retirarse al interior a la aproximación de Bolívar, y como supimos que había sido bien secundado por el gobierno chileno que enviaba una nueva expedición al mando del general O'Higgins, hay razón para creer que la guerra concluya pronto y este último lugar en que los españoles conservan algún dominio se haga independiente.

Como el carácter y la conducta de San Martín han sido temas de controversia en que, por muchas razones, no deseo tomar parte, sencillamente estableceré cuáles sean los puntos principales de esta discusión, cuyos méritos reales, actualmente, como se concibe, no pueden comprenderse acabadamente a esta distancia del lugar de los sucesos.

El primer cargo que se le hace es su falta de actividad y energía para hacer la guerra del Perú; segundo, su despótica expulsión de los españoles de Lima; y, por último, su deserción a la causa independiente en momentos de gran peligro y vacilación.

Respecto al primero de estos cargos, quizás se ha dicho bastante, tanto en señalar sus efectos como en explicar los principios de su cauto y dilatorio sistema de revolucionar al Perú, más bien que de conquistar al país.

El destierro y ruina de los españoles se justifican por los amigos de San Martín, a causa de la obstinada conducta de aquellos mismos individuos que, se asegura, resistían todo intento de comprometerlos a cooperar cordialmente con los patriotas y que persistían en todos los tiempos intrigando por la restauración de las antiguas autoridades. Se arguye también por sus adherentes, que en Colombia y México se encontró indispensable para la seguridad de los nuevos gobiernos, adoptar igual grado de severidad con los es-

pañoles ; en Chile lo mismo, y en Buenos Aires se había considerado necesaria la misma política, aunque, como sus revoluciones se verificaron más gradualmente, el destierro de los españoles habíase adoptado con mayor moderación.

Respecto a la razón o sin razón con que San Martín había dejado que los peruanos fuesen gobernados por el Congreso, sin ayudarlo él, es difícil hablar decididamente sin más exacta y completa información sobre el punto que la que ha sido hecha pública. Nunca ocultó su deseo de retirarse y no perdió oportunidad de declarar, pública y privadamente, su intención de dar gusto a sus inclinaciones tan pronto como se estableciese la independendencia del Perú. La cuestión, por tanto, parece ser, no si está justificado por haber salido del Perú, sino en haberlo abandonado en el momento propicio. Es cierto que intentó sostener y proteger al Perú, cuando la autoridad estaba solamente en sus manos ; pero, cuando los habitantes, después de reflexionar un año creyeron oportuno reclamarle el privilegio de gobernarse por medio de representantes elegidos de entre ellos mismos, no se sintió justificado para desestimar esa exigencia ; sin embargo, al mismo tiempo puede no haberse considerado llamado, como ciudadano de otro Estado, para servir a un país que ya no buscaba su protección, sino que, por el contrario, sentía bastarse para su propia defensa y con derecho a un gobierno no influenciado ; lo que él concebía ser imposible, mientras estuviese presente.

Considerando los asuntos, entonces, como están ahora, o parecen estarlo, y reflexionando sobre el carácter de San Martín, es del todo evidente que es hombre no solamente de aptitudes muy notables como soldado y estadista, sino que posee un grado sobresaliente de grandé e importante cualidad de conquis-

tar el respeto y atraer los servicios de otros hombres. A estos atributos superiores debe la celebridad adquirida por la conquista de Chile y su organización sólida como estado libre ; y cualquiera que sea su conducta posterior en el Perú, puede seguramente reclamar el honor de haber preparado el camino para la liberación de aquel país.

Estos no son servicios insignificantes que un solo hombre puede prestar ; y si creemos a San Martín sincero en su anhelo de retiro, tendremos también mayor razón para respetar aquel espíritu público desinteresado, y el amor de la libertad, que, por muchos años, pudieron sobrepujar a todas las consideraciones de orden privado. Es tan raro ver tales facultades como él indudablemente posee, unidas con una vida doméstica y retirada, que somos tardos en tomarlo en serio. Sin embargo, si se desecha aquella duda, y se supone justamente trazado su carácter, llegaremos a explicarnos su conducta, suponiéndolo que haya imaginado, al retirarse, haber hecho bastante, y que, conforme con su carácter y sentimientos, no podía prestar más servicios a los peruanos.

Esto no se escribe en elogio o en vituperio, sino sencillamente para dar alguna explicación de un curiosísimo acontecimiento histórico. Si hubiera sido mejor o no, para la causa de la independencia sudamericana, que el principal actor hubiese sido hombre de naturaleza más inflexible, es enteramente otra cuestión ; mi único objeto en este esbozo ha sido trazar un retrato tan fiel e imparcial como me fuera posible, de lo que efectivamente sucedió.

X

VIAJE COSTERO

Payta:—Guayaquil.

El 17 de diciembre de 1821, zarpamos de la rada del Callao y nos dirigimos al Norte, al largo de la costa hasta el 20, cuando anclamos frente al pueblo de Payta, lugar célebre en el «Viaje de Anson», lo mismo que en la historia de los antiguos filibusteros.

La conducta de lord Anson, con sorpresa hallamos que era todavía conocida por la tradición en Payta; y ofrece ejemplo curioso del efecto de las maneras sobre las opiniones del género humano, el observar como la bondad con que aquel oficial sagaz invariablemente trató a sus prisioneros españoles, después de ochenta años, es mejor conocida y se la recuerda más por los habitantes de Payta, que la toma y destrucción del pueblo.

Apenas habíamos fondeado, cuando el capitán del puerto vino a bordo, en compañía de una persona a quien había tenido a bien llamar intérprete; pero que,

al ponerse a prueba, resultó tan borracho que era incapaz de articular una palabra en cualquier idioma.

Hay siempre mucho calor en Payta, y, como no llueve, las casas son ligeramente construídas de una suerte de tejido de canasta que deja pasar el aire; los techos altos y en mojinete, son de hojas; algunas casas son revocadas con barro, pero generalmente hablando, se las deja abiertas. Después de examinar el pueblo, se organizó una partida para visitar las alturas vecinas, desde donde no vimos nada más que un desierto arenoso, descolorido, continuo y estéril. Nuestro guía, que era más bien inteligente, se manifestó muy sorprendido de nuestra insistencia en quebrar las rocas y del cuidado con que envolvíamos las muestras. No podía comprender que tuviese valor ninguna piedra si no contenía oro o plata; y, suponiendo que padeciésemos error en lo tocante a la clase de las rocas, nos repetía que eran piedra bruta que para nada servía. Al retornar por el pueblo, nos atrajo el sonido de un arpa, y adoptando el uso del país, entramos a la casa. La familia se levantó para cedernos asientos y, al oír que nos interesaba la música, pidieron al arpista que continuase. Después de tocar algunos aires españoles, pedímosle nos hiciese oír algún aire nativo; pero equivocó nuestra intención, y nos propinó, con agudeza notable, un vals que, no hacía mucho tiempo, había oído en Londres como aire en boga, y aquí estaba igualmente a la moda en Payta, uno de los lugares del mundo civilizado más a trasmano y menos frecuentado. Del tono nada sabían sino tocarlo; jamás habían oído su nombre, o el del compositor, o de su nacionalidad; ni podían decir cuándo o de qué modo había llegado a ellos.

Mientras nuestro bote venía del barco a tierra para llevarnos, entramos a una casa del embarcadero,

donde fuimos recibidos amablemente por un grupo de damas, congregadas, según supimos, en las cercanías del muelle para ver mejor a los extranjeros cuando tomaran el bote; al menos parecieron muy complacidas de nuestra visita. Estando casi ahogado por el polvo, inicié la conversación pidiendo un vaso de agua; en seguida una de las matronas sacó una llave del bolsillo y la entregó a una señorita, que fué a un rincón del cuarto donde había una tinaja y, abriendo la tapa de metal, me llenó de agua un vasito; después cerró la tinaja y devolvió la llave a la madre. Esta economía extraordinaria de líquido viene de no poderse conseguir una gota a menos de tres o cuatro leguas y como, aun a esta distancia, la provisión era insegura, el agua en Payta no solamente es una necesidad de vida sino, como en los barcos en viaje largo, se consideraba lujo. Este incidente nos proporcionó tema abundante, y, al hablar del país, nos regocijamos de saber que, al fin, nos habíamos aproximado muy cerca al límite norte de aquel enorme desierto, que habíamos costeadado desde Coquimbo, en recorrido de mil seiscientas millas.

Levamos anclas así que el viento de tierra empezó a colarse y gobernamos al largo de la costa. La tarde del 22 de diciembre, anclamos a la entrada de la bahía de Guayaquil, pero, debido al viento escaso y al reflujo, recién a la tarde del día siguiente llegamos a la boca del río. El tiempo, durante el día, era bochornoso y caliente hasta un punto intolerable; y de noche, la brisa de tierra, que parecía aire de horno, muy húmeda y con fuerte olor de hojas mojadas y otros vegetales descompuestos. Anclamos cerca de un villorrio sobre la gran isla de Puma, situada frente a la boca del río, e inmediatamente después vino a nosotros un baquiano que con sorpresa nuestra, se proponía llevar

el barco arriba hasta la ciudad, durante la noche. Estaba obscurísimo, pues no había luna, nadie del barco había estado antes aquí; pero como parecía que el baquiano conocía perfectamente su oficio, accedí a su propuesta, después de explicarme que, durante la mayor parte de la noche, el viento y marea nos sería favorables, pero, de día, probablemente, ambos serían contrarios.

El río generalmente era ancho y hondo, aunque en algunos lugares se presentaban vueltas bruscas y muchos bajíos que, a veces, nos obligaban a mantenernos tan cerca de la orilla que en la obscuridad parecía que las vergas se iban a enredar con las ramas de los árboles, que crecían en la misma lengua del agua. El viento era suave pero firme, y lo bastante, en agua tan perfectamente tranquila, para mantener las velas dormidas, como se dice, cuando, con vientos leves, no aletean contra el mástil.

Mediante este aire suave unido a la marea nos deslizábamos rápidamente río arriba, abriéndonos camino por los bosques, como sucedía, que se presentaban oscuros y silenciosos como dos vastas murallas negras a lo largo de las dos orillas.

Se colocaron hombres cerca del ancla; y todas las manos estaban en sus puestos prontas para ejecutar cualquier maniobra a la menor prevención; no se hablaba palabra sino cuando el baquiano se dirigía al timonel y éste le respondía; no se oía otro rumor que el chasquido apagado del escandallo en el agua, y el gotear del rocío sobre los puentes desde el velamen y arboladura. El flujo que habíamos tomado en el momento de volver a entrar al río, nos sirvió para llevarnos hasta Guayaquil, distante cuarenta millas, y a las cuatro, después de pasar la noche entera en esta navegación salvaje y solemne, fondeamos entre los bar-

cos frente a la ciudad. Cuando vino el día las casas poco a poco se hacían visibles ofreciendo a la mirada formas y proporciones que variaban a cada momento, cuando una luz nueva venía a disipar las ilusiones precedentes. Finalmente, esta antigua ciudad se nos apareció en confusión bella y pintoresca.

Tenía carta de recomendación para un caballero que me recibió a la manera fácil del país ; inmediatamente nos puso en camino para procurarnos víveres frescos y otras provisiones ; me condujo donde el gobernador para hacer la acostumbrada visita oficial, y después nos ofreció a los oficiales y a mí presentarnos algunas familias de su relación. Quedamos algo sorprendidos, al entrar a la primera casa, de encontrar las damas en inmensas hamacas de chagua tejida, teñidas de varios colores, colgadas del techo, que tenía veinte pies de alto. Algunas sentadas, otras reclinadas en las hamacas ; con los pies o al menos un pie colgando y tan cerca del suelo, que, cuando les agradaba, podían alcanzarlo con los dedos, y con impulso suave imprimir movimiento a la hamaca. La familia se componía de no menos de tres generaciones ; la abuela, acostada largo a largo en una hamaca colgada en un rincón del cuarto, la madre sentada en otra hamacándose de lado a lado ; y tres hijas jóvenes haraganeando en una hamaca atada a ganchos en el sentido longitudinal de la habitación. Todo el grupo estaba hamacándose de manera tan furiosa, que al principio nos confundimos y aturdimos por la variedad de movimientos en direcciones distintas. Sin embargo, conseguimos abrirnos paso hasta un sofá en el otro extremo del cuarto, aunque no sin recelo de recibir puntapiés en el trayecto.

Las damas, viendo nuestro embarazo, cesaron en

sus hamacones hasta que pasó la presentación y, luego, tocando el suelo con los pies, se volvieron a hamacar sin interrumpir la conversación.

Habíamos oído hablar antes de la tez blanca de las guayaquileñas, pero nos imaginábamos que era solamente relativa. Por tanto, nos sorprendió hallar que estas damas eran tan blancas y claras como cualquiera europea; al contrario, también, de los españoles, eran de ojos azules y cabello rubio. Todo el grupo mantenía la fama de belleza que hace célebre a Guayaquil en toda Sud América: aun la abuela venerable conservaba sus atractivos en grado que rara vez se encuentra en los trópicos. Esto es tanto más notable cuanto que Guayaquil se encuentra a poco más de dos grados al sur del Ecuador; y estando al nivel del mar, es todo el año excesivamente caliente. Algunos atribuyen la blancura de las mujeres y la asombrosa duración de sus encantos, a la humedad del aire; la ciudad tiene por un lado un lagunón y por el otro un gran río; mientras el país, en casi doscientas millas, es un pantano continuo cubierto de bosques tupidos. Pero de como esto puede actuar para invertir el curso regular de las cosas, no he oído a nadie intentar explicarlo; lo cierto es que todas las mujeres que vimos eran blancas y perfectamente semejantes, bajo este aspecto, a las de climas fríos.

En la casa siguiente, el personaje más conspicuo que encontramos fué un caballero alto, un poco pomposo, vestido de una envoltura de lienzo abigarrado, zapatillas, con cabello cortado y rizado de manera muy rara. La esposa, mujer hermosa de elevada estatura, y su hija, linda niña circunspecta y pecosa, de diez y seis años, según creímos, pero que realmente no tenía más de trece, estaban sentados en una hamaca que, con los esfuerzos unidos de sus pies, oscilaba

a grande altura. En otra hamaca amplísima había una niña de cinco años impaciente porque alguien viniera a hamacarla. Sobre un sofá de más de veinte pies de largo se sentaban dos o tres señoritas, hijas de la dama de la hamaca y varias otras visitas, además de cinco o seis caballeros, muchos de los que estaban vestidos como el dueño de la casa, en zapatillas, y camisonos de dormir de varios colores y hechos de las telas más ligeras.

Al entrar al cuarto, fuimos aturridos por ruido pasmoso de lenguas hablando en tonos tan altos y penetrantes, y acompañados por pataleos tan animados y violentas gesticulaciones, que imaginamos habría una batalla real entre aquellas damas. Sin embargo, nos alegramos de saber que estábamos equivocados, siendo el modo del país gritar, o chillar, en vez de hablar en la conversación familiar.

Poco después de sentarnos y cuando empezaba a reanudarse la guerra de lenguas y actitudes, después de la pausa ocasionada por la ceremonia de nuestra presentación, otra hija, joven casada, entró deslizándose al cuarto, y con linda y alegre expresión de semblante, y mucha elegancia en los modales, se dirigió a cada uno de los presentes pidiéndoles le permitieran dejar caer unas pocas gotas de agua de alhucema en los pañuelos de mano. A cada persona dijo algo apropiado de manera graciosa, empezando por los extranjeros, a quienes dió cordial bienvenida, esperando que su estada fuese larga y agradable. Luego se retiró entre los aplausos de la concurrencia, deleitada por el modo en que había hecho los honores de la casa; pero volvió al momento, trayendo consigo una guitarra, que entregó a una joven amiga suya que acababa de entrar, y luego se escurrió modesta y tranquilamente al extremo del gran sofá.

. Entretanto, el dueño de casa se sentó apartado en conversación con un caballero recién llegado de Lima que contaba a su amigo el monto de varios derechos fijados en aquella plaza por el gobierno de San Martín. Escuchó muy tranquilamente, hasta que el narrador mencionó cuál era el derecho del cacao. El efecto fué instantáneo; medio se levantó del asiento y, con aspecto de ira y disgusto, iba a proferir la más furiosa filípica contra San Martín, cuando el otro, notando la expresión del rostro de su amigo, que estaba arrugado como el de gallo de riña con rabia, y temiendo una explosión, tomó sobre sí el traducir en palabras las miradas de su amigo y luego contestarlas él mismo, con tal volubilidad que el infeliz dueño de casa, aunque reventando de impaciencia por hablar, nunca consiguió oportunidad de colocar una sola palabra. La escena en sí era de lo más cómico; pero también es digna de atención la consecuencia que de ella se sacaba. En los primeros tiempos, cuando el monopolio y las restricciones esterilizaban toda especulación agrícola y comercial, y cuando los deseos individuales jamás se tomaban en cuenta, y todo esfuerzo, o tentativa de intervención en la implantación de derechos era enteramente sin esperanza, este hombre, ahora tan animado, había estado entregado a la indolencia, y nada que tuviera relación con la aduana se conoció nunca que lo excitase en lo más mínimo para actuar. Era un gran plantador de cacao y, desde que se abrió el comercio, había tomado un interés vivísimo en todo lo relacionado con los derechos de importación en Lima.

En el pasado, todas estas cosas se fijaban irrevocablemente, y ningún esfuerzo de este u otros individuos podía remediar los males que oprimían todas las

energías del país, resultando inútiles y sin esperanza todas las medidas que los habitantes tomaran. Y el cargo, hecho tan a menudo por los españoles a los nativos, de ser estúpidos e incapaces de comprender tales cuestiones, fué burla cruel hecha a hombres a quienes en todo tiempo se había negado la mínima oportunidad de hacer cualquiera esfuerzo útil. Pero ahora es muy diferente; las gentes han adquirido conocimiento de su propia influencia y poder y, en vez de, como antes, someterse tranquilamente a ser chasqueadas a cada momento, y dejar pasar todas las cosas sin prestarles cuidado a causa de la completa desesperanza de mejora, tomaban hondo y activo interés en cualquier cosa que afectara sus bienes de fortuna en lo mínimo. Este espíritu, que, en manos de personas no conocedoras, sino parcialmente del asunto, lleva primero a muchos errores en la práctica, antes de mucho tiempo producirá óptimos efectos, enriqueciendo aquel gran campo de comercio, que de nada carece sino de la influencia fertilizante de la libertad para convertirlo en productivo en el más alto grado.

El error práctico más saliente en que los guayaquileños han incurrido y del que sufrían al tiempo de nuestra visita, era la exclusión de los extranjeros en sus casas comerciales, no permitiendo a nadie, sin ser nativo, estar al frente de un establecimiento mercantil; mientras los derechos pagados por las mercaderías extranjeras eran tan altos que casi equivalían a prohibitivos. De esta manera se habían reducido voluntariamente en mucho a la situación en que se encontraban antes de la Revolución. No hay duda que esto provenía de ignorancia; y la ignorancia es perfectamente excusable en gente adrede mal encaminada por su educación. Pero era agradable observar vistas más correctas que surgían gradualmente de la par-

te donde era menos verosímil que apareciesen entre los mismos comerciantes en cuyo beneficio se habían sancionado estas restricciones absurdas. Muestra los progresos hechos en el buen sendero una carta que se publicó en los periódicos de Guayaquil. La escribió uno de los comerciantes que probablemente sacaba más provecho que cualquier otro, de las restricciones en contra de las que escribía; pero su buen sentido y vistas liberales, demostraban que, si fueran abolidas, sus ganancias serían mayores todavía. Para los que recuerden el estado de la prensa, y todo lo demás en el pasado, tal carta en un periódico colonial español es fenómeno extraordinario; y aunque aparentemente sea una bagatela, arrastra consigo largo séquito de reflexiones interesantes y útiles.

Se aludía en ella a tres disposiciones: la primera, que prohíbe la introducción de cualesquiera mercaderías, si no llegan consignadas a un habitante de la ciudad, y ciudadano naturalizado. La segunda, dispone que no se permita establecer factoría, o casa comercial en la Provincia; y la tercera, se propone dar tales beneficios al comerciante nativo, para impedir toda competencia extranjera.

Como era de esperar, éstas leyes comenzaban a ser evitadas por los capitalistas ingleses y otros que se instalaron en el lugar y, sin que sus nombres apareciesen, en realidad manejaban todos los negocios. Por éstas y otras circunstancias se hacía eventualmente sentir al gobierno lo absurdo de sus restricciones, y después se me ha informado que se ha establecido una serie de reglamentos nuevos y liberales.

A fines de 1819, Guayaquil se declaró independiente de la autoridad española; creó un nuevo gobierno; sancionó leyes y abrió el puerto al comercio extranjero. Lo trabaron, tontamente, sin embargo, de la ma-

nera arriba mencionada ; y poco bueno produjo el cambio, o, en todo caso, mucho menos beneficio que el que habría producido un sistema más liberal.

La ciudad tiene alrededor de veinte mil habitantes, y el país cercano unos cincuenta mil más ; y aunque es evidente que ciudad tan pequeña y tan corta población, eran insuficientes para constituir un Estado aparte, sin embargo, en el tiempo de que hablo, el país estaba en tales circunstancias que a ningún otro poder le convenía intervenir, y Guayaquil se declaró independiente. Es puerto principal de Quito, en aquel tiempo en poder de los españoles, que estaban impedidos de enviar tropas para restablecer su autoridad ; a la sazón estaba ocupada toda su atención en tratar de repeler a los patriotas al mando de Bolívar. Este, por su parte, no podía desprenderse de tropas para someter a Guayaquil. El único poder que podía haber intervenido en Guayaquil, era el gobierno peruano de San Martín, pero tenía ya bastante entre manos, de modo que en la baraúnda general, Guayaquil se permitió enarbolar bandera independiente, y llamarse estado aparte, sin ser molestado. Todas las personas sensatas de la ciudad, no obstante, veían la total imposibilidad de conservar tal posición y que, tarde o temprano, caería bajo una u otra de las grandes potencias, Colombia o Perú. Los habitantes estaban ya casi divididos sobre este punto ; y si era despreciable la discusión, jamás se desplegó con mayor violencia el espíritu de partido. Se mantenía constante guerra de palabras, pues no se desnudaron las espadas : se usaban divisas por los afiliados a cada partido ; y todos aclamaban en las calles o desde las ventanas, los nombres de sus respectivo favorito, Bolívar o San Martín. Quizá era algo ridícula su idea de desplegar bandera libre (he olvidado del todo sus

colores) y llamarse nación independiente, mientras, con el mismo aliento, vociferaban su resolución de someterse a la voluntad de un jefe militar, y querellaban entre sí, solamente por cuál de los dos jefes serían gobernados. Hubo elección, sin embargo, en que todos tomaron parte activa y sincera. Esto era novedad para los sudamericanos y sus espíritus, en consecuencia, se levantaron con el sentimiento de la libertad que el ejercicio del derecho electoral inspira más que cualquier otro; toda la escena, de conformidad, fué altamente animada y más parecida a una elección inglesa, que cualquiera otra que yo hubiese visto en el extranjero.

Necesitaban también tener ejército; y como en tiempos de revolución los militares siempre se convierten en un cuerpo brillante, y disponen de algunos argumentos convincentes y efectivos, generalmente usurpan no poca influencia. En consecuencia, la víspera de Navidad, cuando remontábamos el río, todo el ejército de Guayaquil, compuesto por un regimiento, marchó a las afueras y, tomando posiciones a media legua de distancia, al despuntar el día envió un atento mensaje al gobernador, para decir que estaban resueltos a no servir bajo otra bandera que la de Bolívar y que, si no se condescendía en este punto, incendiarían inmediatamente la ciudad. El gobernador, con el buen sentido y prudencia del completo desamparo, felicitó a las tropas y les pidió que hicieran lo que más les acomodase. Al recibir este mensaje cortés, medio regimiento se complació tanto con que se hubiese dejado a su elección el arreglo del asunto, y estando acaso ansiosos del almuerzo que les esperaba, convinieron en abandonar su carácter de rebeldes y volver tranquilamente a la obediencia.

El gobierno, fortificado de este modo, tomó medidas más vigorosas y no perdió tiempo en acceder a los deseos de los restantes, que fueron embarcados, la mañana de nuestro arribo, y enviados aguas arriba para unirse con las tropas de Bolívar, que sitiaba Quito. Se adoptó esta medida por recomendación del general Sucre, oficial de Bolívar, cuyo cuartel general era entonces Guayaquil, no obstante su cacareada independencia. Todo el asunto en realidad era un sainete sobre las revoluciones; pero fué suerte que no se derramase sangre; pues, como tanto los soldados que salieron de la ciudad, y los habitantes y los militares que se quedaron, tenían armas en sus manos, era difícil predecir lo trágico que habría sido el final de esta farsa, si no se hubieran entre ellos arreglado. Aunque concluyó tan pacíficamente, hubo alarma en la ciudad durante el día entero de Navidad, y no flameó una sola bandera hasta cerca de mediodía, cuando, con el fracaso de la rebelión, se volvió a izar la bandera nacional.

El 26, la alarma había cesado por completo, y todo marchaba como antes. Como era día de ayuno no se podían hacer negocios ni conseguir provisiones; y como todas las personas que yo deseaba ver estaban en misa, aproveché la oportunidad para hacer algunas observaciones astronómicas y magnéticas, en la margen izquierda del río, opuesta a la ciudad; lugar que por su soledad parecía muy conveniente para nuestro propósito. Pero al remontar una ensenadita, llegamos inesperadamente a una amplia casa de madera medio oculta por los árboles, en la que encontramos un grupo alegre de damas que se habían refugiado allí durante la alarma de la víspera de Navidad. Nos llevaron a la selva para mostrarnos una plantación del árbol que produce el cacao, del que se hace el chocolate.

Mientras perdíamos el tiempo en charla alegre, llegó un mensajero para informar a las damas que había llegado bote para llevarlas a la ciudad, que había vuelto a estar tranquila. Las escoltamos a la ensenada y, las vimos seguras en su bote, habiendo hecho más progresos en nuestra relación en una hora, que el que habríamos hecho en un mes, en países más alejados del sol y de los desórdenes revolucionarios.

Teníamos aún buen tiempo para nuestras observaciones a mediodía, pero el calor era intenso, pues no había el mínimo sople de viento; y apenas hicimos la observación del meridiano nos retiramos a una tupida arboleda de plátanos para hacer algunos experimentos con la agua magnética. Aquí, aunque completamente resguardados del sol, teníamos una linda vista del río y de la ciudad. La corriente, en este sitio de unas dos millas de ancho, se deslizaba magníficamente con superficie perfectamente suave y cristalina, llevando consigo enormes árboles y ramas, y grandes camalotes. La ciudad de Guayaquil, vista a través del vapor exhalado por el río, y las orillas brillantes, vibraban constantemente—no se oía ningún ruido, excepto aquí y allí el chirrido del grillo—, los pájaros que se remontaban con pesadez en alto, parecían no tener una nota—todo, en suma, hablaba a los sentidos el lenguaje de los climas cálidos.

Comí con el autor de la carta antes mencionada y después salimos a caballo para ver las defensas construídas contra los españoles si, como se temía, descendían de Quito a Guayaquil. Tan irregulares y apresurados medios de defender una ciudad abierta creo que no infunden gran respeto a los militares; sin embargo, el efecto moral de tales obras, como en este caso, puede resultar benéfico; haciendo que la gente

que las construye crea en ellas de veras y, así, unidos por la obra común, tengan confianza en su sinceridad recíproca; sentimiento que, si es guiado debidamente, puede resultar mucho más formidable que las mismas defensas artificiales.

A la tarde hubo reunión de damas en casa de nuestro amigo, pero como se acomodaron en dos líneas opuestas bajo un corredor angosto, era imposible pasar entre ellas o por detrás. Al fin descubrí una ventanita que daba del cuarto al corredor, cerca de la posición tomada de modo tan resuelto por las damas. A la sazón, todas hablaban a la vez, en voz alta y penetrante, pero tan claramente que no tuve dificultad alguna en entender las palabras; pero de la conversación, que versaba exclusivamente sobre temas locales, y alusiones a tipos e incidentes del día, no pude sacar nada en limpio; pero al fin se cambió de tema y empezaron una discusión animadísima sobre política. Esta pude seguirla; y era singularmente interesante señalar, en la vehemencia de estos debates, el rápido efecto que la alteración de los tiempos había producido, aun en las damas, estimulándolas a ponerse más al corriente de cosas que, dos o tres años antes, ni el hombre más resuelto del país se atrevía a pensar, mucho menos a dar opinión.

Estando resuelto a ver algo más de estas buenas gentes que lo que una tarde puede permitir, invité a todos para almorzar a bordo, la mañana siguiente, invitación que fué aceptada por aclamación; ya habían determinado ver mi barco, y eran, con mucho, la gente más alegre y festiva, además de ser la más blanca y hermosa, que habíamos encontrado en Sud América.

27 de diciembre.—A trueque de exprimarnos un

poco conseguimos colocar todos los concurrentes al almuerzo suculento a la inglesa. Como los más de los oficiales del barco hablaban español, nos propusimos cuidar mucho de nuestros invitados, que se dividieron en grupos, y recorrieron el buque a su gusto, libertad que la gente prefiere a ser mecánicamente arrastrada para ver todo. Desgraciadamente, nuestro violinista estaba indispuerto y no pudimos bailar lo que, evidentemente, disgustó a no corto número de nuestras lindas amigas ; pero aun sin este poderoso accesorio para trabar conocimiento pronto nos encontramos maravillosamente cómodos.

Lamenté de veras que el deber me obligase a dejar el lugar precipitadamente, gozando de sociedad tan agradable y donde todo lo demás, doméstico o político, estaba al mismo tiempo, tan especialmente marcado, por la manifestación del carácter nacional ; y adoptado para mostrar, con luz más brillante que en tiempos de mayor tranquilidad, el espíritu y esencia reales del país al que nunca se le ha hecho justicia y del que Europa no conoce aún sino poquísimo.

Quizás nunca ha existido en el mundo espectáculo más interesante que el que hoy ofrece Sud América, o en que el carácter humano, en todas sus modificaciones, haya recibido tan notable estímulo para actividad no ensayada ; donde el campo sea tan ilimitado y los actores tan numerosos ; donde toda variedad de circunstancias morales o físicas esté completamente sujeta a prueba efectiva ; o donde número tan crecido de Estados viviendo bajo climas diferentes, y en posesión de diferentes suelos, se presenten en revista a la vez, se coloquen en situaciones similares, separada y colectivamente, y se vean forzados por primera vez a obrar y pensar por sí mismos ; donde viejos sentimientos, hábitos, leyes y preocupaciones, se mezclen con

instituciones nuevas, nuevos conocimientos, nuevas costumbres, y nuevos principios, todos en libertad para producir lo que determine el acaso y mil causas impensadas entre pasiones o intereses opuestos de toda clase, abandonados a la deriva en faz de la sociedad. Presenciar los efectos de experimento político y moral tan prodigioso, aun con nuestra prisa, era lo más agradable e instructivo, no obstante que la imposibilidad de examinar el conjunto con tranquilidad, de vigilar sus progresos, de arreglar y coordinar detalles, y de separar lo accidental y transitorio de lo general y permanente, era causa de mortificación máxima.

Como habíamos ya completado provisiones y concluido todos nuestros asuntos en Guayaquil, decidí seguir viaje y, por recomendación del baquiano, convinimos en salir por la tarde. Hubiera sido satisfactorio regresar de día para ver los parajes que habíamos pasado de noche; pero las mareas habían cambiado en el intervalo de nuestra estada, y perversamente sólo de noche servían.

Tuve una comida de despedida en tierra y a la tarde, en el momento de tomar mi bote, fui asaltado por gran grupo de damas que iban a un baile al que, decían, asistiría todo el mundo. La tentación de demorar un día más era grande, y, quizás, hubiera cedido, a no haber previsto que esta alegre y buena gente habría descubierto medios para hacer nuestra partida cada día más difícil. En llegando a bordo, encontré que el baquiano había diferido poner el barco en movimiento hasta las once, hora en que, decía, el reflujo bajaría con fuerza.

Cuando subí al puente a esa hora, la noche estaba colmadamente oscura y la húmeda brisa de tierra suspiraba tristemente entre el cordaje. Al volvernos hacia la ciudad, vimos la llamarada de luz que salía

de las ventanas del salón de baile ; y mirando atentamente, podíamos distinguir las parejas cruzando entre nosotros y las lámparas ; de cuando en cuando se oía en el agua una nota alta solitaria. En las lejanías del Sudeste un gran incendio de la selva proyectaba resplandor brillante sobre el firmamento, aunque las llamas eran hundidas por la distancia debajo del horizonte. Esta iluminación lánguida y parcial solamente servía para que el firmamento apareciese en los otros rumbos más frío y triste.

El modo en que bajamos el río es curioso y, en cuanto yo sepa, raro. Con el reflujo y el ancla perpendicular, lo que se llama al garete, íbamos de popa lentamente aguas abajo. La operación de garrear requiere la vigilancia más constante y es muy interesante ; aunque procedimiento quizás lento, pues nos tomó toda esa noche y el día y noche siguientes, recorrer el mismo camino que de subida habíamos hecho en diez horas.

Al llegar a la boca del río, encontramos dos botes pertenecientes a la nave de los Estados Unidos *Constellation*, con rumbo a Guayaquil. El calado de la fragata era tan grande que los baquianos no se atrevían a hacerla pasar por los bajíos, sin que fuese aligerada sacándole los cañones. Como no se podía hacer fácilmente esto, el capitán y un grupo de oficiales determinaron remontar el río en bote. Nos consideramos felices en proporcionarles un sitio de descanso y refrigerio, antes que emprendiesen su larga remada, en un día horriblemente caluroso.

Los accidentes de un viaje con misión parecida, habían hecho que la *Constellation* y el *Conway* se encontrasen frecuentemente, en el transcurso del año anterior, y la relación que naturalmente surgió en consecuencia había afirmado una estimación y amis-

tad que hizo de tal encuentro un manantial de satisfacción general. Supimos de nuestros amigos norteamericanos que ellos también esperaban visitar la costa de México, adonde nos dirigíamos, y nos regocijamos ante la perspectiva de volvernos a encontrar.

Finalmente, dejamos el río y bahía de Guayaquil la mañana del 30 de diciembre. No fué poca contrariedad para nosotros el no haber visto el Chimborazo, la montaña más alta de todos los Andes. Estuvo cubierto por las nubes del modo más provocante, en el transcurso de ocho días que habíamos estado a distancia en que es fácilmente visible, con tiempo claro.

XI

Examen del estado de las colonias españolas antes de la Revolución (1):

El interés que despierta la actual situación política en los territorios de Sud América, ha puesto algo en la sombra su situación anterior ; pero sería útil el examen general del sistema colonial, abolido por la Revolución, para que se vean cuáles son realmente los agravios de que se han librado los habitantes. Todo escritor que haya tratado de Sud América suministra detalles innumerables de los monstruosos abusos que aquellos países sufrían : pero el bosquejo siguiente, se limita principalmente al examen general de los rasgos más prominentes de la antigua administración, ilustrados por algunas anécdotas bien auténticas, seleccionadas, no tanto a causa de ningún punto o interés peculiares en sí, sino en cuanto sirven para demostrar

(1) Este capítulo es el XII de la obra inglesa editada en Londres en 1824. Se suprime gran parte del capítulo X en lo referente a las Islas Galápagos, Panamá, Acapulco, San Blas de California y el XI sobre México y Tepec. El capítulo XIII trata sobre la Revolución de México, el XIV y último sobre San Blas. (N. del T.)

el estado y espíritu de la política que animaba al gobierno español en la administración de sus colonias.

Las posesiones hispano-americanas se consideraban legalmente, desde de la época de la conquista, como partes integrantes de la monarquía, no como colonias de la metrópoli; estaban bajo el dominio de la corona en virtud de una concesión del Papa; y se suponía que sus asuntos eran dirigidos, no por el gobierno español, sino por el rey, asesorado por una corporación especial llamada Consejo de las Indias. Se sancionó también expresamente un código separado con el nombre de Leyes de las Indias. América, entonces, era nominalmente independiente de la nación española; y bajo este principio, los sudamericanos, después que Fernando fué prisionero de Bonaparte, reclamaron igual derecho que España para designar Juntas que dirigiesen sus asuntos en ausencia del rey, su único jefe legal. En momento como el mencionado, este argumento tenía alguna fuerza y utilidad; pero, en realidad, Sud América estuvo siempre gobernada por los ministros españoles.

El país se dividía en virreynatos, capitanías generales, intendencias y varias otras subdivisiones. Cada gobierno separado era independiente de los otros, pero todos estaban sujetos directamente al rey y a su Consejo de Indias.

Sin entrar en menudos detalles, sea suficiente afirmar, que el principio en que se apoyaba el gobierno colonial era que a ningún departamento aislado se le permitía funcionar sin ser controlado por otro; principio frágil y ruinoso, como que demostraba total falta de confianza en los funcionarios ejecutivos, y privándolos virtualmente de responsabilidad, aunque también exigiendo obediencia, eliminó los móviles superiores y más eficaces para el cumplimiento

del deber. El virrey era controlado nominalmente por una corporación llamada Audiencia, cuyos miembros eran españoles europeos, a quienes no les era permitido poseer tierras o casarse en el país. La Audiencia tenía el privilegio de reconvenir al virrey y entenderse directamente con el Consejo de las Indias. Pero cualquier efecto benéfico que esto hubiera tenido para proteger al pueblo, era contrarrestado por el poder desordenado de los virreyes, y sus medios consiguientes de influir sobre la Audiencia, o cualquiera otra autoridad subalterna, civil, militar, judicial o eclesiástica.

En Estados libres, administrados por un cuerpo representativo, y donde se permite a los hombres actuar y pensar por sí mismos, las ramas de la Constitución, legislativa, ejecutiva y judicial se conservan fácilmente separadas por distinciones esenciales en su naturaleza. Pero en Estados arbitrariamente gobernados sucede invariablemente, que estas funciones del todo distintas, se contradicen o mezclan, y recíprocamente se neutralizan sus buenos efectos. Para remediar, como se pretendía, la injusticia constante derivada de esta ineficacia práctica, el número de autoridades oficiales en cada departamento del gobierno, se multiplicaba más allá de toda comparación, pues cada empleado nuevo requería después otros doce para controlarlo. La complejidad original de la máquina aumentaba diariamente con la introducción de estas ruedas dentro de ruedas, y su efecto eficaz disminuía gradualmente.

Es clarísimo que cualquier sistema de gobierno no sea efectivo, en cuanto concierne a la prosperidad pública, si no es perfectamente entendido por aquellos cuya conducta ha de controlar. Esto es cierto aun donde las intenciones de los gobernantes son honradas, y tienen por único objetivo la riqueza y felicidad

del pueblo. Pero cuando el fin es inverso, y cuando el bienestar del país es estudiosamente sojuzgado, no puede concebirse plan más eficaz para perpetuar su degradación. El mal era inmensamente agravado, también, por la manera en que estaba organizado este sistema ininteligente. Cada componente era extranjero en la tierra, nacido en país lejano, y sin sentimientos de compañerismo, ni interés común con los habitantes. No se pensaba en el mérito ni talento al hacer los nombramientos, siendo vendidos en Madrid los empleos coloniales y el producido, alguna vez, constituyó una entrada no despreciable en las rentas reales. «Todos los puestos y empleos públicos—decía el manifiesto de Buenos Aires—, pertenecían exclusivamente a los españoles; y aunque los americanos eran igualmente llamados por las leyes, se les nombraba solamente en casos raros, y, aun entonces, no sin antes haber saciado la codicia de la corte con sumas enormes de dinero. De ciento setenta virreyes que han gobernado este país, solamente cuatro han sido americanos; y de seiscientos diez capitanes generales y gobernadores, todos menos catorce han sido españoles. Lo mismo sucedía con los otros puestos de importancia; y aun entre los escribientes de oficina era raro encontrar americanos.» Esta era la opresión más cruel que pesaba sobre los americanos; pero el mal principal que resultaba consistía no tanto en la pérdida absoluta soportada por ellos a consecuencia de su exclusión de colocaciones provechosas y honoríficas, como en la degradación moral consiguiente a la ausencia de todo incentivo para el esfuerzo generoso, y la desesperanza total de que el mérito condujese a cualquier distinción útil.

Esta exclusión no se detenía en la preferencia oficial, sino que invadía todas las ramas del Estado; y

el gobierno español, no contento con atar las manos de los americanos y forzarlos a ser haraganes y viciosos, extendía su tiranía también a la inteligencia, y prohibía el cultivo y ejercicio de aquellas facultades que, lo menos que se podía creer, era que estuviesen sujetas al control del despotismo. No solamente agricultura y artes, y manufacturas y comercio, se prohibían a los hijos del país; sino que la literatura y toda clase de conocimientos útiles eran vedados con rigor. Para asegurar esta exclusión, se prohibía a los habitantes, con pena de la vida, comerciar con extranjeros, a ninguno de los que se les permitía visitar el país; los mismos españoles no podían sentar el pie en las colonias sin permiso especial y por tiempo limitado; y aun se negaba a los habitantes de provincias diferentes, en cuanto era posible, todo trato recíproco, para que, comunicándose, aumentasen sus conocimientos.

La dificultad de gobernar países distantes con justicia, y con la consideración debida al derecho y felicidad de los habitantes, es familiar para la mente de todos los que han estudiado nuestra política indiana, donde, con las intenciones más puras de hacer lo mejor, innumerables artificios y precauciones anómalas, estorban la administración ejecutiva, y hacen el sistema del todo ininteligible para los nativos. Si estuviera el mismo sistema al cargo de la corona, sin estar como en la actualidad administrado por numerosos individuos de todos los partidos, y, relativamente hablando, indiferentes al poder político y protección, poca duda hay de que su ejercicio práctico pronto resultaría destructor de la felicidad de la población de la India, aun si las intenciones de las autoridades políticas en Inglaterra fuesen siempre tan virtuosas como son. Si esto es cierto, aun con nuestro gobierno

representativo, y con los numerosos impedimentos constitucionales que impiden el ejercicio indebido de autoridad a cada paso, ¿cuánto más ha de haber sido en el caso de Sud América? Entre nosotros, la opinión pública, como universalmente se admite, es la mejor salvaguardia de la felicidad de la India, y de la permanencia de nuestra autoridad. Pero en Sud América, donde prevalecen principios de gobierno diametralmente opuestos, en el momento que se permitió a la opinión pública ejercer influencia, la autoridad de la metrópoli tocó a su fin.

En proporción al recelo que los españoles abrigan que la presencia de extranjeros aminorara su autoridad, aplicaban sus leyes prohibitivas con vigor. Cuando el general español Morillo se apoderó de Cartagena, tomó a todos los comerciantes ingleses y extranjeros, los aherrojó en calabozos e incuestionablemente habría fusilado a todos, a no ser la intervención oportuna del almirante británico de estación en el mar Caribe. Era crimen capital, conforme a aquel código, que un extranjero entrase sin permiso a los dominios de España. El recelo de resentir otras naciones generalmente había impedido la aplicación de la ley con estrictez; pero el mismo fin quizás se conseguía más positivamente mediante las más bárbaras prisiones. En las interesantes Memorias de mister Robinsón se encuentran varias anécdotas curiosas que demuestran la determinación terca y vengativa con que se aplicaban estos reglamentos. El cruel confinamiento de mister Robinsón durante dos años y medio, sin imputársele otro crimen que habersele encontrado en el país sin licencia, es amplio comentario sobre el caso entero. «El calabozo de San Juan de Ulloa en que fué encerrado, estaba catorce pies debajo de las bóvedas del castillo y una luz lánguida y

tétrica penetraba por un enrejadito en lo alto.» Uno de sus compañeros de prisión, ciudadano de los Estados Unidos, tenía irritada por los grillos la piel de su pierna. «Por falta de ropa y alimentación suficiente, el dolor aumentaba rápidamente. La irritación y presión del hierro hicieron que la carne y los músculos se ulcerasen completamente hasta el hueso; y toda la pierna se convirtió en una masa putrefacta. De nada valían sus pedidos para que se les sacasen los grillos, aunque sus gemidos y afligentes agonías, finalmente, tanto llamaron la atención de los guardianes, que fué llevado al hospital. El médico, al examinar el estado horrible de la pierna, dirigió inmediatamente un pedido al gobernador afirmando que, de no sacarse los grillos, sobrevendría inevitablemente la muerte. Al margen del memorial, el gobernador escribió la resolución inhumana siguiente, y la envió al oficial de guardia: «Que los lleve mientras respire.» En pocas horas murió esta víctima de la barbarie española.»

A veces los intrusos se enviaban a España, después de mucho tiempo de confinados en las cárceles coloniales, y de allí eran remitidos a Ceuta, en Africa, y rara vez se oía más de ellos. A veces se les enviaba como condenados a Málaga u otros puertos españoles, donde se les obligaba a trabajar encadenados. Por estos y otros medios el espíritu de las Leyes de Indias era aplicado con el mayor vigor, y requería combinación extraordinaria de circunstancias favorables, y el estímulo de los móviles más poderosos de interés y patriotismo, libertar al país de su influencia funesta.

Naturalmente, quizás se pregunte, ¿qué motivo posible daría existencia y permanencia a sistema tan imprudente e inicuo? No sería otro que España sola y sus hijos, aprovecharan toda la riqueza del país, sin permitir a los mismos americanos la mínima partici-

pación, o también la esperanza más remota de participar de aquellas riquezas.

Que el mal ha de surgir de principios y prácticas tan repugnantes a las leyes de nuestra naturaleza, podría haberse previsto. La reacción en verdad, que hemos presenciado en la misma España, fué inevitable; y en la decadencia y ruina final de la metrópoli, reconocemos claramente la severa pero merecida retribución de las afrentas infligidas a las colonias. El enorme patronaje colonial que la corte poseía, trastornó por completo las libertades de la metrópoli—el dinero mal habido que le venía de América, no siendo producto de la industria española, pasaba a otros países sin dejar vestigio de riqueza nacional—, y el comercio restringido con que se quería beneficiar a la Península sola, destruyó su crédito, arruinó a sus fabricantes y finalmente perdió el mercado colonial.

Para realizar el propósito vergonzoso, egoísta, miope, ya mencionado, el tosco ardid de degradar a la población entera de Sud América fué el único que se sugirió a la avidez de los españoles. Y para asegurar la permanencia de sistema tan propenso a revulsión, todo el país se llenó con agentes activos y experimentados, profundamente interesados en el mantenimiento del mismo orden de cosas. Humboldt ha afirmado que había no menos de trescientos mil españoles europeos en las colonias. Todas las mañanas se utilizaron también para impedir el aumento de población, aglomerando gente en las ciudades; además de ser más fácilmente controlada por los militares, se le impedía formar establecimientos, aumentar su riqueza, como habría sucedido, si se la hubiera permitido esparcirse en un país fértil, en dondequiera que la hubiesen encaminado sus gustos e intereses. A la agricultura, en efecto, no se le permitía extenderse; y tan tarde como 1803,

cuando Humboldt estuvo en México, llegaron órdenes de España de arrancar las vides en las provincias septentrionales porque los comerciantes de Cádiz se quejaban de disminución en el consumo de vinos españoles. Se me informó en Tepec que una medida precisamente semejante, tomada pocos años antes, se estaba aplicando en Nueva Galicia, en el caso de algunas plantaciones de tabaco extensas y florecientes. Se impidió a los americanos, bajo severas penas, cosechar lino, cáñamo y azafrán. El cultivo de parras y olivos se prohibía porque se entendía que España debía suministrar a las colonias vino y aceite. En Buenos Aires, se permitía cultivar parras y aceitunas, pero con permiso especial, y solamente en suficiente cantidad para la mesa.

Precisamente con el mismo espíritu, no se permitía establecer colegios, aunque se solicitaba encarecidamente por los habitantes, y en muchos casos se prohibían hasta las escuelas. Un ministro español bien conocido manifestó que saber leer y escribir bastaba para el americano; y el rey Carlos IV dijo, que no creía en la conveniencia de generalizar la ilustración en América. En el manifiesto publicado por el Congreso Constituyente de Buenos Aires, en octubre de 1816, estos agravios se denunciaban con vigor. «Era prohibido—se decía—, enseñar las ciencias liberales; solamente se nos permitía aprender gramática latina, filosofía escolástica, y jurisprudencia civil y eclesiástica. El virrey don Joaquín del Pino fué muy censurado por permitir una escuela de pilotos en Buenos Aires y fué clausurada en cumplimiento del mandato de las Cortes; mientras, al mismo tiempo, era estrictamente prohibido enviar nuestros jóvenes a París con el propósito de estudiar química para que la enseñasen a su regreso.»

Como ramo importante del gobierno ejecutivo, puede mencionarse, que extorsiones en forma de impuestos, diezmos, y derechos, se establecieron con grado de severidad desconocido en cualquier país, con excepción, quizás, de la misma España. Los derechos sobre los metales preciosos en la bocamina, aunque más tarde muy reducidos, por la imposibilidad de cobrar el monto nominal, fueron, hasta la última hora de la autoridad española, impedimento grande y formidable para la industria. El tabaco, sal, pólvora y azogue eran ávidos monopolios reales, y el efecto de esta exclusión era no solamente impedir que el pueblo tuviese provisión adecuada de estos artículos, aun a precios inmensamente subidos, sino también privar al gobierno de la gran renta que habría obtenido con sistema más discreto.

La horrible alcabala, el más vejatorio de los impuestos, como que se establece al infinito sobre todo traspaso de mercaderías, oprimía pesadamente a todas las clases. Nada escapaba a los diezmos, y cada individuo del país estaba obligado a adquirir anualmente cierto número de bulas papales, bajo pena de perder varios beneficios importantes. Por ejemplo, el que no tenía «bula de confesión», no podía recibir absolución en la hora de la muerte, su testamento era nulo, y sus bienes confiscados.

Todas las instancias del procedimiento legal hallábanse en el estado más deplorable que sea concebible. La administración de justicia que, aun en los gobiernos mejor organizados, es tan propensa a dilaciones, y opresión individual, apenas existía en Sud América. Había bastantes formas, y bastantes escritos, y largas prisiones innumerables; pero hasta ahora nunca hallé un solo individuo, sea español o americano, en ninguno de aquellos países, que no admitiera fran-

camente que no debiera buscarse justicia substancial en ningún caso, aun en aquellos donde el gobierno no tuviese interés alguno en el resultado. No es necesario decir la suerte de cualquiera cuando su causa envolvía una cuestión política. La prisión, esa tortura amarga, era la gran receta para todo: «Señor—me decía un hombre que, por larga práctica, conocía bien lo que es entrar en un pleito sudamericano—, lo meten a la cárcel—por cualquier causa—, echan llave, y no piensan más en usted.» Cuando la toma de Lima se encontraban los calabozos repletos de presos olvidados desde largo tiempo por los tribunales, sin constar la causa de su acusación. El siguiente extracto de la Biblioteca Americana, n.º 3 (obra periódica recientemente publicada en Lima) proyectaba intensa luz sobre este tema:

«En América, lo mismo que en España, se hallaban amontonados, en calabozos oscuros, húmedos e infectos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, culpables e inocentes; el endurecido en el crimen junto con los que habían delinquido por primera vez; el patriota y el asesino; el simple deudor con el ladrón más redomado, todos estaban confundidos. La suciedad, el alimento escaso, el suelo pelado, los grillos, eran lo mismo en Sud América, o peor que en España. El alcaide, generalmente extraído de la escoria popular, era una especie de sultán; y sus satélites otros tantos bajás, a cuyas severas y caprichosas disposiciones eran compelidos a someterse los infelices presos, sin apelación. Es imposible pintar con colores bastante vivos las miserias a que todos los presos estaban sujetos, o a la inhumanidad con que eran tratados por los carceleros. Eran despojados de todo, privados de todo movimiento, sometidos en ocasiones a tortura,

para confesar crímenes imaginarios, y en todas las cárceles era permitido el castigo corporal. Tal fué el estado de las cárceles en toda Sud América durante la dominación española. Un escritor chileno, del tiempo de la Revolución describe con grande energía los efectos perniciosos de este sistema con aquel país. «Entre nosotros—dice—, un hombre era aprisionado, no para corregirlo, sino para hacerlo sufrir, no para que trabajase sino para que aprendiese la holganza, no como advertencia útil para los demás, sino para espantar sus sentimientos. Al visitar la cárcel, contemplamos algunos cientos de hombres, en harapos o enteramente desnudos, sus rostros marchitos de modo que parecían espectros encadenados antes que hombres; temblaban en presencia del alguacil insolente que los golpeaba e insultaba. Examinamos el alimento de estos míseros desgraciados, reducidos a esqueletos, y era tal como el que el mendigo más vil de la calle hubiera rechazado con repugnancia.»

En Lima, donde la población era superior a setenta mil habitantes, había solamente dos cárceles; y la falta de espacio agravaba otras miserias de los cautivos más allá de todo lo concebible. Pero la más terrible de todas las cárceles se inventó en Lima durante el virreynato de Abascal. «Estos eran calabozos subterráneos construidos de tal manera, que un hombre no podía acomodarse en ninguna postura. Muchas personas, víctimas del despotismo, estaban años encerradas en estos agujeros; y cuando al fin se les ponía en libertad, era solamente para lamentarse de vivir, convertidos en inútiles y desamparados para el resto de sus días; estropeados, y sufriendo dolores y enfermedades de naturaleza incurable.» El público llamaba «infiernillos» a estos sitios, y fueron admitidos

en Lima hasta un año completo después que la Constitución española había sido promulgada. Estuve en Lima en el tiempo que fueron abolidos por decreto de San Martín el 19 de diciembre de 1821. San Martín, el 15 de octubre de 1821, visitó personalmente la cárcel de Lima, acompañado por los jueces y otros funcionarios públicos, quienes le dieron una lista de todos los presos con relación de los crímenes de que se les acusaba. Oyó con paciencia lo que cada preso tenía que decir, e inmediatamente ordenó la libertad de muchos que habían estado allí de pura maldad, sin ninguna culpa suficiente—dispuso que en el futuro se diese víveres adecuados a los que quedaron—, y nombró una comisión, a la que se ordenó oyese y resolviese todas las causas dentro de veinte días, aunque muchos de ellos habían estado esperando varios años. Después se dictaron los más admirables reglamentos para las cárceles de Lima.

El sistema comercial estaba en estricta armonía con todo el resto de esta masa extraordinaria de des-gobierno. El principio antiguo, que las colonias existían solamente para beneficio de la metrópoli, se aplicaba completamente. Las únicas cosas en que se pensaba era amontonar riquezas en manos de los españoles, extrayendo los tesoros de Sud América, y cuidar que los americanos no produjesen ningún artículo que España tuviese la posibilidad de producir, ni se procurasen estas provisiones sino de manos de los españoles. Ningún sudamericano podía tener barco, ni consignársele carga; a ningún extranjero le era permitido residir en el país a menos de ser nacido en España; y no se admitía que capital no español se emplease en ninguna forma en las colonias. No se permitía a los barcos extranjeros, bajo ningún pretexto, tocar en puertos sudamericanos. También no se admitía

que los barcos de arribada forzosa fuesen recibidos con la hospitalidad común, sino que se ordenaba fuesen tomados como presas, y las tripulaciones aprisionadas.

La toma de Lima ha puesto a los patriotas en posesión de muchos curiosos papeles de Estado, y algunos hanse publicado, y proyectan mucha luz sobre detalles del sistema colonial. Entre éstos hay un curioso extracto del informe acerca de la conducta de don Teodoro de Croix, virrey de Perú y Chile, del año 1784 al 1790, redactado por él mismo para uso de su sucesor en el mando. Da en extenso, y con tanta importancia como si todas las colonias españolas dependieran del informe, relación de un barco de Boston que tocó en la isla de Juan Fernández, de arribada forzosa. Parece que había perdido un mástil, desprendido el timón, y vístose escaso de agua y leña. El virrey expone que el gobernador de la isla mandó gente a bordo y cuando vió que el buque estaba con grandes averías y sin carga alguna, después de alguna hesitación respecto a la línea de conducta propia de tal ocasión, se había decidido por la hospitalidad, y habiéndole permitido reparar sus averías, y embarcar leña y agua, lo dejó hacerse a la vela. «En mi respuesta al gobernador—agrega el virrey—, expresé mi disgusto por el mal servicio que él había prestado al rey, permitiendo que el buque extranjero dejase el puerto, en vez de tomarlo con su tripulación y dar cuenta de haber procedido así a su superior inmediato el presidente de Chile, cuyas órdenes debía haber esperado. Manifesté mi sorpresa de que el gobernador de una isla no supiese que todo buque extranjero anclado en estos mares, sin permiso de la corte, debía ser tratado como enemigo, aun cuando la nación a que perteneciese fuera aliada de España. Esto es de conformidad con la ordenanza real

de 25 de noviembre de 1692. Y di órdenes que si el buque apareciera de nuevo fuese inmediatamente tomado y presa la tripulación. También escribí al virrey de la Nueva España dándole cuenta de este asunto y recomendándole estar alerta con el barco en cuestión. Finalmente dispuse se transmitiese a Su Majestad una exposición completa de todo lo ocurrido.»

Parece que el presidente de Chile, escribió al virrey justificando al gobernador de la isla por lo hecho, fundado en el tratado vigente entre los dos países, que obligaba a los españoles a prestar socorro a los buques con averías, unido a la ordenanza real de las Leyes de Indias, al mismo efecto. El virrey, sin embargo, fiel al espíritu de los reglamentos comerciales, replica a la exposición del presidente, volviendo a llamar su atención sobre la citada ordenanza y reprendiendo a él y a la Audiencia, por no tener ingenio bastante para ver que el tratado y el artículo aludido de las Leyes de Indias era entendido que se referían solamente a los dominios de S. M. C., puertos y costas al norte de las Américas, regiones en que solamente las potencias extranjeras tenían algunos territorios; y «de ninguna manera a las costas del Mar del Sur donde ni tienen ni deben tener territorios que exijan a los buques doblar el Cabo de Hornos o pasar por los estrechos de Magallanes o Le Maire.» El virrey además informa que este asunto del barco de Boston lo indujo a enviar, con la reserva conveniente, repetidas preven- ciones y órdenes a los intendentes y otros funcionarios de toda la costa peruana «de no permitir a ningún barco extranjero que anclase; y que, si alguno entrara a puerto, las autoridades locales sagaz y cuidadosamente usaran de cualquier artimaña para apoderarse del buque y tripulación. Y—agrega—si los

extranjeros exigen provisiones y amenazan emplear la fuerza, el ganado y otros artículos de las estancias vecinas que pudieran aliviarlos sean removidos al interior en estos casos.» También ordena que se coloquen centinelas y vigías en todos los cerros dominantes de la costa para que den aviso inmediato de todo buque que aparezca. «Tuve oportunidad de repetir estas precauciones—dice el virrey—, con motivo de haber recibido aviso por un barco español, últimamente llegado al Callao, de que había sido visto un barco inglés en latitud de los 40^c, dirigiéndose en busca de ballenas.»

Si España hubiese estado en guerra más encarnizada con Norte América e Inglaterra no habría tomado medidas más hostiles. Y no proporciona mala pintura del celo febril con que las colonias eran guardadas, cuando vemos que el simple arribo de un buque norteamericano desmantelado, produce conmoción en toda la costa de Nueva España, Perú y Chile; y cuando el incidental encuentro de un buque español con un ballenero inglés, a distancia de treinta y ocho grados de latitud, se consideraba causa suficiente de alarma por el virrey del Perú, para inducirlo a ordenar a las autoridades costeras, desde Guayaquil hasta Iquique, a redoblar la vigilancia y precaverse de los extranjeros.

Este ejemplo curioso y característico, aunque no demuestra inmediata intervención del gobierno en la felicidad de los americanos, revela extensión efectiva de aquel sistema receloso y cruel, con que el gobierno español procedía en todo lo relativo a las necesidades de los colonos, hacia quienes jamás, ni un solo momento, pareció tener la mínima consideración.

El único propósito para que existían los americanos se sostenía que era el de amontonar metales pre-

ciosos para los españoles. Si los baguales y ganados que recorrían el país pudieran haberse adiestrado para desempeñar el mismo empleo, se habría dispensado a los habitantes de hacerlo, y el sistema colonial hubiese sido perfecto. Desgraciadamente, sin embargo, para ese sistema, a los sudamericanos, no obstante la malla de cadenas que los envolvía, se les había dejado algunas chispas de humanidad, y, a despecho de su degradación anhelaban seriamente los placeres adaptables a su naturaleza; y hallando que los españoles no podían ni querían proporcionarlos en cantidad suficiente, acudieron a otras naciones. Las demás naciones no fueron remisas en responder a este llamado; y con el andar del tiempo, se estableció uno de los más extraordinarios sistemas de contrabando organizado que jamás vió el mundo. Era conducido en barcos armados y bien tripulados, y aprestados para abrirse camino a tierra por la fuerza, y resistir, como a menudo ocurría, a los guardacostas. Este singular sistema de comercio bélico se hacía por holandeses, portugueses, franceses, ingleses y, más tarde, por norteamericanos. De este modo se distribuían en Sud América mercaderías de inmenso valor, y aunque los precios eran naturalmente altos y el refuerzo precario, se empezó a fomentar el gusto por las comodidades y lujos de invención europea, que después operó tan poderosamente en dar móviles firmes e inteligibles a los esfuerzos de los patriotas en sus luchas con la metrópoli. Junto con las mercaderías que el contrabando entraba por la fuerza en las colonias, no pequeña parte de ilustración se abría camino, a pesar de los crecientes esfuerzos de la Inquisición, e influencia eclesiástica ayudada por la vigilancia redoblada del gobierno con el máximo rigor. Muchos extranjeros, también,

mediante el cohecho y otras argucias conseguían entrar al país, de modo que el progreso intelectual era gradualmente fomentado, para completa desesperación de los españoles que no conocían otro método que la fuerza, para gobernar las colonias, no apoyada por la mínima sombra de opinión o buena voluntad.

Cuanto tiempo hubiese transcurrido antes que esta importación paulatina de conocimientos, y este grado reducido de trato con extranjeros, si sin ayuda de otras causas, hubiesen estimulado a los americanos para afirmar su primogenitura, es muy difícil decir. Circunstancias imprevistas, sin embargo, produjeron aquella catástrofe, en algunos respectos quizás prematura, que recientemente ha roto sus cadenas, y los ha capacitado para un despliegue de energía completamente inesperado, para desmentir las crueles calumnias levantadas contra su carácter nacional por sus antiguos gobernantes.

Fué al principio mi intención haber relatado, en este lugar, algunas circunstancias llegadas a mi conocimiento, ilustrativas del efecto que la perversión de la religión católica romana ha tenido sobre la sociedad: y estaba lo más inclinado a tomar esta ruta por una fuerte persuasión que tanto los principios como las maneras de los sudamericanos han recibido su mancha más oscura de esta procedencia.

Sin embargo, al preparar materiales para esta exposición, hallé la tarea revulsiva y desagradable; y después de alguna hesitación he decidido renunciar al efecto que produciría para afianzar los puntos de vista a que he sido llevado. Siento repugnancia a incurrir en el riesgo de ofender los sentimientos de muchos que convengan conmigo en creer, que con dificultad es posible tratar este tema en detalle—y con detalles

sólo puede hacerse eficazmente—sin penoso grado de indelicadeza. Sea suficiente mencionar que, en la práctica de la religión católica, toda su dignidad, casi he dicho toda su utilidad, se ha perdido—, las mentes de los sometidos a sus instituciones pervertidas, y formas enfadosas, han sido rebajadas más allá de toda comparación—y los principios morales, también, y maneras domésticas, en consecuencia, han sido escandalosamente ultrajados en la práctica. Felizmente, sin embargo, el carácter y disposición reales de los americanos, son racionales y dóciles; y hay razón completa de esperar, como consecuencia de todos los resultados de la Revolución, que los ojos de la gran masa de población, ahora estén completamente abiertos para la percepción debida de estos abusos, que no solamente limitaban su felicidad social, sino que, degradándolos en su propia opinión, hacían de la obra de opresión tarea de relativo desahogo y seguridad.

Nada he dicho del tratamiento de los indios, pues no puedo hablar de su situación actual por observación personal, en comparación con el pasado. En todos los casos, sin embargo, los nuevos gobiernos han abolido la opresora capitación, y, lo que todavía era más gravoso, el servicio forzado de la mita. Se han promulgado decretos en todos los estados nuevos, incluyendo formalmente los indios en el número de ciudadanos libres, y derogando las leyes que los declaraba inelegibles para puestos de confianza, y como testigos ante los tribunales de justicia.

Ahora que todas las clases de hombres pueden establecerse donde les agrada, la población se diseminará en el campo y aumentará rápidamente; y los indios pronto hallarán que les interesa ligarse con los pobladores, y se formarán alianzas amistosas, con gran ventaja para ambas partes. En efecto, los motivos de

industria, y toda clase de mejoras en Sud América, son innumerables ; y la reacción que, de acuerdo con todos los principios de la naturaleza humana, puede esperarse se produzca, cuando el peso de la autoridad tiránica está enteramente removido, confunde todos los cálculos : sin embargo, debe ser prodigiosa, y quizás la actual agitación belicosa y la exclusiva ocupación que suministra en aquel país, no sea desgracia tan grande como a veces se supone. Puede acaso contribuir a su asiento más tranquilo, dando tiempo para que los habitantes reflexionen y procedan con deliberación, en vez de precipitarse súbitamente y sin preparación, del estado de esclavitud, al ejercicio completo de la libertad civil.

FIN

